

Revista de Extensión Cultural

66

junio 2021



Sede Medellín



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

66

Revista de Extensión Cultural
Universidad Nacional de Colombia • Sede Medellín

Revista de Extensión Cultural
Universidad Nacional de Colombia • Sede Medellín

66

junio 2021

Rectora

Dolly Montoya Castaño

Vicerrector de Sede

Juan Camilo Restrepo Gutiérrez

Director Académico

Juan Carlos Ochoa Botero

Secretaria de Sede

Catalina Ceballos París

Aforismos

Popol Vuh

Diseño y diagramación

Rodrigo Lenis León
Sección de Publicaciones

Corrección de textos

Silvia Vallejo Garzón

Dirección

Juan David Chávez Giraldo

Comité Editorial Honorario

Marta Elena Bravo de Hermelin
Darío Valencia Restrepo
Darío Ruiz Gómez
Jorge Alberto Naranjo Mesa (q. e. p. d.)

Comité Editorial Ejecutivo

Mónica Reinartz Estrada
José Fernando Jiménez Mejía
Juan Felipe Gutiérrez Flórez
Miguel Ángel Ruiz García
Román Eduardo Castañeda Sepúlveda

Practicante de Comunicación Social

Natalia Granada Bermúdez

Solicitud de canje

Biblioteca Efe Gómez, Bloque 41

Dirección

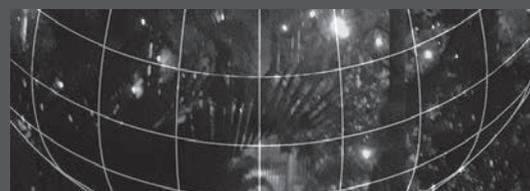
Carrera 65 N.º 59 A 110, Bloque 24, Oficina 208-02
recultu_med@unal.edu.co
<http://medellin.unal.edu.co/revista-extension-cultural/>

ISSN 0120-2715

*La responsabilidad de las opiniones contenidas
en los artículos corresponde a sus autores*

Imagen de carátula* y separadores

Dora Lucía Mejía Arango
y Camilo Pérez Arango



Dora Lucía Mejía Arango (Colombia, 1948-v.)
www.doramejiaa.com

Arquitecta y Magíster en Estética de la Universidad Nacional de Colombia, Profesora Asociada de la misma universidad, de la Pontificia Bolivariana y de la Colegiatura Colombiana de Diseño. Autora de un libro y varios capítulos y artículos. Es acreedora de algunas distinciones, entre las que se destacan el Premio Mejor Video-Arte, Bienal Internacional de Video, MAMM (1992), el Premio Salón de Arte Fotográfico Duchamp-Warhol, Universidad Autónoma Latinoamericana (1991) y Beca de Creación Francisco de Paula Santander, Colcultura-Icetex, Bogotá (1991). Expone individual y colectivamente desde 1980. Su obra ha sido publicada en diferentes medios y hace parte de las colecciones del Museo de Arte Moderno y de la Cámara de Comercio de Medellín. De sus exposiciones cabe resaltar, como invitada: *The Sky is Falling* en el Centre for Contemporary Arts, Glasgow UK (2017) y *Uncertain Transits* en SBK Gallery, Ámsterdam (2017).

* Imagen de carátula: Dora Mejía, *sin título*, 2020, infografía, 40 × 48 cm. (Fuente: imagen suministrada por la autora).



Dora Mejía, *Ella giammai m'amò*, proyecto "Divertimento", 2020, infografía, 40 × 48 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

| | | |
|-----|---|---|
| 8 | « Presentación | |
| 20 | « Epidemias en la Ciudad de México <i>durante la época virreinal</i> | Martha Raquel Fernández García |
| 36 | « El covid-19 y los sistemas agroalimentarios | Gloria Patricia Zuluaga Sánchez |
| 48 | « Marcelo | José Wilson Márquez Estrada |
| 54 | « Estampas y pesares | Mauricio Orozco-Alzate |
| 60 | « Las epidemias en la literatura. <i>De Tucídides a Saramago</i> | Luis F. García |
| 74 | « La educación y la pedagogía en la educación superior: <i>posibilidades y límites</i> | Guillermo Echeverri Jiménez |
| 90 | « La covid-19 <i>y su efecto en la población adulta mayor en Colombia</i> | Adriana Lucía Acevedo Supelano Caryn Patrice West Johana Gutiérrez Zehr Lyda Victoria Rueda Hernández María Consuelo Núñez de Esteban |
| 106 | « La transformación de los museos en tiempos de pandemia. <i>El caso del Museo de Antioquia</i> | Beatriz Salazar Duque |
| 114 | « La materia que no dice: un acercamiento a la novela <i>La ocasión de Juan José Saer</i> | Jorge Iván Agudelo |

122 « **Resiliencia campesina en tiempos de pandemia:**
perspectivas desde el Semillero de Investigación Chagra

María Camila Aristizábal Villegas
Claudia Marcela Becerra Rátiva
Natali Andrea López Toro
María Adelaida Torres Sánchez

134 « **Súplica del alma**

Paula Andrea Ladino Montilla

138 « **Infodemia y pandemia:** *la encrucijada de la ciencia frente a virus reales, información engañosa y noticias falsas*

Fernando Cortés Vela

150 « **Literatura y pestes:** *a propósito del coronavirus*

Pablo José Montoya Campuzano

162 « **La huelga del Ferrocarril de Antioquia, 1934**

Ana Catalina Reyes Cárdenas

180 « **Normas para los autores**



Dora Mejía, *Ella giammai m'amò*, proyecto "Divertimento", 2020, infografía, 40 × 48 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

¡Ay, que hemos venido sin alegría! ¡Si al menos pudiéramos ver el nacimiento del sol! ¿Qué haremos ahora?

Semejante al rayo que hierde y destroza la roca, así llenó de terror en un momento a los pueblos vencidos

Presentación



Descansa tan pronto como haya dolor
Hipócrates

Al *Homo sapiens* lo caracteriza una cierta ceguera y una irremediable sordera combinadas con una inexplicable atracción morbosa por el fin del mundo. Es una especie muy extraña, la más inteligente entre las que perviven en el globo, pero muy distante de ser sabia. Prepotente y soberbia, extremadamente consumista, destructora e inconsciente, ha puesto al planeta al borde del abismo y hace muy poco para remediarlo. Ahora se asiste a una nueva pandemia y se han asignado una infinidad de restricciones, recientes normas de comportamiento y ajenas maneras de relacionamiento que sorprenden, como si no hubieran estado anticipadas. La aparición del nuevo coronavirus, su propagación exponencial y la estela de muerte han puesto en tela de juicio muchas cosas y han evidenciado la estulta actitud de los medios de comunicación, de la tecnología, de las redes sociales, de algunos gobiernos y de los sistemas económicos predominantes.

Esta no es la primera ni será la última pandemia, quizás incluso aparezcan con mayor fuerza y frecuencia en los próximos años si no se corrige el rumbo equivocado que la Modernidad, y su ideal de crecimiento y progreso supuestamente infinitos, impuso como único sentido vital. Desde que el ser humano se organizó en sociedades y conformó núcleos de convivencia se establecieron los medios propicios

para la propagación de enfermedades contagiosas. Una de las primeras epidemias de la que se tiene noticia es la que llegó a Grecia proveniente de Egipto y Libia, en el 430 a. de C., en la que perecieron unas trescientas mil personas. Se tiene registro histórico de la peste ocurrida en el Imperio Bizantino en tiempos de Justiniano hacia el 541, cuando fallecieron al menos cuatro millones de personas. Luego vino el brote de la peste negra entre 1346 y 1353 que causó una terrible pandemia, por la cual fallecieron al menos cincuenta millones en Europa. Al parecer, la viruela afecta a los humanos desde hace unos diez mil años, causó una reducción muy notable de la población indígena americana a la llegada de los conquistadores en el siglo XVI, se propagó con gravedad en Europa en el XVIII, cuando se calcula que causó la muerte a sesenta millones de personas, y acabó con la vida de unos trescientos en el siglo XX, que tuvo en la gripe española, surgida en 1918, una de las pandemias más letales matando unos cincuenta millones de individuos en todo el mundo. También se tuvo la de 1957 producida por la gripe asiática de procedencia aviar y produjo el fallecimiento de alrededor de un millón de seres humanos. Similar cifra de decesos causó una mutación de la gripe registrada en 1968, que se denominó de Hong Kong, desde donde se expandió a los cinco continentes. Además, la pandemia producida por el virus de la inmunodeficiencia humana (VIH), de cuyos primeros casos se tuvo noticia en 1981, ha producido al menos veinticinco millones de muertos.

Los expertos afirman que aproximadamente el 60 % de las enfermedades humanas son zoonóticas; se estima que puede haber más de 1.600.000 virus y su éxito evolutivo tiene directa relación con la afectación humana sobre los ecosistemas y el desequilibrio biológico generalizado. Para dar solo algunos datos relativamente recientes, cabe recordar que en 1961 apareció la fiebre hemorrágica boliviana producida por el virus Machupo; luego se dio el virus de Marburgo en 1967, que al parecer se originó en los primates que se llevaban a Alemania para investigaciones médicas; 1976 marcó el primer brote de Ébola en Guinea; como se indicó, en 1981 se reconoció por primera vez el VIH; entre finales de los ochenta y 1992 se dieron los primeros brotes de hantavirus en los Estados Unidos; en 1994 surgió el virus Hendra en Australia, y los brotes de gripe aviar aparecieron en 1997 en Hong Kong, en 1999 en Italia y en 2003 en los Países Bajos; en 1998 debutó el virus Nipah en Malasia y Bangladés; en 1999 fue confirmado el primer caso del virus letal del Nilo occidental en América, que produce encefalitis en los humanos; en 2003 el coronavirus SARS, que apareció en China, se dispersó en treinta y siete países, mató a más de setecientas personas en el mundo y fue el anticipo de una versión actual más contagiosa; a partir

del año siguiente se dieron fuertes brotes del Chikunguña y durante el 2009 y el 2010 reapareció la denominada gripe porcina; en 2012 surgió el Mers en la península arábiga, desde ese año hasta el 2016 el virus del Ébola se propagó por el África occidental dejando un paisaje humano desolador y, en 2014, el Zika arremetió en escena. Estas enfermedades anticiparon la pandemia del nuevo coronavirus identificado en Wuhan en 2019, pero aun así condujo a la catástrofe que ha producido la muerte de más de tres millones y medio de personas y más de ciento setenta millones de infectados, y una enorme población empobrecida. Incluso, ya la ciencia predice una posible pandemia futura de influenza que podría ser mucho peor que la producida por la covid-19 ¿Cuándo? Todo depende.

Las cadenas de infección de estos virus potencian sus mutaciones favorecidas por las dinámicas globalizadas del comercio, el turismo y los mercados exóticos de fauna silvestre que satisfacen aberrantes demandas. Es un problema global y todos somos responsables por la codicia, el desperdicio de energía y el mal uso de los recursos; la naturaleza no tiene tiempo de reponer lo que se gasta y el deseo legítimo de muchos para tener cada vez más no promete un horizonte fácil. Irónicamente, al virus SARS-CoV-2 se le ha dado mayor importancia no solo porque se propaga a grandes velocidades, por su extraordinaria capacidad de contagio, sino porque la pandemia ha afectado a todos los países, a todos los pueblos y a todas las economías. Pero nada cambiará realmente si la ecología no se pone por encima de la economía, se reduce la tasa de crecimiento poblacional y el consumo, y se acepta el hecho de que todo está relacionado, de que cada acto individual tiene un impacto en uno mismo, en los demás y en el resto del cosmos.

A propósito de la conmemoración del Día Internacional de la Biodiversidad en 2007, el entonces Secretario Ejecutivo de la Convención para la Diversidad Biológica de las Naciones Unidas, Ahmed Djoghlaf, alertó sobre la extinción masiva de especies animales: ciento cincuenta desaparecen diariamente por causas antrópicas; es la mayor pérdida biológica desde la aniquilación de los dinosaurios, y las principales razones son el calentamiento global y la destrucción o fragmentación de los hábitats naturales asociados a la urbanización, los incendios forestales, la erosión, las inundaciones, el aumento del nivel del océano y su acidificación. Según datos del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), ocho millones de toneladas de plástico llegan al mar anualmente; el 80 % de las especies de plantas y animales viven en los bosques y cada año se pierden unos trece millones de hectáreas, principalmente por la necesidad de tierras agrícolas y

la expansión de los centros urbanos. Esta terrible situación se agrava con la caza, la venta y el sacrificio de toda clase de animales para colmar extravagantes apetitos, los hábitos alimenticios generalizados y la demanda de productos medicinales tradicionales —supuestamente milagrosos o potenciadores sexuales—. Y como si fuera poco, el tráfico de drogas y de personas, la contaminación, la manipulación genética de especies, el uso indebido de plaguicidas, la industrialización alimentaria, la plastificación del mundo y el uso indiscriminado de minerales para dispositivos tecnológicos, maximizan los efectos negativos de la huella del hombre sobre la naturaleza. En los últimos cincuenta años se ha perdido aproximadamente el 60 % de las especies del planeta.

Sin embargo, es poco probable que la vida en la Tierra desaparezca, así lo demuestran las cinco extinciones masivas anteriores de las que se tiene evidencia científica; pero sí que la humana sea una de las especies destinada a ser solo pasado. No es ningún secreto la fugacidad de la existencia del hombre y el temor que produce conduce a la negación de la proximidad de la muerte; no obstante, cuando es un asunto que trasciende ámbitos individuales y supera fronteras —políticas, sociales, raciales, geográficas, religiosas e ideológicas— se convierte en denominador común de reflexiones, posturas, estrategias, creaciones y manifiestos. Por obvias razones, en este convulsionado panorama es necesario atender lo urgente, la prioridad es salvar vidas, pero también hay que ocuparse del fondo, de lo que se esconde tras bambalinas, tarea de la filosofía, la ciencia y el arte.

Este último ha mostrado la crudeza de la tragedia, de las enfermedades y la fragilidad del cuerpo. Vale recordar, por ejemplo, *El triunfo de la muerte* (1562-1563) de Pieter Brueghel el Viejo, retrato de la escena apocalíptica por la peste negra; *La peste de Atenas* (1654) de Michael Sweerts, que muestra la extraordinaria ciudad helénica moribunda; Michel Apriete hizo lo propio en su *Escena de la peste de 1720 en la Tourette*; *La peste de Asdod* (1631) de Nicolas Poussin recrea la pandemia enviada por Yahveh por el robo del Arca de la Alianza; Domenico Gargiulo representó la devastación ocasionada en *La plaza del mercado de Nápoles durante la peste* (1657); Arnold Böcklin exhibe la muerte con su hoz cabalgando sobre un dragón en *La peste* (1898); Edvard Munch retrató a su hermana antes de fallecer por tuberculosis en *La niña enferma* (1885-1886) y realizó su *Autorretrato después de la gripe española* (1919); más recientemente, varios trabajos plásticos de Félix González-Torres están dedicados a su pareja fallecida por sida; pero la fotografía que Therese Frare hizo al activista David Kirby y su familia, en 1990, en su lecho de muerte por el mismo síndrome, es ya un clásico de humanización del dolor y la tragedia.

La literatura también posee obras insignes, como *Danza general de la muerte*, texto castellano de principios del siglo xv; *El decamerón* (1351) de Giovanni Boccaccio describe el escape imaginario de sus protagonistas durante la peste negra de 1348 desde la pluma de su testimonio directo; en 1606, en medio de la peste bubónica, William Shakespeare escribió *El rey Lear*, *Macbeth* y *Antonio y Cleopatra*; *La muerte de la máscara roja* (1842), de Edgar Allan Poe, se desarrolla en el recinto negacionista de una lujosa abadía de nobles de una ciudad que es azotada por una cruel enfermedad, cuya implacable llegada aprovecha un baile de máscaras para escabullirse y lograr su cometido; Jack London se anticipa al futuro en *La peste escarlata* (1912), prediciendo una pandemia que acabaría la humanidad en 2013, y, por supuesto, no pueden faltar en este recuento *Las habitaciones de atrás* o *El diario de Ana Frank* —como mejor se conoce— (1942-1944), *La peste* (1947) de Albert Camus y *El amor en los tiempos del cólera* (1985) de Gabriel García Márquez.

En otras situaciones irracionales han surgido obras de arte, o han dado lugar a ellas después, como el *Cuarteto para el fin del tiempo* del compositor Olivier Messiaen creada durante su encarcelamiento en Görlitz en 1940, en un campo de prisioneros, y estrenada al año siguiente ante decenas de reclusos. Paradójicamente, una fuerte polémica produjo Jonas Tarm, quien compuso en 2015 la *Marcha hacia el olvido*, dedicada a las víctimas de la crueldad y la guerra, en la que incluyó un fragmento de cuarenta y cinco segundos de la *Canción de Horst Wessel*, himno del partido nazi e identificado con las ideologías fascistas. A veces el dolor, la angustia, el desespero, la enfermedad, la guerra, la tortura y la privación de la libertad sacan del espíritu humano manifestaciones que superan la oscuridad. La lista sería interminable, pero no puede escaparse una obra científica de gran envergadura: *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica*, que, aunque publicada en 1687, fue producto de la dedicación intensa de su autor, Isaac Newton, cuando regresó a la granja familiar en su natal Lincolnshire en 1665 huyendo de la peste bubónica londinense de 1664.

Pues bien, en esta edición de la Revista se ha reunido un conjunto de documentos que, a su modo, y desde diferentes perspectivas, plasman ideas, sentimientos y críticas sobre las patologías, las epidemias y las pandemias, y también se han incluido otros trabajos que alternan el tema con diferentes expresiones. En el primer artículo, titulado “Epidemias en la Ciudad de México durante la época virreinal”, la doctora Martha Raquel Fernández García, profesora investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México, quien muy amablemente nos ha hecho

un aporte con su artículo, tiende puentes entre saberes, disciplinas y paradigmas al enlazar la tradición indígena, la religión y la medicina en un paneo a las causas, los mecanismos de manejo y las implicaciones de lo ocurrido en la capital del virreinato de la Nueva España. Cabe anotar que el trabajo de la mexicana es una versión revisada, actualizada y ampliada del artículo “Las epidemias en la Ciudad de México durante el siglo xvi”, publicado en la revista electrónica *Imágenes* del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Autónoma de México, publicación que ha dado la debida autorización para incluir el documento en esta edición. Luego aparece el artículo “El covid-19 y los sistemas agroalimentarios”, escrito por la profesora de la Sede Gloria Patricia Zuluaga Sánchez, quien comparte sus reflexiones sobre la importancia que tiene el sector alimentario en situaciones críticas como la de la actual pandemia, y plantea una orientación ecológica como pilar de los cambios requeridos.

El historiador José Wilson Márquez Estrada, egresado de la Sede y actual profesor de la Universidad de Cartagena, nos deleita con el cuento “Marcelo”, una crónica sobre una humilde familia que tiene puestas sus esperanzas en el colegial que le da nombre a la historia, para romper el círculo de pobreza generacional con la educación. Por su parte, el profesor de la Sede Manizales, Mauricio Orozco-Alzate, nos trae una selección de ocho poemas con imágenes características de nuestro país, colección que ha denominado “Estampas y pesares” y que completan la primera pausa de la Revista, entre los escritos sobre el tema central.

Luego se retoma el hilo de las pandemias y el profesor de la Universidad de Antioquia, Luis Fernando García Moreno, ubica y comenta algunas obras literarias que han abordado las epidemias a lo largo de la cultura occidental, en su trabajo “Las epidemias en la literatura. De Tucídides a Saramago”; su perspectiva médica, brindada por su formación académica, le otorga al texto un carácter particular resaltable, que contribuye a la comprensión del fenómeno que vivimos hibridando la ciencia con el arte.

Otra pausa en la edición la pone la transcripción de la conferencia “La educación y la pedagogía en la educación superior: posibilidades y límites” que el profesor Guillermo Echeverri Jiménez, actual Decano de la Escuela de Educación y Pedagogía de la Universidad Pontificia Bolivariana, realizó de manera remota —por el obligado confinamiento durante la pandemia— en el programa de cualificación pedagógica de la Facultad de Arquitectura de la Sede el 2 de diciembre de 2020. Con un formidable dominio conceptual en su entretenida conversación, aclara

algunos errores comunes cometidos por los profesores universitarios en los procesos de enseñanza y aprendizaje, planteando la pedagogía como un saber en diálogo que allana la difícil tarea docente.

Cinco autoras del área de la salud: Caryn Patrice West, profesora de la Universidad James Cook de Singapur; Johana Gutiérrez Zehr, profesora de la Universidad de Santander; Adriana Lucía Acevedo Supelano, docente en las universidades El Bosque, Santander y Pontificia Bolivariana; Lyda Victoria Rueda Hernández, profesora de las universidades de Antioquia y de Santander, y María Consuelo Núñez de Esteban, también profesora de esta última institución, dan a conocer lo que el nuevo virus incide en el grupo más afectado mediante el artículo “La covid-19 y su efecto en la población adulta mayor en Colombia”. Con un juicioso proceso académico, el texto está soportado en fuentes confiables que se complementan con el saber disciplinar de las autoras y con su experiencia directa en el campo. Valga la oportunidad para hacer un reconocimiento a la labor que el personal de la salud ha desarrollado enfrentando los ataques del patógeno y poniendo en riesgo su vida por salvar a otros.

La doctora Beatriz Salazar Duque, en su escrito “La transformación de los museos en tiempos de pandemia. El caso del Museo de Antioquia”, deja ver el papel de las organizaciones culturales en la crucial situación epidemiológica, exponiendo el caso específico de este museo; con el documento se evidencian los esfuerzos de estos tradicionales recintos del arte para abrir nuevas posibilidades virtuales de extensión de su trabajo social ante la imposibilidad de dar apertura física a las instalaciones. A propósito del foco de esta edición, el egresado de la Sede y profesor de la Universidad Eafit, Jorge Iván Agudelo, da cuenta de los vínculos entre el espíritu y la materia; de esta última como medio expresivo de lo trascendente y, en tal sentido, del papel del cuerpo y sus afecciones en la experiencia humana; su artículo “La materia que no dice: un acercamiento a la novela *La ocasión* de Juan José Saer” (escritor argentino considerado uno de los más importantes de la literatura latinoamericana), es el escenario desde el cual el mensaje se catapulta en códigos poéticos. Posteriormente, aparece el ensayo “Resiliencia campesina en tiempos de pandemia: perspectivas desde el Semillero de Investigación Chagra”, escrito por las estudiantes del pregrado de Ingeniería Ambiental de la Sede María Camila Aristizábal Villegas, Claudia Marcela Becerra Rátiva y Natali Andrea López Toro en compañía de la profesora de la Sede María Adelaida Torres Sánchez, como parte de las actividades realizadas por el semillero con la comunidad de la vereda La Aldea, corregimiento San Sebastián de

Palmitas, Medellín, ilustrando las nuevas dinámicas, las dificultades y adaptaciones estratégicas en los habitantes del campo e invitando a valorar justamente su rol en la economía, la cultura y la supervivencia. Prosigue “Súplica del alma”, un cuento corto de Paula Andrea Ladino Montilla que, con ocasión del mortal panorama producido por el nuevo coronavirus, también versa sobre la complicidad emotiva entre el cuerpo y el alma.

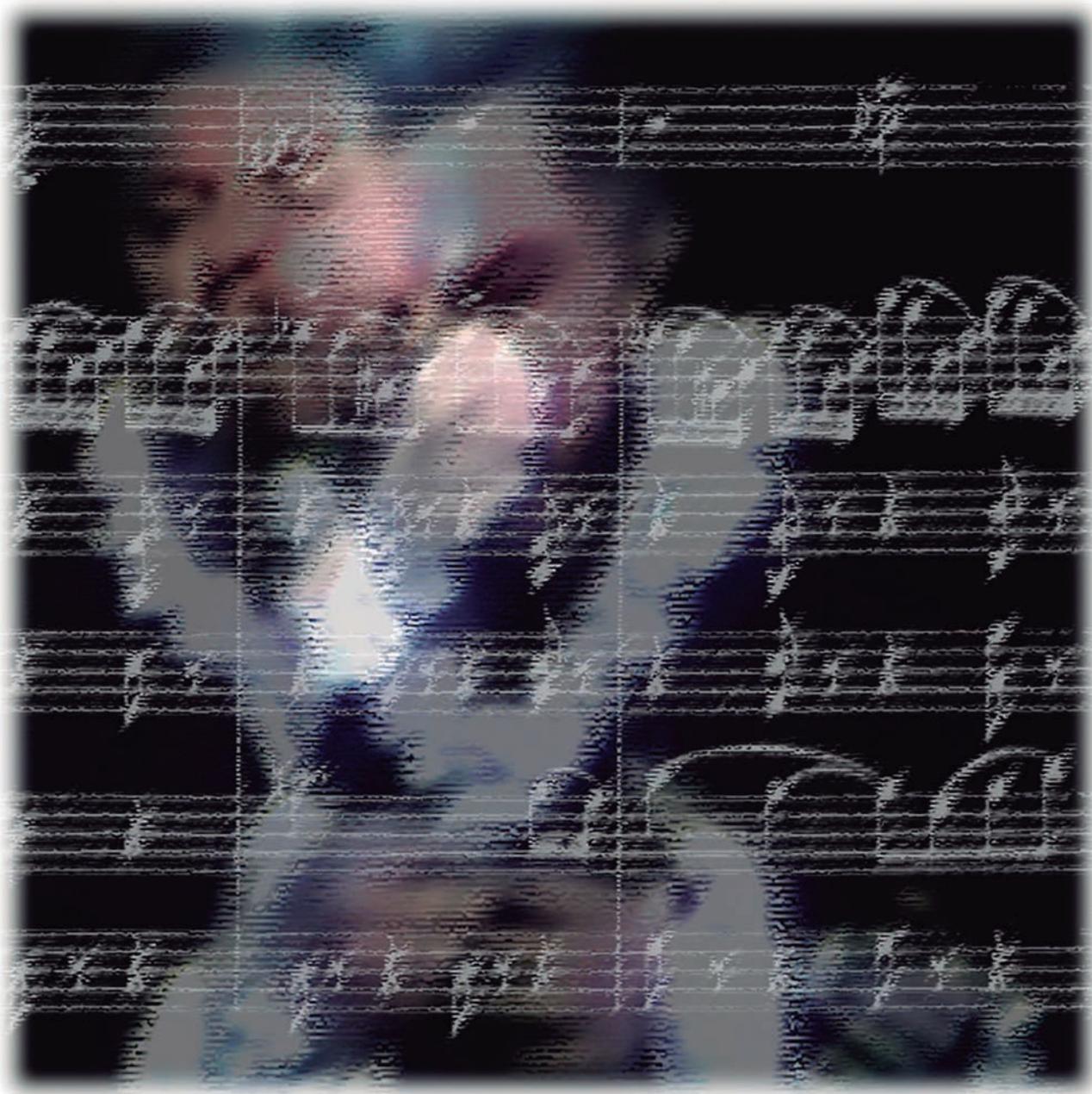
Por otro lado, el comunicador social y periodista Fernando Cortés Vela, en su calidad de relator de la Cátedra UN Saber con Sabores en la temporada del segundo semestre del 2020, dedicada a *fake news* y *post-truth*, ha realizado un artículo que aglutina las ideas más relevantes que los invitados plantearon frente al inquietante escenario de las comunicaciones, repleto de mensajes desconfiables, mentirosos, confusos y fraudulentos, considerados por muchos como otra epidemia; bajo el título “Infodemia y pandemia: la encrucijada de la ciencia frente a virus reales, información engañosa y noticias falsas”, invita a la toma de conciencia frente a la verdad, tanto de quienes emiten o replican información, como de los receptores. El escritor y traductor Pablo Montoya Campuzano ha cedido el texto “Literatura y pestes: a propósito del coronavirus” leído el 27 de octubre de 2020 en la Cátedra Roberto Bolaño, de la Facultad de Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales de Chile. En nueve apartes viaja de manera crítica, amena y fluida por diversas ideas asociadas al lúgubre momento que transitamos y las conecta con su versado conocimiento literario de excelsas obras de Dante, Joseph Conrad, Louis-Ferdinand Céline, Allan Poe, Cervantes, Boccaccio, Camus, Defoe, François Villon, Thomas Mann, Aldous Huxley y George Orwell, entre otros.

Se cierra esta edición retomando el artículo “La huelga del Ferrocarril de Antioquia, 1934” como un homenaje póstumo a su autora, la profesora de la Sede Ana Catalina Reyes Cárdenas; trabajo que fue publicado inicialmente en la edición 12 de 1982 cuando ella aún era estudiante, lo que mostraba desde entonces su calidad académica y el promisorio futuro de quien, además de ser ampliamente reconocida en ámbitos culturales nacionales y del extranjero, también se desempeñó con plena solvencia como Decana de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas y Vicerrectora de la Sede Medellín de la Universidad Nacional de Colombia. El artículo se ha ajustado a la normativa de citación APA y se han actualizado unos pocos detalles ortográficos.

Antes de dar paso al contenido de la revista propiamente, también debe hacerse un comentario sobre las imágenes que acompañan este número

en la carátula y en los separadores, que hacen parte de la producción plástica de la profesora de la Facultad de Arquitectura de la Sede Dora Lucía Mejía Arango. Las imágenes corresponden a creaciones realizadas durante la pandemia. La carátula alude al problema de salud actual y los consecuentes aislamientos como una situación global que involucra a todos los seres del planeta y sus dinámicas interconectadas, y muestra que, paradójicamente, la obligada separación debería llevar a la comprensión de los vínculos naturales rotos por una actitud racionalizadora equivocada. “Divertimento” es el nombre del proyecto que la artista ha desarrollado con su hijo Camilo Pérez Mejía durante el 2020 y el 2021 a propósito del confinamiento, en el cual realizan pequeñas piezas en video construyendo el aspecto visual a partir de arreglos para violonchelo de algunas melodías conocidas, logrando composiciones audiovisuales de gran potencia. A este proyecto pertenecen las imágenes de los separadores que corresponden al video *Ella giammai m’amò*, fragmento del aria del mismo nombre de la ópera *Don Carlo* de Giuseppe Verdi, que narra la historia del matrimonio convenido políticamente del rey Felipe II de España con una princesa francesa mucho más joven, que nunca lo amó y de quien sospecha que le es infiel con su propio hijo; tal angustia por la duda del engaño lo atrapa obsesivamente en una prisión mental que lo confina hasta clamar por su descanso mortal. La versión musical para chelo de esta obra es de Camilo. Estos separadores del aria de la ópera tienen un código QR que remite al video instalado en la plataforma YouTube, lo que permite expandir la experiencia estética de su percepción gráfica. *Piel canela*, tema compuesto por el músico y cantante puertorriqueño Bobby Capó, inspiró la obra de la cual se extrae el segundo grupo de separadores, que también pertenece a “Divertimento”; como un contrapunto de época y de mestizaje de etnias colombianas que comparten matices de la piel canela, una colección de hermosos y jóvenes rostros femeninos proponen un juego estético entre la letra de la canción —de inmensa universalidad y pegajosa recordación— y los códigos sentimentales; ambos, letra y mensaje, son relacionables con la valoración de lo realmente significativo y el necesario autocuidado para proteger a los otros, porque —como lo pregona la canción— importan tanto que dan sentido a la existencia; así, se pone en consonancia la intención concientizadora de la obra con una de las enseñanzas que se puede extraer de la grave calamidad actual. El tercer conjunto de separadores hace parte de *Paisaje de confinamiento*, un video con el registro del progresivo crecimiento de una construcción frente a la casa de la artista, que muestra otro obligado confinamiento: el paisajístico, al que se expone sin remedio la mayoría de la población urbana del planeta. Este grupo de separadores también tiene un código QR para ver el video en la aplicación informática Instagram.

El epígrafe de esta presentación, frase del médico griego Hipócrates, invita a la pausa, al cuestionamiento, al descanso, al receso. Las imágenes televisadas al inicio de esta pandemia, cuando medio planeta estaba confinado en sus hogares, mostraron la naturaleza retomando su espacio, la reducción de gases con efecto invernadero, el retorno de la fauna a los escenarios urbanos: un atisbo de salvación, un alto en la carrera loca de tener para abrir campo al ser; un espacio de quietud “musicalizado” con *4'33''*, la obra de John Cage creada en 1952 con las instrucciones para que los músicos no toquen durante los tres movimientos de la pieza, de tal manera que el público sea habitado por los sonidos del ambiente en una actitud zen completamente silenciosa.



Dora Mejía, *Ella giammai m'amò*, proyecto “Divertimento”, 2020, infografía, 40 × 48 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo

*Solamente había inmovilidad y silencio en la oscuridad,
en la noche*

Epidemias en la Ciudad de México

*durante la época virreinal**

Martha Raquel Fernández García

(México, 1952-v.)

Licenciada en Historia, Magíster y Doctora en Historia del Arte de la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesora Titular de la misma institución. Columnista, autora de varios libros, numerosos capítulos y artículos. Miembro del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios y de la Academia Mexicana de Ciencias. Ponente en congresos nacionales e internacionales. Recibió el reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz y el Premio Universidad Nacional, otorgados por la UNAM.



Resumen

Las epidemias han acompañado al hombre a lo largo del tiempo; la diferencia de cada una estriba en la forma en que cada sociedad, en su momento histórico, las ha afrontado con los medios médicos, sociales, económicos e incluso religiosos a su alcance. En este artículo abordo algunas pestes famosas que afectaron a la población de la Ciudad de México entre los siglos *xvi* y *xviii*, las causas que las propiciaron, los síntomas de los pacientes, los esfuerzos de los médicos para encontrar un remedio, las medicinas con las que contaron, el papel central de la herbolaria indígena, los hospitales y las casas de hospitalidad que se establecieron y, finalmente, los rituales religiosos que se desarrollaron en busca del alivio divino, entre los que se destacan las procesiones y el nombramiento a la Virgen de Guadalupe como patrona de la Nueva España en el año 1739.

Palabras clave

Epidemias, Ciudad de México, Virgen de Guadalupe, virreinato.

* Este trabajo es una versión actualizada, ajustada y ampliada del artículo “Las epidemias en la ciudad de México durante el siglo *xvi*”, publicado en la revista electrónica *Imágenes* del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Introducción

La Ciudad de México ha tenido una larga historia de epidemias desde la época prehispánica, que sus habitantes han enfrentado de muy diversas maneras, dependiendo, claro, del grado de avance de la medicina, la disponibilidad de médicos especialistas y de las condiciones de vida que han tenido a lo largo de su historia. En este artículo abordo las epidemias más famosas que se padecieron durante la época virreinal, un momento histórico que arrancó con la conquista española en el año de 1521 y culminó en 1821, cuando se consumó la Independencia. Un periodo de enorme interés en el que no solamente podemos conocer de las enfermedades que aquejaron a la población, sino, principalmente, de los usos y las costumbres que, en buena medida, las propiciaron y de los muchos esfuerzos de carácter social, científico y religioso que ayudaron en su alivio. Es así que este artículo se divide en cinco temas: las epidemias que se padecieron a lo largo de los tres siglos del periodo colonial; algunas de las causas que las motivaron, entre las que se destaca el muy rudimentario sistema de sanidad que tuvo la ciudad virreinal; los médicos y las medicinas de las que se echaron mano, incluida, desde luego, la herbolaria indígena; los hospitales con los que se pudo contar, algunos fundados desde el siglo XVI, y, finalmente, las herramientas religiosas de las que se auxiliaron los habitantes para buscar el remedio en Dios.

Epidemias

Desde la llegada de los españoles se presentaron en la Ciudad de México enfermedades que los indígenas no conocían y para las que no tenían remedios, por lo que con facilidad se convirtieron en epidemias que afectaron principalmente a su población.

De acuerdo con Motolinía, la primera gran peste que padecieron fue la viruela, en el año de 1520. El cronista nos informa que esta enfermedad fue conocida como “la gran lepra” o *hueyzahuatl*, “porque desde los pies hasta la cabeza se hincharon de viruelas, que parecían

leprosos [...] e hoy en día en algunos que de aquella enfermedad escaparon [...] todo el rostro les quedó lleno de hoyos”. Según su versión, “en algunas provincias morían la mitad de la gente, y en otras, poco menos” (Motolinía, 1971, p. 21). Esta epidemia se presentó varias veces durante la época virreinal, y aunque no se levantaron censos del número de fallecidos en todas, sabemos que en la de 1779 murieron alrededor de 11.000 personas; mientras que en la de 1797 el número se redujo a 7.068, gracias a la aplicación de una vacuna, lo que nos da idea de la gravedad que tuvo (Sedano, 1989, t. III, pp. 91-92).

La segunda epidemia que se presentó en el siglo XVI, según Motolinía, fue el sarampión en el año de 1531, cuya fuente de contagio fue un español recién llegado. Nuevamente los indios fueron los más afectados, pero también se les protegió mejor y con esto se consiguió que no murieran tantos como había ocurrido antes. A esta epidemia se le llamó “la pequeña lepra” o *tepitonzahuatl* (Motolinía, 1971, p. 22). Esta enfermedad también tuvo réplicas en los siglos XVII y XVIII; Gregorio Martín de Guijo (1972) relata que en el año de 1659 “sobrevino una peste de sarampión [...] y fue en los indios pequeños tan eficaz, que casi se asolaron los barrios, y murieron muchos indios de fríos y calenturas y sarampión, y muchos niños españoles y personas” (t. II, pp. 122-123), mientras que el alabardero José Gómez hace referencia a otra epidemia de sarampión en octubre del año de 1779, que se presentó combinada con viruela, por lo que la mortandad fue tan alta que el 9 de noviembre el arzobispo Alonso Núñez de Haro bendijo un panteón en el barrio de San Salvador el Seco, para enterrar a los difuntos (Gómez, 2008, pp. 64-66).

Mendieta registró que en 1545 se produjo “la tercera pestilencia grande y general”, cuyos síntomas los describe como “pujamiento de sangre, y juntamente calenturas, y era tanta la sangre, que les reventaba por las narices” (Mendieta, 1997, t. II, p. 198), por lo que algunos investigadores han supuesto que pudo tratarse de *matlazahuatl*, llamado igualmente tabardillo o tabardete (Mandujano, Carrillo Solache y Mandujano,

2003, p. 15).¹ Según Dávila Padilla (1625, p. 118), esta epidemia se llevó la vida de más de 800.000 indios en cinco meses (figura 1.1).



Figura 1.1 José de Ibarra y Baltasar Troncoso, *La epidemia del matlazahuatl de 1736-1739*, grabado de 1743. Fuente: Cabrera y Quintero (1746).

Entre 1576 y 1577 se volvió a presentar el *matlazahuatl* o *cocoliztli*. En el artículo titulado “La epidemia de cocoliztli de 1576”, Malvido y Viesca reproducen el testimonio de varios testigos de aquella peste, entre ellos, los de los médicos Francisco Hernández y Alonso López, quienes, de manera muy precisa, dieron cuenta de los síntomas que se presentaron en los pacientes.

¹ A esta enfermedad también se le llamó *cocoliztli*, y aunque al *cocoliztli* se le suele identificar hoy como salmonelosis entérica y al *matlazahuatl* como tífus exantemático, Elsa Malvido y Carlos Viesca son de la opinión de que se trata del mismo padecimiento porque tenía síntomas muy similares y, además, porque en náhuatl, dicen, *cocoliztli* significa solamente “enfermedad”, mientras que *matlazahuatl* se refiere a “bubas en forma de red”, es decir, una afección con una patología concreta (Malvido y Viesca, 1985, p. 32).

El doctor Hernández, médico de la corte de Felipe II, nombrado por el rey Jefe de Medicina de las Indias, percibió síntomas que se pueden resumir en fiebres muy altas, mucha sed, orinas de color oscuro, el pulso cada vez más debilitado, abscesos detrás de las orejas, los ojos y, en general, el cuerpo, amarillento. Por las fiebres tan altas, los enfermos tenían convulsiones, delirios, temblores y angustia. También se presentaba disentería y, muy especialmente, hemorragias por la nariz y los oídos. Por su parte, el doctor Alonso López, médico del Hospital Real de los Indios, distinguió cuatro fases de la enfermedad: “la primera, fue pararse los enfermos atiriciados; la segunda fue apostemas tras las orejas; la tercera cámaras de sangre y flujo de sangre por la nariz (la cuarta)” (Malvido y Viesca, 1985, pp. 27-28). Según algunos relatos, murieron entre uno y dos millones de indígenas (Dávila Padilla, 1625, pp. 516-517). Esta enfermedad tuvo brotes epidémicos varias veces, pero los más famosos fueron los de los años 1694-1695 y 1736-1739. La primera, básicamente, porque a consecuencia de ella, el 17 de abril de 1695, murió Sor Juana Inés de la Cruz, la escritora más notable de la historia de México.

La epidemia de *matlazahuatl* que se presentó de 1736 a 1739 comenzó en un obraje del pueblo de Tacuba a finales del mes de agosto de 1736, y en pocos días se apoderó de la capital de la Nueva España; su tiempo de duración fue de tres años y los cronistas calculan que acabó con la vida de 40.157 personas, especialmente indígenas (Sedano, 1989, t. III, pp. 27-28). En esa ocasión, los síntomas que observó Cayetano de Cabrera y Quintero (1746) fueron fiebres muy altas, delirios, vómitos, la orina delgada y negra, sordera, hemorragias nasales, “un fuerte dolor en una pierna, que a breve tiempo atormentaba todas las partes inferiores” (t. I, p. 35). A los cien días, “turbábase el vientre con coléricas conmociones, quebrada en flujos y en disenterías, con dolores” (t. I, p. 69). Cabrera y Quintero también se refirió a lo que llamó “las pasiones del ánimo”, particularmente entre los indios, es decir, a los aspectos que hoy definiríamos como psicológicos que en tiempos de peste afectaban a la población (Cabrera y Quintero, 1746, t. I, pp. 35, 69).

En la época virreinal también se presentó otra enfermedad que llegó a convertirse en epidemia, denominada “dolor de costado”. Esta es una pleuresía que se daba con dolor agudo de costado, fiebre y expectoraciones sanguinolentas. De ella se pueden citar dos noticias representativas de su riesgo; una tuvo lugar a principios de febrero de 1659 y se manifestó “con calenturas, que si se sangraban morían, y si no se quitaban por sudor y ayudas al tercer día, y luego volvían a repetir con dolores de costado, de que morían” (Guijo, 1972, t. II, p. 116). La del año de 1784 comenzó en enero, pero para el mes de abril todavía no había terminado y “causó mucha mortandad” (Sedano, 1989, t. II, p. 29).

Causas de las enfermedades y epidemias

Entre los siglos XVI y XVIII la Ciudad de México era considerada por los cronistas, incluso por los viajeros, como una de las mejor urbanizadas del mundo, principalmente porque era una ciudad moderna para su tiempo, sin murallas, con un trazo ortogonal que permitía calles anchas y en línea recta, lo que, en teoría, haría posible su adecuada ventilación. Sin embargo, su traza no fue efectiva para ese fin en concreto porque el aire estaba contaminado, problema del que dio cuenta José Antonio Alzate en 1792, cuando explicó que “poco después de nacido el sol, o antes de ocultarse, se ve el cielo de México, de los sitios distantes dos o tres leguas, muy ofuscado: parece que una delgada nube lo cubre, y esta es señal segura de que su atmósfera no es muy sana” (Alzate, 1831, t. IV, pp. 337-340).

Según Alzate, una de las causas de ese cielo ofuscado eran las polvaredas, provocadas por los muy malos empedrados, donde los había, porque la mayoría de las calles eran solo de tierra apisonada. De esas nubes de polvo también dieron cuenta otros cronistas como Antonio de Robles, quien registró que el miércoles 26 de julio de 1702, día de Santa Ana,

después de las tres de la tarde, comenzó un huracán grandísimo de los cuatro vientos que levantó una gran polvareda, de suerte que oscureció el sol; duró hasta

casi las cinco, y se tocó a plegaria en todas las iglesias y en la Catedral, y se maltrataron algunas vidrieras de ella (Robles, 1972, t. III, pp. 225-226).

Por su parte, José Gómez (2008, pp. 140, 172) refirió hechos semejantes en los años 1785 y 1787.

A eso se agregaba la actividad humana y la poca higiene con que se llevaba a cabo, porque su sistema de sanidad era, en verdad, muy precario. Por las noches se prendían fogones para hacer diversos cocimientos y las llamadas “candeladas”, o sea, la quema de “yerba seca, petates u otras materias combustibles”. Asimismo, los artesanos solían salir a las calles “ya a aserrar o desbastar maderas, ya a hervir cola, ya a partir cueros, y ya a varias labores o ejercicios según el de cada uno”. También tenían la costumbre, a las afueras de la ciudad, de hacer agujeros para sacar tierra para las macetas o hacer adobes, que después se llenaban “de inmundicia, animales muertos y de aguas que se corrompen” (*Reflexiones y apuntes*, 1984, p. 57).

Además, se sumaba que en las calles se arrojaba toda clase de desperdicios. Francisco Sedano las definía como “muladares”, que tenían en cada esquina “un grande montón de basura”, además de las que se acumulaban en las puertas de las vecindades, de manera que, “cuando de tarde en tarde se quitaba un montón de basura, al removerlo, salía un vapor pestífero a modo de humo” (Sedano, 1989, t. I, pp. 54-55) y por si faltara algo, “con toda libertad, a cualquier hora del día se arrojaban a la calle y a los caños los vasos de inmundicia, la basura, estiércol, caballos y perros muertos” (Sedano, 1989, t. I, p. 54), animales que se descomponían a cielo abierto o eran devorados por zopilotes (Alzate, 1831, t. III, p. 353).

Los puestos de comida en la calle también fueron causa de suciedad y humo provocado por los fogones que encendían para preparar los alimentos. Un cronista decía que no había calle o plaza donde no se guisara, y además explica que una de las costumbres de la población “era comer y beber y muy a menudo [...]”

cuya irregularidad influye mucho en la limpieza por los desahogos naturales que no contienen al momento que instan, sin perdonar publicidad o concurrencia alguna” (*Reflexiones y apuntes*, 1984, p. 61).

En aquel tiempo, también consideraron a las lagunas sobre las que estaba asentada la ciudad, sus acequias y sus canales como una importante fuente de enfermedades. En el siglo XVIII, el médico Juan de Barrios afirmó: “que en el mundo no hubiera mejor Ciudad, que ésta de México, como no tuviera tantas acequias y se recogiera tanta agua alrededor de ella, por lo cual es sujeta a [...] tabardetes” (Cabrera y Quintero, 1746, t. I, p. 33). También culpaban a las lagunas de lo que llamaban miasmas, esto es, “fluidos malignos que se desprendían de cuerpos enfermos, de materias corruptas o aguas estancadas”, y causaban enfermedades como la viruela y el escorbuto (Rodríguez, 2000, p. 30).

Problema importante fue el agua para uso doméstico, porque no todos tuvieron acceso a lo que se llamaba “merced de agua”, es decir, el derecho a contar con una fuente en su casa por el costo que implicaba (figuras 1.2 y 1.3), así que solo las dependencias de carácter oficial civil y religioso, y los vecinos ricos, tuvieron pozos en sus patios, pero la mayoría de los ciudadanos debían acudir a las pilas públicas que casi siempre estaban sucias.

Francisco Sedano (1989) relata que la fuente de la plaza mayor

fue una muy grande inmundicia, el agua estaba hedionda y puerca a causa de que metían dentro para sacar agua, las ollas puercas de la comida de los puestos [del mercado] y también de las asaduras para lavarlas. La indias y gente soez, metía dentro los pañales de los niños estando sucios, para lavarlos fuera con el agua que sacaban (t. III, pp. 41-42).



Figura 1.2 Patio del antiguo claustro del Convento de San Felipe Neri “el Viejo”, 1684. Arquitecto Cristóbal de Medina Vargas. Fuente reconstruida en el siglo XX. Hoy oficinas de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, calle de República del Salvador, Centro Histórico de la Ciudad de México. Foto: Martha Fernández.



Figura 1.3 Fuente de la antigua casa de los condes de San Bartolomé de Xala, 1764. Arquitecto Lorenzo Rodríguez. Hoy restaurante y tienda Sanborns, calle de Venustiano Carranza, Centro Histórico de la Ciudad de México. Foto: Martha Fernández.

Si esto ocurría en la fuente de la plaza mayor, ubicada frente al palacio virreinal, podemos imaginar la suciedad que tenían las otras pilas de la ciudad (figura 1.4).



Figura 1.4 Fuente del Salto del Agua, 1779 (réplica). Arquitecto Ignacio Castera. Antiguo cruce de caminos a las afueras de la ciudad, hoy Eje Central Lázaro Cárdenas. Foto: Martha Fernández.

Las inundaciones y las sequías también provocaron enfermedades y epidemias. De acuerdo con Vicente Riva Palacio, la primera vez que se inundó la Ciudad de México fue en el año de 1553 y, en su opinión, quizá fue la causa de una peste que se presentó en el año de 1554 (Riva Palacio, 1981, t. III, p. 363). Según Francisco Sedano ese problema se repitió los años 1580, 1604, 1607 y 1627 (Sedano, 1989, t. III, p. 69), pero la inundación más importante, prolongada y dañina, fue la que ocurrió el 22 de septiembre de 1629 y se prolongó por cinco años, hasta el de 1634. El agua subió, “donde menos, dos varas de alto”, dice Sedano (1989, t. II, p. 69) y Vicente Riva Palacio comenta que entre los estragos que causó fue el desplome de muchas casas. De acuerdo con los datos que recogió, “en un mes habían perecido ahogados o entre las ruinas [...] más de treinta mil personas y emigrado más de veinte mil familias, quedando apenas cuatro mil en la ciudad” (Riva

Palacio, 1981, t. IV, p. 129). Tan peligrosas como las inundaciones fueron las sequías que causaban hambruna y muchas enfermedades; algunas comenzaban con catarro y acababan “en dolor de costado o tabardillo” (Robles, 1972, t. I, p. 36).

Por último, una de las causas por las que las epidemias se diseminaban y se prolongaban era porque solamente aislaban a los enfermos y, si acaso, a las personas que vivían con ellos, pero el resto de la población hacía su vida normal, sin ninguna protección. Vicente Riva Palacio relató que durante la epidemia de *matlazahuatl* de 1576-1577, “los religiosos y las mujeres acudían solícitos a las casas de los apestados llevándoles los consuelos de la religión, alimentos, ropa y medicinas”, por lo que murieron “muchos franciscanos, ocho dominicos y uno de los superiores de los jesuitas” (Riva Palacio, 1981, t. III, p. 431). Cayetano de Cabrera y Quintero también comentó que en la epidemia de *matlazahuatl* de 1736, no se procuraron “precauciones prudentes de medicinales sahumerios, vapores, riegos, separación de los enfermos, cautela de sanos y otras” (Cabrera y Quintero, 1746, t. I, p. 34). De esta manera, las aglomeraciones en los mercados, en las fuentes públicas o en las procesiones para pedir el alivio a la enfermedad, fueron factores que impidieron el adecuado control de las epidemias; además, nunca se prohibieron los viajes de personas y de mercancías por todo el territorio de la Nueva España. Las carretas con los bastimentos que llegaban a la ciudad se estacionaban en la aduana ubicada en la Plaza de Santo Domingo, a solo dos calles al norte de la Catedral, sin que nadie revisara las condiciones sanitarias que tenían los productos que transportaban.

Médicos y medicinas

En la Ciudad de México, la primera disposición para controlar la actividad médica fue expedida por el Cabildo el 13 de enero de 1525, cuando se asignó “un salario de cincuenta pesos anuales a Francisco de Soto, barbero y cirujano” (O’Gorman y Novo, 1970, p. 13). Pero pronto llegaron galenos de España para formar el

Protomedicato, cuya función fue controlar a los médicos, cirujanos barberos, boticarios y a todos aquellos que tuvieran una actividad relacionada con la salud pública. Además, en la Universidad se creó la cátedra de Prima de Medicina el año de 1575 y en 1630 se fundó el Tribunal del Protomedicato. Los médicos también contaron con el auxilio de los cirujanos barberos quienes se hacían cargo de practicar las sangrías, vendían ungüentos, hacían las veces de odontólogos y extraían las muelas y los dientes dañados, aplicaban ventosas y ponían enemas. Igualmente, fueron muy importantes los boticarios que preparaban y vendían las medicinas.

Pero, además, la Nueva España tuvo el privilegio de aprovechar también los beneficios de las plantas medicinales que utilizaron no solamente los indígenas, sino también los españoles desde el siglo XVI, y sus médicos eran considerados tan buenos y acertados que Motolinía (1971) reconoció que “tienen sus médicos [...] experimentados, que saben aplicar muchas yerbas y medicinas [...] y hay algunos de ellos de tanta experiencia, que muchas enfermedades viejas y graves que han padecido españoles largos días sin hallar remedio, estos indios las han sanado” (p. 160) (figura 1.5).



Figura 1.5 Puesto de herbolaria. Museo de la Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, antiguo Palacio de la Inquisición, Plaza de Santo Domingo, Centro Histórico de la Ciudad de México. Foto: Martha Fernández.

Tan importante fue la medicina indígena durante el virreinato, que entre las disposiciones que estableció Felipe II para el Protomedicato de América se encuentra una en la que ordena que los médicos que fueran a las Indias tomaran relación de “todas las yerbas, árboles, y semillas medicinales, que hubiere en la Provincia donde se hallaren” (*Recopilación de leyes*, 1791, t. II, p. 139) y enviaran a la metrópoli las que allá no existieran.

Como mencioné antes, en 1570 el propio Felipe II nombró al médico de la corte, Francisco Hernández, como Jefe de Medicina de las Indias y lo instruyó para que viajara a México a estudiar el medioambiente y, en especial, la aplicación de las plantas medicinales. De sus estudios resultó el llamado *Tesoro mexicano*, publicado en Roma en 1648 y en España en 1651. Caben mencionar también dos obras notables que se ocupan del mismo asunto: el llamado *Códice De la Cruz-Badiano*, escrito por los médicos indígenas Martín de la Cruz y Juan Badiano en el año de 1552, así como el libro XI de la *Historia general de las cosas de Nueva España* escrito por fray Bernardino de Sahagún entre 1540 y 1585, conocido como *Códice florentino* (figura 1.6).



Figura 1.6 Sala de herbolaria. Museo de la Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, antiguo Palacio de la Inquisición, Plaza de Santo Domingo, Centro Histórico de la Ciudad de México. Foto: Martha Fernández.

Es así que la medicina que se practicó en la Nueva España fue combinada entre la occidental y la indígena. Gerónimo de Mendieta relata que durante una peste que se presentó en Texcoco entre los indios *matlazincas* a fines de 1595 y principios de 1596, Fray Juan Bautista, guardián del convento franciscano, se hizo ayudar de un boticario y en la portería practicaban sangrías,

y allí reposaban un rato, y luego se les daban jarabes de cañafistola y agua templada, y lamedores a los que los había menester por la mucha tos [...] a las preñadas, que no se les podían hacer sangrías, les echaban ventosas sajas en las espaldas, y se les daba la contrayerba de su enfermedad, que en lengua de México se llama *cohuanepilli*, echada en el vino blanco que hacen los indios, caliente; con que sanaban. A los niños los sajabán de las piernas y les daban el *cohuanepilli*. A todos los enfermos les daban purga de una singularísima raíz que llaman *matlalitzic*, mucho mejor que la de Michuacan o de otra raíz que llaman *ytztic tlanoquiloni*, a otros se les daba cañafistola, conforme a lo que cada uno había menester [...]. Estas purgas se les daban para que las llevaran consigo, diciéndoles cómo las habían de tomar (Mendieta, 1997, t. II, pp. 198-199).

En el caso de la epidemia del *matlazahuatl* del año de 1736, Cayetano de Cabrera y Quintero informa de algunos remedios que utilizaron para tratar de curar esa enfermedad, tomados de los apuntes del doctor Joseph de Escobar y Morales, tales como:

Agua de Scabiosa, ocho onzas de Agua Triacal alcanforada, de Agua Espiritual de Cardenal Santo; de cada una, una dragma, Sal volátil de cuerno de ciervo diez granos: Jarabe de Culantrillo, lo que sea bastante a dulzorar, todo se mezcla para una toma (Cabrera y Quintero, 1746, t. I, pp. 38-39).

Otra receta que proporcionó el doctor Escobar y Morales fue: “Vinagre fuerte, una libra; nitro, una onza; alcanfor, una onza, disuélvase al fuego para fomentos”. Otra más: “Trociscos de víboras, medio escrúpulo, sal volátil de carabe, ocho granos; azafrán en polvo, seis granos, juntos para una vez en agua viperina” (Cabrera y Quintero, 1746, t. I, pp. 38-39).

En relación con la viruela y el sarampión, José Antonio de Alzate publicó un “método indicado por un médico de Besanzón”, Francia, basado en sahumeros de azufre (Alzate, 1831, t. IV, pp. 283-284); sin embargo, para 1779 ya se contaba con una vacuna para la viruela que fue aplicada por el doctor Esteban Morel en el hospital de San Hipólito. En esa ocasión fueron pocos los que se vacunaron por lo que el número de muertes se calcula que fue de alrededor de 11.000 personas. En 1797 regresó la viruela a la ciudad, pero esta vez se aplicó la vacuna en una casa particular, con mejores efectos, pues solo murieron el 10 % de las 70.000 personas que enfermaron (Sedano, 1989, t. III, pp. 91-92).

Del mismo modo, José Antonio de Alzate expuso tres fórmulas para aliviar el dolor de costado, que pueden resumirse de la siguiente manera: la primera, emplastos de cataplasma de salvado, estiércol de caballo, manzanilla, sal y vino blanco (o vinagre u orina humana), aplicados sobre la parte dolorida tres o cuatro veces al día. La segunda, tomar tres o cuatro tazas al día de cocimiento de *guatecomate* endulzado con miel virgen. La tercera, practicar “una sangría de tres o cuatro onzas, según su edad o vigor, del brazo del mismo lado del dolor”, o bien poner “sanguijuelas sobre el mismo dolor, hasta sacar con ellas cuatro onzas de sangre” (Alzate, 1831, t. IV, pp. 284-286).

Hospitales, casas de hospitalidad y otros establecimientos

Para atender a los enfermos, desde el siglo XVI se establecieron hospitales en la Ciudad de México; el más antiguo es el que se fundó con el nombre de Nuestra Señora u Hospital de la Concepción y que hasta hoy es conocido con el nombre de Hospital de Jesús (figura 1.7). Fue creado por Hernán Cortés hacia el año de 1521 y lo puso a cargo de fray Bartolomé de Olmos (Muriel, 1990, t. I, p. 38). Su edificio fue objeto de reconstrucciones, ampliaciones y modificaciones a lo largo del tiempo, pero todavía existe y conserva su función.



Figura 1.7 Patio del Hospital de Jesús, siglo XVI, Avenida José María Pino Suárez, Centro Histórico de la Ciudad de México. Foto: Martha Fernández.

Además, se fundaron dos hospitales de San Lázaro para atender a los leprosos: el primero, entre 1521 y 1524, en un sitio llamado la Tlaxpana y su origen también ha de atribuirse a Hernán Cortés; lamentablemente, el oidor Nuño de Guzmán lo destruyó hacia el año de 1528 y no fue sino hasta 1572 cuando pudo abrir sus puertas el nuevo hospital, gracias a los esfuerzos del doctor Pedro López (Muriel, 1990, t. I, pp. 6-7, 249-250).

En 1531, los franciscanos fundaron el primer hospital para atender a los indios bajo el título de San José, pero hacia la segunda mitad del siglo ya se encontraba casi abandonado, así que gracias al patronato del príncipe Felipe, se erigió el nuevo hospital en el barrio de San Juan con el título de Real de San José, el cual, con el tiempo, se conocería solo como Hospital Real de los Indios o De los Naturales, ya bajo la jurisdicción del gobierno virreinal (Muriel, 1990, t. I, pp. 128-129).

En 1539, fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, fundó el Hospital del Amor de Dios, dedicado a los enfermos de sífilis. Él mismo edificó su primera sede en el año de 1540 (Muriel, 1990, t. I, pp. 155-157). Bernardino Álvarez, por su parte, estableció el Hospital de San Hipólito para enfermos dementes en 1566, que

quedó bajo el cuidado de la Congregación de los Hermanos de la Caridad (Muriel, 1990, t. I, pp. 202-204).²

En 1582, el doctor Pedro López, quien ya había fundado el Hospital de San Lázaro, estableció el Hospital de la Epifanía, para atender a los enfermos de las razas y castas marginadas, como negros, mulatos y mestizos. Además, instituyó la Cofradía de Nuestra Señora de los Desamparados para recoger a niños mestizos, hijos de uniones ilegítimas que muchas veces eran abandonados. Después de su muerte, su hijo Jusepe López lo entregó a los juaninos y gracias a la fama alcanzada por la cofradía toda la institución llegó a denominarse Hospital de los Desamparados de San Juan de Dios (Muriel, 1990, t. I, pp. 259-260) (figura 1.8).



Figura 1.8 Patio principal del antiguo Hospital de los Desamparados de San Juan de Dios, hoy Museo Franz Mayer, siglo XVIII, Plaza de la Santa Veracruz, Avenida Hidalgo, Centro Histórico de la Ciudad de México. Foto: Martha Fernández.

Para finales del siglo XVIII, la Ciudad de México tenía trece hospitales; además de los mencionados se habían abierto el de San Pedro de la archicofradía de la Santísima Trinidad, para sacerdotes; el del Espíritu Santo, que, como el de los Desamparados, estaba a cargo de

² De acuerdo con Josefina Muriel, la congregación obtuvo el reconocimiento de religión de parte del papa Inocencio XIII el año de 1700 y la colocó bajo la regla de San Agustín.

los hermanos de San Juan de Dios, y el de San Antonio Abad, “para los contagiados de su fuego”, esto es, el llamado “fuego sacro”, “mal leonino” o “mal de San Antón” (Muriel, 1990, t. I, pp. 11-12). Asimismo, existieron el Hospital Real del Divino Salvador, para mujeres dementes, el Hospital de los Terceros, atendido por la Orden Tercera de los franciscanos, el Hospital de San Andrés que primero estuvo a cargo de los jesuitas, pero tras su expulsión de los territorios de España, el gobierno lo dedicó a hospital general para ambos sexos y, finalmente, el Hospital de Convalecientes de Nuestra Señora de Belén y San Francisco Javier, fundado desde 1675 (Muriel, 1990, t. II, p. 98) (figura 1.9). Igualmente, los conventos de frailes y de monjas contaban con enfermerías y boticas bien surtidas, además de médicos a su servicio.



Figura 1.9 Patio del antiguo Hospital de Convalecientes de Nuestra Señora de Belén y San Francisco Javier, 1766. Arquitecto Lorenzo Rodríguez. Hoy Museo de Economía, calle de Tacuba, Centro Histórico de la Ciudad de México. Foto: Martha Fernández.

No obstante, el número de hospitales durante las epidemias se llegaron a saturar. En 1777, Juan de Viera relata que el Hospital Real de los Indios tenía normalmente entre trescientos y cuatrocientos pacientes, pero, durante las epidemias llegaron a atender más de mil quinientos (Viera, 1992, p. 82). Igualmente, durante la epidemia

del *matlazahuat*, que comenzó en agosto de 1736, los hospitales se llenaron, de manera que las autoridades procedieron a buscar casas que pudieran servir como hospitales, especialmente en los barrios de indios que rodeaban el centro de la ciudad; a esas habitaciones adaptadas para hospital las llamaron “Casas de Hospitalidad” (Cabrera y Quintero, 1746, t. I, pp. 83-85). Del mismo modo, Francisco Sedano cuenta que, en las epidemias de viruela de los años 1761 y 1779, se tuvieron que poner varios hospitales provisionales en casas particulares de los barrios que quedaron a cargo “de la piedad de los vecinos pudientes” (Sedano, 1989, t. III, pp. 91-92).

El auxilio de Dios

Además de contar con los servicios hospitalarios y los conocimientos de médicos, barberos y boticarios, los habitantes de la Ciudad de México también confiaban en el alivio que Dios les proporcionaría; en consecuencia, los servicios religiosos y las procesiones tuvieron una enorme importancia. Lo más frecuente fue que “bajaran” en procesión a la Virgen de los Remedios, cuyo santuario se encontraba, como ahora, en una colina del pueblo de Naucalpan, conocido en aquel tiempo como Otomcapulco. Pese a que fue traída por los españoles y se le consideraba la Virgen Conquistadora, tradiciones que la vincularon con la salvación de un indio enfermo, a quien le solicitó que le erigieran un santuario, la convirtieron en una imagen devocional importante. La llevaban a la parroquia de la Santa Veracruz, donde le ofrecían una misa y de ahí a la Catedral donde, además, se llevaban a cabo rogativas para el alivio de las epidemias y otras desgracias como sequías e inundaciones. De acuerdo con las crónicas, la Virgen de los Remedios “bajó” en 1577 y 1594 por el *matlazahuatl*; por secas, en 1597, 1616, 1639 y 1641; por inundaciones en 1642 y 1653; en 1663 y 1667, por epidemia de viruela y, en diversas épocas, por hambrunas.

Pero no fue la única imagen que sacaron en procesión cuando las adversidades afectaron la vida de la ciudad. Por ejemplo, durante una peste de viruela que se pre-

sentó a mediados de 1663, sacaron a Nuestra Señora de la Asunción de la Iglesia de Santa María la Redonda; por otra de la misma naturaleza, en 1659, llevaron al Santo Cristo de la Columna de la Parroquia de Santa Catalina Mártir y a San Roque del Convento de San Francisco. En otra peste igual, que se presentó a finales de 1779, desfilaron el Señor de los Siete Velos de la Parroquia de la Santa Veracruz y la imagen de Santa Teresa. Asimismo, por una epidemia de dolor de costado, en febrero de 1784 aparecieron por las calles Nuestra Señora de la Soledad del Campo Florido, del Convento de San Juan de la Penitencia, Nuestra Señora de Nativitas y las imágenes de Santo Domingo, San Pedro y la Virgen del Rosario, del Convento de los Dominicos.

Durante la epidemia de *matlazahuatl* que se desarrolló de 1736 a 1739, sacaron en procesión, hasta la Catedral, un total de diecisiete imágenes, más algunas particulares de los conventos de monjas. Como con las primeras parecía que la epidemia no cesaba y la gente pedía que se acudiera a advocaciones más efectivas, las autoridades recurrieron a cuatro que, según las creencias de la época, habían salvado a la Ciudad de México de pestes anteriores, ellas fueron: la Virgen de Loreto, la Virgen de los Remedios, el Cristo del Cardenal y la Virgen de Guadalupe. Las tres primeras salieron antes, pero la enfermedad avanzaba de manera alarmante, así que en enero de 1737 las autoridades decidieron proponer como protectora de la Ciudad de México contra la epidemia y patrona universal de la Nueva España a la Virgen de Guadalupe, lo que el Cabildo Eclesiástico autorizó el 16 de mayo de 1739.

Ese mismo día se organizó una gran fiesta para recibir a la Virgen, que no sería la imagen original, sino una de bulto. Se adornaron los balcones y se hicieron varios grabados con la imagen de la guadalupana que se colocaron en los muros de las casas y, por supuesto, se organizó una procesión que salió de la portada poniente de la Catedral, dio la vuelta a la plaza mayor y volvió a entrar al templo. Para finales de mayo de 1739 la epidemia comenzó a aplacarse, por lo que se organizó una misa en la Catedral para celebrarlo, y claro, en

el imaginario de la sociedad novohispana, la Virgen de Guadalupe habría obrado el milagro, por lo que la convirtió en su símbolo de identidad (figura 1.10). En 1746 el papa Benedicto XIV aprobó el patronato y el año de 1754 la nombró Reina de la América Septentrional (Cabrera y Quintero, 1746, libros 2-4). Su relevancia en la historia política, religiosa y cultural de México tiene repercusión hasta nuestros días.



Figura 1.10 *Imagen de María Santísima de Guadalupe*, Marcos Cipac (atrib.), siglo XVI, óleo sobre ayate, 1,95 × 1,05 metros. Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe, Ciudad de México. Foto: Archivo Fotográfico “Manuel Toussaint”, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México.

Una reflexión final

La historia, como fuente inagotable de conocimiento, nos enseña de las experiencias del pasado para darnos cuenta de que siempre se han padecido terribles enfermedades que, por diversos motivos, se han convertido

en epidemias. Cada sociedad, según el tiempo histórico que le tocó vivir, las ha enfrentado con los recursos disponibles y de acuerdo con sus propias creencias. En el México virreinal, la medicina quizá no tuvo la efectividad expedita que seguramente hubieran deseado sus afligidos habitantes, sin embargo, es claro que los médicos y las autoridades mostraron mucho empeño en salvar la mayor cantidad de vidas posibles; el aprovechamiento de medicinas y procedimientos médicos indígenas y occidentales, así como la solidaridad de la sociedad, la caridad de las órdenes religiosas y la fe en sus imágenes, jugaron un papel de primera importancia.

En la actualidad, los avances científicos han podido dar una respuesta más rápida a la pandemia del SARS-CoV-2, sin embargo, también hoy la solidaridad y el sentido de caridad de la sociedad han sido factores determinantes para la sobrevivencia en medio de la crisis y, en cierta forma, un alivio frente a este problema de salud; para ello, han sido de enorme importancia los novedosos medios de comunicación con los que ahora hemos podido contar. En el futuro, sin duda, habrá nuevas epidemias y, seguramente también, mejores recursos científicos y más sorprendentes formas de comunicación; sin embargo, lo aprendido por la historia en cuanto a la necesidad de empatía social y ayuda mutua se mantendrá, mientras el hombre siga siendo un ser humano.

Referencias

- Alzate, J. A. (1831). *Gacetas de literatura de México* [4 tomos]. Reimpreso en la oficina del Hospital de San Pedro, a cargo del ciudadano Manuel Buen Abad.
- Cabrera y Quintero, C. (1746). *Escudo de armas de México*. Impreso en México por la viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal, impresora del Real y Apostólico Tribunal de la Santa Cruzada, en todo este Reino.
- Dávila Padilla, A. (1625). *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores por las vidas de sus varones insignes y casos notables de Nueva España*. Casa de Iván de Mef. R. Beque.
- Gómez, J. (2008). *Diario de sucesos de México del alabardero José Gómez (1776-1798)*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas.
- Guijo, G. M. (1972). *Diario, 1648-1664* [2 tomos]. Editorial Porrúa.
- Malvido, E. y Viesca, C. (1985). La epidemia de cocoliztli de 1576. *Historias*, (11), 27-34. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/historias/article/view/15223>.
- Mandujano, A., Carrillo Solache, L. y Mandujano, M. (2003). Historia de las epidemias en el México antiguo. Algunos aspectos biológicos y sociales. *Revista Casa del Tiempo*. <http://www.uam.mx/difusion/revista/abr2003/mandujano.pdf>.
- Mendieta, G. (1997). *Historia eclesiástica indiana* [2 tomos]. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Motolinía, T. (1971). *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Muriel, J. (1990). *Hospitales de la Nueva España* [2 tomos]. Universidad Nacional Autónoma de México, Cruz Roja Mexicana.
- O’Gorman, E. y Novo, S. (1970). *Guía de las Actas de Cabildo de la Ciudad de México. Siglo XVI*. Fondo de Cultura Económica, Departamento del Distrito Federal.

Recopilación de leyes de los Reynos de las Indias, mandadas imprimir y publicar por la magestad católica del rey don Carlos II. Nuestro Señor (1791) [3 tomos]. Cuarta Impresión. Hecha de orden del Real y Supremo Consejo de las Indias por la viuda de D. Joaquín Ibarra, Impresora de dicho Real y Supremo Consejo.

Reflexiones y apuntes sobre la Ciudad de México (fines de la Colonia) (1984). Departamento del Distrito Federal.

Riva Palacio, V. (1981). *México a través de los siglos* [10 tomos]. Editorial Cumbre.

Robles, A. (1972). *Diario de sucesos notables (1665-1703)* [3 tomos]. Editorial Porrúa.

Rodríguez, M. E. (2000). *Contaminación e insalubridad en la ciudad de México en el siglo XVIII*. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Medicina, Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina.

Sedano, F. (1989). *Noticias de México. (Crónicas de los siglos XVI al XVIII)* [3 tomos]. Departamento del Distrito Federal.

Viera, J. (1992). *Breve y compendiosa narración de la Ciudad de México*. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.



Dora Mejía, *Ella giammai m'amò*, proyecto "Divertimento", 2020, infografía, 40 × 48 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

*Por esta razón fueron inmoladas sus carnes y fueron condenados
a ser comidos y matados*

De tierra, de lodo hicieron la carne

El covid-19

y los sistemas agroalimentarios

Gloria Patricia Zuluaga Sánchez

(Colombia, 1961-v.)

Ingeniera Agrónoma de la Universidad Nacional de Colombia, Especialista en Desarrollo y Mundialización de la Universidad de Ginebra, Suiza, Magíster en Paisaje, Territorio y Recursos Naturales de la Universidad Autónoma de Madrid, España, y Doctora en Agroecología, Sociología y Desarrollo Rural de la Universidad de Córdoba, España. Profesora Asociada de la Universidad Nacional de Colombia. Autora de varios libros y capítulos, y de diversos artículos. Acreedora al Reconocimiento a la Investigación en Agroecología de la SOCLA, 2015.



Resumen

El presente documento quiere aportar a la discusión sobre los sistemas agroalimentarios en relación con la pandemia ocasionada por la presencia del virus SARS-CoV-2, muy particularmente en lo referido a cómo los modos de producción, de distribución y de consumo industrializados de los alimentos crean condiciones socioambientales propicias para problemas sanitarios (para humanos, animales y ecosistemas), así como para situaciones de inseguridad alimentaria —dificultad en el acceso y aumento de los precios de los alimentos—. Para construir la argumentación, se asume la perspectiva de la agroecología política, que no solo ha elaborado una crítica a la agricultura convencional, sino que ha propuesto alternativas técnicas, sociales, políticas y ecológicas para la construcción de producciones y consumos más justos socialmente y más sostenibles ecológicamente. Se concluye que es necesario que las agendas políticas, no solo de los gobiernos, sino de las organizaciones sociales, incorporen análisis de los sistemas agroalimentarios actuales considerando los principios de la agroecología, como la soberanía alimentaria y los mercados territorializados.

Palabras clave

Covid-19, inseguridad alimentaria, sistemas alimentarios.

Introducción

¿Cómo volvemos a hacer habitable el mundo que fuimos destruyendo?
Haraway (2020)

El mundo está atravesando una situación inédita; como humanidad nunca una enfermedad se ha vivido por todos al mismo tiempo y en todas partes, lo que aparentemente nos iguala como especie en la fragilidad y la vulnerabilidad, aunque es claro que las condiciones socioeconómicas y culturales les permite a unos enfrentar la situación mejor que a otros; los riesgos son generalmente mayores para las personas y las comunidades con limitaciones geográficas, económicas y de infraestructura.¹ No es que antes no hubieran existido enfermedades virulentas, sino que ahora el contagio se ha propagado a gran velocidad, convirtiendo un brote local en una pandemia descontrolada en cuestión de semanas. En buena medida debido a la hipermovilidad y a los altos flujos de personas y mercancías, lo que ha sido presentado como un “éxito de la globalización”. Estos flujos han contribuido a generar una grave crisis sanitaria que ha desnudado otros problemas estructurales como el deterioro ecológico, la producción y el acceso a los alimentos, el desempleo, la falta de presencia del Estado en asuntos de salud, educación y desarrollo rural, entre otros muchos elementos asociados a las dinámicas de la globalización.

Estas problemáticas están interconectadas, pero se manifiestan de manera diferente en los distintos territorios por sus particularidades. En todo el mundo se han presentado restricciones de movilidad de personas y mercancías, se han cerrado muchas actividades económicas y han colapsado los servicios de salud, poniendo en evidencia que la vida humana es vulnerable y que podría desencadenarse una crisis humanitaria de grandes proporciones.

¹ El 69 % de las muertes por covid-19 en Colombia pertenecen a los estratos 1 y 2 (“Dos de cada tres muertes por covid en el país han sido en estratos 1 y 2”, 2020).

Por ello, es imperativo entablar debates críticos que permitan entender las causas y las consecuencias, para poder pensar y construir alternativas posibles, diversas y sostenibles, en una perspectiva de cuidar a las personas cuidando los ecosistemas, lo que significa un gran desafío, pero como lo ha dicho Boaventura de Sousa Santos (2005), hay que entender que afrontamos problemas modernos para los cuales no hay suficientes soluciones modernas y, al mismo tiempo, estamos obligados a pensar soluciones aunque no se hayan pensado.

El covid-19 y la superación de los límites socioecológicos

El enemigo no es el virus en sí mismo, sino aquello que lo ha causado
Svampa (2020)

La presencia del covid-19 ha hecho evidente la dependencia de los humanos de los ecosistemas —ecodependencia—, por lo que no cuidar la naturaleza significa no cuidarnos a nosotros mismos, ya que al poner en riesgo otras formas de vida animal y vegetal, así como los ciclos del agua y el aire, comprometemos también la vida humana (Anderson, 2020; Haraway, 2020 y Herrero, 2016). El ecofeminismo también ha dicho que, además de ser ecodependientes somos interdependientes, por lo que es un imperativo el autocuidado, el cuidado de otros que están próximos, pero también de aquellos lejanos, que no se conocen y que pueden ser extraños; en palabras de Rita Segato (2020), la necesidad de poner en marcha las solidaridades extendidas, porque se necesitan salidas como sociedad y como colectividad.

Desde los años setenta, las ciencias naturales han buscado llamar nuestra atención sobre los límites biofísicos del planeta, enfocados en la escasez de recursos (Meadows, Meadows, Randers y Behrens, 1972), hasta las formulaciones más recientes que establecen la capacidad de carga de diferentes ecosistemas (Rockström, Klum y Miller, 2015).

Décadas de investigaciones alertan sobre los numerosos problemas que los modelos de desarrollo generan al ejercer fuertes presiones sobre el mundo natural, con grandes consecuencias sobre los ecosistemas, así como sobre las condiciones socioeconómicas de la gente. Esto ha configurado una crisis sistémica, también denominada crisis civilizatoria, Antropoceno o Capitaloceno, conceptos que hacen referencia al dominio de los humanos sobre el planeta, basados en la explotación de los recursos en nombre de los beneficios del capital (Moree, 2016).² Jorge Riechman (2020) expresa que lo que está realmente en el centro de la pandemia es el modelo de producción —productivismo— y consumo —consumismo— que lleva decenios saqueando la naturaleza, modificando el clima y concentrando los recursos y las ganancias en pocos actores, todo ello en nombre del crecimiento económico.

Las enfermedades infecciosas, como el covid-19, están vinculadas con la creciente degradación del entorno natural por medio de las actividades mineras, la deforestación, la agricultura y la ganadería industrializadas y globalizadas, entre otras. La destrucción de los hábitats de las especies salvajes y la invasión de esos ecosistemas silvestres por proyectos urbanos o industriales crea situaciones propias para la mutación acelerada de los virus (“Covid-19 y el sistema industrial de producción de alimentos”, 2020). Rob Wallace (2016) explica que muchos de esos nuevos patógenos, previamente controlados por ecologías forestales de larga evolución, están siendo liberados, amenazando al mundo entero. El 75% de las enfermedades infecciosas tuvieron como fuente animales salvajes. Pero algo muy importante que hay que destacar, es que muchas de esas enfermedades llegaron a los humanos usando como “puentes” animales domésticos, especialmente pollos, cerdos y otros tipos de ganado. También Richter-Boix, citado por Aranda (2020), expresa que la agricultura lidera-

² El historiador estadounidense Jason Moore considera preferible el uso del concepto de Capitaloceno al de Antropoceno. En su opinión, la crisis ecológica global ha sido provocada por el capitalismo y está desembocando en un cambio de época geológica. Considera que el término Antropoceno da la idea errónea implícita de que los “humanos” (*per se*) sean los responsables de dichas alteraciones.

da por el capital, al reemplazar los hábitats naturales por monocultivos extensivos, ofrece las condiciones óptimas para que los patógenos desarrollen fenotipos más virulentos e infecciosos. Murciélagos, primates e incluso caracoles pueden tener enfermedades que en un momento dado logran saltar a los humanos cuando se destruyen sus nichos ecológicos.

El biólogo Rob Wallace (2016), ha expresado que cualquiera que intente comprender por qué los virus se están volviendo más peligrosos debe investigar el modelo industrial en la agricultura, y más concretamente la producción ganadera. Cientos de miles de animales amontonados unos encima de otros producen montañas de heces fecales que se vuelven un problema y propician condiciones para que los microbios se conviertan en agentes patógenos letales. En fincas pequeñas y medianas el estiércol es un importante abono, pero hoy es un grave problema. El autor explica que muchos de los virus que causan problemas de salud humana son de origen zoonótico,³ lo que hace que la cría intensiva de animales con genética uniforme y confinados con alta densidad de población genere ambientes muy apropiados para que estos patógenos se expresen y pasen a otras especies. Algunas evidencias son la gripe aviar y la fiebre porcina; enfatiza que la industrialización de la producción animal tiene un carácter absolutamente internacional: animales vivos, y alimentos producidos con ellos, son transportados miles de kilómetros alrededor del mundo todo el tiempo, lo que permite también el viaje de patógenos, dado que hay una pésima gestión del riesgo.

Entre las conclusiones de Wallace (2016), se destaca que el modelo de agricultura y ganadería de régimen corporativo no solo industrializa animales y alimentos, sino que también industrializa y globaliza virus. Además, plantea que los sistemas mixtos de cultivos y ganado —por ejemplo, fincas campesinas tradicionales— que permiten un manejo integrado de animales y plantas, y por lo tanto posibilidades de manejos más

³ La zoonosis es la transmisión de enfermedades entre animales y personas.

ecológicos de patógenos y estiércoles, ya están fuera de la red de los agronegocios.

Estas y otras investigaciones han insistido sobre los nexos entre la agricultura y la salud humana y ecológica, enfatizando en los grandes riesgos biológicos que se corren por el modelo de producción y consumo, pero los intereses económicos opacan las alertas tildándolas de alarmistas, “opuestas al desarrollo” o antisistema.

Otra consecuencia sobre la salud pública, producto de la intensificación de la agricultura, ha sido la disminución de la diversidad de cultivos. A pesar del hecho de que los humanos pueden alimentarse de más de 2.500 especies de plantas, la dieta de la mayoría de las personas se compone de tres cultivos principales como trigo, arroz y maíz, que proporcionan más del 50% de las calorías consumidas mundialmente. Se estima que el 75% de la diversidad genética de los cultivos del mundo se ha perdido desde la década de los años sesenta del siglo pasado, cuando se intensificó la agricultura industrial (“¿Quién nos alimentará?”, 2017). El hecho de que ahora pocas especies estén alimentando al mundo y que se produzcan en grandes monocultivos con enormes cargas de agroquímicos, aumenta los riesgos sobre la nutrición humana y sobre la capacidad de resiliencia del sistema agroalimentario mundial. La pérdida de biodiversidad y la homogeneización concomitante de los agroecosistemas tienen consecuencias importantes en la provisión de funciones y servicios ecológicos y en la sostenibilidad del sistema alimentario. El fracaso de cualquiera de estos cultivos es muy significativo para la seguridad alimentaria, afectando aún más el precario estado nutricional y la salud de las personas más pobres y vulnerables (Altieri y Nicholls, 2020).

El proyecto agroindustrial y exportador, conocido como régimen alimentario corporativo o agronegocio,⁴

⁴ El agronegocio se refiere a la agricultura como negocio y a los alimentos como mercancías, donde las corporaciones transnacionales aumentan cada vez más su influencia y control sobre la producción, la distribución y el comercio de alimentos. En este modelo, además de las transnacionales del sector agrario, químico y de alimentos, también intervienen los bancos, las compañías aseguradoras y el sector de la tecnología de la información.

está íntimamente ligado a la globalización. Dicho modelo produce alimentos que, aunque baratos, son de mala calidad y dañinos para la salud humana y ecológica, y lleva al acaparamiento de tierras convertidas en monocultivos extensivos con una simplificación radical de los ecosistemas que terminan comportándose como una suerte de desiertos alimentarios (McMichael, 2016).

Otro de los cambios importantes en los sistemas alimentarios en los últimos cincuenta años se ha dado en el sector de la distribución, el cual está altamente controlado por las grandes superficies comerciales y sus filiales, que se han convertido en los principales puntos de venta para que la gente pueda acceder a los alimentos. Así, estos grupos ejercen una enorme influencia en el resto del sistema alimentario. Según Torero (2020), más del 50% de las calorías que llegan a las mesas de la población ha cruzado al menos una frontera internacional. Por ejemplo, la soya, el maíz y la palma aceitera, base de la alimentación actual —animal y humana—, viajan de Brasil, Argentina o Estados Unidos a China o Europa, y de allí vuelven convertidas en otra cantidad de alimentos procesados, dejando una fuerte huella ecológica. Este sistema agroalimentario puede entenderse como una extensa cadena que se ha ido alargando cada vez más, alejando producción y consumo, y favoreciendo la apropiación de las distintas etapas de la producción por las empresas agroindustriales y la pérdida de autonomía de los campesinos. Por lo que se le conoce como un modelo agroalimentario kilométrico y petrodependiente (Herrero, 2016).

En este sistema los intercambios se dan sin que nadie tenga una visión de conjunto sobre las respectivas cadenas, así muchos de los alimentos que compramos no tienen historia, o la historia del producto está borrada, lo que nos lleva a un mundo sin responsabilidades ni rendición de cuentas, en el que el único enlace permitido entre la producción y el consumo es el dinero. Así se

Este fenómeno supone que haya una exacerbada desigualdad de poder; por un lado, están las transnacionales de los sectores agrícola, alimentario y comercial, y, por otro, el campesinado y la clase obrera (McMichael, 2016).

oculta el hecho relacional de que todos formamos parte de un metabolismo con la naturaleza, lo que dificulta significativamente la construcción de sostenibilidad (Leggewie y Welzer, 2010), porque el modelo, además de que no permite conocer el deterioro y saqueo de recursos de la naturaleza, tampoco permite identificar las modalidades de trabajo injustas de quienes los producen.

La disminución de la producción de alimentos locales obedece a intereses internacionales (Tratados de Libre Comercio), lo que lleva a destinar buena parte de las tierras rurales a la producción de materias primas para la exportación, que compiten con la producción de alimentos, como es el caso de las flores, el café, las frutas tropicales (banano) o los agrocombustibles (palma aceitera y caña de azúcar). Situación que consolida la concentración de la propiedad, incluyendo los acaparamientos de tierra (adquisiciones a gran escala que suelen ir de la mano del despojo de tierra de pequeños productores campesinos o indígenas); así como del agua de riego y las semillas, lo que implica, en últimas, el acaparamiento de la agricultura y la alimentación. Como lo ha planteado la organización La Vía Campesina (2020), estas dinámicas no solo son el principal impedimento para el mantenimiento y el desarrollo de las prácticas de autosustento alimentario, sino que la misma vida campesina como entidad social, cultural y económica está en riesgo de desaparecer ante el surgimiento de fábricas monumentales de alimentos procesados y transgénicos, que inhabilitan sus elementos constitutivos.

También, deben considerarse las economías ilegales, como los cultivos de uso ilícito, que son tremendamente depredadores de la naturaleza, destructores de medios de vida y generadores de una alta conflictividad social y política. Es claro entonces que aparte del daño ecológico irreversible, ello también provoca el desplazamiento de millones de personas de sus hogares y tierras, construyendo agriculturas sin agricultores y “ciudades miseria” (Davis, 2014).

Como lo recuerda Silvia Federici (2020), el programa de Ajuste Estructural está recolonizando el Tercer Mundo, privatizando tierras, aguas, semillas y otros bienes comunes indispensables para la reproducción de miles de comunidades campesinas e indígenas, y en muchos casos se ha usado la violencia para el despojo y el desplazamiento.

Colombia no escapa a esta situación, por el contrario, el país se ha convertido en importador de alimentos básicos, lo que crea una fuerte dependencia y vulnerabilidad, evidenciada en las mercancías que ofrecen las grandes superficies, que suelen comprar los alimentos en el mercado internacional, con muy poca oferta de productos nacionales.

El covid-19 y sus impactos

En el panorama nacional, esta pandemia ha hecho emerger antiguos y nuevos problemas de la agricultura y la ruralidad, muchos de los cuales son estructurales, tales como el desmantelamiento de la institucionalidad pública y el poco apoyo a la agricultura y al desarrollo rural por parte del Estado, la falta de continuidad de políticas públicas (más de gobierno que de Estado), la precarización del trabajo agrario, el endeudamiento de los productores, la pobreza rural, la disminución de la población agraria —que no encuentra continuidad generacional—, la concentración de la propiedad, la competencia por usos y actividades urbanas en suelos rurales —como el turismo de fin de semana y la segunda residencia—, la persistencia de la violencia y de las economías ilegales, etc. (Machado, 2020). A ello se debe sumar, para el mundo rural colombiano, unos indicadores de salud y educación muy desfavorables. Todas estas problemáticas han generado tensiones y vulnerabilidades, no solo para el mundo rural, sino para la sociedad colombiana, muchas de las cuales han tenido efectos acumulativos, por lo que pueden exacerbarse si no hay respuestas adecuadas que trasciendan la emergencia del covid-19.

La pandemia evidenció el complejo entramado alrededor de los alimentos (producción, disponibilidad y acceso) en nuestras vidas, lo que permite ver la centralidad del sector agroalimentario, no solo para los productores rurales, sino para los consumidores urbanos. Sin embargo, mucha de la discusión ha estado centrada en el abastecimiento, sin adentrarse en análisis estructurales que permitan entender qué está pasando en las distintas dimensiones (producción, distribución, disponibilidad, acceso y consumo de alimentos), por lo que muchas de las alternativas propuestas no solucionan el problema, sino que aumentan las desigualdades sociales y los riesgos ecológicos.

Además, el tejido socioeconómico de las áreas rurales se está viendo seriamente comprometido por las dificultades en todo el proceso de producción, desde la siembra, la cosecha, hasta la comercialización, tanto para el consumo local como para la exportación. Las cosechas y las siembras, en un primer momento, estuvieron en riesgo por las restricciones de movilidad. Hay que recordar que muchos de los trabajadores rurales son estacionales, sean recolectores, cosechadores o transportadores, y necesitan desplazarse entre localidades, lo que no ha sido fácil, dado que se sospecha que con ellos también viaja el virus (Donovan, Boa, Woltering y Linn, 2020). Por ejemplo, en el caso del café se presentan obstáculos con la recolección del grano, no solo por la poca movilidad de los trabajadores temporales, sino por el temor al contagio que ha llevado a muchos productores a contratar poco personal. Situación que también es evidente en los cultivos de frutas y verduras, donde es muy difícil guardar la distancia (“Coronavirus amenaza cosecha de café en América Latina”, 2020). A estas dificultades se suman los bajos salarios y las malas condiciones laborales de los trabajadores del sistema agrario, todo lo cual afecta el tejido socioeconómico de las áreas rurales y supone un riesgo para muchos de sus habitantes. Otro inconveniente es el cierre de vías (terrestres, marítimas y aéreas) que dificulta el transporte de alimentos, insumos y mano de obra. Muchos de los centros de acopio, o los mercados donde suelen vender sus productos o comprar sus insumos,

han sufrido distintos inconvenientes, lo que obstaculiza la continuidad de sus economías (IPES-Food, 2020).

IPES-Food (2020) reportó, para el primer semestre del 2020, un acceso reducido a la alimentación animal e insuficientes mataderos que pudieran cumplir las normas, así como la pérdida y el desperdicio de algunos cultivos. Para el caso de productos perecederos, como las frutas y las verduras, los agricultores se vieron obligados a vender por debajo de los costos de producción o a utilizarlas para alimentar el ganado. Lo que se tradujo en una reducción ostensible de sus ingresos económicos, profundizando las desigualdades existentes.

En cuanto a la comercialización, en general, las grandes superficies —más vinculadas con cadenas globales, donde se ofrece comida ultraprocesada que viene de todas partes del mundo— no cerraron ni un solo día. Pero los mercados de productos frescos —algunos de ellos informales—, vinculados a la producción campesina, más cercana y localizada, suelen asociarse con espacios que ofrecen productos de mala calidad y faltos de condiciones sanitarias, por lo que han sido objeto de normas que han expulsado a los campesinos y sus producciones no solo de dichos mercados, sino de las pequeñas tiendas. Adicionalmente, en medio de la cuarentena ocasionada por la pandemia sufrieron disminución en los horarios de atención y cierres, por argumentos de higiene o de otras normas sanitarias, sin ofrecerles una alternativa viable, por lo que estos pequeños comercializadores de alimentos tienen más probabilidad de quiebra (IPES-Food, 2020). Esto no solo es problema para los vendedores, sino también para la producción campesina familiar de pequeña y mediana escala en favor de la industria agroalimentaria (“Frente a la crisis del covid-19”, 2020). Así pues, las grandes empresas agroalimentarias y las cadenas de supermercados han ganado un gran espacio en el abastecimiento de los alimentos.

Otros perjudicados son los consumidores de escasos recursos que suelen abastecerse en estos comercios, que ofrecen comida vinculada a la gastronomía local

a menores precios. Adicionalmente, al inicio de la cuarentena se generó lo que se conoce como “compras de pánico” y acaparamiento por parte de algunos comerciantes, lo que contribuyó a la escasez de varios productos y al aumento de precios (alimentos esenciales como el arroz y los huevos aumentaron entre un 20-33 %) (“Coronavirus amenaza cosecha de café en América Latina”, 2020). Se ha generado pues una paradoja, por un lado, un aumento en los precios al consumidor, mientras que por otro los beneficios de los pequeños productores disminuyeron drásticamente.

Cada vez es más evidente que el acceso a los alimentos depende de los ingresos y el nivel de precios, por lo que desde muchos espacios se alerta sobre el aumento de la inseguridad alimentaria y la pobreza en distintos grupos poblacionales, vinculadas a la pérdida de empleos formales e informales, disminuyendo la capacidad de compra de alimentos de calidad y cantidad.

Algunas respuestas

El cuidado asume una doble función de prevención de daños futuros y regeneración de daños pasados
Boff (2017)

En medio del panorama descrito, distintos actores proponen múltiples y variadas respuestas para atender la emergencia, la mayoría de ellas de corto plazo y desarticuladas —gobiernos, entidades privadas, iglesias, bancos de alimentos, ONG—, no siendo siempre positivas en términos sociales y ecológicos. Muchos de estos programas de ayuda alimentaria respondieron tarde, con pocos recursos y comprando alimentos, a menudo de escasa calidad, en grandes superficies, privilegiando las donaciones de productos no perecederos, como enlatados y bebidas azucaradas, que en general no hacen parte de las dietas tradicionales.

Una de las medidas del actual Gobierno colombiano ha sido el apoyo a los grandes productores e importadores de materias primas o de alimentos, con muy baja

inversión pública en la agricultura de pequeño y mediano tamaño, que son los principales productores de alimentos básicos. Desafortunadamente, las políticas para apoyar la producción y la comercialización agrícola de los mismos territorios han sido escasas y, en muchos casos, lo que ha proliferado son las ayudas vinculadas al clientelismo político y a la corrupción.

Ello contrasta con iniciativas de organizaciones comunitarias que, en medio de la crisis, rehacen modos de vida y reinventan alternativas, como es el caso de muchas comunidades con fuertes procesos organizativos. La mayoría de ellas buscan fortalecer las economías locales y satisfacer las necesidades básicas; van desde las huertas urbanas, pasando por las cooperativas de producción y consumo agroecológicas, así como el trueque, fortaleciendo las relaciones locales y regionales y las relaciones campo-ciudad. Por lo que es importante que tengan voz en la construcción de salidas a la actual pandemia. Siendo además necesario y urgente que los gobiernos nacionales y regionales dejen de subsidiar con millones de dólares al agronegocio y apoyen todas estas iniciativas.

Para Kothari y Kothari (2020), muchas alternativas tienen como actores principales a las mujeres y a los jóvenes, quienes han puesto en el centro el argumento de la ayuda mutua, de nuevas formas de democracia, de equidad interna y de la defensa de la vida. Estas soluciones localizadas contribuyen a devolver la identidad, la dignidad y la suficiencia a las personas que han sido alienadas por un supuesto progreso, bajo el poder del discurso y la práctica del desarrollo.

Reflexiones finales

Aprender nuevas formas de habitar la Tierra es nuestro mayor desafío
Latour y Weiber (2020)

Esta emergencia ha permitido ver la interconexión de la economía, la ecología, la salud y la vida cotidiana

develando particularmente la fragilidad de los sistemas agroalimentarios, pues el modelo industrializado de producción y de consumo ha sobrepasado los límites ecológicos, generando un evidente deterioro de los recursos esenciales para la vida, como son el agua, el suelo, el aire, la biodiversidad, los agroecosistemas y los bosques.

Se necesitan sistemas más resilientes que ejerzan menos presión sobre la salud pública y ecosistémica, para lo que es necesario realizar transformaciones profundas, más allá de las soluciones tecnológicas y superficiales. Como dice Donna Haraway (2020), el reto actual es sembrar mundos con diseños ecológicos que reparen los daños causados. Para ello es imprescindible un cambio de paradigma que permita ir más allá de la mera atención a los síntomas con medidas paliativas, y poder transformar las causas estructurales de los problemas de los sistemas agroalimentarios y de la ruralidad, incidiendo en los patrones de producción y consumo, atendiendo la salud humana y ecosistémica.

Por lo tanto, se considera necesario y urgente transformar el sistema agroalimentario para construir alternativas desde una perspectiva social, económica y ecológica, que permitan fortalecer unos sistemas más justos, sostenibles y territorializados. Como lo ha dicho La Vía Campesina (2020), entre las tareas más urgentes está reconducir las políticas agrarias para restaurar los canales de comercialización de proximidad y venta directa, asegurar precios justos para las productoras y las consumidoras, facilitar el acceso a los medios de producción, poner freno al acaparamiento de tierras y a la especulación con los alimentos e impedir la apropiación de semillas y conocimientos.

Es importante resaltar que, para transitar hacia nuevas formas de producir y consumir se cuenta con mucha experiencia en el área agroecológica y en la agricultura de proximidad, que va desde los movimientos sociales hasta la academia (investigación y docencia). A pesar de no ser lo suficientemente valoradas y visibilizadas, tienen un eco importante como posibles alternativas al

modelo industrial y corporizado del sistema agroalimentario, así como de innovación social y política y de nuevos valores culturales.

Subrayamos que la ruralidad, la agricultura, los alimentos y los espacios naturales son de interés para la sociedad en su conjunto y no solo para la población que vive allí, por lo que debemos procurar que sean manejados y planeados con lógicas de políticas públicas y bienes comunes, y no como mercancías.

Para hacer los cambios necesarios y lograr un mundo más sostenible, evidentemente pasa por grandes desafíos, tensiones y disputas, dado que existen grandes intereses, pues por más evidencias de los daños que ocasiona el modelo agroindustrial, los actores del sector privado continúan insistiendo en un proyecto basado en la intensificación y concentración de la producción, principalmente de materias primas para la exportación, esto a pesar de que la agroecología genere mayores posibilidades en lo ambiental y social.

La pandemia ocasionada por el covid-19 exige repensar la forma en que habitamos el mundo, lo que indudablemente interpela el tipo de relaciones entre humanos y de los humanos con la naturaleza, y va más allá del desarrollo y la aplicación de vacunas, dado que ello no acata las causas a las que se hizo referencia aquí: la interrelación entre la salud humana, la salud animal y la ecosistémica.

Por último, esta crisis puede constituir una oportunidad para que el Estado colombiano dé cumplimiento a una serie de demandas de vieja data, como el reconocimiento y el apoyo a los campesinos del país, así como un mayor compromiso por medio de políticas públicas que permitan la sustitución de cultivos ilícitos y, a su vez, produzcan alimentos y contribuyan a la estabilidad social y política. El objetivo es, por lo tanto, garantizar oportunidades y derechos económicos, sociales y culturales a los habitantes rurales para cerrar las brechas de exclusión, de forma tal que tengan la opción de vivir la vida digna que quieren y valoran.

Referencias

- Altieri, M. y Nicholls, C. (2020). La agroecología en tiempos del covid-19. <https://www.clacso.org/la-agroecologia-en-tiempos-del-covid-19/>.
- Anderson, I. (2020). Coronavirus: “la naturaleza nos está enviando un mensaje”, dice el jefe de medioambiente de la ONU. <https://www.theguardian.com/world/2020/mar/25/coronavirus-nature-is-sending-us-a-message-sun-environment-chief>.
- Aranda, D. (2020). La dimensión ecológica de las pandemias. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/256218-la-dimension-ecologica-de-las-pandemias>.
- Boff, L. (2017). *Una ética de la madre tierra. Cómo cuidar la casa común*. Trotta.
- Coronavirus amenaza cosecha de café en América Latina (2020). *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/economia/coronavirus-amenaza-cosecha-de-cafe-en-america-latina-articulo-915071/>.
- Covid-19, es urgente construir nuevos sistemas alimentarios (2020). *La vía campesina*. <https://viacampesina.org/es/covid-19-es-urgente-construir-nuevos-sistemas-alimentarios/recuperado-en-agosto-03-2020>.
- Covid-19 y el sistema industrial de producción de alimentos (2020). *ETC Group*. <https://www.etcgroup.org/es>.
- Davis, M. (2014). *Planeta de ciudades miseria*. Akal.
- Donovan, M., Boa, M., Woltering L. y Linn, J. (2020). No olvidemos el impacto del covid-19 en la población rural de bajos recursos y en la seguridad alimentaria. *CIMMYT*. <http://www.cimmyt.org/es/blogs/no-olvidemos-el-impacto-del-covid-19-en-la-poblacion-rural-de-bajos-recursos-y-en-la-seguridad-alimentaria/>.
- Dos de cada tres muertes por covid en el país han sido en estratos 1 y 2 (2020). *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/datos/coronavirus-fallecidos-en-colombia-por-estrato-socioeconomico-537221>.
- Federici, S. (2020). *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*. Traficantes de Sueños.
- Frente a la crisis del covid-19: agroecología y soberanía alimentaria (2020). *SEAE*. <https://www.agroecologia.net/frente-a-la-crisis-del-covid-19-agroecologia-y-soberania-alimentaria-comunicado-de-agroecology-europe-youth-network/>.
- Haraway, D. (2020). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni.
- Herrero, Y. (2016). Economía feminista y economía ecológica, el diálogo necesario y urgente. *Revista de Economía Crítica*, (22), 144-161.
- IPES-Food (2020). El covid-19 y la crisis en los sistemas alimentarios: síntomas, causas y posibles soluciones. http://www.ipes-food.org/_img/upload/files/COVID-19_CommuniqueES%281%29.pdf.
- Kothari, A. y Kothari, M. (2020). We are doomed if, in the post-covid-19 world, we cannot abandon non essentials. *Open Democracy*. <https://www.opendemocracy.net/en/oureconomy/we-are-doomed-if-post-covid-19-world-we-cannot-abandon-non-essentials/>.
- Latour, B. y Weiber, P. (Eds.) (2020). *Critical zones. The science and politics of landing on earth* [catálogo de exposición]. Center for Art and Media Karlsruhe.

- Leggewie, C. y Welzer, H. (2010). Another “great transformation”? Social and cultural consequences of climate change. *Journal of Renewable and Sustainable Energy*, 2. <https://aip.scitation.org/doi/10.1063/1.3384314>.
- Machado, A. (2020). El coronavirus desnuda la crisis del desarrollo rural. *YouTube* [video]. https://www.youtube.com/watch?v=ZxJ8vG_xbCs&fbclid=IwAR1-KMIvY-puo945B6GKId-NayP0PBAGm--u2gC7dUxWukpmW8cRzLD-m7OE4.
- McMichael, P. (2016). *Regímenes alimentarios y cuestiones agrarias*. Icaria.
- Meadows, D., Meadows, D., Randers, J. y Behrens, W. (1972). *Los límites al crecimiento. Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*. Fondo de Cultura Económica.
- Moree, J. (2016). *Introduction. Anthropocene or Capitalocene? Nature, history, and the crisis of capitalism*. Editorial Kairós.
- ¿Quién nos alimentará? ¿La red campesina alimentaria o la cadena agroindustrial? (2017). *ETC Group*. <http://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/etc-quien-nos-alimentara-2017-es.pdf>.
- Riechman, J. (2020). La crisis del coronavirus como momento del colapso ecosocial. *Viento Sur*. <https://vientosur.info/la-crisis-del-coronavirus-como-momento-del-colapso-ecosocial/>.
- Rockström, J., Klum, M. y Miller, P. (2015). *Big world, small planet: Abundance within planetary boundaries*. Yale University Press.
- Santos de Sousa, B. (2005). *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Trotta.
- Segato, L. (2020). Coronavirus: todos somos mortales. Del significativo vacío a la naturaleza abierta de la historia. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/el_futuro_despues_del_covid-19_0.pdf.
- Svampa, M. (2020). Reflexiones para un mundo post-coronavirus. *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/reflexiones-para-un-mundo-post-coronavirus/>.
- Torero, M. (2020). Un plan de batalla para garantizar el suministro mundial de alimentos. *Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura*. <http://www.fao.org/news/story/en/item/1268059/icode/>.
- Wallace, R. (2016). *Big farms make big flu: Dispatches on influenza, agribusiness, and the nature of science*. Monthly Review Press.



Dora Mejía, *Ella giammai m'amò*, proyecto "Divertimento", 2020, infografía, 40 × 48 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

Existieron y se multiplicaron; tuvieron hijas, tuvieron hijos los muñecos de palo; pero no tenían alma ni entendimiento

En seguida fueron aniquilados, destruidos y deshechos los muñecos de palo, y recibieron la muerte

Marcelo

José Wilson Márquez Estrada

(Colombia, 1963-v.)

Historiador y Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Abogado de la Corporación Universitaria de la Costa. Profesor Asociado de la Universidad de Cartagena. Autor de varios artículos.



Resumen

Este cuento es una crónica de una familia de estrato socioeconómico bajo, contada en primera persona por un adolescente de colegio que narra la historia de tres generaciones y termina en la situación inicial de incertidumbre por el bajo rendimiento académico del protagonista, que se siente en deuda con su familia, especialmente con su abuela, con quien vive, porque la educación era considerada como la esperanza para romper el devenir cíclico.

Palabras clave

Abuela, adolescente, familia.

Hoy presenté los exámenes del segundo periodo en el colegio y, de todo el grupo, el único que los perdió fui yo. Mis amigos se burlaron de mí y me trataron de mal estudiante. Eso me tiene muy aburrido y preocupado. No quiero que mi abuela se entere porque se va a poner muy triste. Mi abuela me lo advirtió: “No te quedes tanto tiempo jugando fútbol que tienes que preparar los exámenes del segundo periodo”. Ahora estoy aquí montado en este bus, rumbo a mi casa, pensando qué le voy a decir a mi abuela. Anoche cuando veíamos la televisión, me observaba con sus ojitos negros, mientras yo me comía las uñas y me hacía el pendejo mirando la pantalla, hasta que no aguanté más y me fui para mi cuarto. El sábado pasado me invitaron mis amigos del colegio a preparar los exámenes, pero preferí irme para la tienda de Monchis a ayudarlo a atender los clientes y a ver un concierto del grupo Menudo, que transmitían por televisión. A mí me fascina ese grupo, me parece que cantan muy chévere, a mi abuela no le gusta. Ella prefiere ver telenovelas. A la tienda llegó Armando, un compañero del colegio. Apenas me vio, me preguntó: “¿Ya estudiaste para los próximos exámenes?”. No le respondí nada. Esas palabras me quedaron sonando en la cabeza y ya no pude disfrutar del concierto. Quedé tan preocupado, que me despedí de Monchis y salí inmediatamente para la casa. Me fui caminando y me agarró un aguacero que me obligó a buscar refugio en la terraza de una miscelánea. Se me hizo tarde y llegué a la casa super mojado. Toqué la puerta con una piedra. Mi abuela se levantó entre las nubes del sueño y me abrió la puerta; al verme como un sapo, se enojó muchísimo: “¿Pensaba amanecer en la calle señorito? Ya sabe que la próxima semana no me sale de aquí. Estás igualito a tu tío Fabio”. Al escuchar esas palabras corrí a meterme a mi cuarto. Fabio fue su hijo menor, que enloqueció de amor. Del tío Fabio aún recuerdo sus ojos claros, sus dientes muy blancos y su cabello rojizo. Se enamoró de una vecina de nombre Rosalba, una trigueña preciosa que tenía unas piernas de modelo, donde mi tío Fabio quedó atrapado para siempre. Fabio con 17 años y Rosalba con 14, se enamoraron y decidieron fugarse para Bogotá cuando se dieron cuenta de que estaban embarazados. Arrendaron una

habitación en una pensión del barrio La Estrada. Mi tío Fabio se dedicó a vender cachivaches en las calles del centro de Bogotá. Estaban pasándola muy mal, y una tarde mi tío Fabio llegó de trabajar y no encontró a Rosalba en la habitación. Mi tío salió desesperado a buscarla. No la encontró y nadie le dio razón de ella. Así pasaron dos meses hasta que una noche, caminando por el sector del Chorro de Quevedo, mi tío Fabio entró a un bar a orinar y allí encontró a Rosalba con su barriguita trabajando de copera. Mi tío sintió que el piso flotaba bajo sus pies. Salió llorando por ese laberinto de callecitas del barrio La Candelaria y llegó a la casa de mi abuela con una barba de dos meses y los pies en una sola llaga. Se vino caminando de Bogotá y se encerró en su habitación durante siete meses. Una tarde, mientras mi abuela operaba su máquina de coser, mi tío Fabio salió desnudo de la casa y mi abuela corrió detrás. Otro día vi a mi abuela agarrada de las piernas de mi tío Fabio para que no saliera a la calle a insultar a la gente. Mientras mi abuela lo sostenía, mi tío Fabio gritaba esas palabrotas que siempre decía cuando estaba bravo. Yo quedé tan impresionado que mi abuela dice que estuve todo un día sin hablar. Cuando eso yo tenía cinco años. Mi tío Fabio se volvió muy agresivo y mi abuela lo tuvo que amarrar en el patio trasero de la casa con unas cadenas. Se la pasaba todo el día cantando los boleros de Daniel Santos y riendo a carcajadas. Mi abuela me dice que si no hubiera enloquecido, mi tío Fabio hubiera sido cantante. Yo era quien le llevaba los alimentos, porque era al único al que no se los tiraba en la cara. Mi tío Fabio se quedaba mirando el sol hasta que le sangraban los ojos. Cuando amanecía contento me llamaba y me contaba películas de chinos. Un día se escapó de la casa y se metió a un barrio donde nadie lo conocía. Unos niños estaban jugando fútbol en la calle y le pegaron con el balón y mi tío Fabio los insultó y un tipo que estaba viendo jugar a los niños sacó un arma de fuego y lo mató. Mi abuela casi no consigue con qué enterrarlo. En la casa de mi abuela hubo un tiempo de mucha prosperidad, y en su entrada se llegaron a ver estacionados hasta cuatro buses de propiedad de mi padre y de mi tío Néstor, el hijo mayor de mi abuela. Mi padre y mi tío Néstor estuvieron en los Estados

Unidos trabajando en las calles, vendiendo a la gente que pasaba boletos de lotería, asegurando que eran los boletos ganadores. Regresaron con mucha plata. Mi padre compró un bus Ford 56 que bautizó con el nombre “El Brooklin”, y mi tío Néstor compró un bus Fargo 54 que bautizó “El Kennedy”. Mi padre me trajo de Estados Unidos un juguete precioso, una volqueta de marca Tonka. Todavía recuerdo su olor. Yo quería ser chofer como mi padre. Mi padre se pone bravo muy fácil y se le brota una venita azul que tiene en la frente. Es muy vanidoso. Se ponía sus camisas hawaianas, sus lentes oscuros, su loción Agua Brava y salía a trabajar en su bus. Los amigos lo llamaban Onassis. Me llevaba a hacer viajes en “El Brooklin” y me sentaba al lado izquierdo y yo veía subir a los pasajeros y cómo mi papá les cobraba el pasaje. En esos tiempos en la casa éramos felices, no vivíamos con mi abuela. Vivíamos con mi madre en una casa muy bonita y comíamos muy bien. Pero cuando mataron a mi tío Fabio papá y mamá ya estaban separados y los tiempos de prosperidad habían pasado y en la casa de mi abuela había mucha pobreza. Mi papá y mi tío Néstor vendieron los buses y compraron unos camiones y se fueron para La Guajira. Ahora están presos en Barranquilla y los camiones se los quitó la policía. Luego mi madre se fue a vivir a Panamá y me dejó donde mi abuela. Mi madre es una mujer muy hermosa, rubia de ojos negros y mucho más joven que papá. Fueron tiempos muy difíciles. Éramos tan pobres que a mí me dolía la cabeza de aguantar hambre. En las Navidades no tenía regalo del niño Dios y salía a jugar los 25 de diciembre con los regalos de mis amiguitos. Mi abuela tuvo que ponerse a trabajar a pesar de su edad. Vendía cigarrillos en el centro de la ciudad. Al lado de la casa de mi abuela vivía una señora que se llamaba doña Fabiola y tenía un hijo llamado Edgardo, al que le decían el “loco pepas”, que tomaba unas pastillas rojas que me mandaba comprar a la droguería. Era barbudo y tenía en los ojos el brillo de la maldad. Ese “loco pepas” se tomaba esas pastillas y empezaba a tirar los electrodomésticos por el balcón. Un día violó a mi abuela. Nos habían cortado los servicios públicos y no teníamos agua. El agua nos la regalaba doña Lola, otra vecina de mi abuela. Mi abuela salió en

la noche, antes de acostarnos, a sacar las bacinillas al patio trasero de la casa y ese “loco pepas” la violó. Yo vi por la ventanita de mi habitación como violaba a mi abuela. Mi abuela entró llorando y se puso a orar. Ella ora todas las noches. Ella me lleva a la iglesia bautista todos los domingos y vemos al pastor tocando el piano y cantando. El pastor tiene los ojos azules como nuestro señor Jesucristo y no es de aquí, es de Estados Unidos. El pastor le regaló a mi abuela un cuadro grande con la imagen de un caminito que conduce a la biblia. El cuadro tiene una frase que dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida, nadie viene al padre sino por mí”. Mi abuela salió feliz con ese regalo y descolgó el retrato de Gaitán que mi abuelo había colocado en la pared de la sala y en su lugar puso el cuadro que le regaló el pastor. Mi abuela ya no ora en su habitación, sino en la sala. Mucho tiempo después nos enteramos de que al “loco pepas” lo habían matado en Nueva York. Un día iba por una calle y alguien lo llamó: “loco pepas”, y volteó y se encontró con una pistola. Doña Fabiola le mostró a mi abuela la foto de la prensa gringa donde salió su hijo tirado en una acera con un gran abrigo y sobre un charco de sangre. A mí los muertos me dan miedo. Cuando se accidentó mi abuelo lo llevaron al hospital. Fui a visitarlo con mi abuela y mientras ella entraba a verlo a su habitación yo me fui a recorrer el hospital y terminé en la morgue. Ese salón estaba solo y entré a mirar y me topé con una mesa inmensa llena de cadáveres y casi me desmayo del susto. Mi abuelo murió a los seis días de estar hospitalizado. A él le gustaba mucho ir al bar de don León a jugar billar y a tomar cerveza. Una noche estaba con mi padre jugando billar y tomando cerveza. Esa noche salieron muy tarde del bar y para recortar camino tomaron un atajo que los obligaba a pasar por una quebrada y subir por una loma muy empinada. Estaban borrachos y venían distraídos conversando cuando mi abuelo tropezó con algo y el sombrero se le fue a la quebrada, y siguieron por el camino de la loma y cuando llegaron a la cima, mi abuelo volteó a mirar para ver si veía el sombrero y se fue al abismo. Al entierro asistieron todos los vecinos del barrio. Hubo muchos carros y motos. Ahora en la casa no quedamos sino mi abuela y yo. Por los días

que murió mi abuelo mataban mucho por el barrio. Y cada que mataban a alguien yo salía a ver el muerto. Y, aun así, todavía me dan mucho miedo los muertos. La primera vez que vi un muerto fue cuando mi padre me llevó a ver a un señor que habían apuñalado en “El Quiebrapatas”, que así llaman a la cancha de fútbol donde nosotros jugamos. No se me olvida que por los huecos de las puñaladas le salían unos gorditos. Algún tiempo después papá me dijo: “A ese muchacho que vimos en ‘El Quiebrapatas’, lo mató Retat”. Lo mató en un duelo. En ese tiempo se acostumbraba a citarse a horas muy tempranas de la mañana a darse puñal en “El Quiebrapatas”. Retat luego se volvió sicario y se fue a viajar, después regresó y compró una motocicleta de lujo. Andaba por todo el barrio en su motocicleta. Un día atropelló a un niño con la motocicleta en un barrio desconocido y los vecinos lo lincharon. Así murió Retat. Mi padre lo recordaba con cariño, porque un día atracó a los señores que jugaban póker con mi abuelo y a todos le robaron, menos a mi abuelo. Mi papá una vez me mostró a Retat, cuando llegó a comprar algo a la tienda de mi abuelo. Acuerpado, de rasgos indígenas, tenía un escorpión tatuado en el cuello. Ese día lucía una chaqueta de cuero de color amarillo. Era que mi abuelo tenía una tienda que le puso mi tío Néstor cuando vino de Estados Unidos. Mi abuelo se fumaba unos tabacos grandes y le encantaba hablar de política. Mantenía un fajo grande de billetes en el bolsillo y yo le decía: “Abuelo, deme una monedita” y el me respondía: “Mañana le doy un puñado”. Mi abuela recuerda mucho a mi abuelo y también recuerda mucho a sus hijos. “Tu padre y tu tío Néstor están próximos a salir de la cárcel y volveremos a estar bien”, dice mi abuela. Lleva varios meses diciendo lo mismo, pero yo sé que falta mucho tiempo para volverlos a ver en casa. No podemos visitarlos en la cárcel porque está muy lejos y mi abuela dice que no hay plata para viajar. Ahora vivimos con el dinero que mi madre manda de Panamá. Mi madre no piensa regresar, se lo dijo a mi abuela. Ella y mi abuela hablan por teléfono. Mi abuela vive pendiente de mí y me cuida con mucho amor. Ella quiere que yo sea médico o ingeniero. Anoche volvió y me dijo: “Tienes que ser muy buen estudiante para que

termines una carrera profesional y seas un hombre de bien”. Por eso me siento tan mal por haber perdido los exámenes del colegio, porque si mi abuela se entera, se va a poner muy triste. Yo no quiero verla triste, porque yo amo mucho a mi abuela.



Dora Mejía, *Ella giammai m'amò*, proyecto “Divertimento”, 2020, infografía, 40 × 48 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

Y esto fue para castigarlos porque no habían pensado en su madre, ni en su padre, el Corazón del Cielo

Y por este motivo se oscureció la faz de la tierra y comenzó una lluvia negra, una lluvia de día, una lluvia de noche

Estampas y pesares

Mauricio Orozco-Alzate

(Colombia, 1981-v.)

Ingeniero Electrónico, Magíster en Ingeniería-Automatización Industrial y Doctor en Ingeniería Automática de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor Titular de la misma institución.



Resumen

L

a siguiente es una selección de siete poemas sobre escenas que presentan imágenes inconfundibles del contexto social y cultural colombiano.

Palabras clave

Colombia rural, estampas, paisajes, pesares, poemas, sonrisas.

Vuélvanse a ver

*Más de cien mil personas han sido dadas por desaparecidas en la larga
guerra colombiana
(Comisión de la Verdad)*

Aquel sábado gris, de madrugada
partió don Nicolás rumbo al mercado
y, como siempre, al llegar al vado,
detuvo en la orilla su mulada.

Ondeó el poncho, lanzó fuerte silbido,
anunciando del viaje su progreso,
otro silbo él daría a su regreso,
diría su mujer: ya vuelve al nido.

El jubilado

A las cinco está despierto,
aunque ya está jubilado,
viste de saquito abierto,
como siempre endomingado.

En la radio las noticias,
a las siete ya ha escuchado,
con las gafas de presbicia
sale al parque del poblado.

Recolectores de café

El sol canicular hiere sus frentes,
patrones los contratan a destajo,
con sed o con dolor han de ser fuertes,
recogen el café: duro trabajo.

Con áspero canasto en la cintura,
—la boca de la tolva los espera—
jadeantes ascienden con premura,
alivian su penar con “bogadera”.

Cayó la noche, no se oyó aviso;
solas, sin carga, las mulas llegaron,
la calma de la esposa se deshizo.

Desde entonces, allí donde moraron,
fiel aguarda ella al único que quiso,
¡oh, Dios! vuélvanse a ver los que se amaron.

En la banca de la esquina
de parqués juega una mano,
charla luego en la cantina
de lo santo y de lo humano.

Un café de despedida,
de negocios él discute;
al final otra partida,
con los mismos juega al tute.

*Comerás el pan con el sudor de tu rostro
(Gen. 3, 19)*

Por almohadas sus jíqueras ligeras
y en húmedos cuarteles hacinados,
improvisan sus rústicas literas
con esteras y en bultos apilados.

¡Ay! si Adán por mi Dios fue condenado
a ganarse con sudores el sustento
¿por qué a ellos les cobran tal pecado,
mientras otros —parece— están exentos?

Manos de abuelo

Miro en mi abuelo sus trémulas manos,
recibo de ellas su fiel bendición,
observo sus nudos y callos ancianos:
las huellas penosas de enérgica acción.

Enjalmaron mulas, ganaron jornales,
cavaron mil surcos con un azadón,
juntaron cosechas en los cafetales,
cargaron racimos de plátano hartón.

Calor de hogar

Se escucha del gallo la prima canción,
aún no amanece, el sol es esquivo,
—el horizonte lo tiene cautivo—
se rezan maitines, comienza la acción.

Al poco Rosita enciende el fogón,
se asan arepas de chocho nativo,
—larga jornada demanda el cultivo—
ya bate el cacao y atiza el carbón.

Despertares

Despunta el alba, se escucha un coro,
el gallo canta, la mirla trina,
despierta el campo con luz cetrina,
desde su percha ya habla el loro.

Construyeron bancas, zarzos, zaguanes,
usando cepillo, garlopa y formón;
con destreza innata —cual profesionales—
calaron la malla del contraportón.

Hoy día sin fuerza, cansadas, solemnes,
se aferran seguras a un recio bastón;
las mías —en cambio— novatas, indemnes,
parécenme indignas en comparación.

Llega su esposo, el viejo don Bruno,
trae la puesta que halló en el galpón,
en breve está frita en negro perol.

En torno del fuego se rompe el ayuno,
se sirven de queso en buena porción;
alegra a la estancia un rayo de sol.

El perezoso quiere y no quiere
(Prov. 13, 4)

El gato duerme bajo la mesa,
descansa el cuerpo sobre su lomo;
yo entre las mantas ni un dedo asomo,
vencer no puedo la vil pereza.

Asomado en el postigo

Asomado en el postigo,
intento dejar de pensar
que pronto te vas a casar,
pero no será conmigo.
Dices me quieres de amigo,
mas pasional es lo mío
—que no un simple amorío—
y no es posible ocultar
mi deseo y simular
que este fuego sea frío.



Dora Mejía, *Ella giammai m'amò*, proyecto "Divertimento", 2020, infografía, 40 × 48 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

Quizás no os diéramos muerte ahora; pero ¿por qué no reflexionabais, por qué no pensabais en vosotros mismos?

ESTE es el principio de la derrota y de la ruina de la gloria

Las epidemias en la literatura

De Tucídides a Saramago

Luis F. García

(Colombia, 1948-v.)

Médico y Magíster en Microbiología Médica de la Universidad de Antioquia. Posdoctorado en Inmunología de Wake Forest University. Profesor Emérito de la Universidad de Antioquia. Miembro de varias academias y asociaciones científicas. Autor de dos libros, varios capítulos y numerosos artículos. Ha recibido algunos reconocimientos, entre los que se destacan la Distinción a una Vida Dedicada a la Investigación de la Alcaldía de Medellín, la Orden al Mérito Universitario Francisco Antonio Zea de la Universidad de Antioquia y el Premio Nacional a la Obra Integral en Ciencia de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia.



Resumen

Muchas epidemias han tenido efectos devastadores en las comunidades, debido al gran número de infectados y fallecidos y a los efectos en la vida cotidiana y la economía. La historia y el sufrimiento individual y colectivo causado por estas se relata en muchas obras literarias. El presente artículo hace un recorrido cronológico por la literatura que describe las epidemias, desde la peste de Atenas, en el siglo v a. de C., relatada por Tucídides, hasta la peste bubónica, en Florencia, narrada por Bocaccio en el siglo xiv; por Manzoni, en Milán, en el siglo xvii, y por Defoe, en Londres; además de algunas obras de ficción del siglo xx escritas por Thomas Mann, Gabriel García Márquez, Philip Roth, Albert Camus y José Saramago, que relatan la tragedia, las contradicciones, las grandezas y las bajezas provocadas por las epidemias en las personas y las comunidades afectadas.

Palabras clave

Comportamiento, creencias, epidemias, historia, literatura, pandemias.

Introducción

¿Acaso el arte más sincero no tenía siempre como centro la desesperación? ¿No era siempre un desafío a la muerte? ¿Un gesto desafiante al borde del abismo?
Atwood (2019, p. 26)

El hombre, desde su nacimiento, está en contacto con microorganismos y depende de ellos para su supervivencia, pero algunos pueden causar infecciones y afectar la salud y la vida. Las infecciones que se encuentran en una comunidad, en forma permanente, se denominan endemias. Otras presentan un incremento abrupto en el número de personas infectadas y se denominan epidemias. Cuando afectan a un número importante de países se les llama pandemias.

Las epidemias/pandemias llevan al sufrimiento y fallecimiento de un gran número de personas y exacerbaban el miedo individual y colectivo a la enfermedad y la muerte (Sánchez-Osti, 2010), trastornan las formas de vida y “ponen en marcha unos mecanismos de defensa que muestran lo mejor y lo peor del ser humano” (Tena, 2010, p. 48). El sufrimiento y la muerte producidos por las epidemias se han reflejado en la literatura, la pintura y la música.

Este artículo recorre algunas obras de la literatura universal que describen epidemias/pandemias causadas por diversos microorganismos, ocurridas en diferentes tiempos y lugares. Debo señalar el reto que significa escribir sobre literatura para un inmunólogo, investigador de uno de los aspectos biológicos más importantes de las epidemias. Mi única excusa es que además de mi trabajo científico he sido un asiduo lector de obras literarias, y las que tienen relación con el área de mi interés, por supuesto, han recibido una atención especial. Carezco de formación en literatura y por ello solo puedo hacer un recorrido descriptivo por algunas obras que, a mi juicio, han narrado magistralmente las condiciones personales y sociales de las más conocidas

epidemias que han afectado a la humanidad, y otras que gracias a la capacidad creadora de sus autores nos han quedado como obras maestras. Las obras y las citas de textos son una selección personal y solo representan una parte de la literatura que ha abordado las epidemias/pandemias.

La plaga de Atenas (430-426 a. de C.)

La primera descripción detallada de una epidemia fue hecha por el historiador griego Tucídides (460-398 a. de C.) en *La guerra del Peloponeso* (2007). Tucídides describe la guerra (431-404 a. de C.) entre la Liga de Delos, encabezada por Atenas, y la Liga del Peloponeso, con Esparta como líder. Ante el asedio de los espartanos, Pericles, el “estratega” de Atenas, decidió atrincherarse en la ciudad; pero al poco tiempo sobrevino una epidemia que llevó a la muerte a una tercera parte de la población, incluyendo a Pericles. La epidemia contribuyó al triunfo de los espartanos y, como tragedia griega, al final del apogeo de Grecia durante el siglo de Pericles (Gargantilla, 2016 y Rodríguez, 2020).

Tucídides describe la vida en las ciudades griegas y las características clínicas y epidemiológicas de la enfermedad. Así relata el inicio de la epidemia, su magnitud y la respuesta de los médicos: “Jamás se vio en parte alguna tan grande pestilencia, ni que tanta gente matase; los médicos no acertaban el remedio, porque al principio desconocían la enfermedad y muchos de ellos morían los primeros al visitar los enfermos” (Tucídides, 2007, p. 201).

Y con la autoridad de quien ha padecido la enfermedad, asume una actitud pedagógica frente a futuras epidemias:

Por mi parte diré cómo vino, de modo que cualquiera que leyere lo que yo escribo, si de nuevo volviese, esté avisado y no pretenda ignorancia. Hablo como quien lo sabe bien, pues yo mismo fui atacado de este mal y vi los que lo tenían (p. 202).

Con mirada de epidemiólogo plantea su origen y modo de transmisión. Sobre su origen nos lleva a postular que fue una pandemia que se diseminó por al menos cinco países. Y sobre su transmisión, habla de la hídrica e inclusive de la posibilidad de una estrategia de guerra (¡biológica!) por parte de los troyanos:

Comenzó esta epidemia (según dicen) primero en tierras de Etiopía, que están en lo alto de Egipto; y después descendió a Egipto y a Libia; se extendió largamente por las tierras y señoríos del rey de Persia; y de allí entró en la ciudad de Atenas y comenzó en Pireo, por lo cual los de Pireo sospecharon al principio que los peloponenses habían emponzoñado sus pozos (p. 201).

Una observación del mayor interés es que quienes sobrevivieron a la enfermedad adquirían inmunidad y por lo tanto eran los que cuidaban a los nuevos enfermos:

Mas sobre todo, los que habían escapado del mal, sentían la miseria de los demás por haberla experimentado en sí mismos; aunque estaban fuera de peligro, porque no repetía la enfermedad al que la había padecido, a lo menos para matarle; por lo cual tenían por bienaventurados a los que sanaban, y ellos mismos, por la alegría de haber curado (p. 204).

La descripción de los síntomas y los signos de la enfermedad es un clásico de la semiología clínica (Cunha, 2004 y Langmuir, Worthen, Salomón, Ray y Petersen, 1985):

Los que estaban sanos, veíanse súbitamente heridos sin causa alguna precedente que se pudiese conocer. Primero sentían un fuerte y excesivo calor en la cabeza; los ojos se les ponían colorados e hinchados; la lengua y la garganta sanguinolentas y el aliento hediondo y difícil de salir, produciendo continuo estornudar; la voz se enronquecía y descendiendo el mal al pecho, producía gran tos, que causaba un dolor muy agudo; y cuando la materia venía a las partes del corazón, provocaba un vómito de cólera, que los médicos llamaban apocatarsis, por el cual con

un dolor vehemente lanzaban por la boca humores hediondos y amargos; seguía en algunos un sollozo vano, produciéndoles un pasmo que se les pasaba pronto a unos y a otros les duraba más. Al tacto, la piel no estaba muy caliente ni tampoco lívida, sino rojiza, llena de pústulas pequeñas; por dentro sentían tan gran calor, que no podían sufrir un lienzo encima de la cama, estando desnudos y descubiertos (Tucídides, 2007, p. 202).

El descubrimiento en el cementerio de Kerameikos, en Atenas, en 1994, de una tumba con despojos de cerca de 150 personas, permitió el análisis de ADN de esos restos y demostrar la presencia de *Salmonella enterica serovar typhi*, causante de la fiebre tifoidea (Papagrigrakis, Yapijakis, Synodinos y Baziotopoulou-Valavani, 2006).

El decamerón de Giovanni Bocaccio

Entre 1346 y 1352 Florencia fue azotada por la fiebre negra o peste bubónica. La epidemia se inició en Asia Central, desde donde fue llevada por los mongoles hasta Crimea, de allí pasó a Europa y produjo la muerte de más de setenta y cinco millones de personas (Gargantilla, 2016). Hoy conocemos que la peste bubónica es causada por la bacteria *Yersinia pestis*, que se transmite, inicialmente, por la picadura de las pulgas de ratas infectadas, pero que una vez afecta los pulmones de los pacientes puede propagarse de persona a persona por medio de aerosoles (Gargantilla, 2016).

Bocaccio (1313-1375), en *El decamerón*, describe la peste en Florencia en 1348 y cómo diez jóvenes vivieron su aislamiento en una villa cercana contando cien historias durante diez días, lo cual explica el título de la obra (Bocaccio, s. f.). En palabras del florentino: “entiendo contar cien novelas, o fábulas o parábolas o historias, como las queramos llamar, narradas en diez días, como manifiestamente aparecerá, por una honrada compañía de siete mujeres y tres jóvenes, en los pestilentes tiempos de la pasada mortandad” (Bocaccio, s. f., p. 3). Al principio del libro narra

las vivencias de la peste y las tragedias que trajo a la población florentina:

Y no valiendo contra ella ningún saber ni providencia humana (como la limpieza de la ciudad de muchas inmundicias ordenada por los encargados de ello y la prohibición de entrar en ella a todos los enfermos y los muchos consejos dados para conservar la salubridad) (p. 4).

Boccaccio describe dos características clínicas importantes, la infección de los ganglios linfáticos y las manchas negras, responsables de los nombres de peste bubónica o fiebre negra:

En su comienzo nacían a los varones y a las hembras semejantemente en las ingles o bajo las axilas, ciertas hinchazones que algunas crecían hasta el tamaño de una manzana y otras de un huevo, y algunas más y algunas menos, que eran llamadas bubas por el pueblo. Y de las dos dichas partes del cuerpo, en poco espacio de tiempo empezó la pestífera buba a extenderse a cualquiera de sus partes indiferentemente, e inmediatamente comenzó la calidad de la dicha enfermedad a cambiarse en manchas negras o lívidas que aparecían a muchos en los brazos y por los muslos y en cualquier parte del cuerpo, a unos grandes y raras y a otros menudas y abundantes (pp. 4-5).

Relata las actitudes contradictorias de la comunidad ante la peste:

Y había algunos que pensaban que vivir moderadamente y guardarse de todo lo superfluo debía ofrecer gran resistencia al dicho accidente y, reunida su compañía, vivían separados de todos los demás... Otros, inclinados a la opinión contraria, afirmaban que la medicina certísima para tanto mal era el beber mucho y el gozar y andar cantando de paseo y divirtiéndose y satisfacer el apetito con todo aquello que se pudiese, y reírse y burlarse de todo lo que sucediese (p. 6).

El libro continúa con los cien cuentos referidos por los diez jóvenes, muchos con gran contenido erótico, en un notable contraste entre la muerte que diezmaba a la

población con el canto al amor de estos personajes en su aislamiento preventivo (Tena, 2010).¹

Las epidemias de Milán y Londres

Las epidemias de peste bubónica se presentaron recurrentemente en Europa, y el siglo xvii fue uno de los más afectados. La descripción de dos de ellas son clásicos literarios, la de Milán, en 1629-1631, aparece en *Los novios*, de Alessandro Manzoni (1785-1873), publicado en 1827, y la de Londres, en 1665, en el *Diario del año de la peste* de Daniel Defoe, publicado en 1722.

Los novios relata el amor de Renzo y Lucía, separados por la guerra y la epidemia hasta que se reencuentran, como final feliz a su relación y a la epidemia. Manzoni describe la enfermedad, el sufrimiento individual y colectivo, las creencias sobre las causas de esta, la negación inicial a la realidad evidente de la peste, así como las políticas y las estrategias para controlarla. Sobre la expansión de la enfermedad y su cuadro clínico, dice:

al finalizar el mes de marzo, comenzaron [...] a hacerse frecuentes las enfermedades, las muertes, con extraños accidentes de espasmos, palpitaciones, letargo, delirio, con esas enseññas funestas de cardenales y bubones; muertes, por lo general, rápidas, violentas, a menudo repentinas, sin ningún indicio anterior de enfermedad (Manzoni, s. f., p. 382).

A pesar del aumento evidente de casos y de muertes, la negación de la realidad fue patente: “en las plazas, en las tiendas, en las casas, quien dejase escapar una palabra del peligro, quien echase la culpa a la peste, era acogido con burlas incrédulas, con desprecio iracundo” (p. 378). Hasta que finalmente no había como negarlo:

En principio, por lo tanto, no era peste, absolutamente no, a buena cuenta que no; prohibido siquiera pronunciar la palabra. Luego, fiebres pestilentes: la

¹ *El decamerón* fue llevado magistralmente al cine, en 1971, por Pier Paolo Pasolini.

idea se admite de refilón en un adjetivo. Más tarde, no era peste auténtica: es decir, peste sí, pero en cierto sentido, no peste peste, sino una cosa a la que no se sabe encontrar otro nombre. Finalmente, peste sin duda y sin desacuerdo, pero ya se ha sumado a ella otra idea, la del envenenamiento y el maleficio, que altera y confunde la idea expresada por la palabra que no se puede ya retirar (p. 387).

Y aparecen entonces todo tipo de explicaciones para la causa de la enfermedad:

Hay, por desgracia, una verdadera razón —decía—, y están obligados a reconocerla incluso los que sostienen esa otra al aire... La niegan un poco, si pueden, la fatal conjunción de Saturno y Júpiter [...]. Pero lo que no puede entrarme es que los señores médicos confiesen que nos encontramos bajo una conjunción tan maligna y luego nos vengan a decir, con su cara dura: “No toquéis aquí, no toquéis allá, y estaréis seguros”. Como si este esquivar el contacto material de los cuerpos terrenales pudiese impedir el efecto virtual de los celestes. Y ¡tanto esforzarse por quemar trapos! ¡Pobre gente! ¿Quemaréis Júpiter? ¿Quemaréis Saturno? (p. 467).

En forma crítica explica la procedencia de esas explicaciones:

De los inventos del vulgo, la gente instruida tomaba lo que podía acomodar a sus ideas; de los inventos de la gente instruida, el vulgo tomaba lo que podía entender y como podía; y, de todo, se formaba una masa enorme y confusa de locura pública (p. 398).

Y con ironía hace un juicio demoledor: “Se podría, sin embargo, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, evitar, en gran parte, un curso tan largo y retorcido tomando el método propuesto hace tanto tiempo de observar, escuchar, comparar, pensar antes de hablar” (p. 387).

Hace también una aguda observación sobre el efecto de las aglomeraciones en la diseminación de la epidemia:

Y he aquí que, al día siguiente, precisamente mientras reinaba aquella presuntuosa confianza, más bien, en

muchos, la fanática seguridad de que la procesión debía de haber acabado con la peste, las muertes aumentaron en todas las clases, en todas partes de la ciudad, a tal exceso, con un salto tan súbito, que no hubo quien no viese la causa, o la ocasión, en la procesión misma (p. 391).

Manzoni hace un reconocimiento de los cuidadores:

Y fue hermoso, asimismo, que lo aceptasen sin otra razón que el no haber quien lo quisiera, sin otro fin que servir, sin otra esperanza en este mundo que una muerte mucho más envidiable que envidiada; fue hermoso, asimismo, que se les ofreciese sólo porque era difícil y peligroso, y se suponía que el vigor y la sangre fría, tan necesarios y raros en aquellos tiempos, ellos debían de tenerlos (p. 383).

Y observa que quienes han sobrevivido a la peste adquieren inmunidad, que compara con la armadura de los caballeros medievales:

Los otros, por el contrario, seguros aproximadamente de su logro (ya que tener dos veces la peste era caso más prodigioso que raro), andaban por medio del contagio francos y resueltos, como aquellos caballeros antiguos, vestidos de hierro hasta donde cabía (p. 407).

En la segunda mitad del siglo xvii (1664-1665) la peste negra llegó a Londres. En el año que duró la epidemia murieron 70.000 de los 460.000 habitantes de la ciudad. La epidemia fue descrita por Daniel Defoe (1660-1731) en el *Diario del año de la peste* publicado en 1722. Cuando ocurrió la peste el autor era un niño de 5-6 años, y cuando publicó el libro habían pasado cincuenta y siete años desde que terminó la epidemia. Esta anotación es importante dado el carácter del texto que mezcla la ficción de la novela con la crónica periodística detallada que abunda en datos estadísticos y referencias precisas sobre tiempo y lugar. Como dice Anthony Burgess en la introducción al libro:

el *Diario* también es único porque, además de aceptarlo como ficción, cada generación lo ha leído también como Historia [...]. Su verdad es doble: posee

la verdad del historiador concienzudo y escrupuloso, pero su verdad más profunda nace de la imaginación creativa (p. 32).

En Londres, como en todas las epidemias, al comienzo había dudas sobre la naturaleza y magnitud de la amenaza:

Entonces los médicos empezaron a reflexionar sobre todo aquello, pues en un principio no habían creído que pudiera tratarse de una epidemia general. Pero, cuando se mandó a los médicos que examinaran los cadáveres aseguraron a la gente que se trataba ni más ni menos de la peste (pp. 324-325).

Ante esta realidad, la población entró en pánico y las autoridades implementaron medidas restrictivas para controlar su diseminación. Como consecuencia, los ricos, incluyendo la corte, abandonaron Londres.² Pero para todos no fue fácil hacerlo: “Tenía ante mí dos cuestiones importantes que considerar: una era seguir con mi negocio y con mi tienda, que tenían un valor muy considerable [...]; y la otra era salvar mi vida en aquella pavorosa calamidad” (p. 44).

El narrador permaneció en la ciudad y sobrevivió, lo que le permitió observar lo ocurrido. Explica la diseminación de la peste con una aguda observación sobre personas infectadas asintomáticas que, sin saberlo, transmitían la enfermedad:

Esto, para mí, dejó fuera de toda duda que el mal se propagaba por contagio; es decir, que ciertos vapores o humos que los médicos llaman efluvios, por la respiración o por el sudor de las llagas de los enfermos, o por cualquier otro medio, tal vez desconocido aún por los propios médicos, y estos efluvios afectan a la persona sana que se acerca a cierta distancia de la enferma [...] la epidemia se propagaba insensiblemente, y a través de personas que no estaban visiblemente contaminadas y que ignoraban tanto a quiénes contaminaban, como quién les había contaminado a ellas (p. 144).

² Entre quienes abandonaron Londres está Isaac Newton, quien se refugió en su natal Lincolnshire y durante ese tiempo escribió *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, uno de los libros científicos más importantes de todos los tiempos.

Y adelantándose siglo y medio al descubrimiento de la etiología microbiana de las infecciones, escribe:

He oído decir que, según la opinión de otros, tales enfermedades podían reconocerse haciendo que echaran el aliento sobre un trozo de vidrio, en donde el aliento se condensaba, y con la ayuda de un microscopio podían verse seres vivos, de formas singulares, horribles y monstruosos (p. 336).

El papel de los médicos, su impotencia ante la peste y los riesgos que asumieron es también descrito por el autor:

Tampoco es querer negar el esfuerzo y la dedicación de los médicos decir que fueron víctimas del mal común; tampoco es esta mi intención; es hacerles un elogio decir que arriesgaron sus vidas hasta el punto de que las perdieron al servicio de la humanidad (p. 86).

El *Diario del año de la peste* es la primera descripción epidemiológica de una epidemia, por las explicaciones de tiempo y lugar, con datos precisos sobre las fechas y parroquias (léase barrios) en que se presentaron los casos y los decesos (Enric, 2020).

Entre el amor y la peste

A principios del siglo xx, poco antes de la gran guerra europea, Thomas Mann (1875-1955) escribió *Muerte en Venecia* (1912). Mann relata el viaje del escritor alemán Gustav von Aschenbach a Venecia para tratar de recuperar una inspiración que al acercarse a la edad madura ha ido perdiendo. Aschenbach se aloja en un hotel en el Lido, donde está de vacaciones una familia polaca, uno de cuyos miembros, Tadzio, es un adolescente cuya belleza deslumbra a Aschenbach, que sin tener nunca un contacto directo con él se convierte en una obsesión que lo lleva a seguir discretamente a la familia en sus paseos por los canales, en las góndolas pintadas de negro,³ o a pie por las callejuelas de la

³ Se dice que las góndolas venecianas están pintadas de negro en honor a los

ciudad. Mientras tanto, una epidemia de cólera va creciendo, aunque las autoridades y buena parte de la población tratan de negarla:

Sin embargo, el temor a los perjuicios que sufriría la ciudad, las consideraciones a la Exposición de cuadros que acababa de inaugurarse, a los jardines públicos y a las grandes pérdidas que el pánico podía producir en los hoteles, comercios y en todos los que vivían del turismo, pudieron más en la ciudad que el amor a la verdad y el respeto a los convenios internacionales (Mann, 1982, pp. 41-42).

Pero el cólera seguía expandiéndose: “De cien afectados, ochenta morían del modo más horrible; pues el mal aparecía con extraordinaria violencia, presentándose casi siempre en la más terrible de sus formas: la seca” (p. 41).

Aschenbach duda entre salvar su vida o permanecer extasiado cerca de Tadzio, quien sin saberse observado y deseado continúa divirtiéndose en las playas hasta que su familia decide emigrar para salvarse de la peste. Cuando Tadzio es llamado por su madre, Aschenbach sufre un colapso y muere pocas horas después. El autor nos deja la duda de si Aschenbach murió a causa del cólera seco o porque en ausencia de Tadzio la vida carecía de todo sentido.⁴

Continuemos con el cólera en un entorno más cercano, Cartagena, con una de las obras más bellas de la literatura colombiana *El amor en los tiempos del cólera* (1985) de Gabriel García Márquez (1927-2014). La novela relata el amor de toda una vida de Florentino Ariza por Fermina Daza, pero en relación con el cólera los protagonistas son otros: Juvenal Urbino, el médico esposo de Fermina, y su padre, también médico, Marco Aurelio Urbino.

Este último fue quién “concibió y dirigió en persona la estrategia sanitaria [para combatir] la epidemia

muerdos de las epidemias que ha padecido la ciudad.

⁴ La novela de Thomas Mann fue llevada al cine en 1971 por Luchino Visconti; para muchos la película supera al texto escrito.

de cólera morbo, cuyas primeras víctimas cayeron fulminadas en los charcos del mercado y había causado en once semanas la más grande mortandad de nuestra historia” (García Márquez, 1985 p. 155).

Y también fue “su víctima más notable”, pues

cuando reconoció en sí mismo los trastornos irreparables que había visto y compadecido en los otros, no intentó siquiera una batalla inútil, sino que se apartó del mundo para no contaminar a nadie [...] escribió para la esposa y los hijos una carta de amor febril, de gratitud por haber existido (p. 157).

Para su hijo Juvenal, que estudiaba en París, “el cólera se le convirtió en una obsesión”, regresó a Cartagena y

antes de un año, sus alumnos del Hospital de la Misericordia le pidieron que los ayudara con un enfermo de caridad que tenía una rara coloración azul en todo el cuerpo. Al doctor Juvenal Urbino le bastó verlo desde la puerta para reconocer al enemigo (p. 159).

Y fue él entonces quien

previno a sus colegas, consiguió que las autoridades dieran la alarma a los puertos vecinos para que se localizara y pusiera en cuarentena a la goleta contaminada y tuvo que moderar al jefe militar de la plaza que quería decretar la ley marcial y aplicar de inmediato la terapéutica del cañonazo cada cuarto de hora. —Económice esa pólvora para cuando vengan los liberales —le dijo de buen talante—. Ya no estamos en la Edad Media (p. 160).

El triunfo del amor sobre la muerte es evidente en el barco que remonta el río Magdalena con Florentino Ariza y Fermina Daza, ya ancianos, viviendo intensamente su amor; barco que luego desciende por el río con la bandera amarilla izada, signo de que a bordo había enfermos de peste, para no tener otros pasajeros ni paradas en ningún puerto que les impidieran vivir su pasión (Tena, 2010).

La peste de Orán

La peste, escrita por Albert Camus (1913-1960) en 1945 es, a mi parecer, la obra cumbre de la literatura relacionada con las epidemias. El libro describe la peste bubónica que se desató en Orán, Argelia. Todo comenzó cuando empezaron a aparecer por toda la ciudad ratas muertas y luego un número de personas fallecidas que aumentó día a día, pero: “La prensa, tan habladora en el asunto de las ratas, no decía nada. Porque las ratas mueren en la calle y los hombres en sus cuartos y los periódicos sólo se ocupan de la calle” (Camus, 2018, pp. 44-45).

El doctor Bernard Rieux, después de examinar algunos de los fallecidos, concluyó que estaban ante una epidemia de peste; sin embargo, para las autoridades y para la población no era fácil aceptarlo, pues “las plagas no están hechas a la medida del hombre, se dice, pues, que las plagas son irreales, que es una pesadilla, que pasará. Pero no siempre pasan, y de pesadilla en pesadilla son los hombres los que pasan” (p. 47).

Pero, “al fin, fue suficiente que alguien pensase en hacer la suma. La suma era aterradora. En pocos días, los casos mortales se multiplicaron y resultó evidente [...] que estaban ante una verdadera epidemia” (p. 45).

Las autoridades cerraron la ciudad y establecieron medidas para evitar su propagación, incluyendo la cuarentena, el distanciamiento y toda actividad que llevará aglomeraciones, que alteraron la vida social y las relaciones entre las personas.

Nadie había aceptado todavía la enfermedad. En su mayor parte eran sensibles sobre todo a lo que trastornaba sus costumbres o dañaba sus intereses [...]. La peste había quitado a todos la posibilidad de amor e incluso de amistad. Pues el amor exige un poco de porvenir y para nosotros no había ya más que instantes (pp. 90, 207).

Rieux y su amigo Tarrou organizaron equipos de cuidadores para enfrentar las contingencias de la epidemia:

Parte de los equipos [...] se consagraba a un trabajo de asistencia preventiva en los barrios excesivamente poblados. Trataban de introducir allí la higiene necesaria. Llevaban la cuenta de las guardillas y bodegas que la desinfección no había visitado. Otra parte de los equipos secundaba a los médicos en las visitas a domicilio, aseguraba el transporte de los pestíferos y [...] llegó a conducir los coches de los enfermos y de los muertos. Todo esto exigía un trabajo de registros y estadísticas que Grand se había prestado a hacer (pp. 152, 153).

Rieux estaba sometido a un trabajo extenuante por la cantidad de contagiados, con resultados desalentadores por el número de fallecimientos y muchas veces con la incomprensión de quienes eran precisamente el objeto de sus esfuerzos. Este párrafo es una sentida descripción de lo que vivía:

Pues sabía que aún, durante un período cuyo término no podía entrever, su misión no era curar, sino únicamente diagnosticar. Descubrir, ver, describir, registrar, y después desahuciar, esta era su tarea [...]. “No tiene usted corazón”, le habían dicho un día; sin embargo, tenía un corazón. Le servía para soportar las veinte horas diarias que pasaba viendo morir a hombres que estaban hechos para vivir. Le servía para recomenzar todos los días (p. 217).

Camus relata las conversaciones de Rieux con el periodista Rambert, el sacerdote Paneleux, quien en un principio declaró en sus sermones que la peste era un castigo divino, y luego, ante la evidencia desgarradora de la muerte, se unió a los equipos de cuidadores y terminó siendo una víctima más de la enfermedad, como su amigo Tarrou. Estas conversaciones muestran la visión humanista de Rieux frente a la vida y su profesión:

Sin embargo, es preciso que le haga comprender que aquí no se trata de heroísmo... Es una idea que puede que le haga reír, pero el único medio de luchar contra la peste es la honestidad [...].

—No, padre —dijo—. Yo tengo idea diferente del amor y estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados.

[...]

—Es posible —respondió el doctor—, pero, sabe usted, yo me siento más solidario con los vencidos que con los santos. No tengo afición al heroísmo ni a la santidad. Lo que me interesa es ser hombre (pp. 187, 247, 289).

Y cuando su amigo Tarrou muere en sus manos, víctima de la peste, reflexiona:

¿qué había ganado? Él había ganado únicamente el haber conocido la peste y acordarse de ella, haber conocido la amistad y acordarse de ella, conocer la ternura y tener que acordarse de ella algún día. Todo lo que el hombre puede ganar al juego de la peste y de la vida es el conocimiento y el recuerdo (p. 328).

Dice Tena (2010):

La peste simboliza el nacimiento de una nueva época y de un nuevo humanismo. Escrita tras el final de la Segunda Guerra Mundial la novela de Camus busca inaugurar una suerte de optimismo antropológico; no en balde la mayoría de sus personajes sacan lo mejor de sí ante el peligro que se cierne sobre la ciudad (p. 62).

La parálisis infantil, otra plaga terrible

La poliomielitis, conocida como parálisis infantil, ha causado epidemias con gran número de afectados que mueren o sobreviven con graves secuelas de invalidez. Causada por el virus del polio, se transmite por contaminación hídrica y produce parálisis muscular, que compromete, en los casos severos, los músculos respiratorios. Gracias a las vacunas y a las medidas sanitarias posiblemente será erradicada en un futuro cercano (Moffett, Llewellyn, Singh y Saxentoff, 2020). La tragedia de una epidemia de poliomielitis quedó inmortalizada en *Némesis* (2010) del estadounidense

Philip Roth (1933-2018). El libro relata una epidemia ocurrida en el verano de 1944 en Newark (Estados Unidos). El protagonista, Bucky Cantor, un profesor de educación física con una dedicación especial a sus alumnos, ve como uno a uno van siendo afectados por la epidemia:

El Sr. Cantor vio el ataúd dentro del vehículo. Era imposible creer que Alan yaciera dentro de aquella caja de pino sencilla y de color claro por el mero hecho de haber contraído una enfermedad de verano. La caja de la que no puedes escaparte. La caja en la que un niño de doce años tenía doce años para siempre. Los demás vivimos y envejecemos cada día, pero él sigue teniendo doce años. Transcurren millones de años y él sigue teniendo doce (Roth, 2012, p. 56).

Los alumnos eran niños con ilusiones y proyectos de vida que la polio truncó:

—Quería estudiar ciencias en la Universidad —siguió diciendo la señora Beckerman—. Quería ser científico y curar enfermedades. Había leído un libro sobre Louis Pasteur, y se sabía al dedillo cómo Louis Pasteur descubrió que los gérmenes son invisibles. Quería ser otro Louis Pasteur —explicó, planificando la totalidad de un futuro que jamás se realizaría— (p. 61).

Marcia, su novia, se encontraba como instructora en un campo de verano y preocupada por Bucky lo invita a que se aleje del sitio de la epidemia y le ayude en el cuidado de los niños. Él duda, pero luego accede. Pero, unas semanas después, empiezan a presentarse casos de parálisis en el campo de verano y él mismo adquiere la enfermedad, que había llevado desde Newark. Bucky sobrevive con graves secuelas, se aleja de Marcia para no someterla a cuidar un inválido y abandona su profesión como profesor de educación física. Después de múltiples tratamientos de rehabilitación puede vivir con muchas limitaciones físicas, lejos de sus sueños y de sus amigos. “La única manera de salvar un resto de honor era negarse a sí mismo todo lo que siempre había deseado y, si era lo bastante débil para

actuar de otro modo, sufriría su derrota final” (p. 195). Años después, se encuentra casualmente con uno de sus antiguos alumnos, que lo describe así: “En general, le rodeaba un halo de fracaso indeleble mientras hablaba de todo lo que había silenciado durante años, de un hombre no solo físicamente lisiado por la polio, sino también desmoralizado por una vergüenza perenne” (p. 184).

Una guía en la oscuridad

La última obra que quiero describir es *Ensayo sobre la ceguera* (1995) de José Saramago (1922-2010). La novela relata una epidemia de ceguera que se inicia cuando un conductor, frente a un semáforo, pierde repentinamente la visión; ante el caos que se genera, un transeúnte se ofrece a conducir el carro y llevarlo hasta su casa, lo cual hace, pero además se roba el vehículo. La esposa del ciego lo lleva al oftalmólogo al día siguiente. En la sala de espera hay otros pacientes, el oftalmólogo lo atiende y no encuentra una explicación para el caso. Al día siguiente, quienes se encontraban en la sala de espera le informan al doctor que también están ciegos, además de otros como el ladrón del vehículo. Los casos aumentan, el doctor habla con su esposa y sus colegas e informa a las autoridades, que inicialmente no aceptan la existencia de una epidemia de ceguera. Pero, finalmente: “El Gobierno lamenta haberse visto forzado a ejercer enérgicamente lo que considera su derecho y su deber, proteger por todos medios a su alcance a la población en la crisis que estamos atravesando” (Saramago, 2006, pp. 75-76).

Los ciegos son recluidos en un antiguo hospital mental. Cuando van a trasladar al oftalmólogo ciego, su esposa finge estar también ciega y lo acompaña convirtiéndose en su guía en la oscuridad, así como de los otros que se encuentran encerrados en el mismo pabellón. Con la llegada de más y más ciegos la situación es muy compleja. Según la mujer del médico:

tan lejos estamos del mundo que pronto empezaremos a no saber quiénes somos, ni siquiera se nos ha

ocurrido preguntarnos nuestros nombres, y para qué, ningún perro reconoce a otro perro por el nombre que le pusieron, identifica por el olor y por él se da a identificar, nosotros aquí somos como otra raza de perros (p. 65).

En estas condiciones afloran los mejores y los peores sentimientos que los humanos pueden tener ocultos (Marchalik y Petrov, 2020). Las acciones depravadas se presentan llegando incluso a la violación de las ciegas recluidas en el sanatorio, ni siquiera se salva la esposa del médico. Ante las difíciles condiciones el gobierno decide acordonar el sanatorio con personal militar. Uno de los ciegos, el ladrón del vehículo, tiene una herida infectada que requiere de tratamiento urgente con antibióticos que no llegan; este, en su desesperación, se acerca a la reja para implorar la medicación:

Muy lentamente, en el espacio entre dos hierros verticales, como un fantasma, empezó a aparecer una cara blanca. La cara de un ciego. El miedo le heló la sangre al soldado, y fue el miedo lo que le hizo apuntar su arma y disparar una ráfaga a quemarropa (Saramago, 2006, p. 83).

Los ciegos, para enterrar al muerto, necesitan herramientas, y la mujer del médico acude a los militares

En el portón, pero del lado opuesto a aquel donde había caído el ciego, apareció otro militar... Qué quieren, gritó, Necesitamos una pala o un azadón, No tenemos, venga, fuera, lárguense, Tenemos que enterrar el cuerpo, Pues no lo entierren, déjenlo pudrirse ahí, Si lo dejamos contaminará la atmósfera, Pues que la contamine y os aproveche, La atmósfera no se está quieta, tanto está aquí como va para donde estáis. La pertinencia de la argumentación obligó a reflexionar al militar (pp. 86-87).

Pero los militares piensan como tales, y cuando el Ministerio de Sanidad avisa al ejército que van a enviar más ciegos, estos discurren:

Si un ciego no ve, pregunto yo, cómo puede transmitir el mal por la vista, Mi general, ésa debe ser la en-

fermedad más lógica del mundo, el ojo que está ciego transmite la ceguera al ojo que ve, así de simple. Hay aquí un coronel que cree que la solución más sencilla sería ir matando a los ciegos a medida que fueran quedándose sin vista, Muertos en vez de ciegos, el cuadro no iba a cambiar mucho, Estar ciego no es estar muerto, Sí, pero estar muerto sí es estar ciego... aquel coronel de quien les hablaba hace un rato, se ha quedado ciego, A ver qué piensa ahora de aquella idea suya, Ya lo ha pensado, acaba de pegarse un tiro en la cabeza, Coherente actitud, sí señor, El ejército está siempre dispuesto a dar ejemplo (p. 115).

Después de múltiples tragedias los ciegos empiezan a recuperar la visión y encuentran la ciudad en ruinas, entonces la mujer del médico le dice a su esposo: “quieres que te diga lo que estoy pensando, Dime, Creo que nos estamos quedando ciegos, creo que estamos ciegos, Ciegos que ven, Ciegos que viendo, no ven” (p. 329).

Epílogo y conclusiones

No puedo terminar sin referirme a una pandemia de origen humano que no hemos podido superar como especie “inteligente”. Una plaga endémica que ocupa un lugar privilegiado en la literatura, me refiero a la(s) guerra(s) en las que el hombre es el microbio que mata hombres. Con Saramago podríamos afirmar que los humanos nos comportamos como “ciegos que viendo, no ven”. Sin embargo, el arte y la ciencia, como los más elaborados productos de la inteligencia, son los que en su confluencia nos pueden brindar la soluciones y la esperanza de que algún día logremos entender y desarrollar la simbiosis entre las culturas y entre el *Homo sapiens* y el resto de la naturaleza.

Mientras la ciencia, cada vez con mayor precisión y rapidez, identifica las causas de las epidemias y elabora métodos que permiten el diagnóstico, el tratamiento y la prevención de estas, la literatura, desde hace más de veinticinco siglos, muestra la tragedia que significan las epidemias desde lo individual y lo colectivo, los temores, las actitudes positivas y negativas, las fortalezas y debilidades que emergen cuando el dolor y la muerte

son amenazas inminentes, los mitos y los mecanismos con los que enfrentamos esas amenazas y cómo estas vivencias son comunes en todos estos siglos y en todos los lugares donde ocurren las epidemias. Como bien lo expresó el gran dramaturgo inglés George Bernard Shaw: “Las epidemias han tenido más influencia que los gobiernos en el devenir de nuestra historia”.

Agradecimientos

El presente artículo nació de la invitación que me hizo Ana Ochoa, del Parque Explora de Medellín, como parte de la colaboración entre esta institución y el Capítulo de Antioquia de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, para dictar una conferencia sobre epidemias y literatura en la Feria Popular Días del Libro, el 16 de mayo de 2020 en Medellín. Los profesores Marta Elena Bravo de Hermelin, Román Castañeda y Darío Valencia me propusieron convertir la conferencia en un texto para publicarse en esta revista. Agradezco las sugerencias sobre obras seleccionadas y sobre el texto hechas por Lina María Vélez, Beatriz García, Diego García, Silvia Helena García y Mario Felipe Londoño.

Referencias

- Atwood, M. (2019). *La semilla de la bruja*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Boccaccio, G. (s. f.). *El decamerón*. <https://freeditorial.com/es/books/el-decameron>.
- Camus, A. (2018). *La peste*. Ediciones Americanas.
- Cunha, B. A. (2004). The cause of the plague of Athens: Plague, typhoid, typhus, smallpox, or measles? *Infectious Disease Clinics of North America*, 18(1), 29-43.
- Defoe, D. (2006). *Diario del año de la peste*. Alba Editorial.

Enric, R. (2020). Daniel Defoe y el “coronavirus” del siglo xvii. *La Vanguardia*. <https://www.lavanguardia.com/historiayvida/edad-moderna/20200416/48530016118/daniel-defoe-gran-plaga-londres-pestes-siglo-xvii-coronavirus.html>.

García Márquez, G. (1985). *El amor en los tiempos del cólera*. Editorial Oveja Negra.

Gargantilla, P. (2016). *Enfermedades que cambiaron la historia*. La Esfera de los Libros.

Langmuir, A. D., Worthen, T. D., Salomón, J., Ray, C. G. y Petersen, E. (1985). The Thucydides syndrome. A new hypothesis for the Plague of Athens. *The New England Journal of Medicine*, 313(16), 1027-1030.

Mann, T. (2010). *La muerte en Venecia*. <https://literaturaalemanaunlp.files.wordpress.com/2010/04/la-muerte-en-venecia.pdf>.

Manzoni, A. (s. f.). *Los novios*. <https://freeditorial.com/es/books/filter-author/alessandro-manzoni>.

Marchalik, D. y Petrov, D. (2020). Seeing COVID-19 through José Saramago’s blindness. *Lancet*, 395(10241), 1899.

Moffett, D. B., Llewellyn, A., Singh, A. y Saxentoff, E. (2020). Progress toward poliovirus containment implementation - Worldwide, 2019-2020. *MMWR. Morbidity and Mortality Weekly Report*, 69(37), 1330-1333.

Papagrigorakis, M. J., Yapijakis, C., Synodinos, P. N. y Baziotopoulou-Valavani, E. (2006). DNA examination of ancient dental pulp incriminates typhoid fever as a probable cause of the Plague of Athens. *International Journal of Infectious Diseases*, 10(3), 206-214.

Rodríguez, P. (2020). La élite inmunológica y la Reina Roja: cómo las enfermedades han cambiado el curso de la historia y de la evolución biológica. *Jot Down*. <https://www.jotdown.es/2020/07/la-elite-inmunologica-y-la-reina-roja-como-las-enfermedades-han-cambiado-el-curso-de-la-historia-y-de-la-evolucion-biologica/>.

Roth, P. (2012). *Némesis*. Random House Mondadori.

Sánchez-Osti, M. (2010). Las epidemias y el miedo. En: *Historia, medicina y ciencia en tiempo de epidemias* (págs. 67-85). Fundación Ciencias de la Salud.

Saramago, J. (2006). *Ensayo sobre la ceguera*. Alfaguara.

Tena, M. (2010). Las epidemias y la literatura. En: *Historia, medicina y ciencia en tiempo de epidemias* (págs. 47-66). Fundación Ciencias de la Salud.

Tucídides (2007). *La guerra del Peloponeso*. Biblioteca clásicos grecolatinos. <https://historicodigital.com/download/Tucidides%20-%20Guerra%20del%20Peloponeso.pdf>.



Dora Mejía, *Piel canela*, proyecto “Divertimento”, 2020, infografía, 27 × 35 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

Esta es nuestra voluntad. Porque no está bien lo que hace sobre la tierra, exaltando su gloria, su grandeza y su poder, y no debe ser así

¿Qué están haciendo sobre la tierra? ¿Quiénes son los que la hacen temblar y hacen tanto ruido?

La educación y la pedagogía en la educación superior:

posibilidades y límites

*Conferencia pronunciada en el Programa de Cualificación Pedagógica
de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia
el 2 de diciembre de 2020*

Guillermo Echeverri Jiménez

(Colombia, 1962-v.)

Licenciado en Lingüística y Literatura, Magíster en Desarrollo de la Universidad Pontificia Bolivariana, Magíster en Educación de la Pontificia Universidad Javeriana y candidato a Doctor en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional. Profesor de las universidades Pontificia Bolivariana y Luis Amigó. Autor de numerosos proyectos académicos, educativos y pedagógicos; consultor, asesor educativo y pedagógico. Actual Decano de la Escuela de Educación y Pedagogía de la Universidad Pontificia Bolivariana.



Resumen

En su disertación, el profesor Echeverri establece los conceptos que diferencian la educación y la pedagogía y los contextualiza en el marco universitario, dejando ver los aspectos fundamentales de la práctica formativa en los procesos de enseñanza y aprendizaje, con la intención de propiciar escenarios de reflexión y mejoramiento en beneficio de la tarea cotidiana de construir profesionales a partir del entendimiento de la pedagogía como un saber en diálogo con otros saberes, con los estudiantes, con los profesores colegas y una conversación del docente consigo mismo.

Palabras clave

Educación, educación superior, didáctica, pedagogía, universidad.

Normalmente se habla sin mucha distinción, sin mucha precisión conceptual, de educación y de pedagogía, y pareciera que todos somos educadores y pedagogos, lo cual, si uno lo piensa en términos generales, está bien, pero en términos específicos no está tan bien, por lo tanto, es necesario hacer algunas precisiones.

La primera tiene que ver con que la educación es un campo mucho más amplio, la educación no se refiere al sistema educativo del país; digamos que, por principio, y en términos históricos, es una intencionalidad formativa que todos podemos tener. En ese sentido, uno podría decir que un padre o una madre, un tío, una persona que realiza alguna labor en el Metro de Medellín, en términos generales, puede ser un educador, entendiendo esa idea general de que la educación es una especie de principio universal en el cual estamos todos comprometidos por la condición humana.

Vale la pena señalar que varios textos, desde hace tiempo, indican que algunos de los diferenciales de la condición humana están en el pensamiento, en el lenguaje y en la condición educable; la condición educable, el tercero de los asuntos, fue señalada en el siglo XIX por Herbart, el pedagogo alemán que algunos designan como el iniciador de las ciencias de la educación. Dicho término se ha traducido al español como la educabilidad, como la condición educable que tenemos todos.

Efectivamente, la condición de pensamiento y de lenguaje nos da una educación educable, esto significa una educación en la cual nos ubicamos en el horizonte del mundo como los que nos educamos y aprendemos a ser más humanos; en ese sentido, uno podría decir que la educación es un terreno amplio, absolutamente universal y nos compromete a todos, todos estamos en el horizonte de la educación, de lo educable y de cómo se tradujo el término del alemán como educabilidad, con una aclaración: algunos hablan de que el término bien traducido tal vez no sea educable, sino formable, por tanto, no en educabilidad sino en formabilidad, en esa condición maleable que todos tenemos ubicada en los contextos, en la ciudad, en el país, en el mundo, en nuestros desempeños laborales y profesionales.

En ese sentido, todos, por la condición humana que tenemos dentro de esta especie, poseemos un matiz educable, una condición educable. Se podría decir que la educación es un compromiso humano; por ejemplo, ustedes saben, por las diferentes esferas en las que se mueven y por la profesión que ejercen, que se habla de ciudades educables. Este es un concepto de hace más de dos décadas que ha campeado por diferentes lugares, y todos han dicho: las ciudades tienen un compromiso y es educar a los ciudadanos.

En estos días, en los que el Metro de Medellín cumplió veinticinco años, se ha hablado de la Cultura Metro y la condición educable del Metro, y así se podría seguir hablando de distintos escenarios para encontrar que, en los mismos, hay una especie de intención o de propósito de que la educación permee distintas esferas y a todas las personas en la sociedad. Desde esa perspectiva, se podría decir que la educación es una esfera amplísima, universal, y que está en las ciudades y en los distintos territorios. Algunos hablan de equipamientos urbanos para la educación; esto se refiere a las instalaciones en las cuales se pretende que los ciudadanos se eduquen y aprendan a respetar el entorno, respeten a los demás, construyan la respetabilidad sobre sí mismos, etc.

Digamos que, en esa perspectiva, y en este primer punto que señalo en la introducción, la educación es, en buena parte, connatural a una especie de condición humana que tiene el propósito de alcanzar una situación más educada y educable para todos los ciudadanos. Esa sería una primera precisión sobre el concepto de educación. Se podría afirmar, por ejemplo, que todo el trabajo que desarrolló Antanas Mockus en Bogotá, a mediados de los noventa, fue una propuesta educativa —aunque algunos lo llamaron pedagogía—, pero con algunas herramientas pedagógicas, asunto que vendrá más adelante.

Lo que quiero precisar en este primer punto de la introducción, y en el concepto de educación, es que la educación está en distintas esferas y cada vez somos más conscientes de su importancia. Hoy, en una ciudad

como Medellín, se encuentran alianzas variadas entre lo oficial, lo privado, las empresas, las universidades y los establecimientos educativos para construir la esfera educativa, porque después de los años setenta, con la idea de la sociedad del conocimiento, apareció la idea de que el capital de las ciudades es el conocimiento, y que, por tanto, educar en distintos escenarios, en distintos lugares, en distintos entornos, con distintas herramientas, es una necesidad.

En el caso de quien habla —que tiene más de cinco décadas—, cuando estudié, lo educativo se circunscribía a la escuela y después a la universidad. Me estoy refiriendo a la década de los setenta, cuando era estudiante en la Institución Educativa Juan María Céspedes, en Belén, y después en el ya desaparecido Liceo Antioqueño de la Universidad de Antioquia. En ese entonces, la esfera de la educación era la de la escuela; todo el asunto educativo estaba ajustado a la escuela, ella era el referente en el cual uno podía hablar de educación, pero eso fue para los años setenta, quizás los ochenta, pues ya a comienzos de los noventa, hace unos treinta años, la idea de los distintos escenarios educativos entró muy fuerte; por eso reitero que la Cultura Metro es un elemento muy importante, pues antes de que se pusiera en funcionamiento el Metro ya aparecía como un elemento educativo.

Tal vez los que recordamos la aparición del Metro en Medellín, a mediados de los noventa, lo tenemos como un referente muy importante al crear una “cultura”. Es muy valioso resaltar esa intencionalidad: la idea de la Cultura Metro que hoy se ha replicado en otros referentes de ciudad con esa misma intención educativa, como el Parque Explora, Ruta N, la Escuela del Maestro y otros escenarios que se han construido con los años. Y también está la relación entre Medellín y Barcelona que ha fortalecido ese concepto de lo educativo.

Para cerrar esta primera idea, lo educativo se vuelve un referente, un contenedor mucho más amplio que la pedagogía; un contenedor poderoso que, después de lo establecido en los artículos 67 y 68 de la Constitución

Política, es una intención de país. Es decir, lo educativo como una intencionalidad que rebasa lo propio de la escuela, de la escolaridad curricularizada.

El segundo punto es la pedagogía, con cuyo término también hay muchas discusiones. La primera manera de abordarlo es que cuando se escucha la palabra pedagogía da la impresión de que es un término referido a la escuela del maestro y al currículum; uno escucha pedagogía e inmediatamente dice que eso es como un asunto de la escuela, de los maestros, de los profesores y del currículum o de un programa de estudios, y digamos que en buena parte es cierto.

Cuando uno dice pedagogía, evidentemente, la ubicación de estos tres elementos que acabo de mencionar parece que están ahí, en ese escenario. Se piensa que la palabra pedagogía es llevar o conducir a los niños. Este es un primer asunto importante, que la pedagogía tiene un terreno, digámoslo así, en la relación con la educación. Es el primer concepto, un tanto más restringido, un poco más circunscrito. Esto significa que la pedagogía se supone que es una disciplina o una ciencia, un saber que está en manos de unos profesionales que estudian una serie de asuntos que sirven para la enseñanza y los procesos de aprendizaje de los estudiantes. Esto es lo primero.

Lo segundo es que, efectivamente, eso está en un contexto particular que podríamos llamar, en general, la escuela. Cuando digo la escuela me refiero a los niveles iniciales, y también al escenario de información, como un doctorado, por ejemplo; la escuela con un concepto mucho más amplio. Y el tercer elemento es que el asunto de la pedagogía tiene que ver con un programa de estudios, con un plan.

Ahora, sobre esto del currículum se pueden hacer algunas precisiones. Lo primero que es importante es establecer una diferencia entre lo educativo y lo pedagógico, en los términos que acabo de mencionar; yo, normalmente, suelo hacer esa distinción y la hago para evitar, en la medida de lo posible, ciertos equívocos,

como decir que todos somos pedagogos. Suelen aparecer expresiones como “pedagogía del amor”, “pedagogía de todo”, entonces el término se vuelve a veces un cliché y resulta manoseado. Ahora, en términos educativos, sí es posible que todos seamos más educadores que pedagogos, esa es la distinción inicial. Si todos tuviéramos la intención, seríamos educadores. Esa es la tesis básica.

Lo de pedagogos tendría unas restricciones, y no es porque quiera hacer la restricción por el hecho de que yo tenga una formación pedagógica como licenciado en Lingüística y Literatura de la Universidad Pontificia Bolivariana, en la década de los ochenta, para ser profesor de español y literatura, que es mi formación básica. Ahora también haré una complementación entre el saber pedagógico y otros saberes, que es importante para esta conversación.

En primer lugar, habría que diferenciar entre lo educativo y lo pedagógico. Aunque lo que llamamos pedagogía también tiene algún debate, no voy a profundizar en el tema porque esto no es una discusión para pedagogos; voy a tratar de resaltar algunos puntos pedagógicos, pero no me voy a meter en la disputa epistemológica e histórica sobre la pedagogía; esa discusión la hacemos en las facultades de educación, pero para este caso específico, de esta conferencia para docentes de la Universidad Nacional, no sería tan interesante por el propósito de la charla.

Ahora bien, sí habría que decir que la pedagogía establece algunas imposibilidades y algunos límites para la educación superior; entonces aquí voy a hacer la precisión: cuando se ha hablado de pedagogía, normalmente se dice que es para los niños y los adolescentes, como si existiera de entrada un elemento restrictivo, y es que en el imaginario, hasta la década de los setenta, los elementos pedagógicos quedaban limitados al terreno de la escuela de los niveles iniciales; incluso aquí vale la pena hacer una anotación: cuando se habla del profesor universitario el término que se utiliza mucho es profesor, catedrático, docente, mientras que cuando se habla

del profesor de los niveles iniciales el término que se utiliza es maestro, con una precisión: es un término o una categoría muy conceptual del gremio de maestros, pero también se utiliza en el sentido de que quien tiene lo pedagógico es un maestro que está en los niveles iniciales, porque el que está en la educación superior es un profesor, es un docente, es un catedrático.

Esa distinción lleva a que los profesores de los niveles iniciales de una escuela, los profesores de las primeras letras, sientan una especie de descalificación y de subvaloración, como si el que tiene un saber fuerte, consolidado y consistente es el profesor universitario, mientras que el maestro de los niveles iniciales no; y esto lo digo porque esa distinción es importante tenerla en el horizonte, ya que cuando se ha hablado de pedagogía se piensa que el concepto mismo y la práctica pedagógica quedan en buena parte restringidas a los profesores de los niveles iniciales del sistema educativo: los profesores que enseñan español, literatura, matemáticas, educación religiosa, educación física, etc., las diez áreas de la educación escolar desde las dimensiones de preescolar hasta terminar el grado undécimo, de lo que antes llamábamos bachillerato, que hoy la nominación correcta no es bachillerato, sino educación media. Hoy los niveles son: la educación inicial o preescolar, la educación básica primaria, la básica secundaria y la media, que corresponde a décimo y undécimo. Esos dos últimos grados (secundaria y media) se llamaban antes bachillerato.

Cuando se ha hablado de pedagogía, y aquí existe una limitación para la educación superior, pareciera estar reducida al terreno específico de la educación inicial, es decir, desde las primeras letras hasta la educación media en undécimo. Cuando fui profesor durante nueve años en el colegio de la Universidad Pontificia Bolivariana, entre los grados séptimo y undécimo, fui docente de español y literatura, y también fui director de grupo. Teníamos una clara distinción entre los maestros de primaria, aquellos que formaban hasta quinto, y los que trabajábamos desde sexto hasta undécimo, que estábamos más cerca de ser dictadores

de cátedra que de trabajar lo pedagógico; de hecho, mis colegas y yo nos autonombrábamos como profesores de bachillerato y no profesores de primaria, porque los profesores de primaria tenían ese compromiso de lo pedagógico, mientras nosotros, permítanme decirlo así, éramos “más serios”, no nos ocupábamos de los asuntos pedagógicos y teníamos una formación más en las áreas específicas. Eso aún sigue ocurriendo en buena parte de los establecimientos educativos: permanece la distinción entre lo pedagógico en los niveles iniciales y una especie de desaparición paulatina de la pedagogía, o difuminación de la pedagogía, en la educación media, que en algunos casos se vuelve una limitación.

Para sintetizar, lo pedagógico existe solamente en los niveles iniciales, entre preescolar, primaria y hasta noveno, inclusive. Los profesores de décimo y undécimo suelen decir en los colegios: “Bueno, ya no vamos a jugar tanto”. Eso lo plantean para transmitir la idea de que la pedagogía queda atrás, y que en la universidad empieza una exigencia más académica; así les dicen a los estudiantes que se están preparando para llegar a la universidad, por tanto, ya no hay tanta pedagogía, sino un asunto más disciplinario. Ahí empieza una especie de desdibujamiento de lo pedagógico, con el entendido o el imaginario de que lo pedagógico está limitado a unos niveles iniciales; y esto trae de la mano un segundo imaginario sobre la pedagogía, y por tanto otra limitación, y es que al parecer la pedagogía es un asunto para mantener atentos a los niños, para mantenerlos cautivos y, por ende, que lo pedagógico es una especie de entretenimiento.

¿Para qué sirve la pedagogía?, pues para que los niños no se aburran, para que estén animados, para que presten atención, para que no se desmotiven, inclusive algunos suelen hacer una asimilación entre la pedagogía y la motivación. ¿Para qué sirve la pedagogía? ¡Ah!, para motivar. Si no estás motivado es que te faltan estrategias pedagógicas; digamos que ahí, al parecer, no hay una confusión, ni tampoco un equívoco, sino una especie de restricción semántica de lo pedagógico que se remite al contexto del entretenimiento, te mantiene activo y te

motiva. Esos serían los tres términos correspondientes con el imaginario de pedagogía.

Otra idea en este mismo segundo punto acerca de las limitaciones de la pedagogía es la de entenderla como un saber un tanto inútil. Algunos profesores de ciertas carreras en la Universidad Pontificia Bolivariana me preguntan, en los cursos de pedagogía, con cierta ironía, no solamente ahora como decano, sino también cuando era profesor: “Y la pedagogía, ¿para qué sirve? Nosotros que somos ingenieros hacemos tal cosa, los que son médicos hacen tal cosa, los que son abogados hacen tal cosa; ustedes los pedagogos, ¿qué es lo que hacen?”. La pregunta se volvió un tanto incómoda, pero, para el profesor que la hacía, un profesional de otro saber, la pedagogía era un saber inútil. Incluso se cita a Óscar Wilde, quien dice: “Si sabes algo, practícalo, si no sabes nada, dedícate a enseñar”. Pero esa es una interpretación de alguna frase de Óscar Wilde. No obstante, se siguen haciendo algunos comentarios ciertamente jocosos: “Bueno, vivíamos mejor cuando no teníamos tanta pedagogía y simplemente enseñábamos con lo que sabíamos”. Esta es una expresión que se utiliza mucho.

Para ir cerrando este segundo punto, puede aclararse que realmente la pedagogía es como un saber raro, que no se sabe si es un saber, una ciencia o una disciplina; este es un asunto que se nos ha planteado muchísimas veces. En las décadas de los setenta y los ochenta las facultades de educación se formaban en saberes que eran mucho más fuertes que la pedagogía: en administración, en los elementos propiamente curriculares, en los elementos de la filosofía y la educación, y en psicología, como un campo muy fuerte que reemplazaba la pedagogía; cuando se encontraba que un estudiante tenía problemas, eso lo resolvía en buena parte un psicólogo, no un pedagogo. De tal manera, si se habla de pedagogía se habla, al parecer, de un saber difuso, raro, extraño, inútil, que complementa otras cosas, que en el fondo no sirve para mucho, que no tiene mayor trascendencia ni relevancia.

En ese escenario, cuando un estudiante termina la educación inicial, la educación básica primaria, básica secundaria y la media, y llega a la universidad a hacer una carrera cualquiera, en cualquier universidad, parece que “se ha liberado de la pedagogía”. Como algunos colegas míos lo solían decir en Bolivariana: “Bueno, ahora sí, ya no estamos jugando, ahora sí es en serio, ahora usted va a empezar a estudiar en serio porque el juego y esa cosa pedagógica ya quedo allá en el colegio y ahora nos vamos a meter con un asunto central, usted va a aprender una cosa importante”.

Esto ha puesto a la pedagogía como un saber inútil y en algunos casos subsidiario, como un saber de segundo o tercer renglón. Inclusive, me ha pasado que algunos colegas de otras carreras me dicen: “Ve, es que tenemos unos problemas con los estudiantes del programa tal, ¿por qué no nos decís en media horita unos *tips* pedagógicos para que los profesores se puedan desenvolver bien?, pero dílos rapidito y no nos cuentes muchas cosas de pedagogía, que eso no nos interesa, dínos rápidamente cómo resolver el problema”. Esa es una especie de subvaloración del saber. No obstante, también es cierto que en todos los saberes, incluyendo la pedagogía, puede haber cierta retórica, un lenguaje rebuscado para decir cosas que se pudieran comunicar de una manera más simple y sencilla. Lo que quiero resaltar es que no habría que complicar lo pedagógico para ponerle una especie de valoración, en tanto ha estado supuestamente subvalorado.

En síntesis, al parecer la universidad no requeriría lo pedagógico, porque lo pedagógico, reitero, estaba circunscrito al terreno de los niños y los jóvenes que necesitan motivación, persuasión, estrategias, una serie de elementos y accesorios para concentrarse y aprender porque están en la minoría de edad; porque claro, cuando estamos en la educación superior, en la mayoría de edad, con unas cuantas excepciones, no se necesitaría lo pedagógico. De hecho, muchos profesores universitarios dicen: “No, a mí no me venga con cuentos pedagógicos, yo voy a enseñar derecho romano, cálculo, voy a enseñar diseño, no me salga

con cuentos pedagógicos, eso no es tan importante”. Y bueno, es posible que sea así; sin embargo, conviene aclarar que hay una serie de condiciones que vienen del marco legal; las voy a mencionar, no porque crea que el marco legal sea el que pone la exigencia pedagógica; sin embargo, hay una serie de referentes legales que traducen algunas de las supuestas necesidades de lo pedagógico.

Para ser docente de educación superior no hay una exigencia pedagógica; entonces, ¿quién puede ser profesor universitario?, quien tiene experticia, suficiencia en un saber específico y puede transmitirlo de buena manera a un grupo de estudiantes. De hecho, en las décadas de los ochenta y los noventa, puede ser que también aún hoy, era muy común que llamaran a un estudiante avanzado de una carrera para ser docente en un curso introductorio al año siguiente, por su experticia en el saber, no necesariamente porque supiera nada de lo pedagógico. Actualmente hay una serie de exigencias de orden pedagógico, que más adelante precisaré, pero en general en la mayoría de las universidades del país había un grupo de profesores catedráticos, o de tiempo completo, con una gran trayectoria y un relevo generacional de profesores que habían terminado la carrera con pergaminos interesantes, que tenían suficiencia en el saber y cierta facilidad comunicacional. Después vinieron los requerimientos investigativos y pedagógicos, pero antes no se necesitaba el saber pedagógico, los contratos señalaban que se vinculaba al profesor para ser docente de un determinado curso, pues en buena parte lo importante era la suficiencia académica del profesor en ese saber, no en uno “accesorio” como el pedagógico.

Ahora voy a hacer un retroceso histórico. La ley que rige la educación superior es la 30 de 1992; después de esta empiezan a aparecer en el escenario de la educación superior una serie de características importantes, voy a señalar algunas de ellas sin ser exhaustivo, pues me interesa indicar algunos aspectos de dicha ley. Ya antes, durante el gobierno del presidente Julio César Turbay Ayala, estaba el decreto ley 080 de 1980, que era

bastante amplio, que permitió la apertura de muchas universidades y de programas para la educación superior en el país, porque había una demanda particular para esa época. Después, la ley 30 de 1992 estableció un cierre que pretendía construir condiciones de calidad; ¿por qué condiciones de calidad? porque ante la apertura de tantas universidades y de tantos programas la calidad era dudosa, y ante la duda apareció la restricción de la ley 30 que, entre otras cosas, señala los procesos de autoevaluación, acreditación y certificación de programas y de instituciones; con dicha ley empieza a aparecer lo pedagógico como un asunto muy fuerte.

No quiero decir que antes no haya habido preguntas por lo pedagógico; en efecto, es importante remitirse a un programa de la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá, muy conocido en todo el país entre los profesores, que era el Simposio sobre la Educación Superior, dirigido por el profesor y sacerdote jesuita, ya fallecido, Alfonso Borrero Cabal, conocido como un humanista, y quien en 1981 instaló el evento y se convirtió en una discusión muy importante para el momento, para debatir temas acerca de la historia de la universidad, para qué la universidad, y otra serie de temas relativos a la educación superior y a su importancia formativa.

La Javeriana sacó a la luz hace unos diez años, poquito más, poquito menos, unos volúmenes, quizá ocho, en los que se da a conocer todo ese simposio de la educación superior, y es un buen referente para que en algún momento se haga una conversación sobre lo que fue ese hito liderado por el padre Borrero Cabal, que era un hombre librepensador, amplio en su perspectiva acerca de la universidad, con un enfoque bastante humanista. Me parece un trabajo bonito; cuando yo coordinaba la Maestría de Educación en Bolivariana utilicé alguno de los tomos con mis estudiantes y me encontré con un material que hoy sigue siendo vigente. También está el trabajo de un colega que ustedes conocen mucho mejor que yo, el profesor Antanas Mockus, quien produjo en la década de los ochenta un texto muy bonito que invito a leer, se llama *La misión de*

la universidad; es un libro interesante y muy ilustrativo que detalla para qué sirve la universidad.

Muy bien, vuelvo sobre el punto, el marco legal de la ley 30 de 1992 se convirtió en un referente para la educación superior, pero el referente para los niveles iniciales (preescolar inicial, básica primaria, básica secundaria y media) es la Ley General de Educación, la 115 de 1994, que algunos señalan como la primera ley general de educación, construida en buena parte por el gremio de maestros, aunque después tuvo algunas variaciones y transformaciones; el gremio dice que tergiversaciones. Esta dualidad lleva a un problema: yo considero que la educación del país debería tener un solo marco legal y mayores articulaciones entre la educación superior y la educación inicial; eso en general no pasa, y es una, por supuesto no la única, de las dificultades que causa deserción de los estudiantes de la educación superior; pero esa podría ser otra conversación.

Bien, cuando aparece la ley 30 y los procesos de autoevaluación, acreditación y certificación de programas y de instituciones, cuando llegan los pares evaluadores lo primero que piden, después de la presentación institucional y del programa, es el modelo pedagógico, y cuando eso empezó a ocurrir surgieron algunas preguntas: “¿Cómo así que el programa pedagógico?, ¿qué es el modelo pedagógico?”; la idea de lo pedagógico se empezó a instalar como una exigencia para la educación superior. Esa exigencia de la pedagogía como un saber con alguna relevancia para la educación inicial se dio en 1998, cuando el Ministro de Educación era Jaime Niño Díez, quien señaló que el saber fundante de los maestros es la pedagogía, no la psicología, ni la administración educativa, ni la sociología de la educación; entonces impulsó fuertemente la idea de la pedagogía, el concepto de pedagogía y lo que algunos llaman la práctica pedagógica. Este es un punto central.

Vuelvo a la educación superior, que no estaba acostumbrada a esas exigencias; ustedes lo saben bien. En nuestro contexto los profesores de la Universidad Nacional, de la de Antioquia, de la Bolivariana de la década de los setenta, que eran catedráticos fuertes en sus saberes, no

estaban acostumbrados a esa situación. Tengo un compañero, que se llama Juan Carlos Echeverri, que fue estudiante de Antonio Restrepo, profesor de historia aquí, en la Sede Medellín de la Universidad Nacional, y Juan Carlos me decía: “¿Y las clases de Toño Restrepo?, porque era así como le decían a Antonio, que se sentaba, prendía su cigarrillo y hablaba y exponía la clase, ¿y usted le podía preguntar a Antonio sobre asuntos pedagógicos? No, esa era la pedagogía de Antonio, o sea, Antonio exponía, Antonio hablaba y uno que otro estudiante levantaba la mano y opinaba, y Antonio podía conversar con ese estudiante, o en algunos casos le decía: ‘A usted lo que le falta es leer’”. Digamos que ahí estaba instalando una práctica pedagógica, sin que necesariamente tuviera una formación pedagógica.

A finales de los noventa surge la idea de que la universidad necesita un énfasis en los procesos de enseñanza para que el otro aprenda efectivamente. Se escucha mucho que la formación se basa en el estudiante, no en el docente; esa es una expresión que se repite constantemente. A mí me parece que es un poquito equívoca, que es congraciarse con los estudiantes y con las familias, sobre todo en las universidades privadas; este no es el caso de la universidad pública, pero en las universidades privadas sí nos pasa mucho eso de tratar de congraciarse con el estudiante y con la familia, lo que a mí me parece, en buena parte, repito, equívoco, un poquito falso en la expresión misma; lo que ha pasado, en términos generales, es que discursivamente ha aparecido la necesidad de que el profesor universitario sepa pedagogía y tenga prácticas pedagógicas.

Entonces, en la ciudad, y también en todo el país, han surgido diplomaturas sobre pedagogía, especializaciones en pedagogía, maestrías en educación y pedagogía, inclusive cursos para enseñarles a los profesores universitarios cómo desempeñarse correctamente con lo pedagógico. En el marco de la docencia universitaria este tema ha tomado más fuerza, sin duda alguna, y aparecen en los procesos de acreditación cuando llegan los informes de los pares, en los que se señala que el programa es muy bueno y el currículum está muy bien

planteado, pero que los pares le hacen notar a la universidad la importancia de programas para que los profesores tengan prácticas pedagógicas más adecuadas.

Para ir hacia el cuarto punto, se puede plantear que se ha construido un escenario, incluso mundial, sobre la necesidad de que los programas de formación en el ámbito universitario brinden un componente pedagógico, o que los profesores tengan prácticas pedagógicas apropiadas, y eso desde luego se ha vuelto como una especie de ley, una especie de repetición: “Sí, profe, usted sabe mucho, pero tal vez lo que le faltan son estrategias pedagógicas”; a renglón seguido: “Sí, profe, usted es muy bueno pero no tiene estrategias que permitan que los estudiantes aprendan bien”, y, “profe, usted enseña muy bien, pero le pierden muchos estudiantes”. Frases más o menos de ese tenor suelen repetirse en el escenario universitario, y los profesores pueden quedar un tanto desconcertados y decir: “Bueno, ¿de qué estamos hablando cuando hablamos de pedagogía?”.

Esa pregunta me da paso al cuarto punto, para decir cuáles son las posibilidades, las opciones o la potencia de lo pedagógico en el ámbito universitario, y para dar la definición de lo pedagógico. Infortunadamente no hay un acuerdo; bueno, no sé si afortunado o infortunado, sobre qué es lo pedagógico, pero voy a dar algunos referentes de lo que he trabajado, de lo que formamos en la Escuela de Educación y Pedagogía de la Universidad Pontificia Bolivariana sobre el asunto pedagógico.

Se podría decir que no hay pedagogía sin un saber que se pueda enseñar. Esta es la primera reflexión: yo no puedo hacer pedagogía de la nada; para decirlo de otra manera, siempre hay pedagogía porque hay algo que alguien le enseña a otro; esto quiere decir que la pedagogía no es un saber subsidiario, pero sí necesita otro saber, a menos que uno enseñe pedagogía como un asunto epistémico o histórico en una facultad de educación o en una escuela normal superior, y uno puede hablar de la pedagogía como un ejercicio de la

pedagogía, como un saber particular. Entonces, ¿qué es la pedagogía?, es un saber en diálogo porque necesita otro saber, por las cosas que se enseñan.

Por ejemplo, tengo un hijo adolescente y aprendió a nadar, yo le enseñé cuando estaba pequeño porque aprendí a nadar en la piscina de Robledo, en el Liceo Antioqueño, y le enseñé la patada y la respiración básica cuando tenía tres o cuatro años. Actualmente no vivo en Medellín, vivo en La Ceja, y en Comfama hay una piscina y ahí inscribí a mi hijo en clases de natación; el profesor le perfeccionó las cosas que yo sabía más o menos, y las precisas que sabe hoy las aprendió con un profesor; él, mi hijo, es buen nadador. Si a ese profesor le quisieran decir instructor, estaría bien, porque decimos que no son docentes, sino instructores, yo diría más bien pedagogos que enseñan algo a alguien que lo aprende; lo otro es un asunto de estatus. El profesor que le enseñó a nadar muy bien a mi hijo, y que le mejoró la brazada, la respiración y la patada, es un instructor; cuando Federico, mi hijo, daba mal la patada, él se tiraba al agua, le mostraba cómo era y le pedía que lo repitiera: en ese momento se daba un asunto pedagógico, que en términos didácticos, o como estrategia, se hace sobre un saber: enseñar a nadar; no hay un ejercicio pedagógico en sí, hay un ejercicio pedagógico sobre un saber que uno enseña, ese es el punto importante. Entonces vuelvo sobre la definición, cuando digo pedagogía digo que se trata de un saber en diálogo, ¿en diálogo con qué?, con la arquitectura, con el diseño, con el derecho, con la medicina, con la filosofía, con la literatura, etc.

Sobre este asunto del saber específico me parece que hay que hacer una reflexión: ¿es suficiente para ser profesor el saber específico que uno tiene? En algunos casos quizás sí, y esto inclusive con desprecio de lo pedagógico. Si alguien sabe algo sin saber pedagogía y lo transmite bien, es posible que al transmitirlo bien a otras personas que lo escuchan, lo aprendan. Ahora, lo que puede ocurrir es que ese profesor, sin saber explícitamente de pedagogía, tiene unas prácticas que pueden ser pedagógicas, aunque no tenga la ilustración

pedagógica; puede que no tenga las definiciones, ni los conceptos de pedagogía, pero tiene lo que algunos teóricos señalan como un modelo de un buen profesor que le enseñó a él, y con ese modelo se desempeña pedagógicamente.

De hecho, cuando empecé a ser profesor en el colegio de la Bolivariana, luego de mi práctica pedagógica, no era fruto de lo que había aprendido en la licenciatura, con las definiciones y los conceptos, sino con los modelos de algunos profesores, que eran los que yo replicaba; ahí hay una práctica pedagógica implícita que no sé qué es, si es constructivismo o aprendizaje basado en problemas, sino que hago esas cosas que me dan resultado y las repito. Recuerdo siempre el modelo, tengo cierto tanteo, leo más o menos a mis estudiantes y con eso me desempeño como profesor universitario; ahí, sin duda alguna, hay una práctica pedagógica, aunque sea una práctica que tenga muchos implícitos acerca de lo pedagógico; pero, bien, hay una práctica. Lo que sería muy importante es que uno pudiera ser consciente de lo que es su práctica para poderla repetir, sistematizar y afinar. Pero un profesor universitario, sin necesidad de las nociones, de los conceptos o las teorías de lo pedagógico, puede ser excelente con los implícitos de la pedagogía, fruto de un modelo que él replica y con la lectura que tiene de lo comprendido por sus estudiantes.

Ahora, como he planteado, no hay una pedagogía en el aire, de la nada, ni hay una serie de recetas pedagógicas, hay un saber. El punto es que para ser profesor universitario o de primero de primaria se debe conocer muy bien el saber, por supuesto, y la profesora que enseña a leer en primero de primaria muchísimo más. Se tiene la idea errada de que una profesora que tiene unas prácticas de lectura y escritura más o menos adecuadas, o tal vez ni le guste mucho la escritura ni sus prácticas de lecturas sean muy buenas, puede enseñar en primero sin problema y no requiere saber mucho. Así, se suele decir: “Profe, pero para enseñar en primerito, además ahí tiene el libro de texto, coja el libro de texto, prepare la clase de todos los días y con eso es

suficiente para esas niñitas de primero de primaria que tienen seis años”; esto es una equivocación garrafal en el sistema educativo que lleva a que se pongan en los primeros niveles, cuando se enseña lectura, escritura, pensamiento lógico-matemático, etc., a profesores que tal vez no tengan solidez en el saber, y eso no está bien, y por eso lo que se suele decir es: “Tranquilo, profe, tírelos al piso, que hagan una cosa bien constructiva, que jueguen y cuénteles historias”; y ese es un equívoco, sinceramente buena parte de las fallas del sistema educativo del país radican allí, cuando no se enseña lo básico, sino que se enseña lo mínimo.

En la educación superior, por supuesto que los profesores deben ser muy competentes en el saber: nadie diría que un profesor, en no sé qué semestre de la carrera, medio sabe el saber y ahí medio enseña; seguramente puede ocurrir en algunos lados, pero se supone que deben ser muy sólidos en el saber porque, además, los estudiantes que tienen no son *tabula rasa*, sino que traen un histórico de conocimiento desde sus familias y desde la escuela; cualquiera de ellos puede increpar al profesor y quedaría muy claro que no sabe, lo que tal vez no ocurra con la niña de primero de primaria, que quizá no se alcanza a dar cuenta de que la profesora no sabe muy bien de lectura ni escritura, y el asunto pasaría por alto en ese caso.

En ese sentido, sobre las prácticas pedagógicas hay varios elementos: primero, el de la trasposición didáctica que enuncia el autor francés Yves Chevallard. Y ¿a qué se refiere? A que el profesor debe ser experto en el saber y hacer una traducción de ese saber para las necesidades de aprendizaje de los estudiantes; eso en la pedagogía es un asunto más específico, que se llama didáctica, que consiste en que yo tengo que hacer una adaptación del saber según las necesidades del contexto, del aprendizaje y de las condiciones cognitivas de los estudiantes.

El otro asunto importante es el diálogo entre los profesores, eso que todos conocemos y se llama comunidad académica. A mí me parece central pensar que no hay una serie de recetas ni fórmulas pedagógicas,

ni siquiera en una facultad de educación y pedagogía, sino que hay unas conversaciones acerca de las áreas y de los programas entre el grupo de profesores que los constituyen. El trabajo de los pares del grupo de profesores acerca de la propuesta educativa del programa es central. Si el programa tiene ciclos, áreas, campos de conocimiento, etc., los profesores constituyen esas áreas, campos o contenedores de conocimiento. Si tienen una conversación acerca de esas áreas, será pedagógica; esto significa que hay una intención formativa constituida por los profesores del área; nadie, por más pedagogía que sepa, puede llegar desde afuera a decirles a unos profesores de un área cómo enseñarla; son los profesores en la comunidad académica del área los que pueden establecer la reflexión y la conciencia de sus asuntos, sus dosificaciones y sus tiempos de la enseñanza.

La comunidad académica es fundamental. Cuando nosotros realizamos procesos investigativos con maestros de niveles iniciales y con profesores de grados superiores (suelo trabajar en la Facultad de Educación de la Bolivariana con la gente de Ingeniería, de Derecho, de Medicina, de Administración, de Arquitectura y de Diseño), hemos logrado mucho aprendizaje. Pero no porque los pedagogos les enseñemos a los profesores, sino por la construcción de un conocimiento compartido, que me parece que es el punto central al que aludo; por esta razón, trabajar en comunidades académicas cuando se va a diseñar un curso es clave: se debe hacer una discusión académica de los autores, los temas y los contenidos. Se trata entonces de una conversación pedagógica.

El tercer aspecto es la conversación con los estudiantes. Aquí estoy haciendo un afinamiento un poco más didáctico. A veces en el escenario pedagógico se suele decir, en términos despectivos: “No, es que son profes muy tradicionalistas, necesitamos profes más innovadores”. Déjenme hacer una aclaración: yo creo poquito en la innovación que olvida la tradición, y esto lo digo pues en Bolivariana, que tenemos un equipo de innovación, cada cierto tiempo me dicen: “Guillermo, hay

que ser más innovadores”, y suelo responder: “Sobre la plataforma de la tradición que tenemos”. Ser disruptivos, tratar de ser innovadores sin tener una plataforma y una tradición es una ingenuidad.

Creo en la innovación siempre y cuando sea respetuosa con la tradición que tiene una institución; lo digo porque por estos días corren muchas ideas y discursos acerca de ser innovadores, de pasar a otro lado, de reinventarnos; es posible, pero no hay que perderse en cierto espíritu adánico de inventarse cada cierto tiempo, ni siquiera en esta época de pandemia, sino de tener un reconocimiento claro de cuáles son los elementos del legado más importantes y cuáles, sobre ese legado, se pueden ir sobreponiendo, se pueden catapultar para alcanzar innovaciones.

Hay que decir algo que es también importante: la educación y su sistema son, sobre todo, una tradición, y me parece bien que el sistema educativo pase un legado de una generación a la siguiente; pero hay que tener cuidado con esas innovaciones y no creer en la frase que se dice a veces de que cambia más un zoológico que una escuela; así lo dijo un profesor que fue Secretario de Educación de Bogotá, que en alguna oportunidad, en una jornada del maestro investigador en la Bolivariana, dijo muy tranquilo que se transforma más un zoológico que una escuela. El profesor se ganó todos los aplausos, pero me quedé pensando, y no es tan cierto: la escuela se ha transformado mucho; cuando reviso, por ejemplo, el colegio donde enseñé hasta 1996, en la Bolivariana, y comparo con el colegio donde estudia mi hijo, me doy cuenta de que los colegios y los profesores se han transformado mucho, ha habido unos cambios muy importantes; pero los cambios no son de un día para otro, no se puede declarar hoy la innovación y mañana ser innovadores, no pasa así: es un asunto que va cuajando y se va convirtiendo por las reflexiones de los profesores.

La conversación con los estudiantes es un ejercicio pedagógico muy importante; cuando los profesores tenemos la posibilidad de escuchar a los estudiantes y

saber las inquietudes y reconocer los problemas, hay un ejercicio pedagógico, sin duda alguna, y no hay que ser un mago, ni un superdotado de la pedagogía para saber lo importante que es escuchar a los estudiantes, conocer sus saberes previos. Esto se dice mucho en pedagogía, escuchar qué traen y convertir esos saberes en una potencia, impulsarlos como elemento pedagógico central. Cuando uno escucha y valora a los estudiantes, ellos establecen una mejor relación de aprendizaje, porque el estudiante se da cuenta de que el profesor lo respeta y que él es un interlocutor válido para su profesor; ahí hay un asunto aspiracional: un estudiante que se siente reconocido por los profesores es un estudiante que puede dar mucho más pedagógicamente. Por esta razón, el diálogo con los estudiantes es un aspecto fundamental.

Ustedes me podrían decir que eso es una obviedad, que uno sí conversa con los estudiantes. Es posible que sea una obviedad, sin embargo la quiero subrayar, quiero decir que es clave conversar con los estudiantes y que estos sientan que uno los escucha, así tienen una motivación particular, porque para el estudiante, esté en el segundo año de la carrera o al final de la misma, la maestra es un referente fundamental, y si ese referente lo escucha hay un elemento de inspiración y aspiración que es central en términos pedagógicos.

La otra conversación focal, en términos pedagógicos, es una conversación con uno mismo. Normalmente uno prepara la clase con anterioridad y lleva el protocolo de lo que va a hacer, y va con un poco de susto, y cuando termina la clase hace una evaluación global, dice si la cosa estuvo bien y dónde no lo estuvo, que el concepto no quedó claro o que se dio un poco de vueltas en algo que se pudo haber explicado de una manera más precisa; a veces uno queda con la sensación de que la clase estuvo bien por los gestos de los estudiantes, por la propia impresión y por el ritmo, por haber trabajado lo que había diseñado; en cambio, en otros casos, uno francamente dice que el camino no es así, que como estuvo la clase ese día es una señal de que hay que prepararla de otra manera y pensar el tema

de otra forma, etc. Bien, esa es una reflexión que los docentes nos tenemos que hacer. Y estoy hablando de los docentes de cualquier nivel.

Me refiero a que esta cuarta conversación, es decir, cuando digo que la pedagogía es un saber en diálogo, el diálogo es otro saber, que enseñe con los colegas, con los estudiantes y conmigo mismo; diciéndolo según los términos del pedagogo brasileiro Paulo Freire, eso es lo que se llama concienciarse, tomar conciencia de que uno es docente. Así, un punto central de lo pedagógico es tener conciencia de que uno enseña un saber a una gente que lo debe aprender, y que hay que enseñarlo de la mejor manera para que esas personas lo aprendan mucho mejor de lo que quizás yo lo sé, porque ese es el propósito: enseñar algo de tal forma que ese otro lo sepa, tal vez incluso mejor que yo. Esa es en buena parte la tarea.

Otro concepto básico en pedagogía es el saber como reflexión, como una pregunta que uno se hace con los colegas sobre qué puedo hacer y cómo puedo ir afinando la labor en términos pedagógicos. En tal sentido, hay una serie de asuntos didácticos para subrayar: uno primero se refiere a la relación y la conversación con los estudiantes; varias teorías señalan que cuando unos estudiantes hacen un ejercicio de contar cómo aprendieron lo que aprendieron, esto les sirve pedagógicamente al resto de los compañeros; eso es lo que técnicamente se llama metacognición. Suele ocurrir que hay unos estudiantes que obtienen un gran resultado, y cuando ustedes ponen a esos estudiantes a que expresen cómo obtuvieron eso, cómo sacaron ese buen resultado, y los estudiantes hacen una historia o un relato acerca de cómo aprendieron lo que aprendieron, se da un saber muy importante, es lo que se llama zona de desarrollo próximo, donde los estudiantes aprenden más de sus compañeros que de los profesores. Entonces hay que tratar de hacer este ejercicio, aunque por supuesto no es para desdeñar la tarea del profesor.

Yo creo mucho en los maestros que tienen un gran saber y que para los estudiantes es un encanto escucharlos. Ahora bien, ¿qué aprende uno al escuchar a un profesor?

Puede ser que de algún profesor de gran trayectoria uno aprenda la motivación y la identidad con la carrera, porque ese profesor tiene un histórico, un relato muy fuerte de la carrera, de la formación; en otros casos requerirá de otros profesores que saben cosas muy técnicas y específicas, como el ejemplo que puse de mi hijo que aprendió a nadar bien con el instructor de Comfama. En cada caso es diferente. Y esto también es una discusión para las áreas, ya que puede ser que en un área con escuchar un buen profesor uno tenga ya un elemento motivacional, de aspiración de conceptos, definiciones y categorías, pero resulta que en otras lo que se necesita es un profesor que tenga una experticia en unos haceres, eso será para otro grupo de profesores.

Por otro lado, está la evaluación. Cuando estaba en el colegio, un profesor compañero me decía: “No, es que ser profesor es hasta muy bacano, si uno no tuviera que calificar tanto examen”. Pues digamos que es cierto, pero hay una confusión entre calificar y evaluar. Cuando uno devuelve los trabajos a los estudiantes con sus correcciones y sus anotaciones, es el momento más fuerte del aprendizaje de un estudiante: no es a la hora de presentar el examen o la prueba, realmente la comprensión más elaborada es cuando se hace devolución de las evaluaciones y se dedica tiempo suficiente para indicar cuáles fueron los elementos virtuosos y los defectos en las pruebas. Y ustedes se dan cuenta y los estudiantes dicen: “Ah, claro, es que a mí me faltó comprender esto”, y el otro dice: “No, a mí lo que me faltó fue repasar este asunto”. La devolución de las evaluaciones, que técnicamente se llama la realimentación, es el momento más intenso del aprendizaje, que realmente se consolida cuando se devuelven las pruebas, los trabajos, las maquetas, los diseños, y se hace una socialización amplia de los pros y los contras de esos trabajos. En ese ejercicio hay un elemento crucial en términos pedagógicos.

Para terminar, se puede hacer alusión al trabajo pedagógico con base en retos o proyectos, que se llama sintéticamente ABP (Aprendizaje Basado en Problemas) y que está muy en boga en el momento. Hay que tener en cuenta que buena parte de los estudiantes que llegan

hoy a las universidades, en nuestro medio, vienen de colegios en los que trabajan con proyectos y con retos; ellos conocen esa dinámica, que es muy interesante. Ahora bien, esa estrategia sirve para algunos asuntos, para otros tal vez no tanto, como aprender cálculo, donde queda muy difícil hacer un proyecto.

Se necesita una buena profesora de cálculo que enseñe bien y que sepa escuchar a los estudiantes, lo digo porque soy bastante deficiente en matemáticas; confieso que cuando estaba en décimo quería estudiar arquitectura, soñaba con ser arquitecto, pero mi matemática es de las más precarias que existe, entonces desistí, y tuve un profe con el cual sufrí mucho. Era un ingeniero que nos daba clase en el Liceo Antioqueño, en décimo y undécimo, y el profesor ni escuchaba nada, pero pasaba de una punta del tablero a la otra despejando la x y haciendo cálculos y las integrales; nunca entendí, realmente poquitos compañeros entendieron, y me pareció que el profesor requería una mayor comprensión y herramientas pedagógicas, porque recuerdo que decía que se daba cuenta de que yo era demasiado malo y entonces me pedía: “Echeverri, salga usted y haga el ejercicio”; y yo por supuesto no lo sabía hacer, entonces me decía: “Siéntese, tiene uno”, y eso realmente era muy doloroso, todavía lo recuerdo.

Lo que quiero decir es que hay saberes que no se pueden hacer como proyectos, que se requiere una enseñanza específica, pero que por más específica y técnica que sea la enseñanza hay que estar muy atento para saber si el estudiante está comprendiendo o no. Por ejemplo, algún profesor en geometría utilizaba la palabra bisectriz y la usaba como si todos supiéramos semánticamente qué era; solo pasado el tiempo, cuando terminé el bachillerato, entendí el concepto bisectriz, pero lo entendí por el español, comprendí que era como dos sectores; si hubiera interpretado semánticamente el asunto, quizá hubiera tenido alguna aproximación, algún acercamiento a ese saber en particular.

Déjeme terminar con esto: es muy importante que los profesores universitarios nos acerquemos a los profesores de los niveles iniciales. Nosotros, en Bolivariana,

y yo particularmente, he patrocinado mucho el trabajo entre docentes universitarios y profesores de los niveles iniciales, no solamente de la media (décimo y undécimo); al hacerlo se van a dar cuenta de que uno ahí aprende mucha pedagogía, porque son profesores que tienen una gran habilidad para enseñar unas vainas que uno cuando es profesor universitario no sabe cómo hacerlo.

Alguna vez fui a una institución y me encontré con unos muchachitos de séptimo —era en esto de acompañar investigaciones— y hablé diez minutos con ellos sobre el colegio, y me dijeron: “Guillermo, se nota que hace rato no trabajas en un colegio, no tienes el lenguaje, estás muy lejos de lo que es la escuela”. Y me quedé con esa idea de que nosotros en la educación superior en las universidades necesitamos un diálogo más cercano con los profesores de los colegios, de los establecimientos educativos, para saber qué hace la escuela y, en la medida de lo posible, tener continuidad en la universidad con respecto a la escuela, sobre todo en procesos centrales, en procesos de lectura y escritura, porque a veces nosotros, como profesores universitarios, decimos: “¿Cómo así, y a usted no le enseñaron a leer y a escribir en el colegio?”. No: la lectura y la escritura son un *continuum* durante toda la vida, y es muy importante reconocer qué hacen los establecimientos educativos para luego nosotros, en la universidad, tomar la posta de los colegios y mantener el ritmo, como una especie de articulación cercana con ellos.



Dora Mejía, *Piel canela*, proyecto “Divertimento”, 2020, infografía, 27 × 35 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

*Hoy será el fin de vuestros días. Ahora moriréis. Seréis destruidos,
os haremos pedazos y aquí quedará oculta vuestra memoria*

¡Desgraciados de nosotros! Estamos completamente vencidos

La covid-19

y su efecto en la población adulta mayor en Colombia

Adriana Lucía Acevedo Supelano
Caryn Patrice West
Johana Gutiérrez Zehr
Lyda Victoria Rueda Hernández
María Consuelo Núñez de Esteban

Adriana Lucía Acevedo Supelano (Colombia, 1972-v.)

Instrumentadora Quirúrgica de la Universidad de Antioquia y Abogada de la Pontificia Bolivariana. Especialista en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Libre. Estudios de Maestría en Gestión de la Tecnología Educativa de la Universidad de Santander. Candidata a Doctora en Salud Pública de la Universidad El Bosque. Profesora Asistente de las universidades El Bosque, de Santander y Pontificia Bolivariana. Autora de un libro, tres capítulos y varios artículos.

Caryn Patrice West (Australia, 1971-v.)

Enfermera del Hospital General Townsville, Qld, Australia. Especialista en Enseñanza y Evaluación de la Universidad de la Ciudad de Londres, Inglaterra. Magíster en Salud Pública de la Universidad de Newcastle, Australia. Doctora en Enfermería, Partería y Nutrición de la Universidad James Cook, Australia, y profesora de la misma institución en Singapur y en la Universidad Politécnica de Hong Kong. Autora de algunos artículos, reseñas y capítulos de libros.

Johana Gutiérrez Zehr (Colombia, 1972-v.)

Instrumentadora Quirúrgica, Especialista en Docencia y Administración Universitaria y Magíster en Gestión de Servicios de Salud de la Universidad de Santander. Doctora en Gerencia y Política Educativa de la Universidad de Baja California, México. Profesora Titular de la Universidad de Santander. Autora de varios artículos.

Lyda Victoria Rueda Hernández (Colombia, 1976-v.)

Instrumentadora Quirúrgica de la Universidad de Santander, Especialista en Estadística de la Universidad Nacional de Colombia y Magíster en Calidad en Salud de la Universidad CES. Profesora Asistente de las universidades de Antioquia y de Santander. Autora de un artículo.

María Consuelo Núñez de Esteban (Colombia, 1963-v.)

Enfermera de la Universidad Industrial de Santander, Especialista en Gerencia de la Calidad y Auditoría, estudios de Maestría en Prevención al Maltrato del Niño y el Adolescente. Profesora Auxiliar de la Universidad de Santander y de Corposalud. Autora de un artículo.



Resumen

El año 2020 será recordado por la pandemia del SARS-CoV-2. Quienes se contagian pueden ser asintomáticos y en algunos casos se evidencian síntomas leves: fiebre, tos seca, dificultad para respirar y malestar general; pero en algunas personas es posible la aparición de signos severos: disnea, que puede ocasionar daño alveolar, y otras complicaciones que favorecen la letalidad.

Analizar los datos de casos recuperados y fallecimientos por grupos de edad, teniendo en cuenta la densidad poblacional en Colombia, permite tener una dimensión de sus efectos, específicamente en los adultos mayores, quienes son el grupo etario más afectado frente a la mortalidad. La vacuna es una alternativa para el control de la pandemia con el paso del tiempo.

Palabras clave

Covid-19, pandemia, vejez, virus.

Antecedentes

Los coronavirus son una amplia familia de virus que pueden causar diversas afecciones, desde el resfriado común hasta enfermedades más graves (Huang, Wei, Hu, Wen y Chen, 2020), como ocurre con el coronavirus causante del síndrome respiratorio de Oriente Medio MERS-CoV y el que ocasiona el síndrome respiratorio agudo severo SARS-CoV-2, que es un nuevo coronavirus, una nueva cepa que no se había encontrado antes en el ser humano (Trilla, 2020). Los síntomas más comunes son fiebre, cansancio y tos seca; algunos pacientes pueden presentar dolores, congestión nasal, rinorrea, dolor de garganta, que pueden ser leves y aparecer de forma gradual. Algunas personas se infectan, pero no desarrollan ningún síntoma.

Aproximadamente el 80% de las personas se recuperan sin necesitar un tratamiento especial. Alrededor de una de cada seis personas que contraen la covid-19 presentan complicaciones y tienen dificultad para respirar (Huang *et al.*, 2020); las personas mayores y las que padecen afecciones médicas subyacentes como hipertensión arterial, problemas cardíacos o diabetes tienen más probabilidades de desarrollar una enfermedad grave (Medeiros, Daponte-Codina, Moreira, Toledo, Costa de Lima y Gil-García, 2020). En el marco del Día Internacional de las Personas Mayores, 1.º de octubre de 2020, la Organización Panamericana de la Salud (OPS) afirmó que las personas mayores de 60 años han sido las más afectadas por la covid-19 en las Américas (OPS, 2020); en donde el mayor número de muertes por covid-19 ocurre en personas de 70 años o más, seguida de personas entre los 60 y 69 años (OPS, 2020). El impacto de la covid-19 en las personas mayores evidencia que las enfermedades no transmisibles (ENT) son las principales causas de muerte en la subregión, aunque existen diferencias entre países de acuerdo con sus procesos de transición demográfica y epidemiológica. Un análisis por tipo de ENT, realizado en el año 2018, muestra que las enfermedades cardiovasculares y las enfermedades respiratorias agudas son responsables de un poco más de un tercio del total de las muertes,

que no solo afectan a personas mayores, también, globalmente, son causa de mortalidad prematura en adultos de 30 a 39 años (Foreman *et al.*, 2018).

La OPS indica que las ENT, incluido el cáncer, las enfermedades cardiovasculares, las enfermedades respiratorias crónicas y la diabetes, se asocian a la muerte de siete de cada diez adultos mayores de 70 años o más en las Américas (OPS, 2020). La forma en que cada persona mayor puede verse afectada por la covid-19, o cualquier otra enfermedad, depende de su salud física y mental en general, por lo que la atención y el tratamiento siempre deben tener estos aspectos en consideración (Schmidt, Sfeir y Schlosser, 2020).

Existe incidencia en el contagio de edad avanzada. Sin embargo, lo más preocupante es la mortalidad por covid-19 en este grupo etario. La información disponible de países de Europa y Asia ha puesto en evidencia que las personas mayores están más expuestas a la muerte una vez contraído el virus, independientemente del país del que se trate. “En el caso de los adultos mayores la tasa de letalidad se incrementa a medida que aumenta la edad, así: 65 a 74 años en 4,9%, 75 a 84 años en 10,5% y 85 años y más en 27,3%” (“El derecho a la vida y la salud de las personas mayores”, 2020, p. 6). En la China, un análisis realizado en pacientes con covid-19 en el Hospital Pulmonar de Wuhan, desde el 25 de diciembre de 2019 al 7 de febrero de 2020, mostró que tener 65 años o más era un factor vinculado a mayor riesgo de muerte (Zhou *et al.*, 2020).

En la región de las Américas, la información de fallecimientos por covid-19 por grupos de edad se ha publicado en pocos países. En el mes de abril del año 2020 se reportó que en Cuba el 56,2% de los fallecimientos se presentaron en personas mayores de 60 años; en México, el 34% de las personas fallecidas tenían 65 años y más, y en República Dominicana, el promedio de edad de letalidad fue de 62 años (“El derecho a la vida y la salud de las personas mayores”, 2020).

En comparación con otros continentes, las Américas ocupó el primer lugar con mayor número de casos, 35.511.445, y fallecimientos, 858.406, por covid-19; Estados Unidos, Brasil, Argentina, Colombia y México

se ubicaron entre los doce países del mundo con mayor número de casos acumulados por covid-19 a finales del año 2020 y comienzos de 2021 (tabla 7.1).

Tabla 7.1 Casos y fallecimientos por covid-19 en países de la región de las Américas

| País | Casos | Fallecimientos |
|----------------|------------|----------------|
| Estados Unidos | 19.346.790 | 335.789 |
| Brasil | 7.619.200 | 193.875 |
| Colombia | 1.626.461 | 42.620 |
| Argentina | 1.613.928 | 43.163 |
| México | 1.413.935 | 124.897 |

Fuente: “WHO coronavirus (covid-19) Dashboard” (2021).

La covid-19 en Colombia, año 2020 y comienzos del año 2021

En Colombia, el Instituto Nacional de Salud (INS) reporta por rangos de edad los datos de mortalidad diarios y acumulados. Al cierre del año 2020 se emitió un consolidado de 42.620 fallecidos por covid-19 (“Coronavirus (covid-19) en Colombia”, 2020), y a medida que pasan los días aumentan los casos y los fallecimientos. El año 2021 inició con aumento de casos, sobreocupación de las Unidades de Cuidados Intensivos (UCI) y mayor número de fallecidos por el virus.

Entre las acciones que se han implementado en el país para controlar la propagación del virus desde el inicio de la pandemia, están las restricciones en la movilidad de la población. Se iniciaron el 25 de marzo de 2020 y se extendieron hasta el 27 de abril del mismo año (República de Colombia, 2020a). Luego se han manejado selectivamente por regiones, de acuerdo con el aumento de la ocupación hospitalaria. Las celebraciones de final del año 2020 y comienzos de 2021 serán recordadas por las limitaciones a la movilidad, con toques de queda en departamentos

como Cundinamarca, Santander, Norte de Santander, Antioquia, Valle del Cauca, Atlántico y Nariño (“Toque de queda en Navidad”, 2020).

Veintiún días después del inicio de este año, el INS reportó datos acumulados de 1.972.345 casos y 50.187 fallecidos; 78,2% mayores de 60 años y 21,8% de otras edades, lo cual corresponde a 39.246 adultos mayores y 10.941 adultos maduros, adultos jóvenes e infantes (“Coronavirus (covid-19) en Colombia”, 2020).

Actualmente, la cifra poblacional en Colombia está en un intervalo de 50 a 51 millones de habitantes, de manera que las cifras de fallecidos en menos de un año, desde que fuera reportada la primera muerte el 16 de marzo de 2020 por covid-19, son muy altas, como se concluye al compararlas con los 50.876 fallecidos en Alemania, teniendo presente que la población de ese país es de 83.166.711 habitantes (“Alemania: economía y demografía 2021”, s. f.).

Analizar los efectos de la covid-19 en la población mayor en Colombia durante el año 2020 e inicios del año 2021 permite dimensionar la vulnerabilidad de un grupo etario importante para la sociedad, por su lega-

do histórico, sus conocimientos y sus experiencias, que son el soporte del presente de las nuevas generaciones. Se realizó un estudio reflexivo, en el que se incluyeron variables como la edad establecida en rangos, la población, el número de casos y de recuperados, la ocupación de UCI, el número de fallecimientos y las comorbilidades asociadas a la letalidad por covid-19. Los datos fueron tomados en línea de la página web del INS, con corte al 21 de enero de 2021 (“Coronavirus (covid-19) en Colombia”, 2020), y se consolidaron en una matriz de Excel extensión .csv para luego ser tabuladas con

el software estadístico R 3.0.2 para Windows (Ferrero, 2018).

Desde que se detectara el 6 de marzo de 2020 el primer caso por covid-19 en Colombia, la pandemia avanza sin detenerse, aumentando los casos y el número de fallecidos, siendo la edad una variable de análisis importante frente a los contagios y a la letalidad. La figura 7.1 detalla los resultados acumulados de casos hasta el 21 de enero de 2021.

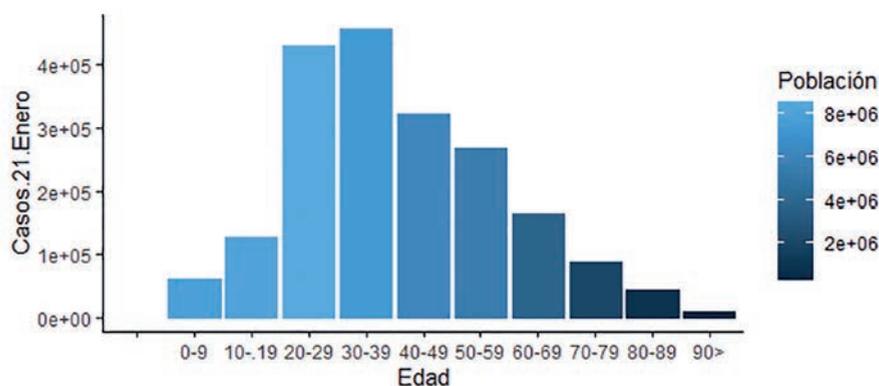


Figura 7.1 Casos por covid-19 en Colombia con corte al 21 de enero de 2021
Fuente: “Coronavirus (covid-19) en Colombia” (2020).

El mayor número de casos por covid-19 ocurrió en los rangos de edad de 30-39 y 20-29 años, seguidos por los rangos de 40-49, 50-59, 60-69 años. En contraste, las edades de 0-9, 10-19 y a partir de los 70 años en adelante presentan menores números de casos. Es evidente que en los rangos de edad de infantes, jóvenes y adultos jóvenes es donde existe mayor incidencia, y a medida que aumenta la edad, es menor la población y también los casos por covid-19.

Todas las personas son susceptibles de contagiarse. En la evidencia científica no existen determinadas variables que favorezcan el contagio, pero sí están determinados los factores que hacen que la enfermedad pueda pasar

a un estadio grave y a la mortalidad, como son la edad y las comorbilidades preexistentes, factores que causan una alta ocupación hospitalaria, especialmente en las UCI (Medeiros *et al.*, 2020, p. 1), y en muchos casos desencadenan en letalidad.

En el año 2020 se amplió la capacidad de camas UCI en el país, pasando de 5.346 a 11.296, un número significativo para atender a la población. Sin embargo, ante los aumentos de los contagios en los primeros días del mes de enero del año 2021, regiones como Valle del Cauca, Santander y Norte de Santander reportaron la ocupación a la máxima capacidad (figura 7.2).

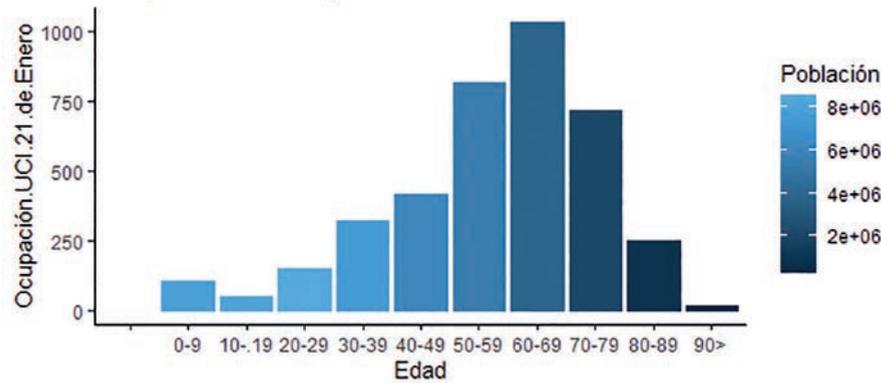


Figura 7.2 Ocupación de UCI por covid-19 en Colombia, 21 de enero de 2021
Fuente: “Coronavirus (covid-19) en Colombia” (2020).

En la figura 7.2, el mayor número se presenta en personas de edades entre 60-69 años, seguido de los rangos 50-59, 70-79, 40-49, 30-39 y 80-89. Hay que considerar que, en Colombia, los números más altos de población se concentran en jóvenes, disminuyendo en

las edades de los adultos mayores. Al revisar los datos de letalidad se establecieron dos figuras: la primera (figura 7.3a) de fallecimientos acumulados al 31 de diciembre de 2020, y la segunda (figura 7.3b) de los fallecimientos acumulados al 21 de enero de 2021.

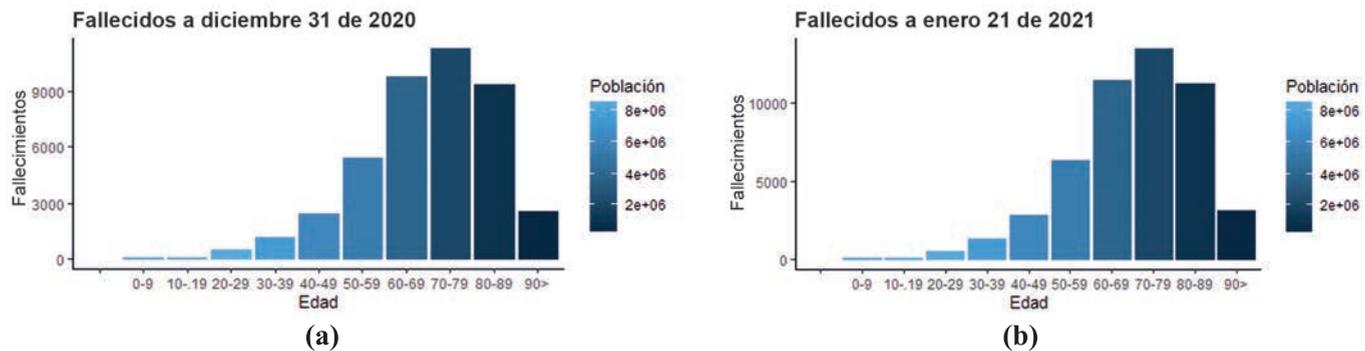


Figura 7.3 Fallecidos por covid-19 en Colombia, diciembre de 2020 a 21 de enero de 2021
Fuente: “Coronavirus (covid-19) en Colombia” (2020).

En las dos figuras, los datos acumulados se comportan de forma similar. El rango de edad donde se presenta mayor letalidad es de 70-79 años, seguido por los rangos 60-69, 80-89, 50-59, 90 y más, 40-49, 30-39, 20-29, 10-19, 0-9 años. Es evidente la alta mortalidad en personas adultas mayores que son el menor número

en densidad poblacional actualmente en el país. Siendo la letalidad uno de los indicadores más importantes del impacto de la pandemia, también es importante revisar el número de recuperados por rangos de edad, como se especifica en la figura 7.4.

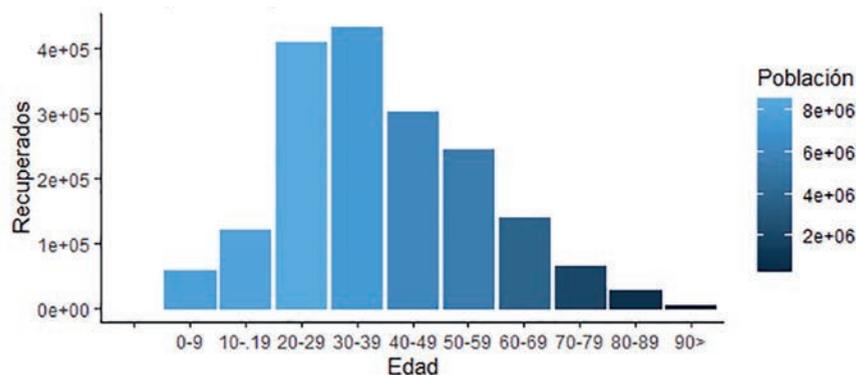


Figura 7.4 Recuperados por covid-19 en Colombia al 21 de enero de 2021

Fuente: “Coronavirus (covid-19) en Colombia” (2020).

Los rangos de edad de recuperados de mayor a menor proporción están en el siguiente orden: 30-39, 20-29, 40-49 y 50-59. Los adultos mayores de 60 años están en menor proporción, teniendo en consideración que el número poblacional en estas edades disminuye.

En la siguiente tabla se describen las cifras por rango de edad, densidad poblacional, casos, recuperados y letalidad acumulada al 21 de enero de 2021, cuando Colombia superó los 50.000 fallecidos por covid-19 (tabla 7.2).

Tabla 7.2 Densidad poblacional, casos, recuperados y fallecidos por covid-19 al 21 de enero de 2021

| Rango de edad | Población (n) | % | Casos | % | Recuperados | % | Fallecidos (n) | % |
|---------------|---------------|-------|---------|-------|-------------|-------|----------------|-------|
| 0-9 | 7.863.825 | 15,6% | 61.631 | 3,1% | 57.475 | 3,2% | 70 | 0,1% |
| 10-19 | 8.112.327 | 16,1% | 127.014 | 6,4% | 119.916 | 6,7% | 70 | 0,1% |
| 20-29 | 8.551.856 | 17,0% | 431.456 | 21,9% | 409.168 | 22,7% | 516 | 1,0% |
| 30-39 | 7.470.681 | 14,8% | 456.770 | 23,2% | 431.641 | 24% | 1.261 | 2,5% |
| 40-49 | 6.130.204 | 12,2% | 322.334 | 16,3% | 301.014 | 16,7% | 2.775 | 5,5% |
| 50-59 | 5.434.890 | 10,8% | 267.769 | 13,6% | 243.607 | 13,5% | 6.263 | 12,5% |
| 60-69 | 3.795.322 | 7,5% | 165.209 | 8,4% | 140.150 | 7,8% | 11.453 | 22,8% |
| 70-79 | 2.003.827 | 4,0% | 87.298 | 4,4% | 65.449 | 3,6% | 13.461 | 26,8% |
| 80-89 | 777.513 | 1,5% | 43.581 | 2,2% | 27.602 | 1,5% | 11.216 | 22,3% |
| >90 | 231.979 | 0,5% | 9.283 | 0,5% | 5.112 | 0,3% | 3.102 | 6,2% |

Fuente: “Coronavirus (covid-19) en Colombia” (2020).

Se puede observar que la mayor densidad de población está en los rangos de edad joven, 20-29 años (17%), y menores de edad 10-19 (16,1%) y 0-9 (15,6%). En

contraste, en las edades de 60 años en adelante, donde inicia la etapa de adulto mayor, la densidad poblacional disminuye. Este comportamiento por rango de edad

es similar al de los casos por covid-19: el 23% de los contagios se presentan en los rangos de edad de 30-39 (23%) y 20-29 (22%), mientras que en los adultos mayores el porcentaje de casos es menor. Sin embargo, al revisar la proporción de fallecidos, el 26,6% ocurre en la edad de 70-79 años, rango con densidad poblacional del 4%; el 23% en la edad de 60-69, con porcentaje de población de 7,5%; el 22% en personas de 80-89 años con porcentaje de población del 1,5%, y el 6% de los fallecimientos se presentan en personas mayores de 90 años, cuya densidad de población es solo del 0,5%. Con estas cifras es más que evidente que los adultos mayores son los más afectados ante la pandemia de la covid-19 en el país, realidad que no difiere de la de otros países, dado que responde a una característica propia del virus, las complicaciones de los casos y la letalidad asociada a las ENT preexistentes en la población.

La prevalencia de las ENT generalmente aumenta con la edad. Los principales contribuyentes a la carga de enfermedad son: las enfermedades cardiovasculares, algunos tipos de cánceres, las enfermedades musculoesqueléticas, los trastornos neurológicos y mentales, la diabetes y el VIH. La mayoría de la carga de enfermedades que disminuye la esperanza de vida saludable es creada por las ENT (“Global AgeWatch Insights 2018”, 2018). La letalidad por covid-19 tiene origen multicausal; la edad es importante, pero también la preexistencia de enfermedades no transmisibles. Entre las comorbilidades de las personas que han fallecido en el país, el 38% se encuentra en estudio, el 16,6% se relaciona con hipertensión arterial, el 10,1% con diabetes, el 6,3% con enfermedad respiratoria, el 5,7% con causas renales, el 5,4% con enfermedad cardíaca, el 4,9% con obesidad, el 2,9% con cáncer, el 2,6% con tiroides, el 1,5% con enfermedad cerebrovascular, el 0,7% con enfermedad autoinmune, el 0,5% con el hábito de fumar y el 0,3% con el virus del VIH. La tasa de letalidad por covid-19 en Colombia, hasta el 21 de enero de 2021, se mantuvo en 3,1, y es la primera causa de muerte en el país.

El significado de una pandemia

Según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (s. f.), el término pandemia significa “reunión de todo el pueblo” (prefijo *pan*: todo y sufijo *demos*: pueblo). Así, en la etimología misma del vocablo subyace la idea o creencia de que se trata de un fenómeno que afecta o puede afectar potencialmente a todos. Para que un brote sea considerado una pandemia, deben cumplirse las siguientes condiciones (Pulido, 2020):

- Que aparezca un virus nuevo que jamás haya circulado, de manera que no haya personas inmunes a él.
- Que el virus tenga la capacidad de producir casos de enfermedades graves.
- Que el virus sea capaz de ser transmitido de persona a persona de manera más o menos eficaz.

Resumiendo, se denomina pandemia a la propagación, a escala mundial, de un nuevo virus frente al que no se tiene inmunidad. Desde la plaga de Atenas en el año 430 a. de C. hasta la covid-19 en el siglo XXI, más de veinte pandemias han puesto en riesgo la supervivencia humana. Entre las más documentadas durante la historia está la peste negra, que surgió en la Edad Media (1347-1351) y cobró la vida de más de doscientos millones de personas, especialmente en Europa (Huguet, 2020). La forma más corriente de la enfermedad era la peste bubónica primaria, pero había otras variantes, como la peste septicémica y la peste neumónica. En la primera, el contagio pasaba a la sangre, lo que se manifestaba en forma de visibles manchas oscuras en la piel, de las que derivó el nombre de muerte negra; mientras que la segunda afectaba el aparato respiratorio y provocaba una tos expectorante que podía dar lugar al contagio por medio del aire. Tanto la peste septicémica como la neumónica no dejaban supervivientes y su transmisión se produjo por los barcos que transportaban los fatídicos agentes: las pulgas infectadas con la bacteria *Yersinia pestis* de las ratas, cuya convivencia

con las personas era común en la Edad Media y así produjeron el contagio en los humanos. El origen animal de la peste solo se descubrió cinco siglos más tarde, y fue necesaria la incineración masiva de ratas y de los cuerpos infectados para lograr, con esfuerzo, el control de la pandemia (Huguet, 2020).

La viruela, cuyo nombre hace referencia a las pústulas que aparecían en la piel de quien las sufría, fue una enfermedad grave y extremadamente contagiosa, causada por una especie de virus del género *Orthopoxvirus*, cuya afectación en los seres humanos es conocida desde hace por lo menos diez mil años. La viruela se expandió masivamente en el mundo durante el siglo XVIII, desfigurando y causando ceguera a millones de personas, y llegó a alcanzar una tasa de mortalidad del 30%. No obstante, es una de las dos enfermedades que el ser humano ha logrado erradicar mediante la vacunación: en 1977 se registró el último caso de contagio del virus, que desde entonces se considera extinguido (Larrea, 2007).

Durante los últimos meses del año 1918, en la Primera Guerra Mundial, una virulenta cepa del virus de la gripe, también conocida como gripe española, se extendió por todo el planeta infectando a un tercio de la población mundial, que pudo extinguir la vida de cien millones de personas, una cifra elevada que supera en número a los fallecidos en las dos guerras mundiales juntas; aunque todavía se debate sobre el origen exacto del virus, al parecer fue el resultado de la mutación de una cepa aviar originaria de China, que se propagó rápidamente por el movimiento de militares por todo el mundo. En el año de 1919, la pandemia, en su última fase, había perdido fuerza y la tasa de mortalidad que se situó entre el 10 y 20% de los infectados disminuyó (Saul, 2018).

La gripe asiática se registró por primera vez en la península de Yuhuan, en China. El virus de la gripe A (H2N2), de procedencia aviar, apareció en 1957 y en menos de un año se había extendido por todo el mundo. Los avances médicos con respecto a la pandemia de la gripe española contribuyeron a contener mucho mejor

la propagación del virus, con el diseño de una vacuna destinada a paliar los efectos de las mutaciones de la gripe. Esta pandemia registró un millón de muertes en todo el planeta (Barricarte, 2006).

La gripe de Hong-Kong se registró por primera vez en esta ciudad en 1968 y se expandió con un patrón muy parecido al de la gripe asiática, causando la muerte de un millón de personas en todo el mundo (Barricarte, 2006).

Se cree que el origen del virus de inmunodeficiencia humana (VIH) provino de un animal, y su efecto puede describirse como el agotamiento del sistema inmunológico. Así, el propio virus no es letal, pero sí lo son sus consecuencias, ya que dejan el organismo desprotegido frente a otras enfermedades. El contagio se produce por contacto con fluidos corporales (Lamotte, 2014); el desconocimiento inicial sobre el virus permitió que la enfermedad se expandiera con mucha rapidez. Se calcula que el VIH ha podido causar alrededor de veinticinco millones de muertes en todo el mundo (Huguet, 2020).

Irónicamente, cuando los avances tecnológicos en salud habían evolucionado hacia el tratamiento indicado de enfermedades causantes de morbimortalidad en la población, y se podía evidenciar la consecuente disminución de la tasa de mortalidad a la par del aumento de la esperanza de vida en muchos países, surgió el SARS-CoV-2. En un año, este virus se propagó a 222 países, y al finalizar el 2020 se habían registrado 81.947.503 casos y 1.808.041 fallecimientos.

Nunca antes en la historia de la humanidad se había visto una pandemia provocada por un coronavirus. El 30 de enero de 2020, la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró la covid-19 como una emergencia de salud pública, de preocupación internacional, y para enfrentarla recomendaron detectar casos de forma temprana y así reducir la transmisión de la enfermedad. Pese a estas recomendaciones, y a las estrategias implementadas por cada gobierno, con el paso de los

días el virus contagia a mayor número de personas y sigue causando muertes. Las vacunas autorizadas ya están en proceso de distribución en gran parte de la población mundial, pero se requiere tiempo para lograr inmunidad en la mayoría de las personas. El inicio de la vacunación en el mes de diciembre de 2020 fue una esperanza para el control de esta pandemia, y se espera tener resultados con el paso de los días.

Colombia realizó el proceso de adquisición de vacunas a finales de diciembre de 2020 y en enero del año 2021, y planificó iniciar la inmunización de la población en febrero, en cinco etapas, priorizando a la de mayor vulnerabilidad. A mediados de enero del año 2021, la OMS delegó a un grupo de diez científicos para viajar a la ciudad de Wuhan y buscar el origen de la transmisión del virus, ya que es importante comprender de dónde surgió, por tres razones (WHO, 2021):

- Si se encuentra la fuente, se puede prevenir la reintroducción futura del mismo virus en la población humana.
- Comprender cómo el virus pasó de los murciélagos a los humanos permitirá prevenir eventos similares en el futuro.
- Encontrar el virus en su estado original, esto es, antes de que saltara a la población humana, permitirá estar en una mejor posición para desarrollar tratamientos y vacunas más eficientes para esta enfermedad.

Otros efectos de la covid-19

Todos los esfuerzos de las ciencias de la salud se centran en controlar la pandemia, pero mientras esto sucede, cada día que pasa la enfermedad cobra la vida de más personas. Pese al distanciamiento social y a los cuidados que se han implementado, los contagios aumentan y por lo tanto las complicaciones y la letalidad en la población vulnerable. Peor aún, se han registrado efectos colaterales negativos del distanciamiento social, una de las acciones de prevención más efectivas frente al contagio: trabajos

recientes advierten sobre las consecuencias en la salud mental que el aislamiento social por covid-19 provoca en la población (Quiroz, Pareja, Valencia, Enriquez, De Leon y Aguilar, 2020) En China, el 53,8% de las personas clasificó el impacto psicológico de la covid-19 como moderado a severo; así mismo, se identificó a los grupos más vulnerables, dirigiendo los apoyos psicoterapéuticos a personas infectadas y a quienes tienen vínculos cercanos con ellas, así como a las personas con condiciones previas de padecimiento mental y personal del sistema de salud (Inchausti, García-Poveda, Prado-Abril y Sánchez-Reales, 2020).

En el artículo “Emociones, preocupaciones y reflexiones frente a la pandemia del covid-19 en la Argentina”, que exploró los sentimientos y las expectativas que generó la covid-19 en las personas durante la primera etapa de la pandemia en ese país, se señaló la incertidumbre como uno de los sentimientos más relevantes, cuyo significado involucra a las consecuencias sociales y económicas que suponen las medidas de aislamiento para la vida cotidiana, social y laboral. El miedo al contagio fue el segundo sentimiento relevante, sobre todo en la población mayor, que se siente más vulnerable frente al virus (Johnson, Saletti-Cuesta y Tumas, 2020).

En Colombia, el Ministerio de Salud emitió las resoluciones 464 y 470 de 2020, con las que se decretó el aislamiento preventivo obligatorio para las personas mayores de 70 años, entre el 20 de marzo de 2020 y el 30 de mayo del mismo año (República de Colombia, 2020c), seguida por una mayor ampliación de días para este grupo etario. En respuesta, los adultos mayores de 70 años establecieron una acción de tutela, en la que expresaron que se vulneró su derecho a ser tratados en condiciones de igualdad, respetando su independencia y autodeterminación al igual que en el caso de personas de otras edades. El fallo salió a su favor, reconociendo el derecho vulnerado, en concordancia con el derecho nacional e internacional.

La visión transformacional del nuevo marco de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (Huenchuan, 2018) tiene como característica principal que un individuo pueda vivir su vida de la mejor manera posible en cada una de las diferentes etapas, con dignidad y libertad de elección, teniendo respeto por el ejercicio pleno de sus derechos a la igualdad de oportunidades, a la dignidad y a la independencia, incluyendo la libertad de tomar decisiones y conservando su autonomía individual. Aun cuando un adulto mayor, por sus condiciones fisiológicas del deterioro propio de la edad, sea vulnerable, sigue siendo un individuo con derecho a ser tratado en condiciones de igualdad, como es la base de un envejecimiento activo (“El derecho a la vida y la salud de las personas mayores”, 2020).

La covid-19 retó los logros en el marco de la salud pública para el envejecimiento saludable y generó incertidumbre al opacar la certeza de lo que vendrá con el paso de los días. Cuando se controle la pandemia, será necesaria una acción de salud pública integral sobre el envejecimiento. Aunque falta mucho por aprender, hay diferentes opciones posibles y se tienen pruebas suficientes para actuar; además, cada país puede aportar sus avances independientemente de su situación actual o nivel de desarrollo. Es importante iniciar las intervenciones hacia un envejecimiento saludable, enfocando el objetivo primordial de lograr la máxima capacidad funcional en el adulto mayor (OMS, 1996).

Proyecciones

Como la gran mayoría de países, Colombia requerirá tiempo para recuperarse, con la esperanza de que la mayoría de la población alcance los años de vida proyectados de acuerdo con los pronósticos establecidos por estudios previos antes de que iniciara esta pandemia (Foreman *et al.*, 2018). El envejecimiento demográfico global es la mayor historia de éxito del desarrollo humano. Por lo tanto, una prioridad intersectorial es propiciar la autonomía para que, en gran medida, las

personas mayores logren satisfacer sus necesidades básicas, ya que esto tiene una poderosa influencia en su dignidad, integridad, libertad e independencia, siendo el componente esencial del bienestar general (OMS, 1996).

Sistemas de salud robustos también son indispensables para atender a la población mayor y vulnerable frente a enfermedades crónicas y a brotes epidemiológicos, como es la covid-19. Se debe contar con los recursos humanos, de infraestructura y técnicos para su atención. Hay que desmitificar la idea de que el gasto que se genera en salud afecta la economía, y en cambio se deben prevenir las problemáticas de salud crónicas y garantizar años de vida saludables, ya que envejecer es una experiencia que en algún momento todos vamos a experimentar (OMS, 1996).

Cada fallecido por covid-19 deja un vacío, no solo en sus familias y seres cercanos. Su ausencia le duele a toda la humanidad. Aquí vale recordar el poema escrito por el poeta inglés John Donne (1572-1631), que tal vez inspiró al Premio Nobel de Literatura Ernest Hemingway a escribir su novela *Por quién doblan las campanas*, publicada en 1940: una historia de amor y de muerte que se ha convertido en un clásico de nuestro tiempo, donde el autor, como corresponsal, describió la lucha en la Guerra Civil española (“Ernest Hemingway”, s. f.). Sin duda, estamos en guerra con un virus que ha desestabilizado la normalidad en la sociedad actual, dejando a su paso miles de muertos.

Las campanas doblan por ti

¿Quién no echa una mirada al sol cuando atardece?
¿Quién quita sus ojos del cometa cuando estalla?
¿Quién no presta oídos a una campana cuando por algún hecho tañe?
¿Quién puede desoír esa campana cuya música lo traslada fuera de este mundo?
Ningún hombre es una isla entera por sí mismo.
Cada hombre es una pieza del continente, una parte del todo.
Si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio, o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia.
Ninguna persona es una isla, la muerte de cualquiera me afecta, porque me encuentro unido a toda la humanidad, por eso nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti.

Referencias

Alemania: economía y demografía 2021 (s. f.). *Datos Macro*. <https://datosmacro.expansion.com/paises/alemania>.

Barricarte, A. (2006). Gripe aviar: ¿La pandemia que viene? *Anales del Sistema Sanitario de Navarra*, 29(1), 7-11. http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1137-66272006000100001&lng=es&nrm=iso&tlng=es.

Coronavirus (covid-19) en Colombia (2020). Instituto Nacional de Salud. <https://www.ins.gov.co/Paginas/Inicio.aspx>.

Donne, J. (s. f.). Las campanas doblan por ti. <https://ciudadseva.com/texto/las-campanas-doblan-por-ti/>.

El derecho a la vida y la salud de las personas mayores en el marco de la pandemia por COVID-19 (2020). <https://www.cepal.org/es/publicaciones/45493-derecho-la-vida-la-salud-personas-mayores-marco-la-pandemia-covid-19>.

Ernest Hemingway (s. f.). *Biografías y vidas*. <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/h/hemingway.htm>.

Ferrero, R. (2018). Qué es R Software. *Máxima Formación*. <https://www.maximaformacion.es/blog-dat/que-es-r-software/>.

Foreman, K. J., Márquez, N., Dolgert, A., Fukutaki, K., Fullman, N., McGaughey, M., Pletcher, M. A., Smith, A. E., Tang, K., Yuan, C.-W., Brown, J. C., Friedman, J., He, J., Heuton, K. R., Holmberg, M., Patel, D. J., Reidy, P., Carter, A., Cercy, K., ... Murray, C. J. L. (2018). Forecasting life expectancy, years of life lost, and all-cause and cause-specific mortality for 250 causes of death: Reference and alternative scenarios for 2016-40 for 195 countries and territories. *The Lancet*, 392(10159), 2052-2090. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(18\)31694-5](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(18)31694-5).

Global Age Watch Insights 2018: Report, summary and country profiles (2018). *Help Age International*. <http://globalagewatch.org/global-agewatch/reports/global-agewatch-insights-2018-report-summary-and-country-profiles/>.

- Huang, X., Wei, F., Hu, L., Wen, L. y Chen, K. (2020). Epidemiology and clinical characteristics of COVID-19. *Archives of Iranian Medicine*, 23(4), 268-271. <https://doi.org/10.34172/aim.2020.09>.
- Huenchuan, S. (Ed.) (2018). *Envejecimiento, personas mayores y Agenda 2030 para el desarrollo sostenible*. Naciones Unidas, CEPAL. https://www.cepal.org/sites/default/files/publication/files/44369/S1800629_es.pdf.
- Huguet, G. (2020). Grandes pandemias de la historia. *National Geographic*. https://historia.national-geographic.com.es/a/grandes-pandemias-historia_15178.
- Inchausti, F., García-Poveda, N. V., Prado-Abril, J. y Sánchez-Reales, S. (2020). La psicología clínica ante la pandemia COVID-19 en España. *Clínica y Salud*, 31(2), 105-107. <https://doi.org/10.5093/clysa2020a11>.
- Johnson, M. C., Saletti-Cuesta, L. y Tumas, N. (2020). Emotions, concerns and reflections regarding the COVID-19 pandemic in Argentina. *Ciência & Saúde Coletiva*, 25(1), 2447-2456. <https://doi.org/10.1590/1413-81232020256.1.10472020>.
- Lamotte, J. A. (2014). Infección por VIH/sida en el mundo actual. *MEDISAN*, 18(7), 993-1013 http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1029-30192014000700015&lng=es&nrm=iso&tlng=es.
- Larrea, F. (2007). La viruela: ¿ha muerto? *Revista del Instituto Nacional de Higiene Rafael Rangel*, 38(1), 34-38. http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S0798-04772007000100006&lng=es&nrm=iso&tlng=es.
- Medeiros, A., Daponte-Codina, A., Moreira, D. C., Toledo, R. P., Costa de Lima, K. y Gil-García, E. (2020). Factores asociados a la incidencia y la mortalidad por COVID-19 en las comunidades autónomas. *Gaceta Sanitaria*. <https://doi.org/10.1016/j.gaceta.2020.05.004>.
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (1996). OMS Envejecimiento y salud. *Geriatría*, 12(9), 38-43. <https://www.mendeley.com/catalogue/a86a3aca-b5c2-390a-85b4-49fa2924224b/>.
- Organización Panamericana de la Salud (OPS) (2020). Respuesta al brote de COVID-19 en la Región de las Américas. <https://www.paho.org/es/documentos/respuesta-al-brote-covid-19-region-america>.
- Pulido, S. (2020). ¿Cuál es la diferencia entre brote, epidemia y pandemia? *Gaceta Médica*. <https://gacetamedica.com/investigacion/cual-es-la-diferencia-entre-brote-epidemia-y-pandemia/>.
- Quiroz, C. G., Pareja, A., Valencia, E., Enriquez, Y., De Leon, J. y Aguilar, P. (2020). Un nuevo coronavirus, una nueva enfermedad: COVID-19. *Horizonte Médico (Lima)*, 20(2). <https://doi.org/10.24265/horizmed.2020.v20n2.11>.
- Real Academia Española (s. f.). Pandemia. *Diccionario de la lengua española*. <https://dle.rae.es/pandemia>.
- República de Colombia (2020a). Resolución 380. https://www.minsalud.gov.co/Normatividad_Nuevo/Forms/DispForm.aspx?ID=5928.
- República de Colombia (2020b). Resolución 464. <https://n9.cl/ne2z1>.
- República de Colombia (2020c). Resolución 470. <https://n9.cl/wigt>.
- Saul, T. (2018). Gripe española: la primera pandemia global. *National Geographic*. https://historia.nationalgeographic.com.es/a/gripe-espanola-primera-pandemia-global_12836.
- Schmidt, A., Sfeir, D. y Schlosser, H. (2020). Correlación entre características psicosociodemo-

gráficas con la tasa de mortalidad y letalidad por COVID-19 según región en Chile. *Revista ANACEM*, 13(1), 10-20. <https://pesquisa.bvsalud.org/portal/resolver/pt/biblio-1123098>.

Toque de queda en Navidad y Año Nuevo: restricciones en las principales ciudades de Colombia (2020). *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/toque-de-queda-en-navidad-y-ano-nuevo-restricciones-en-las-principales-ciudades-555200>.

Trilla, A. (2020). Un mundo, una salud: la epidemia por el nuevo coronavirus COVID-19. *Medicina Clínica*, 154(5), 175-177. <https://doi.org/10.1016/j.medcli.2020.02.002>.

WHO coronavirus (covid-19) Dashboard (2021). <https://covid19.who.int/table>.

World Health Organization (WHO) (2021). *Episode #21 —COVID-19— Origins of the SARS-CoV-2 virus* [video]. <https://www.who.int/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019/media-resources/science-in-5/episode-21---covid-19---origins-of-the-sars-cov-2-virus>.

Zhou, F., Yu, T., Du, R., Fan, G., Liu, Y., Liu, Z., Xiang, J., Wang, Y., Song, B., Gu, X., Guan, L., Wei, Y., Li, H., Wu, X., Xu, J., Tu, S., Zhang, Y., Chen, H. y Cao, B. (2020). Clinical course and risk factors for mortality of adult inpatients with COVID-19 in Wuhan, China: A retrospective cohort study. *The Lancet*, 395(10229), 1054-1062. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)30566-3](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)30566-3).



Dora Mejía, *Piel canela*, proyecto “Divertimento”, 2020, infografía, 27 × 35 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

¡Hemos triunfado! ¡Habéis labrado vuestra propia ruina; os habéis entregado!

No tratéis de engañarnos, contestaron. ¿Acaso no tenemos conocimiento de nuestra muerte, ¡oh Señores!, y de que eso es lo que aquí nos espera?

La transformación de los museos en tiempos de pandemia

El caso del Museo de Antioquia

Beatriz Salazar Duque

(Colombia, 1987-v.)

Antropóloga de la Universidad de Antioquia y Maestra en Artes Plásticas de la Fundación Universitaria Bellas Artes. Magíster en Museología de la Universidad de Leicester, Inglaterra. Doctora en Artes de la Universidad de Antioquia y profesora de la misma institución. Autora de un artículo.



Resumen

En tiempos de pandemia, la humanidad ha transformado todas las prácticas cotidianas, incluidas las socioculturales. Los museos, como entidades al servicio de la cultura, han tenido que cerrar sus puertas por largos periodos, suspender programaciones, cancelar muestras y reprogramar exposiciones. En estos escenarios, la virtualidad se ha convertido en una aliada para que las instituciones puedan seguir llevando a cabo algunas de las actividades programadas, generando la apertura de otro canal para la mediación con las comunidades y para encontrar formas que permitan la sostenibilidad ante la crisis financiera que enfrentan la gran mayoría de ellas.

Este artículo analiza el caso de un museo regional de arte que ha resignificado sus prácticas museísticas para continuar comunicando y compartiendo cultura con el público en tiempos de crisis. Se trata del Museo de Antioquia, ubicado en la ciudad de Medellín, que se caracteriza por su colección de obras de reconocidos artistas colombianos como Francisco Antonio Cano, Eladio Vélez, Pedro Nel Gómez, Débora Arango, Alejandro Obregón, Enrique Grau, Edgar Negret, Santiago Cárdenas, Luis Fernando Peláez y Luis Caballero, entre muchos otros.

Palabras clave

Innovación, museo, pandemia, telemática.

Pensar el museo hoy, ante una pandemia, sin duda genera controversias en sus dinámicas misionales. Por las restricciones de movilidad, que implican el distanciamiento físico y la dificultad de interacción entre el museo y las comunidades, surgen nuevas relaciones y prácticas museísticas que permiten que la institución pueda seguir comunicando y compartiendo cultura con su público. Según el Consejo Internacional de Museos (ICOM), hubo una disminución del 80% de las visitas a los museos en el mundo, lo cual dificulta la supervivencia de estos.

El ICOM, en noviembre del 2020, publicó en sus redes el análisis de las consecuencias de la pandemia en los museos: entre abril y mayo el 9% permanecían cerrados, el 87% de los colaboradores estaban trabajando desde sus casas y el 40% tenían pérdidas de apoyos financieros para el sostenimiento de los programas; para finales del 2020 el 18% de los museos en el mundo seguían sin abrir sus puertas y el 54% de los colaboradores debieron adaptarse a las dinámicas del teletrabajo. La disminución significativa de los visitantes, debido a la nueva realidad, y las grandes pérdidas económicas (50%) han hecho que los museos vean reducido el apoyo financiero de los gobiernos y de los fondos privados (30%). El impacto esperado fue un recorte de los programas educativos e institucionales (60%) y de la innovación de las exposiciones, lo que llevó a la terminación de los contratos de algunos de los empleados, que a corto plazo puede conducir al cierre definitivo de algunos museos. Además, un 40% de las instituciones perdieron contacto con las comunidades con las que venían trabajando antes de la pandemia (ICOM, 2020). A esto se debe sumar la segunda ola de covid-19, puesto que muchas de las instituciones en Europa tuvieron que volver a cerrar las puertas y aún permanecen cerradas en los inicios del 2021.

¿Cuál es entonces el rol que han tenido que asumir los museos para poder seguir subsistiendo ante este panorama? Para responder a esta pregunta, el sector de los museos durante el siglo XXI ha transformado sus labores para priorizar las actividades enfocadas

en lograr la inclusión social, el diálogo intercultural, el compromiso público, la participación, el acceso, el empoderamiento de la comunidad, el estímulo de la creatividad y la innovación para la construcción de una sociedad más igualitaria y justa. Los museos son cada vez más ambiciosos, establecen más relaciones con las comunidades-audiencias y tienen como finalidad contribuir a la sociedad para transformar las prácticas culturales (García, 2015); gracias a estas nuevas dinámicas, han hecho que las comunidades se comprometan, participen y produzcan cultura.

Dicho lo anterior, el rol que tiene el museo permite que se puedan abarcar diferentes comunidades y distintos aspectos de las audiencias. La innovación digital ha sido una herramienta fundamental para contribuir a la transformación de los museos en la pandemia, ya que gracias a ella se han incrementado en un 50% las actividades en las redes sociales, estrategia útil para la inclusión de las audiencias. A su vez, han digitalizado las colecciones para continuar siendo fuentes confiables de conocimiento y seguir atesorando recursos invaluable que permitan incluir a las comunidades en el papel de transformar las dinámicas de la humanidad.

Se seleccionó al Museo de Antioquia como caso de estudio ya que cuenta con una gran trayectoria en la ciudad y alberga en sus colecciones piezas que dan testimonio del surgimiento, el recorrido y la transformación de la historia y las expresiones artísticas del departamento y el país. El Museo tiene también el conjunto más grande de pinturas, esculturas y dibujos del artista Fernando Botero. Además, su colección está conformada por obras de artistas de gran trascendencia en la historia antioqueña y colombiana. Inició en 1881 como el Museo de Zea; para 1987 cambió su nombre a Museo de Antioquia, en la búsqueda por la identidad de la cultura del departamento y como referente del Museo Nacional. Para el año 2000, la institución se trasladó a la antigua sede de la Alcaldía de Medellín (Palacio Municipal) y en el año 2001 se construyó, en sus alrededores, la Plazoleta Botero, en donde están ubicadas más de diez piezas del artista Fernando Botero.

El Museo ha cumplido un rol muy importante en la divulgación y la activación del arte con la inclusión de las diferentes comunidades, pues cuenta con el ingreso gratuito para las personas de estratos 1, 2 y 3, y descuentos para los estudiantes y mayores de 60 años. En el 2007 y el 2011 se realizó uno de los proyectos de mayor importancia para la institución: los Encuentros Internacionales MDE, que permitieron la llegada a la ciudad de artistas de todas partes del mundo con sus obras de arte contemporáneo, y que fueron expuestas no solo en el Museo, sino que se expandieron a diferentes escenarios de la ciudad e incluyeron la participación de las comunidades y los estudiantes para el desarrollo de algunas propuestas artísticas; una de ellas fue el *Museo aerosolar* (2007) del artista Tomás Saraceno. El programa 360 es el actual proyecto pedagógico y artístico que tiene el Museo para fortalecer la inclusión de las comunidades que habitan en sus alrededores;

tiene como contexto albergar problemáticas complejas de prostitución, vandalismo, drogadicción, entre muchas otras. Una de las estrategias implementadas fue la expansión de las fronteras del edificio, con la instalación de vitrinas para dar apertura a las salas y así articularse con los alrededores del centro de Medellín e invitar a las comunidades a hacer parte de las dinámicas internas.

El Museo de Antioquia, durante los meses de confinamiento, cumplió con una agenda presencial y virtual (figura 8.1), con el fin de continuar con la labor de impactar a la comunidad y reducir el efecto de las restricciones impuestas por el Gobierno nacional. Dicha agenda, transmitida por sus redes sociales, inició el 30 de marzo, luego del cierre de sus puertas el 16 del mismo mes.

| EN VIVOS DE LA AGENDA DEL MUSEO DESDE MAYO - DICIEMBRE | | | | | | |
|--|-----------|-----------|----------|----------|----------|------------|
| MES | FACEBOOK | INSTAGRAM | YOUTUBE | RED DE | | TOTALES |
| | | | | ESCUELAS | FILARMED | |
| MAYO | 4 | 3 | 0 | 0 | 0 | 7 |
| JUNIO | 9 | 3 | 1 | 1 | 1 | 15 |
| JULIO | 11 | 0 | 2 | 1 | 1 | 15 |
| AGOSTO | 14 | 0 | 0 | 1 | 0 | 15 |
| SEPTIEMBRE | 20 | 0 | 0 | 1 | 0 | 21 |
| OCTUBRE | 12 | 0 | 0 | 1 | 1 | 14 |
| NOVIEMBRE | 12 | 0 | 0 | 1 | 0 | 13 |
| DICIEMBRE | 9 | 0 | 0 | 0 | 0 | 9 |
| TOTAL | 91 | 6 | 3 | 6 | 3 | 109 |

| Categoría | Totales 2020 |
|--|--------------|
| Ingreso pago/Nacionales y extranjeros) | 27,604 |
| Ingreso gratuito | 11,034 |
| Museo 360° | 17,711 |
| Otros públicos | 297,559 |
| Proyectos | 18,097 |
| Eventos | 1,631 |
| Boletería Virtual (Conteo de ingreso a la página del Museo) | 41,707 |
| Mediaciones virtuales Digitales (reproducciones) | 13,379 |
| Cantidad de charlas y conversatorios por fuera de la Agenda Museo(academico) participaciones | 243,695 |
| | 40 |
| Total de envivos | 109 |

Figura 8.1 Compilado de actividades realizadas en el 2020

Fuente: documento interno de la dirección de curaduría, Museo de Antioquia, 2021.

La primera actividad en línea que se realizó fue “El museo le saluda desde la casa”. Consta de un recorrido dirigido por el equipo de curaduría, describiendo algunas de las obras emblemáticas de la colección, una de ellas *Visita de Luis XVI y María Antonieta a Medellín, Colombia* de Fernando Botero (1990). Esta obra reúne dos mundos que aparentemente no se podrían ver juntos desde la historia del arte y de la perspectiva propia de su contenido, haciendo de esta una pieza insignia del Museo.

“Abrimos nuevas puertas: de nuestras salas a tu casa”, programa que combina recorridos por algunas de las salas permanentes de la colección y entrevistas con artistas reconocidos en el ámbito nacional, inició a finales del mes de abril con el recorrido por la colección de las Bienales de Coltejer, dirigido por el curador jefe Carlos Uribe. Para principios de mayo se realizó el primer conversatorio en el Facebook *live* de la institución, con los artistas Jorge Ortiz y John Castles, quienes son fundamentales para la historia de las vanguardias en Medellín y que acompañaron el remontaje de la sala Promesas de la Modernidad. Este evento se convirtió en un ciclo de charlas semanales pensado para presentar la manera en que los artistas y los colectivos revisan, desde sus prácticas, las ideas y los fenómenos de la contemporaneidad. Algunos invitados fueron Edwin Monsalve, Juan Fernando Ospina, la Orquesta Filarmónica de Medellín, Federico Ríos, Pedro Alcántara, entre otros.

Otro programa de la institución, en alianza con la Caja de Compensación Familiar Comfama, fue “Colombia contada desde la incertidumbre”, “una serie de encuentros con nombres históricos y contemporáneos para hablar sobre la forma en que hemos relatado nuestra cultura, nuestro paisaje y nuestro cuerpo por más de un siglo” (Museo de Antioquia, 2020). El programa fue dividido en cuatro ciclos temáticos que, a su vez, agruparon conferencias con nombres del arte local y nacional desde finales del siglo XIX hasta hoy. Los ciclos fueron: “Colombia, un modelo para armar”, “El mundo desde la habitación”, “Paisajes

rotos” y “Carne y ley”. En algunos de los ciclos se tuvo como invitado a Carlos Castro, quien es uno de los artistas actuales más críticos de la memoria nacional y productor de piezas fundamentales para entender la realidad histórica y contemporánea del país; otro invitado de renombre fue Miguel Ángel Rojas, uno de los artistas más representativos del arte colombiano, y Natalia Castañeda, con un recorrido por sus obras, que representan las particularidades territoriales y biográficas de los paisajes.

El consolidado de eventos realizados durante el año 2020 evidenció la ampliación de las actividades del museo a otros canales, en este caso en el campo telemático, donde se pudo llegar a más de 13.000 mediaciones, sumado a las visitas presenciales que fueron superiores a 27.000. Aunque no iguale las cifras de los años anteriores, sí visibiliza las acciones institucionales en la búsqueda de la supervivencia, de continuar con las dinámicas operacionales y seguir impactando a las comunidades. Un momento de incertidumbre durante la pandemia se convirtió en una exploración que transformó la vivencia del momento.

¿Hasta qué punto se puede llegar a una experiencia estética en el museo desde el campo telemático? Con la innovación digital se busca responder a un problema que transforma la experiencia estética, traspasa las barreras de la percepción sensorial y modifica la apreciación de la obra de arte, o incluso el acto estético. Sin duda, se podría decir que hay una pérdida en términos de la experiencia estética con relación a la apreciación del objeto o la obra de arte en el espacio, pero se abren nuevas posibilidades para que los museos puedan llegar a más comunidades; incluso las acciones dentro del mismo museo podrán permanecer en la red y ser consultadas muchas veces más, hecho que no era posible antes de la pandemia y que constituye un reto para las futuras prácticas en donde se explore la realidad virtual.

Mientras sigamos en esta nueva realidad, la experiencia espacial en este tipo de instituciones no volverá a ser como antes, la virtualidad no es la única solución

e incluso esta misma se debe reinventar; una de estas nuevas transformaciones son los sitios web que antes simplemente ofrecían información sobre las instituciones y los calendarios de eventos, pero no se vivía una experiencia a través de ellos. Es más, el espacio museo deberá adaptarse para volver a funcionar con las restricciones necesarias, hecho que podrá llegar a transformar el concepto y la naturaleza de cada institución. No se puede desligar la función del museo a lo largo de la humanidad, ya que:

el museo contribuye o puede contribuir a ese desarrollo de la sociedad del que se habla con frecuencia, compuesta, como señalaba anteriormente, por públicos cada vez más heterogéneos, con intereses diferentes, diferentes estructuras cognitivas y en la mayor parte de los casos, sobre todo, pensando en los jóvenes, de nuevos y diversos instrumentos tecnológicos (Linares, 2018, p. 41).

El asunto que se quiere resaltar de la anterior cita es que los instrumentos tecnológicos ya no solo están pensados para los jóvenes, son una necesidad de todos para poder acceder a los contenidos que ofrecen las agendas museísticas, cambio que llegó para quedarse y que traspasa la gran mayoría de las actividades cotidianas. Sin lugar a duda, la concepción de museo se seguirá transformando según la necesidad de la humanidad, pues no es el fin de su naturaleza ya que este ha soportado diversos momentos críticos: varias pandemias, guerras mundiales y caídas económicas, entre otros.

Antes de pensar qué será de su futuro, se debe tener en cuenta la última definición de museo según el ICOM, que fue discutida en el encuentro en Japón de 2019, justo meses antes de la pandemia:

Los museos son espacios democratizadores, inclusivos y polifónicos para el diálogo crítico sobre el pasado y el futuro. Reconociendo y abordando los conflictos y los desafíos del presente, custodian artefactos y especímenes para la sociedad, salvaguardan memorias diversas para las generaciones futuras, y garantizan la igualdad de derechos y la igualdad de acceso al patrimonio para todos los pueblos. Los mu-

seos no tienen ánimo de lucro. Son participativos y transparentes, y trabajan en colaboración activa con y para diversas comunidades a fin de coleccionar, preservar, investigar, interpretar, exponer y ampliar las comprensiones del mundo, con el propósito de contribuir a la dignidad humana y a la justicia social, a la igualdad mundial y al bienestar planetario (ICOM, 2020, § 4).

La anterior definición del museo evidencia la ampliación de su rango de acción en el transcurso del tiempo, que luego de la pandemia debe continuar con sus propósitos para seguir transformando los espacios (presenciales o telemáticos) con fines educativos y generando experiencias comunitarias que propicien el diálogo, la interacción y la participación de todos los grupos sociales (en especial los vulnerables). La innovación digital seguirá cambiando las dinámicas del museo, las colecciones, las prácticas y las investigaciones con el fin de mejorar la comprensión del mundo luego de una crisis mundial, y debe tener como propósito contribuir en pro de la dignidad humana y de la justicia social, como se evidenció en el Museo de Antioquia con las diferentes estrategias implementadas. Actividades similares también fueron adoptadas en la gran mayoría de museos en otros países (ICOM, 2020).

Referencias

- García, I. (2015). El papel de los museos en la sociedad actual: discurso institucional o museo participativo. *Complutum*, 26(2), 39-47.
- ICOM (2020). Museum, museums professionals and Covid-19: Follow up survey. https://icom.museum: https://icom.museum/wp-content/uploads/2020/11/FINAL-EN_Follow-up-survey.pdf.
- Linares, J. (2018). El museo del siglo XXI, hacia una nueva definición. En B. Brulon Soares, K. Brown y O. Nazor, *Definir los museos del siglo XXI: experiencias plurales* (págs. 39-44). ICOM/ICOFOM.

Museo de Antioquia (2020). Colombia contada desde la incertidumbre. <https://www.museodeantioquia.co/noticia/colombia-contada-desde-la-incertidumbre/>.



Dora Mejía, *Piel canela*, proyecto “Divertimento”, 2020, infografía, 27 × 35 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

Luego se despedazaban a sí mismos; se mataban el uno al otro; tendíase como muerto el primero a quien habían matado, y al instante lo resucitaba el otro

Ya no existe vuestro gran poder ni vuestra estirpe, y tampoco merecéis misericordia, será rebajada la condición de vuestra sangre

La materia que no dice:

un acercamiento a la novela La ocasión de Juan José Saer

Jorge Iván Agudelo

(Colombia, 1980-v.)

Historiador de la Universidad Nacional de Colombia, Magíster en Hermenéutica Literaria y candidato a Doctor en Humanidades de la Universidad Eafit. Profesor de cátedra de la misma institución. Director de Humanidades y Artes de la Academia Yurupary. Autor de dos libros, varios capítulos y columnas periodísticas.



Resumen

El presente ensayo acude a la novela *La ocasión* con el propósito de vislumbrar la tensión entre los conceptos de materia y espíritu, que definen las preocupaciones existenciales de Bianco, personaje principal de la obra en cuestión, y le sirven de sustrato intelectual para relacionarse con los demás personajes y el mundo. En este recorrido se plantean algunas características temáticas y estilísticas de la producción literaria de Juan José Saer, al tiempo que se referencia su particular manera de entender la novela histórica. Por último, la epidemia de fiebre amarilla, que sirve como telón de fondo de la narración, es pensada a partir de su incidencia en las reflexiones filosóficas de Bianco.

Palabras clave

Celos, epidemia, espíritu, Juan José Saer, materia, novela histórica, positivismo.

En el ensamblaje de la saga saeriana —que bien vale decir, funciona, más que como una progresión, como una digresión—, cuentos, novelas y poemas configuran un entramado de historias sostenidas por una poética propia, perfilada desde su primer libro, *En la zona*, y consolidada, bajo distintos matices, a lo largo de toda su obra. En este sentido, cada uno de sus libros, al ser leído a la luz de todo su proyecto literario, adquirirá, sin perder su autonomía, otra dimensión.

Desplegadas en precisas coordenadas espaciotemporales, sus criaturas, sin perder por un instante las señas de una obstinada pertenencia al lugar de Saer —la provincia Argentina de Santa Fe—, deambulan, piensan y conversan, como lo advierte Beatriz Sarlo (2011, p. 40), para conjurar, casi siempre en situaciones paródicas, la angustia y la conciencia de la muerte. Esta demarcación del espacio narrativo haría que la primera ola de recepción crítica de su obra la asociara con cierto regionalismo, obviando rasgos de estilo que, sin dejar de acercarlo, por ejemplo, a propuestas estéticas como las del *objetalismo* francés, le confieren un lugar inédito en la literatura latinoamericana.

Sin embargo, es importante señalar que, poco tiempo después, en reseñas como la de María Teresa Gramuglio, “Juan José Saer: el arte de narrar”, publicada en 1979 en la revista *Punto de Vista*, ya empieza a advertirse una valoración de su esfuerzo por narrar en los límites del lenguaje, y en este sentido, quebrar una relación fácil y especular con la referencialidad, vinculándola, eso sí, a las exploraciones del propio lenguaje: “Al problematizar la relación lingüística entre el signo poético y su referente —mediatizada por la conciencia— se cuestiona todo un orden de certezas que alude al relato tradicional y se propone una nueva dimensión poética para la narrativa” (p. 8). Esta dimensión poética aludida, tensará toda la ficción del autor y exigirá a lectores y críticos una especial disposición para encontrar en sus formas expresivas —muchas veces ligadas a morosas descripciones en detrimento del flujo narrativo— un universo que, al complacerse en su misma construcción, privilegia la

materialidad del lenguaje sobre la comunicabilidad de la anécdota.

La ocasión, octava novela publicada por el escritor, ganadora del Premio Nadal en 1987, ahonda en un núcleo argumental que, si bien sirve de cierre a la historia, aparecería por primera vez, simplemente enunciado, en uno de sus cuentos más leídos y abordados por la crítica: “A medio borrar”. Aquí, en una suerte de despedida, antes de viajar a París, Pichón Garay recorre su ciudad natal y, entre ires y venires, recuerda que su mellizo, el Gato, refería una historia

sobre un hermano de nuestra bisabuela que era interno en un hospital de Buenos Aires cuando la fiebre amarilla y que según el Gato hizo abandono de la guardia por miedo al contagio y se apareció en la ciudad, en la casa de nuestro tatarabuelo sin que nadie supiese qué diablos había venido a hacer a la ciudad; y que según el Gato, dice Héctor, había traído la fiebre con él y murió a los cuatro días, sembrando la peste (Saer, 2017, p. 182).

Es justamente Antonio Garay López, antepasado lejano de los mellizos, que a su vez tendrán una figuración tan importante en novelas como *La pesquisa* (Pichón) o en *Nadie nada nunca* (el Gato), el encargado de recibir en Buenos Aires, curarle un absceso que hacía peligrar su dedo anular de la mano derecha, e introducir en el cerrado ámbito de los estancieros criollos a Bianco, un extraño ocultista de indeterminado origen europeo que recalca en Argentina después de haber sido burlado en un teatro francés por lo que él mismo denomina la “conspiración positivista”. Con los poderes menguados, pero con su idea fija de que la materia es solo una excrecencia y puede ser dominada por el espíritu, además de su probada habilidad para el mundo práctico, se instala en la pampa. Allí se casa con una joven hija de inmigrantes italianos de cierta posición social y profundiza en la amistad con el médico Garay López.

La focalización de la narración no abandona al mentalista; a su esposa, a su amigo Garay y a otros personajes de esta historia los conocemos solo a trasluz de

sus obsesiones. Este ardid literario, además de alejar la obra del realismo decimonónico (en últimas, de la estética imperante en el siglo que sirve de escenario a los sucesos narrados), nos revela una mirada subjetiva que pondrá en entredicho la reconstrucción plena de ámbitos sociales, políticos y económicos preconizada por novelas pretendidamente históricas. No obstante, como lo advierte Florencia Abbate (2015), hay elementos en la obra que permitirían asociarla a la narrativa histórica; por ejemplo, el definido marco espaciotemporal en que se desarrollan los hechos, cierta representatividad social de los personajes y la presencia de un narrador omnisciente. Así y todo, es la subjetividad del autor la que irrumpe, desde su presente, en un territorio que ha sido momificado por la historia y la literatura, para establecer un imaginario, ya no uno colectivo, sino uno nuevo, inscrito en la propia obra. Esta compleja relación con el pasado a partir de la ficción es pensada en estos términos por el propio escritor:

No hay, en rigor de verdad, novelas históricas, tal como se entiende la novela cuya acción transcurre en el pasado y que intenta reconstruir una época determinada. Esa reconstrucción del pasado no pasa de ser simple proyecto. No se reconstruye ningún pasado, sino que simplemente se *construye* una visión del pasado, cierta imagen e idea del pasado que es propia del observador y que no corresponde a ningún hecho histórico preciso (Saer, 2016, p. 56).

Haciendo eco a esta visión del autor, Rosa Durá Celma (2014) señala, refiriéndose a la novela que nos ocupa: “Saer no aspira a la reconstrucción de un momento fundamental en la historia de Argentina, sino más bien a construir una versión sobre la que proyectar su especial visión del mundo y del hombre” (p. 80).

Como aseveración extrema de esta convicción, podríamos pensar en la sentencia de Macedonio Fernández, que según Julio Premat (2002), Saer cita con fruición: “Los gauchos nunca existieron, y no serían más que una invención de los caballos para no sentirse solos en la pampa” (p. 322).

Es precisamente una estampida de caballos, que cruza la inmensidad de la pampa como una epifanía, la que saca a Bianco de sus abstracciones —a las que se dedica con frecuencia en un rancho que se hizo construir para pensar, ejercitar sus poderes en soledad y preparar su refutación a los positivistas— y nos pone en camino del drama, que se va acentuando a lo largo de la novela, entre la materia y el espíritu. El narrador, ante el pasmó del personaje, describe:

Vigorous, disciplinados y salvajes, parecen la pasta arcaica del ser, desplazándose como un viento cósmico, dividida en un número indefinido de individuos idénticos [...]. Bianco comprende que la tropilla, sin dueño, recorre la llanura buscando campos verdes para invernar, y empieza a correr hacia ella con la intención descabellada de detenerla, apropiársela, domesticarla, hasta tal punto la carrera estrepitosa, inesperada, de los caballos, le ha hecho perder su sangre fría (Saer, 2018a, pp. 30-31).

Esta imposibilidad de detener y domeñar a los caballos, a nuestro modo de ver, prefigura su gran derrota frente a la labilidad del espíritu y el hermetismo sin fisuras de la materia. Podríamos también referirnos a la lucha constante de la poética de Saer por encontrar, consciente de una derrota inapelable, una realidad que siempre escapa y de la que solo percibimos vestigios, rastros huidizos que la palabra intenta, sondeando todas sus posibilidades, atrapar.

Horas después del episodio relatado, Bianco desmonta y entra a su casa de la ciudad, para hallar, en una situación equívoca, cargada de cierta lasitud erótica, a su joven esposa y al doctor Garay. Después de esto todo cambia para él. Su obcecación por el conocimiento del espíritu y su afán por aprender habilidades de los lugareños ricos, a la hora de amasar fortunas, se ven paralizados por los celos y por su necesidad de conocer la verdad sin preguntarle nada a nadie, guiándose solo por una intuición paranoica que hace de su vida un infierno. El embarazo de su mujer, coincidente con la estadía de Garay en la ciudad, aviva a tal punto la incertidumbre ontológica de Bianco que lo hace pensar en ella como

en una trampa más que le tiende la materia. Delirante, se figura así la vorágine de los amantes:

Que lo reconozca o que lo niegue, piensa Bianco, es de todos modos siempre la misma fuerza mortífera, el mismo magma excremental y pantanoso en el que ellos, se den cuenta o no, se revuelven y chapalean. Y, piensa, a fin de cuentas, sería deseable que sea de él, que por lo menos sepan en qué sustancia abominable están prisioneros (Saer, 2018a, p. 140).

En su vocación por el agnosticismo, Saer escamotea del final de su obra el nacimiento de la criatura, que dada la diferencia física de Bianco y de Garay —el primero crespo, pelirrojo y bajo; el segundo alto, de pelo negro y liso—, sellaría cualquier asomo de duda con respecto a la paternidad del niño. Sin embargo, la inquietud que lo carcome no espera ser resuelta con el alumbramiento, por esto, y a sabiendas del vertical silencio de su esposa, acude al lecho de muerte de Garay en busca de una confesión, y encuentra una verdad que, aunque más terrible, no le interesa; este le dice entonces:

Pero eso no es lo más grave [...]. Lo más grave es que la he traído conmigo, he traído la epidemia conmigo. Mi familia se está muriendo. Toda la servidumbre se está muriendo. Los vecinos se empiezan a morir. Toda la ciudad está contaminada (Saer, 2018a, p. 201).

Ciego ante su propio contagio, incapaz de extraer del delirio febril de su amigo una verdad que, así lo destruya, le permita seguir viviendo, Bianco gira en el vacío de sentido, ya que la materia, supuesto eslabón secundario del espíritu, mera excrecencia de este, no dice, y no lo hace de una manera doble: encarnada en Garay, no aclara ni infidelidad ni paternidad; parapetada y perdiéndose en la epidemia, la materia solo le puede ofrecer el rostro de la muerte, que calla una y todas las veces los sortilegios del espíritu.

De este modo, Saer arremete contra la visión de su personaje, abandonándolo a la evidencia de que, si ha de encontrarse algo, será en la materia, en la vida de

su primogénito que está por llegar. No obstante, como se dijo, las posibles certezas que busca Bianco quedan ya por fuera de las páginas de la obra, que poco antes del final nos muestra a la pareja de esposos a salvo, refugiada de la fiebre amarilla, en el rancho, en la pampa, esperando el nacimiento de su primer hijo. Nos es dable pensar que esta imposibilidad de conocer halla su correlato en los mecanismos expresivos de los que hace uso el autor para negar, después de mostrar página a página su empeño, una asunción directa y fácil de la realidad.

Llegados a este punto, valdría la pena referirnos al ensayo “Sartre: contra entusiastas y detractores” escrito por Saer en 1980:¹

Su materialismo, implícito ya en sus primeras búsquedas de lo concreto, es el resultado de una larga reflexión y de una lucidez sostenida contra el confort intelectual de su tiempo, que pretendía dividir el pensamiento en dos bandos, y contra su propia formación intelectual que era, a través de Husserl y Bergson, de filiación idealista. Es una especie de materialismo heroico (Saer, 2018b, § 7).

Lo dicho por el autor acerca del pensador francés, en cierto modo nos da una clave de lectura para abordar aspectos de su misma obra, entre ellos el denodado realismo que, lejos de plegarse a una concepción implícita de la realidad, exige un forcejeo interminable, condenado al fracaso, sí, pero asumido desde un lenguaje que sondea los costados de la materia, y en este esfuerzo, hecho de descripciones minuciosas y muchas veces exasperantes, evidencia la imposibilidad de asir con la palabra el mundo.

La ocasión quiere apresar, y al tiempo poner en vilo a partir de la figura de Bianco, el instante, único, en que la materia se percibe a sí misma, desprovista de cualquier posible halo insuflado por el espíritu; pero

¹ El ensayo fue publicado en la revista *Punto de Vista*, Buenos Aires, año 3, número 9, julio-diciembre. Fue recogido en la edición póstuma de *Ensayos: borradores inéditos 4* con el título “A propósito de las relaciones de Sartre con la literatura”.

la materia, perseguida, rodeada por la palabra, por lentas descripciones, no habla, no dice. La enfermedad colectiva podría pensarse como la delgada voz de los cuerpos que, en estertores agónicos, van llenando las calles. Esto bastaría para que el personaje ancle del todo en la tierra e incorpore a su pensamiento la corrosión de la carne que, en últimas, en aras del elusivo espíritu, siempre ha despreciado. Bianco, como quien ve llover, asiste impávido al esplendor último de la materia sin por ello reconocerlo ni aceptarlo:

En una esquina un hombre, apoyado con una mano contra un muro de adobe, vomita en la vereda, arqueándose y sacudiendo la mano libre en dirección a nadie en particular, para indicar su sufrimiento. Otro, un poco más lejos, se asoma a una ventana, y Bianco advierte en su cara el color indefinido que asomaba en la de Garay López, cuando el rojo había desaparecido, y la fase amarilla no había comenzado todavía (Saer, 2018a, p. 208).

Tal vez sea esta obra, como ninguna otra en la producción literaria del autor argentino, la que manifiesta, desde su argumento mismo, una duda constante —expresada en otras de sus ficciones a través de una forma que sugiere la precariedad del acto de narrar— sobre la posibilidad de habitar el mundo desde un entendimiento que no devenga en puro conocimiento instrumental. Bianco, que, a lo largo de esta historia, ha pretendido apropiarse de la esencia de la materia merced a sus poderes de mentalista, tiene que contentarse con la pampa, que no obstante su extensión y belleza no deja de hacer parte del mundo de los fenómenos, en los que él, poco o nada confía.

Referencias

- Abbate, F. (2015). *El espesor del presente*. Eduvim.
- Durá Celma, R. (2014). *La ocasión: una novela en el eje de la vacilación*. *Cuadernos de Investigación Filológica*, 40, 75-97. <https://publicaciones.unirioja.es/ojs/index.php/cif/article/view/2659>.

- Gramuglio, M. T. (1979). Juan José Saer: el arte de narrar. *Punto de Vista*, 6(2), 3-8.
- Premat, J. (2002). *La dicha de Saturno: escritura y melancolía en la obra de Juan José Saer*. Beatriz Viterbo Editora.
- Saer, J. J. (2015). *Ensayos: borradores inéditos 4*. Seix Barral.
- Saer, J. J. (2016). *El concepto de ficción*. Rayo Verde Editorial.
- Saer, J. J. (2017). A medio borrar. En *La mayor* (págs. 169-202). Seix Barral.
- Saer, J. J. (2018a). *La ocasión*. Seix Barral.
- Saer, J. J. (2018b [1980]). Sartre: contra entusiastas y detractores. *Sonámbula*. <https://bit.ly/3j5V2zL>.
- Sarlo, B. (2011). Responso. Vidas rotas. En P. Ricci (Comp.), *Zona de prólogos* (págs. 37-46). Seix Barral.



Dora Mejía, *Piel canela*, proyecto “Divertimento”, 2020, infografía, 27 × 35 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

Ya no os apoderaréis repentinamente de los hombres, y tened presente la humildad de vuestra sangre

De esta manera comenzó su destrucción y comenzaron sus lamentos. No era mucho su poder antiguamente

Resiliencia campesina en tiempos de pandemia:

perspectivas desde el Semillero de Investigación Chagra

María Camila Aristizábal Villegas
Claudia Marcela Becerra Rátiva
Natali Andrea López Toro
María Adelaida Torres Sánchez

María Camila Aristizábal Villegas (Colombia, 1999-v.)

Estudiante de Ingeniería Ambiental y miembro del Semillero de Investigación Chagra de la Universidad Nacional de Colombia.

Claudia Marcela Becerra Rátiva (Colombia, 2000-v.)

Estudiante de Ingeniería Ambiental y miembro del Semillero de Investigación Chagra de la Universidad Nacional de Colombia.

Natali Andrea López Toro (Colombia, 1997-v.)

Estudiante de Ingeniería Ambiental y miembro del Semillero de Investigación Chagra de la Universidad Nacional de Colombia.

María Adelaida Torres Sánchez (Colombia, 1985-v.)

Ingeniera Administradora y Magíster en Medio Ambiente y Desarrollo de la Universidad Nacional de Colombia. Profesora ocasional en la misma universidad y en el Colegio Mayor de Antioquia, el Politécnico Jaime Isaza Cadavid y la Escuela Superior de Administración Pública. Coordinadora del Semillero de Investigación Chagra.



Resumen

El presente artículo reflexiona sobre las dificultades enfrentadas por el Semillero de Investigación Chagra durante la emergencia sanitaria debida a la pandemia producida por la covid-19, cuya labor es el trabajo con la comunidad campesina de San Sebastián de Palmitas de la ciudad de Medellín. Ante la necesidad de trasladar las actividades académicas a la virtualidad, se enfrentaron retos tanto en el relacionamiento como en el desarrollo de proyectos, al no poder continuar con las visitas de campo, para así priorizar el bienestar de los campesinos. Así mismo, se exponen estrategias que surgen de la necesidad y la creatividad de las comunidades rurales en el territorio nacional, demostrando la resiliencia que es marca indiscutible de la identidad campesina colombiana.

Palabras clave

Academia, campesinos, comunidades, pandemia, trabajo comunitario.

Introducción

La contingencia, producto de la covid-19, generó una transformación en la forma de relacionamiento, en las actividades productivas y especialmente en la educación. Esta transformación incluye las actividades que realizan grupos dentro de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, como es el caso del Semillero de Investigación Chagra, creado por estudiantes de pregrado de diferentes facultades interesados en trabajar con las comunidades campesinas. El objetivo de este artículo es analizar las afectaciones generadas por la pandemia en las dinámicas de las comunidades campesinas y en su interacción con la academia, incluido el trabajo del semillero con los campesinos de la vereda La Aldea, corregimiento San Sebastián de Palmitas, del municipio de Medellín.

Las comunidades campesinas de Medellín vieron afectado el desarrollo de sus actividades productivas por las restricciones de movilidad, y las sociales por el distanciamiento y las dificultades de conectividad a internet. Así mismo, las tareas realizadas por el semillero se vieron perjudicadas por la imposibilidad de ir al territorio a continuar las iniciativas propuestas y las limitaciones de comunicación con los campesinos.

El Semillero de Investigación Chagra y su trabajo con las comunidades

El Semillero de Investigación Chagra es iniciativa de un grupo de estudiantes de los pregrados de Ingeniería Ambiental, Ingeniería Forestal, Ingeniería Administrativa, Ingeniería de Minas y Metalurgia, y Economía, interesados en trabajar con comunidades campesinas. Inicialmente, los estudiantes se organizaron para desarrollar una Práctica Académica Especial (PAE) en compañía de un docente de la Escuela del Hábitat de la Facultad de Arquitectura y una docente del Departamento de Geociencias y Medio Ambiente de la Facultad de Minas, quienes, con el acompañamiento de la Alianza por la Defensa del Territorio y del Patrimonio

Cultural de la Vida Campesina, formularon una propuesta de trabajo con la comunidad campesina de la vereda La Aldea, especialmente con los integrantes de la organización Campo Vivo. La alianza está conformada por la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad de Antioquia, la Universidad San Buenaventura y la Corporación Ecológica y Cultural Penca de Sábila; surge para acompañar el desarrollo del Distrito Rural Campesino, como una de las estrategias de planificación para la ruralidad establecida en el Plan de Ordenamiento Territorial de Medellín de 2014.

El proceso de formular la propuesta incluye una búsqueda de información sobre las características ambientales, sociales, económicas y políticas de la vereda, que sentó las bases para realizar un acercamiento a la comunidad campesina, a sus necesidades y problemáticas. Dicha información fue recolectada por medio de entrevistas, recorridos y reuniones con diferentes actores, y fue complementada con información secundaria. Este ejercicio permitió realizar un diagnóstico, a partir del cual se organizaron equipos de trabajo orientados en tres ejes temáticos: comercio justo, servicios ecosistémicos y conocimiento tradicional. Para cada uno de los ejes se plantearon iniciativas en conjunto con los campesinos y con la Corporación Ecológica y Cultural Penca de Sábila.

Durante el desarrollo de la PAE se avanzó en la descripción de las alternativas propuestas en cada eje y se planteó una fase de trabajo de campo que lamentablemente tuvo que ser suspendida al declararse la emergencia sanitaria en marzo de 2020. Esta decisión fue tomada como ejercicio de ética y responsabilidad por parte de los investigadores hacia la comunidad campesina de San Sebastián de Palmitas, que hasta la fecha (enero de 2021) no ha registrado casos positivos de covid-19. Terminadas las actividades programadas en la PAE, y con los objetivos de continuar acompañando a la comunidad campesina, buscando la materialización de las propuestas e incentivar el ingreso de nuevos estudiantes a la iniciativa, el equipo de trabajo decidió conformar el semillero de investigación adscrito a la Escuela del Hábitat.

Las actividades adelantadas por el semillero evidenciaron la desconexión entre la administración municipal y los corregimientos, y la poca capacidad de los órganos administrativos para satisfacer las necesidades básicas de la población, tales como el acceso al agua potable y a internet y la gestión adecuada de los residuos sólidos. En relación con las actividades económicas que realiza la población, se demostró el escaso acompañamiento al fortalecimiento de las actividades productivas, en especial en los aspectos de transporte y comercialización de los productos, y el mejoramiento de las prácticas agrícolas afectadas por la erosión. Algunas de estas problemáticas se agudizaron luego de la declaratoria de emergencia sanitaria.

Pandemia en Colombia

En el marco de la crisis sanitaria global desatada por la nueva variante del virus SARS, denominada SARS-CoV2, desde finales del año 2019 y con epicentro en la ciudad de Wuhan, China, posteriormente declarada pandemia por la Organización Mundial de la Salud el 11 de marzo de 2020 —a causa de la fácil propagación del virus y su extensión a una considerable cantidad de países—, se reportó el primer caso de covid-19 en Colombia, el 6 de marzo de 2020, encendiendo las alertas en el Gobierno. Algunas de las primeras medidas tomadas por el Ministerio de Salud para combatir y mitigar los efectos de esta enfermedad fueron: la prohibición de eventos con más de quinientos asistentes, la prohibición de consumo de bebidas alcohólicas en lugares públicos, la restricción en el transporte intermunicipal terrestre y en el ingreso por vías marítimas, el aislamiento obligatorio para mayores de 70 años y el cierre de escuelas y universidades. Posteriormente, tanto el Gobierno nacional como el departamental de Antioquia aplicaron figuras como la emergencia sanitaria, el estado de emergencia, la cuarentena y los toques de queda, para cumplir el objetivo de combatir la pandemia y sus estragos, protegiendo con medidas adicionales a las poblaciones más vulnerables.

La declaratoria de emergencia sanitaria del 12 de marzo fue una de las primeras estrategias usadas por el Gobierno nacional (mediante la resolución 385) (Ministerio de Salud y Protección, 2020) y por la Gobernación de Antioquia (2020) (mediante el decreto 2020070000967), siguiendo el lineamiento de la Organización Mundial de la Salud establecido en la declaración de emergencia sanitaria internacional por el coronavirus; se espera que esta medida esté activa hasta el 28 de febrero de 2021. Su objetivo principal es garantizar la protección de la salud de los habitantes de Colombia mediante la toma de decisiones rápidas y necesarias para la contención del virus y su mitigación. Adicionalmente, la Gobernación de Antioquia dictó la creación de la Gerencia Integral para la Contingencia —la cual cuenta con un comité de apoyo y dirige el Comité Técnico Operativo— y creó un Comité Técnico Asesor.

Complementando la emergencia sanitaria nacional, se declara el estado de emergencia económico, social y ecológico por el decreto 417 del 17 de marzo de 2020, siguiendo el lineamiento de la Corte Constitucional de Colombia establecido en la sentencia C-670 de 2015, que valida la apelación a dicho estado “ante la insuficiencia de atribuciones ordinarias con las que cuentan las autoridades estatales para hacer frente a las circunstancias imprevistas y detonantes de la crisis económica y social” (República de Colombia, 2020a), lo cual hace necesario adoptar medidas extraordinarias para afrontar tales impactos. Bajo esta figura se establecen, entre otras, medidas como:

- La creación del Fondo de Mitigación de Emergencias (FOME).
- Dar potestad al Gobierno nacional para disponer de los recursos a cargo de la Nación y de las entidades territoriales, al igual que ante la necesidad de recursos líquidos “se pueden adoptar medidas extraordinarias como la reducción y optimización capital de las entidades financieras con participación accionaria estatal” (República de Colombia, 2020a). Esto

con la finalidad de establecer flujos de capital de las empresas hacia la Nación.

- La suspensión de términos judiciales y administrativos para adelantar los procesos posteriormente de manera virtual.
- Con el fin de contribuir a la subsistencia de las familias colombianas más vulnerables se adoptaron medidas tales como:
- La devolución del IVA, así como la ejecución de transferencias monetarias adicionales y extraordinarias a familias beneficiarias de programas como Familias en Acción.
- La reinstalación y reconexión del servicio de acueducto a los hogares que lo tenían suspendido (decreto 441 del 20 de marzo de 2020) (República de Colombia, 2020b).
- Dar potestad a los gobernadores y alcaldes para reducir las tarifas de impuestos en sus territorios (decreto 461 de 2020) (República de Colombia, 2020c).
- La reducción en el costo del servicio público de telecomunicaciones (decreto 464 de 2020) (República de Colombia, 2020d).
- La continuidad garantizada de los programas de alimentación escolar en casa (decreto 470 de 2020) (República de Colombia, 2020e).
- La disposición de incentivos económicos para trabajadores del campo mayores de 70 años, así como la condonación de intereses en préstamos por parte del Banco Agrario y préstamos a campesinos afectados por la crisis de la covid-19 (decreto 486 de 2020) (República de Colombia, 2020f).
- El retiro de cesantías (decreto 488 de 2020) (República de Colombia, 2020g).

Tras la adopción de las estrategias anteriores, y con el inminente aumento de casos de contagio, la Gobernación de Antioquia declara la primera Cuarentena por la Vida el fin de semana del 20 al 23 de marzo de 2020, con el propósito de restringir la movilidad y evitar aglomeraciones en un puente festivo dedicado usualmente a la reunión y el recreo de las familias. Posteriormente, el Gobierno nacional decreta cuarentena total en todo el territorio desde el 24 de marzo de 2020. Estas dos medidas permitían la movilidad de los colombianos bajo treinta y tres excepciones.

La cuarentena se prolongó consecutivamente varias veces hasta su fin el 30 de agosto de 2020, con más de 150 días de aislamiento; esta fue una de las cuarentenas más largas del mundo (Austria, 2020). Debe aclararse que junto con las prolongaciones se amplió el número de excepciones por las cuales los nacionales podían movilizarse, dando paso a una apertura paulatina de los diferentes sectores económicos.

Durante la cuarentena se restringió toda la movilidad nacional e internacional, salvo en casos fortuitos o dentro de las excepciones. De la misma manera, el decreto 202007000967 de la Gobernación de Antioquia (2020) dio nuevas pautas para el tránsito de la educación y del trabajo a la modalidad virtual desde el 13 de marzo de 2020. Toda la situación de emergencia que ha vivido el país en el último año ha dejado en evidencia la falta de articulación entre las diferentes escalas de Gobierno, donde se han formulado decretos contradictorios entre sí, de suerte que medidas tomadas por gobiernos locales se han visto revocadas por decretos nacionales.

Si en el campo no se siembra, en la ciudad no se come

Para las comunidades campesinas la situación no ha sido fácil, a pesar de que en cierta forma están más protegidas de la covid-19. Aunque algunas de ellas están muy aisladas de las dinámicas de las urbes y son en buena medida autosuficientes, muchas otras necesitan de este

relacionamiento para su sustento. Dicho requerimiento, sumado a la escasa y precaria atención médica de los campesinos, pone a estas comunidades en situación de vulnerabilidad ante la pandemia.

En una carta dirigida al presidente de la República y al procurador general de la nación, miles de voces de organizaciones campesinas de todo el país exigieron medidas urgentes para el campo en el marco de la covid-19, con la consigna de “proteger al campesinado para proteger la vida”. La carta expresa que, a pesar de que los campesinos de Colombia tienen sus propios mecanismos de resistencia y autocuidado por medio de actividades cotidianas, requieren atención por parte del Estado ante la pandemia. En este sentido, presenta los principales problemas a los que se ha enfrentado el campesinado en la pandemia y hace propuestas alrededor de varios ejes, a saber: salud y seguridad social, agua, economía campesina, familiar y comunitaria, educación, mujeres campesinas, vida, seguridad personal y colectiva, y transferencias monetarias en el marco de la emergencia (“Proteger al campesinado para proteger la vida”, 2020).

Ante la amenaza a la economía del país por la vulnerabilidad del campo, el Gobierno nacional impulsó una serie de estrategias para facilitar la producción y la comercialización de productos, tales como “Agricultura por contrato”, “El campo a un clic”, “El campo emprende”, líneas de crédito y los días sin IVA (Rodríguez, 2021). A pesar de esto, el campesinado se ha visto afectado por la dificultad para transportar su producción, así como por la disminución de la demanda en los momentos más difíciles, pues los compradores, por miedo al contagio de la covid-19, disminuyeron sus compras en las plazas de mercado donde los campesinos realizan la venta de sus cosechas (Monroy, 2020).

El campesinado de Medellín no es ajeno a esa realidad; la mala calidad de los servicios de telecomunicaciones, la insuficiencia en el transporte público con la consecuente dificultad en la comercialización de los productos agrícolas, la carencia de atención en salud

y en psicología, y el incremento de la violencia intrafamiliar (“Expresiones campesinas resistiendo en la pandemia”, 2020) son algunas de las problemáticas que siempre han existido y que se acentuaron en esta época de contingencia mundial.

En efecto, estas problemáticas se manifiestan en la vereda La Aldea de San Sebastián de Palmitas, dificultando la economía y el bienestar de las familias, el acceso a la educación por parte de niños y jóvenes y también la articulación de las organizaciones. Sin embargo, ante la necesidad del relacionamiento social y la generación de ingresos para las familias, surgieron nuevas formas de intercambio. Una de ellas es la comercialización interna, entre la misma comunidad de la vereda (“Expresiones campesinas resistiendo en la pandemia”, 2020), gesto que además contribuye a fortalecer los lazos entre los habitantes. Otra estrategia, impulsada por la Secretaría de Desarrollo Económico de la Alcaldía de Medellín, es una plataforma llamada *Compra local*, por medio de la cual sesenta y ocho familias participantes del programa Mercados Campesinos pudieron comercializar sus productos de forma digital (“Los canales que mantienen activa la economía agrícola en Medellín”, 2020).

En todo el país son muchas las estrategias que surgen de la necesidad y la creatividad de las comunidades. En Florencia, Caquetá, por ejemplo, se han llevado a cabo mercados campesinos de manera presencial, implementando de manera estricta los protocolos de bioseguridad requeridos por la emergencia; esta práctica fortalece las alianzas locales y articula a la juventud. Otro buen ejemplo son los mercados campesinos a domicilio en Villavicencio, estrategia en la que participan productores individuales y organizaciones de agricultura familiar de los municipios de Villavicencio, Acañas, Guamal y Castilla La Nueva. Adicionalmente, se incluyen productores de otros municipios del Meta y Cundinamarca asociados a la Cooperativa Mercaorinoquía. Estas estrategias se han implementado gracias a un trabajo colaborativo entre diversas entidades, que

hacen seguimiento a la oferta de los productores, apoyan el acopio y transporte desde las zonas de producción hasta Villavicencio, divulgan la estrategia, proporcionan los kits de bioseguridad, la bodega en la que se reciben los productos en Villavicencio, y se hace el proceso de armado de canastas, se gestionan los pedidos y se coordinan las entregas a través de un esquema de mensajería en moto con una tarifa que se carga al cliente.

Otro caso que vale la pena resaltar es la estrategia de los mercados móviles campesinos en Bogotá, en la cual participan cinco organizaciones solidarias, cuyos miembros producen los alimentos y se encargan de la logística, desde las fincas hasta los centros de acopio rurales establecidos por las organizaciones. La estrategia permite hacer pedidos de forma virtual o acceder a ellos de manera directa (“Estrategias comunitarias de comercialización en el marco del covid-19”, 2020).

Por otro lado, la pandemia resaltó problemas cuya envergadura requieren la intervención nacional y un apoyo más sólido a las comunidades campesinas. Uno de estos es la baja rentabilidad de los pequeños agricultores, acentuada por los intermediarios que se aprovechan del miedo de los compradores directos para visitar las centrales de abastos y comprar al agricultor sus productos a precios nimios. A esto se suman los costos fijos de los insumos de producción, que no alcanzan a ser cubiertos por el retorno al bolsillo del productor. En medio del alza del dólar, el decreto 471 de 2020 ordenó al Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural fijar los precios de los insumos agropecuarios. Aun así, estos costos afectaron a los productores, como lo expone Ríos en la crónica “El campo en la pandemia” (2020):

Es una situación que también afecta a los pequeños productores: los herbicidas, plaguicidas y abonos que se usan en el campo se incrementaron entre el veinte y el cuarenta por ciento después de la subida del dólar, lo mismo que los insumos para la producción lechera, de la que dependen más de trescientas cincuenta mil familias en todo el país.

Queda claro que, en las estrategias dictadas por el Gobierno nacional, los campesinos no estuvieron en el centro de atención, como lo expresa Peña (2020). Por un lado, se recalca la importancia de los campesinos, pero por otro, se los utiliza como pretexto para tomar medidas que favorecen a ciertos grupos de interés, como los bancos, las agroindustrias y los agroempresarios. Así lo evidencia la diferencia entre el valor del incentivo del Programa Ingreso Solidario y el incentivo para trabajadores rurales mayores de 70 años, mostrando la desigualdad para acceder a beneficios por parte del Estado, como se puede ver en la tabla 10.1.

Tabla 10.1 Comparación de los auxilios económicos para la covid-19

| Decreto/ Incentivo | Objeto | Población beneficiaria | Valor del incentivo | Periodo en que se mantendrá el incentivo |
|--|---|---|------------------------|--|
| Decreto 518/2020 Programa ingreso solidario | Mitigar los efectos económicos y sociales generados por las medi- das tomadas para afrontar el covid-19 | Población en situación de pobreza o en estado de vulnerabilidad que NO habita en centro poblado a área rural dispersa, NO traba- jadora del sector rural y MENOR de 70 años | \$160.000 | Mientras duren las causas de la declaración de emergen- cia |
| Decreto 486/2020 Incentivo para trabajadores rurales mayores de 70 años | | Población en situación de pobreza o en situación de vulnerabilidad que SI habita en centro poblado o área rural dispersa. SI es trabajadora o productora del campo y MAYOR de 70 años | \$80.000 | Cuatro meses |

Fuente: Peña (2020, p. 215).

Esta perspectiva, respecto a la insuficiencia de los apoyos durante la emergencia sanitaria, también es compartida por Rodríguez (2021), quien afirma:

Al creer el Gobierno en que la panacea para un productor agrícola en crisis es la obtención de créditos blandos, con tasas de interés subsidiadas y garantías directas del Fondo de Garantías de Instituciones Financieras (FOGAFIN), no son suficientes herramientas para que los agricultores comprometan sus flujos de caja futuros con la creación de pasivos financieros, dado que, al presentarse incertidumbres, el riesgo de un crédito puede ser fatal en este tipo de situaciones (p. 1).

Dicho riesgo causa temor en las comunidades campesinas, pues a pesar de que pase la pandemia no terminarán las dificultades que enfrentan.

Trabajo comunitario pospandemia y consideraciones finales

La construcción colectiva del conocimiento debe ser uno de los pilares de la educación y la investigación, ya que posibilita la transferencia de información, la preservación de los saberes tradicionales y aproxima a las comunidades a la Universidad. El acercamiento del semillero a la comunidad de La Aldea ha permitido demostrar la importancia del trabajo conjunto con las comunidades, tanto por la responsabilidad ética que tiene la Universidad como por la pertinencia que tiene para los estudiantes la interacción con comunidades y el acercamiento a las realidades de los territorios.

Con la llegada de la pandemia, el Semillero de Investigación Chagra enfrentó el reto de adaptarse a la virtualidad y diseñar estrategias para continuar nutriendo espacios de intercambio de saberes sin salir de las casas. Uno de los principales desafíos en esta adaptación fue mantener la comunicación con la comunidad de San Sebastián de Palmitas sin estar en el mismo espacio físico; la comunicación estuvo sujeta a la falta de conectividad y al acceso a internet por parte de la comunidad, a esto se suman las limitaciones de las personas mayores en el manejo de la tecnología, dificultades conocidas desde la fase de diagnóstico.

Otro reto significativo ha sido mantener la estabilidad del grupo de investigadores, pues a causa de la emergencia sanitaria varios de los estudiantes se desplazaron a sus municipios de origen, lo que cambió las dinámicas, la disponibilidad y la distribución de roles y responsabilidades en el grupo de trabajo. A partir de esto, el semillero decidió un cambio de objetivos y alcances de las propuestas desarrolladas durante el 2020. Partiendo del diagnóstico realizado durante la Práctica Académica Especial de 2019, se definieron los ejes de trabajo que tendrían continuidad durante la virtualidad, enfocando las actividades hacia el acompañamiento y la organización documental. El semillero continuó trabajando en conjunto con la escuela de San Sebastián de Palmitas, así como en la formulación de estrategias para el transporte, la distribución y la comercialización de su producción agrícola.

La migración del trabajo con comunidades campesinas a la virtualidad ha sido compleja, en especial por las dificultades de conectividad que poseen los territorios rurales. Al tener un escaso acceso a herramientas tecnológicas, hay un desconocimiento del manejo de estas, causando dificultades a los campesinos para trasladarse a medios de comercio digitales, los cuales han sido la estrategia de salida para mantener la economía en medio de las restricciones.

Respecto al acompañamiento a la población, tanto el Gobierno nacional como el local han tomado diferentes medidas con el fin de prevenir y mitigar la pandemia del virus SARS-CoV-2, sin embargo, en sus acciones encaminadas a mantener un distanciamiento social y un acompañamiento a las poblaciones más vulnerables, se han presentado contradicciones entre los decretos de los diferentes grados de poder y una lucha de protagonismo que ha dificultado a los ciudadanos la claridad en las restricciones.

La población campesina es vulnerable y está constantemente amenazada por las grandes urbes, y aún más por los grandes retos que trajo consigo la pandemia y las medidas gubernamentales tomadas para su contingen-

cia. Sin embargo, como ha sucedido históricamente, son comunidades que buscan y encuentran la manera de adaptarse, sobreponiéndose a las adversidades, transformando en el camino sus dinámicas sociales y económicas, pero siempre permaneciendo en ellas la resiliencia que es marca indiscutible de la identidad campesina colombiana. En este contexto, la academia, reflejada en este artículo por medio del Semillero de Investigación Chagra, debe ser un apoyo para perfilar las iniciativas de las comunidades mediante sus conocimientos, y a su vez una aliada para la lucha de la subsistencia de los campesinos.

Finalmente, un gran aprendizaje que deja la emergencia global es la importancia que tienen para la humanidad las comunidades campesinas, que merecen una vida digna y unos derechos diferenciales por su vulnerabilidad y su importante labor con el mundo. Por eso vale la pena resaltar que “si en el campo no se siembra, en la ciudad no se come”.

Referencias

Austria, A. (2020). Colombia pondrá fin a su cuarentena general, una de las más largas del mundo. *France 24*. <https://www.france24.com/es/20200825-colombia-relaja-la-cuarentena-y-har%C3%A1-parte-de-vacuna-de-johnson-johnson>.

Estrategias comunitarias de comercialización en el marco del covid-19 (2020). Organización de las Naciones Unidas para la alimentación y la Agricultura. https://nacionesunidas.org.co/Publicaciones-FAO/Abastecimiento%20COVID/boletín_mercados_campesinos.pdf.

Expresiones campesinas resistiendo en la pandemia (2020). *Penca de Sábila*. <https://corpenca.org/2020/expresiones-campesinas-resistiendo-en-la-pandemia/>.

Gobernación Departamento de Antioquia (2020). Decreto 202007000967 de 2020. <https://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/pccdesign/medellin/Temas/COVID-19/Publicaciones/Shared%20Content/Documentos/2020/3.%20Decreto%20Departamental%202020070000967%20Emergencia%20Sanitaria%20Antioquia.pdf>.

Los canales que mantienen activa la economía agrícola en Medellín (2020). *Portafolio*. <https://www.portafolio.co/economia/los-canales-que-mantienen-activa-la-agricola-en-medellin-540101>.

Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural (2020). Decreto 471 de 2020. <http://www.regiones.gov.co/Inicio/assets/files/110-decreto-471.pdf>.

Ministerio de Salud y Protección Social (2020). Resolución 385 de 2020. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=119957#:~:text=ART%C3%8DCULO%201%C2%BA.&text=Decl%C3%A1rase%20la%20emergencia%20sanitaria%20en,se%20incrementan%2C%20podr%C3%A1%20ser%20prorrogada>.

Monroy, J. C. (2020). El campo en pandemia. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/coronavirus-en-colombia-vida-en-el-campo-durante-la-cuarentena-por-covid-19-513268>.

Peña, R. (2020). Covid-19, campesinos y política pública: la necesidad de hacerse visible para acceder a la dotación de bienes públicos. En X. Castro, D. Cagüañas, D. Quintero, J. J. Fernández y R. Silva (Eds.), *Ensayos sobre la pandemia* (págs. 209-218). Editorial Universidad Icesi.

Proteger al campesinado para proteger la vida (2020). <https://www.dejusticia.org/wp-content/uploads/2020/04/PROTEGER-AL-CAMPESINADO-PARA-PROTEGER-LA-VIDA.pdf>.

República de Colombia (2020a). Decreto 417 de 2020.
<https://dapre.presidencia.gov.co/normativa/normativa/DECRETO%20417%20DEL%2017%20DE%20MARZO%20DE%202020.pdf>.

República de Colombia (2020b). Decreto 441 de 2020.
<https://dapre.presidencia.gov.co/normativa/normativa/DECRETO%20441%20DEL%2020%20DE%20MARZO%20DE%202020.pdf>.

República de Colombia (2020c). Decreto 461 de 2020.
<https://dapre.presidencia.gov.co/normativa/normativa/DECRETO%20461%20DEL%2022%20DE%20MARZO%20DE%202020.pdf>.

República de Colombia (2020d). Decreto 464 de 2020.
<https://dapre.presidencia.gov.co/normativa/normativa/DECRETO%20464%20DEL%2023%20DE%20MARZO%20DE%202020.pdf>.

República de Colombia (2020e). Decreto 470 de 2020.
<https://dapre.presidencia.gov.co/normativa/normativa/DECRETO%20470%20DEL%2024%20DE%20MARZO%20DE%202020.pdf>.

República de Colombia (2020f). Decreto 486 de 2020.
<https://dapre.presidencia.gov.co/normativa/normativa/DECRETO%20486%20DEL%2027%20DE%20MARZO%20DE%202020.pdf>.

República de Colombia (2020g). Decreto 488 de 2020.
<https://dapre.presidencia.gov.co/normativa/normativa/DECRETO%20488%20DEL%2027%20DE%20MARZO%20DE%202020.pdf>.

Ríos, J. (2020). El campo en pandemia. *Revista Don Juan*. <https://www.eltiempo.com/don-juan/historias/el-campo-en-pandemia-16890071>.

Rodríguez, A. (2021). Campesinos colombianos afectados por el covid-19. *Universidad El Bosque*. <https://www.unbosque.edu.co/centro-informacion/noticias/campesinos-colombianos-afectados-por-el-covid-19>.



Dora Mejía, *Piel canela*, proyecto “Divertimento”, 2020, infografía, 27 × 35 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

Así fue, pues, la pérdida de su grandeza y la decadencia de su imperio

Ha llegado el tiempo del amanecer, de que se termine la obra y aparezcan los que nos han de sustentar y nutrir

Súplica del alma

Paula Andrea Ladino Montilla

(Colombia, 1982-v.)

Administradora de Empresas, escritora. Contratista en apoyo administrativo, Contratación de Bienes y Servicios, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.



Resumen

S*úplica del alma* relata la última conversación que tiene el alma con el cuerpo de quien muere a causa del virus. En la súplica, el alma le recuerda al cuerpo su lucha entre la conciencia y la razón, y le pide regresar de la luz —trascendencia— a esta nueva oscuridad —realidad del virus—.

Palabras clave

Regresar, vida, virus.

Esta alegría que me inunda no es más que el reflejo de tu éxito, y lo digo así sin miramientos, porque sé que perseveraste pese a mi lamento.

En cada ámbito de tu vida, en cada espacio de tu mundo, estuvimos los dos saliéndole al paso, dividiéndonos entre tu oscuridad y mi luz.

Justo ahora, admito que me incomoda tu arrogancia, porque esa parte de tu personalidad es la que finalmente me impulsa, y, a veces, no concuerdo con tu forma de pensar que es la que me hace actuar. Pero de nuevo, vuelvo a ti.

—¡Vamos! Reconoce al menos que yo era la razón de que tu conciencia se activara y cambiaras de parecer. ¡Hazlo! No dejes de reconocerlo.

—Está bien, tú ganas... me ganaste... ¿ganamos? hay tantas dudas en medio de este clima hostil.

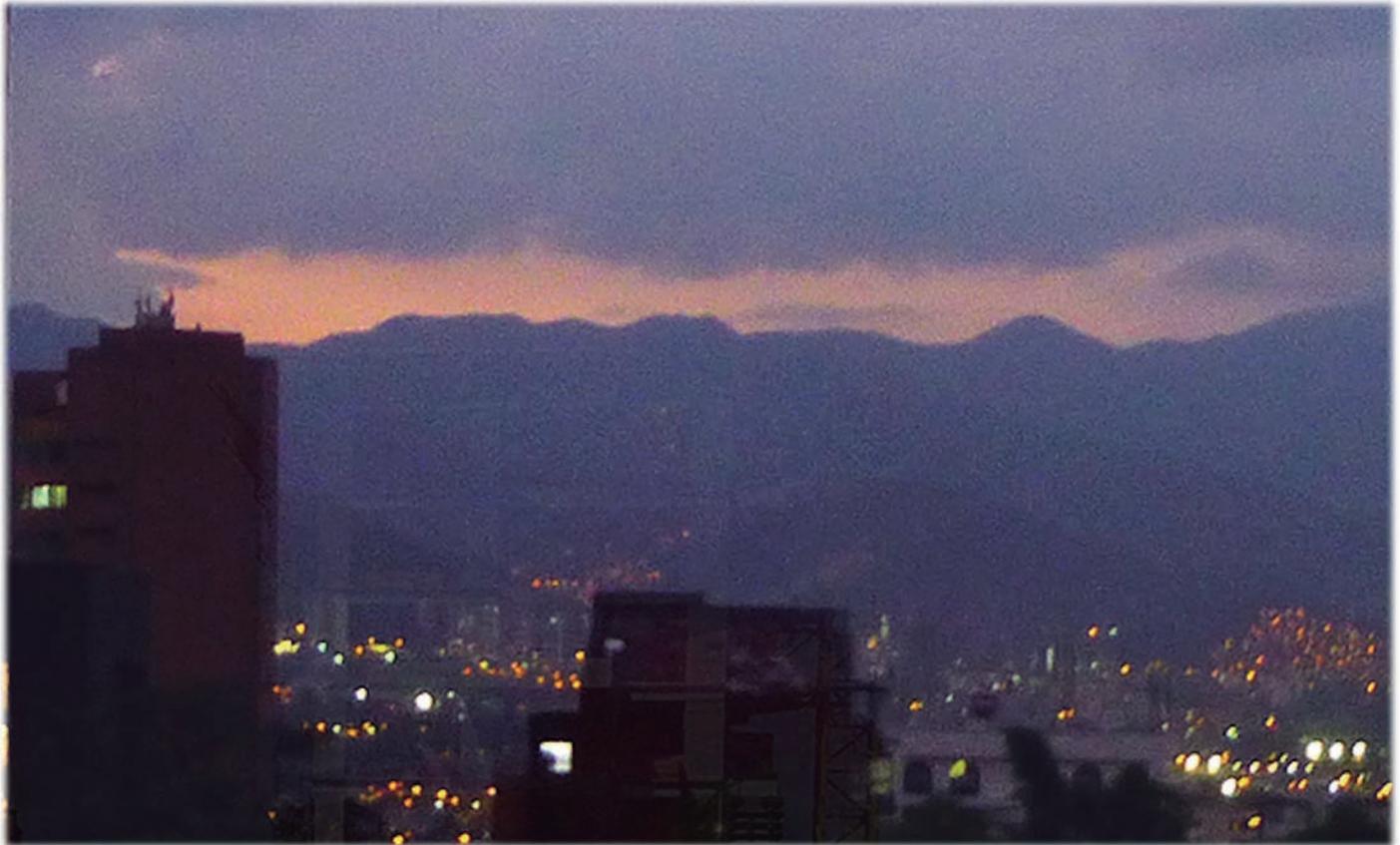
—Mis recuerdos felices te piden que no dejes de luchar. Fuiste mejor y me siento orgullosa de lo que somos... un gran equipo, pero me aturde tanto ruido, gritas calladamente y confundes mi sentir.

—¿Te irás?, ¿ya tomaste la decisión?

—¡Escúchame! No te vayas todavía.

—Si tú no estás ¿de qué sirve ser la mejor? Así que no te duermas. ¡Despierta! ¡Vamos! ¡Hazlo! ¡Grita tan fuerte que hagas sonrojar la parte interna de tu cuerpo! Quiero que se despliegue el fluido color carmesí que corre por tus venas. ¡Vamos, levántate! No entiendo por qué dejas que un virus recién llegado termine con esta relación, en esta fría habitación de hospital, y con esta soledad llena de enfermos sin compañía.

—¡Vamos! ¡Sé valiente! ¡Regresa! La luz que ves al final de ese túnel no permitirá que disfrutes del regocijo que ganamos en estos treinta y ocho años de vida juntos. Somos los mejores, pero si no lo intentas, en la próxima contracción de la máquina reanimadora tendré que seguirte, porque yo sin ti sería un fantasma. Uno que no podrá demostrar nunca más que la verdadera razón de que yo ganara era porque tú me lo permitías.



Dora Mejía, *Paisaje de confinamiento*, 2021, fotograma de video, 38 × 23 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

*Y de esta manera se llenaron de alegría, porque habían
descubierto una hermosa tierra, llena de deleites*

*Las cosas ocultas [por la distancia] las veían todas, sin tener
primero que moverse; en seguida veían el mundo y asimismo
desde el lugar donde estaban lo veían*

Infodemia y pandemia:

*la encrucijada de la ciencia frente a virus reales,
información engañosa y noticias falsas**

Fernando Cortés Vela

(Colombia 1958-v.)

Comunicador Social-Periodista de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, Especialista en Gerencia de Servicios de Información de la Universidad de Antioquia y Magíster en Procesos Urbanos y Ambientales de la Universidad Eafit. Ha ocupado cargos públicos en la Alcaldía de Medellín y la Gobernación de Antioquia. Es consultor y asesor en temas relacionados con desarrollo y procesos sociales.



Desde mediados de 2018, la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, con el apoyo de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, viene realizando la cátedra abierta Saberes con Sabor, una serie de conferencias, charlas y foros abiertos orientados no solo a informar, sino también a coadyuvar en el mejoramiento de la cultura científica de los ciudadanos. Gracias a esta cátedra, coordinada por el profesor Román Castañeda Sepúlveda, cientos de personas de Medellín se han acercado a la Universidad a degustar el sabor del saber, de la mano de expertos de diferentes disciplinas.

Resumen

Enfrentar la pandemia del coronavirus ha sido una circunstancia para evidenciar una vez más el alcance que tienen hoy la información engañosa y las noticias falsas, que circulan en la sociedad con una presencia ubicua por su gran capacidad de penetración a través de las redes sociales. En esa tensión surge con mucha fuerza el desafío a la función social de la ciencia y a la construcción rigurosa de

* Artículo basado en la segunda temporada de 2020 de la cátedra abierta Saberes con Sabor, dedicada a *fake news* y *post-truth*, que puede verse completa en <https://unvirtual.medellin.unal.edu.co/course/view.php?id=1043§ion=17>.

la verdad. Sobre este tema, la cátedra Saberes con Sabor invitó a reflexionar a científicos, expertos y comunicadores, con el propósito de entender el fenómeno y proponer los caminos para hacerle frente, conjugando el compromiso con la verdad y con el progreso.

Palabras clave

Ciencia transdisciplinar, infodemia, medios de comunicación, noticias falsas, pandemia, periodismo, redes sociales, verificación.

Introducción

La pandemia de la covid-19 representa hoy una de las mayores crisis de la historia. Y como toda crisis, nos devuelve una imagen del punto en el que estamos actualmente como humanidad y del estado en que se encuentran las sociedades alrededor del mundo. Dicha imagen está marcada, en primer lugar, por la velocidad a la que se ha desarrollado la crisis y por su presencia abrumadora en todos los rincones de la tierra, lo que la convierte en un hecho planetario que nos desafía como humanidad. Un segundo aspecto relevante es la manifiesta resistencia a aceptar la realidad de los hechos por parte de sectores de poder que, por razón de sus intereses particulares, han hecho de la negación de las evidencias científicas una costumbre afianzada en la amplia y rápida difusión de información engañosa y noticias falsas, lo que ha inspirado un nuevo término paralelo al de pandemia: la infodemia. En el momento en que se escribe este artículo, dos de los países más grandes del mundo, cuyos líderes propiciaron la propagación de la pandemia tras la infodemia, encabezan las cifras mundiales de personas fallecidas por el coronavirus.

Dentro de esa imagen cobra especial importancia el papel de la ciencia para enfrentar la crisis. En efecto, la encrucijada debida a la conjunción entre infodemia y pandemia obliga a la ciencia y a los científicos a

dar un paso más allá de las tareas disciplinares de la investigación y la construcción de conocimiento, para ocuparse, con el sentido político de incidir en la vida de la polis, de los canales y de los mecanismos de relación con las instancias decisoras de la sociedad. Ese paso, que se dirige a la construcción de cultura en todas las personas para una mejor apropiación y uso social de la ciencia y el conocimiento, debiera darse sin vacilaciones, porque ante la complejidad de las crisis planetarias, de las cuales la pandemia es un contundente aviso, constituye un requerimiento de supervivencia para la humanidad.

Esta es la reflexión que podemos deducir de las diferentes intervenciones de los científicos y expertos que nos acompañaron en la segunda temporada de 2020 de la cátedra Saberes con Sabor, dedicada a *fake news* y *post-truth*, términos que el prestigioso Diccionario Oxford señaló como los más usados en el mundo durante los años 2016 y 2017, respectivamente. Las siguientes líneas dan cuenta de cómo se fue construyendo la reflexión, desde los campos de trabajo de las ciencias y de la comunicación, por los investigadores y expertos invitados que se han visto desafiados por las noticias falsas y la información engañosa, y que nos mostraron los retos y los caminos que han desarrollado para enfrentarlas.

El papel de las redes sociales

En primer lugar, y para empezar este recorrido, es necesario definir el fenómeno de la información engañosa y las noticias falsas. Estos términos se refieren a afirmaciones que no son ciertas, que no han sido verificadas o que son refutadas por evidencias establecidas, pero que son difundidas y agenciadas por intereses con capacidad de influencia en los contenidos de canales de comunicación que llegan a audiencias amplias, para incidir en su pensamiento e interpretación de la realidad y direccionar sus decisiones y comportamientos en favor de dicho interés.

En esa tarea se ha aprovechado la dinámica de las redes sociales, su capacidad de multiplicación de mensajes y la velocidad de su difusión sin la oposición de los “anticuerpos” de la reflexión y la verificación, aspectos que han inspirado el justo calificativo de *viral* para dichos mensajes. Para cumplir ese objetivo, la información engañosa y las noticias falsas apelan a estimular las emociones y los sentimientos de maneras y en niveles que entorpecen e incluso bloquean a la razón y a la inteligencia. Su meta es lograr que un número suficiente de personas compartan una mirada inducida sobre un tema, y se constituye en foco de presión para favorecer el interés correspondiente. Su difusión se hace de manera amplia y pública, aprovechando las relaciones de colectivos que comparten una forma de pensar y de ver el mundo, y que proveen a las personas de un sentido de pertenencia y de identidad alrededor de la aceptación incuestionable de sus postulados. Esta dinámica conduce a asumir verdades que se explican a sí mismas en un círculo lógico cerrado, que niega la contrastación con cualquier argumento o evidencia externa al círculo y promueve comportamientos de secta, que descalifican a quienes están por fuera. Especial atención merecen, en ese escenario, los individuos que manipulan la lógica del círculo, denominados influenciadores (*influencers*), término que describe de manera precisa y suficiente su función social en la infodemia.

La presión social de los grupos manipulados por influenciadores genera en el público incertidumbre y confusión sobre la veracidad, afectando la construcción de consensos, promoviendo fracturas ideológicas que derivan en la desconfianza y, finalmente, llevando a que las sociedades sean vulnerables a cualquier manipulación originada desde un centro de poder con intereses particulares en lo económico, lo político o lo cultural.

La información engañosa y las noticias falsas son entonces, en primer lugar, una negación del conocimiento y de la ciencia, en tanto que las posiciones de poder y los intereses prevalecen por encima de las evidencias establecidas desde los métodos y los protocolos cientí-

ficos. Tal negación constituye una amenaza a la función social de la ciencia y del conocimiento de traer bienestar y progreso a la humanidad.

A su vez, el periodismo y los diferentes canales de comunicación social son vehículos para la circulación de los diferentes imaginarios y narrativas, desde las cuales procesamos, mentalmente como personas y, al mismo tiempo, culturalmente como sociedades, nuestra manera de interpretar y entender la realidad del mundo que nos rodea, para tomar decisiones y actuar en un sentido determinado. Y por eso la comunicación social es el escenario en donde compiten las noticias falsas y la información engañosa con los contenidos plenamente verificados que constituyen la realidad de los hechos. El cruce de estos dos vectores fue el tema de la segunda temporada de la cátedra Saberes con Sabor del 2020.

Para tratarlo tuvimos como invitados tanto a científicos, que estudian hoy temas centrales de las ciencias asociadas a grandes retos de esta época, como a expertos en comunicaciones y periodismo, comprometidos con llevarle al público la mejor información para que sean menos vulnerables a los riesgos de diferente naturaleza que enfrentan las sociedades de hoy. Y en sus reflexiones, la pandemia, así como la ola de contenidos equivocados que constituyen la infodemia, fueron un referente obligado.

Desde los temas de la ciencia y la sociedad los invitados fueron: Nicolás Naranjo, sobre las noticias falsas en la historia; Jorge Zuluaga, sobre el rigor y la naturaleza de la construcción de la verdad en la ciencia; José Humberto Caballero, sobre las noticias falsas en la prevención y la administración del riesgo; Gloria Inés Sánchez, sobre la información engañosa en la salud pública; Germán Poveda, sobre las noticias falsas frente al cambio climático, y Lucía González, sobre las dificultades de la construcción de la verdad en la reconciliación y la convivencia después del Acuerdo de Paz en Colombia. Desde el campo del periodismo y la comunicación estuvieron con nosotros Javier Cruz, acerca del papel actual del periodismo

de ciencia; Ana Cristina Restrepo, sobre la manera como la información engañosa afectó la vacunación contra el Virus del Papiloma Humano; Ana María Saavedra, sobre la importancia de la verificación de la información noticiosa en el periodismo de hoy; así como José Guarnizo y Jonathan Bock, sobre nuevas dinámicas del ejercicio del periodismo en medios y redes sociales para enfrentar la desinformación.

Los ángulos del problema

La charla del historiador Nicolás Naranjo partió de reconocer que la difusión de noticias falsas no es un fenómeno nuevo, tanto que desde la antigua Grecia ya Esopo la había personificado en un pastorcito mentiroso. En su conversación, el profesor Naranjo hizo un recorrido histórico de la noción de verdad y de la búsqueda de la humanidad por tener la certeza absoluta de los hechos: en la India antigua se consideraba que los vedas, o libros sagrados, eran la fuente mayor de conocimiento; en la Grecia clásica, Tales de Mileto inspiró a sus contemporáneos a investigar, indagar y verificar, para contrarrestar el concepto de que la sabiduría era potestad solo de los dioses, y en Francia, en la época de la Revolución, los promotores de la Enciclopedia aspiraban a compilar en una sola obra todos los datos existentes en el mundo. Destacó la importancia del pensamiento científico a lo largo de la historia, como el adalid de la búsqueda de la verdad. “No soy científico —dice el profesor Naranjo—, pero admiro profundamente la ética de la ciencia: hay una comunidad de personas trabajando, y tú necesitas probar ante ese grupo de personas que eso funciona”.

En ese marco, hizo la referencia al caso del doctor Anthony Fauci, consejero principal de la Presidencia de Estados Unidos, y su situación compleja bajo la administración Trump: “en ese momento estuvo realmente entre la espada y la pared, porque había un ente político muy poderoso queriendo que el hombre calle cosas que la ciencia sabe. Y él, diciendo, ‘yo soy un científico y debo velar por la salud de la gente como

científico’”. Así, mantuvo la bandera de la ciencia en las condiciones más adversas.

La charla del profesor Jorge Zuluaga inició con una sentencia autocrítica: “Los científicos a veces nos engañamos con las verdades. Tenemos la actitud de asumir como cierto todo aquello que viene con formato de científico”. Según él, debería existir una especie de guía de supervivencia para el reconocimiento de la verdad científica: “Tenemos que imaginarnos a la ciencia como una telaraña hecha por unos nodos, es decir, las ideas formadas por artículos científicos”. Estos, nodos, afirma, están conectados por muchos hilos, que son las conexiones entre la gran red de investigadores. “Un nodo que recibe muchos hilos está soportado fuertemente; pero un nodo que está solo es apenas el embrión de una verdad, que debe ganar más hilos para ser reconocido”. Es ese reconocimiento colectivo el que valida la verdad científica.

Pero no solo se trata de compartir y validar la ciencia entre los mismos investigadores, sino también de lograr que esa información trascienda a la sociedad para abordar sus problemas. De cara a la información engañosa y las noticias falsas, se pregunta el profesor Zuluaga: ¿Cómo hacer de la verdad científica un hecho cultural? ¿Cuáles son los espacios y los canales para que la ciencia llegue a la sociedad como un hecho que se incorpora a la cultura? Estas preguntas de Zuluaga han cobrado una importancia fundamental en momentos en que tanto la pandemia como la infodemia exigen el compromiso de cada persona con su propio juicio y con su comportamiento, asumido de manera consciente y autónoma.

A partir de su amplia experiencia en el campo de la gestión del riesgo, especialmente en el Servicio Geológico Colombiano (antes Ingeominas), el profesor José Humberto Caballero analizó la manera como la información se convierte en una ayuda indispensable para la atención apropiada de una situación catastrófica, o, por el contrario, en un factor adicional de crisis. En su conferencia denominada “El riesgo del riesgo: *fake*

news ante escenarios catastróficos”, Caballero recordó varios casos en los que la información engañosa complicó de manera significativa los hechos de emergencia. Señaló también la diferencia entre la información veraz y acertada y la manera como la sociedad la asume: los datos verificados llegan a un escenario de los imaginarios y los temores de las personas que, en estas circunstancias, son fácilmente manipulables.

Frente a la situación que se enfrenta con la pandemia, se refirió a las manipulaciones políticas que buscan aprovechar oportunidades en orden a intereses, como se vio cuando el presidente norteamericano del momento, Donald Trump, se quitó la mascarilla frente a las cámaras de televisión:

El líder, que puede ser el líder norteamericano pero también el líder brasileño, lo han hecho, y muchos otros líderes también han hecho cosas similares en Europa; entonces el lenguaje gestual de este señor presidente, la minimización del riesgo, el desconocimiento del riesgo, con un criterio político, porque finalmente el interés de ellos es manipular de alguna manera a la población para un interés particular, bien sea porque están en un periodo electoral o bien sea porque tienen unas situaciones políticas particulares.

En ese tipo de contextos, ¿cómo hacer que la información científica llegue de una manera acertada a las comunidades? Según afirma Caballero, es una tarea conjunta entre los medios de comunicación, los científicos, los funcionarios estatales y las comunidades.

A partir de su conocimiento profundo del campo de la ecología y de la hidrogeología, el profesor Germán Poveda hizo un análisis del cambio climático y la urgencia de construir una conciencia extendida sobre su importancia. La información, por supuesto, juega un papel vital en la construcción de esa conciencia, y el fenómeno de las noticias falsas ha invadido también ese campo, al igual que muchos de los temas cruciales del planeta en este momento.

Poveda no duda en afirmar que, entre los temas globales más apremiantes, el del cambio climático ha sido el más afectado por la desinformación:

Se ha dicho que el cambio climático no es verdad, que se debe a las fluctuaciones de la tierra, que no es causado por el ser humano, que no es causado por la deforestación, que es un engaño... En fin, ¡se ha dicho de todo!

Y frente al origen de estas noticias falsas, la respuesta del profesor Poveda es contundente: “¿De dónde vienen? De las grandes empresas petrolíferas y carboneras del mundo, que ven amenazadas sus ganancias económicas si se reducen o abandonan los combustibles fósiles, o si se imponen impuestos a esos combustibles”.

¿Cuáles son las nuevas narrativas e imaginarios necesarios para el cambio de un modelo de desarrollo del consumo y el agotamiento de los recursos, a un modelo de desarrollo de la sostenibilidad? Según Poveda, hay algunos paradigmas que debemos cambiar para superar estas dinámicas:

La economía tradicional no es honesta con el medio ambiente, y fracasó en proveer bienestar y calidad de vida a la mayor cantidad de la población del planeta. Hay que cambiar el paradigma de pensar que los recursos son infinitos, como lo considera la teoría económica ortodoxa. Por otro lado, repensar el modelo de desarrollo en Colombia, que está basado en la extracción y explotación de recursos naturales y productos primarios sin valor agregado, y migrar a productos con alto valor agregado.

Lucía González, de la Comisión de la Verdad, nos habló de la búsqueda de la paz perdurable y la convivencia entre los colombianos como la más ambiciosa empresa que hemos emprendido para la reconciliación del país. En el cumplimiento de este mandato, la Comisión de la Verdad ha recorrido los lugares que configuran la geografía de nuestras violencias para abrir la conversación con todos los actores sobre lo que ha pasado. Pero la tarea de la construcción de la Verdad no se agota en

esos lugares y en los actores directos, sino que también requiere de toda la sociedad para ser capaces de darle la cara y desentrañar los factores simbólicos que han perpetuado la violencia, y que permanecen como imaginarios culturales de la negación, como el racismo, el patriarcado o la discriminación. También hacen parte de estos factores simbólicos los relatos políticos, las ideologías y las doctrinas que surgieron en un momento de la historia para declarar como enemigo a todo aquel que esté por fuera de un sistema de pensamiento determinado, y que hoy subsisten atrincherados detrás de la distorsión de la información engañosa y las noticias falsas. Por eso, Lucía sostiene que la Verdad es una tarea de todos: de los más humildes y de los acaudalados, de los progresistas y de los conservadores, de los idealistas y de los pragmáticos. Y abordarla desde esa perspectiva múltiple que es la Colombia de hoy, es lo que hace de la Verdad un bien público, una posibilidad para todos.

El lugar de la comunicación hoy

La charla del profesor Javier Cruz partió de reconocer que la difusión de noticias falsas no es un fenómeno nuevo y que, en muchas circunstancias, más que un acto deliberado se trata de “un periodismo descuidado, pero no necesariamente de una falla sistémica de los medios y de los responsables de la información”. Y, desde ese punto de vista, hizo un detallado análisis de la responsabilidad que le cabe a los periodistas en el ejercicio de su profesión:

Se supone que los periodistas somos los responsables de guardar los intereses del público. Pero el *statu quo* hace evidente que los periodistas no están cumpliendo con esa función, pues se rigen bajo el principio de autoridad, es decir, reproducen lo que dice la fuente [...]. En ese modelo, a la autoridad se le cree y punto.

Por tanto, Javier Cruz propone el valor del escepticismo como una guía para el ejercicio periodístico.

La esencia del periodismo es entonces la verificación: “En este momento, los periodistas son un conducto pasivo de la información. Confirman las creencias que previamente tenemos”. Para Cruz es esencial que los periodistas se hagan las preguntas pertinentes al momento de realizar su trabajo (qué, quién, cuándo, dónde), pero que enfatizen en el por qué y en el cómo: “preguntar cómo lo sabe esa fuente y por qué dice que lo sabe”. Y si la obligación de los medios y de los periodistas para evitar las noticias falsas es garantizar la veracidad de las fuentes y verificar la información, ¿cuál es el papel de los receptores? Javier Cruz lo resume en una frase: “Buscar las huellas del esfuerzo de verificación de los periodistas”. Se niega a aceptar el lugar común que declara que la audiencia esta “indefensa” ante la avalancha de noticias falsas, y propone “un modo escéptico del saber”. Y, de ahí, el nuevo papel de los receptores: “nos estamos convirtiendo en nuestros propios editores”.

¿Cómo se encuentran la ciencia y la comunicación para contribuir a una cultura de la búsqueda permanente de la verdad? Esta fue la pregunta orientadora de la conversación entre Ana Cristina Restrepo y Gloria Inés Sánchez, que partió narrando la situación presentada en el año 2014 en el municipio de Carmen de Bolívar, en la que una cadena de informaciones falsas y malinterpretaciones ocasionaron una drástica disminución en la vacunación contra el Virus del Papiloma Humano en Colombia. Gracias a las investigaciones y a la gestión del Grupo de Infección y Cáncer de la Universidad de Antioquia, liderado por la doctora Gloria Inés, fue posible, en el año 2012, que la Organización Mundial de la Salud y la Organización Panamericana de la Salud facilitaran en Colombia la distribución, a muy bajo costo, de la vacuna contra este virus. Según se había demostrado ya en otros países, el Virus del Papiloma Humano tiene una alta incidencia en el desarrollo del cáncer de cérvix, que, según afirma la doctora Sánchez, es uno de los más frecuentes en nuestro país. Una vacunación temprana contra el virus, en niñas adolescentes, logra disminuir considerablemente la incidencia de esta enfermedad

mortal. La vacunación se estaba desarrollando con gran éxito en Colombia, hasta que, en 2014, a raíz de la información de una supuesta reacción alérgica a la vacuna en un grupo de niñas de Carmen de Bolívar, se generó una cadena de falsas noticias, en las que operaron con efectividad los prejuicios morales de dirigentes y educadores de todo el país. Aunque nunca se demostró que la vacuna contra el Virus del Papiloma fuera la causante de la reacción en cadena, las consecuencias siguen vigentes: la utilización de la vacuna en el país no pasa todavía del 10%.

En este caso, Ana Cristina también tuvo un papel protagónico como periodista. Sus investigaciones periodísticas y columnas de opinión fueron la voz racional en ese momento frente a muchos medios de comunicación del país que se convirtieron en parlantes de las campañas antivacunas y anticiencia. “Los grandes medios muerden este anzuelo muy fácilmente —dice—, porque todo lo que apela al morbo natural de los seres humanos tiene mucho *rating*”. ¿Qué falló —y sigue fallando— en este desencuentro entre la ciencia y la información? Cada una desde su conocimiento y su experiencia respondió a esta pregunta. Según Ana Cristina, los periodistas no se preparan para hacer divulgación científica, y hace una serie de recomendaciones al respecto: búsqueda rigurosa de datos, elección cuidadosa y confrontación de fuentes científicas, y contextualización con el panorama mundial. La doctora Gloria Inés, por su parte, reconoce que, con frecuencia, los científicos no contribuyen a difundir con claridad sus investigaciones. “Nos corresponde un trabajo que no hacemos. Nosotros tenemos que traducir la información científica en palabras generales, para que la gente entienda bien qué es lo que pasa”. Y agrega: “Debemos acercarnos más a los medios y ser más amigables, no solamente cuando tenemos las noticias que nosotros queremos contar”.

La conversación con Ana María Saavedra se inicia con la afirmación de que prefiere hablar de desinformación y no de noticias falsas o *fake news*. En su concepto, el

panorama de mecanismos y los recursos que se utilizan para difundir información engañosa es amplio y diverso: una frase con un dato que no es cierto, un rumor entre un grupo en las redes sociales, la difusión de una foto a la que se le cambia el contexto y el lugar real donde fue tomada, o un meme, sin que ninguna de ellas tenga la elaboración necesaria para tener un formato de noticia. Además, señala que hoy en día los políticos han convertido el término *fake news* en un estribillo para descalificar cualquier información que no los favorezca.

El auge de la circulación de mensajes de desinformación, favorecido por la presencia ubicua de las redes sociales en nuestra época y la acción eficaz de los influenciadores, hace que el periodismo sea más exigido en reportería e investigación. Ana María afirma que se está volviendo a un elemento esencial del origen del periodismo, que es la verificación. Y este es precisamente el núcleo del compromiso de *ColombiaCheck*: investigar para establecer la veracidad o la falsedad de una información pública. De cara al trabajo que han tenido que desarrollar por la pandemia, nos dice:

Este acercamiento al mundo de la ciencia se ha aumentado cada vez más con el coronavirus y nuestra verificación. Entonces hemos tenido que nadar en aguas profundas y hemos tenido que volvernos expertos en muchos temas como la epidemiología, como el método científico, hemos tenido que conocer muchos temas que antes eran muy generales pero que ahora tenemos. No voy a ser tan atrevida de decir que nos volvimos expertos en seis meses, pero sí hemos tenido que profundizar muchos conocimientos y leer mucho y entender cómo funciona y hacer cursos para poder cubrir el coronavirus. Entonces creo que la pandemia también nos puso este reto de un total acercamiento a la metodología de la ciencia para entenderla, para aprender de su rigurosidad y aprender de sus métodos, que estamos tratando de emplear cada vez más; y también de las herramientas digitales, en lo que podríamos hablar de periodismo de datos, que se cruza un poco con los ingenieros, con los estadísticos.

La conversación entre José Guarnizo y Jonathan Bock se inicia con una reflexión acerca de lo que han traído las redes sociales en términos de contenidos que compiten por la atención del ciudadano. Lo primero sobre lo que llaman la atención José y Jonathan es que el periodismo debe saberse deslindar del universo de contenidos no importantes promovidos por personajes y grupos que, desde intereses creados y particulares, pretenden influir en la manera como las personas piensan, con una lógica más cercana a la manipulación emocional que al discernimiento racional. Y ahí, el primer llamado de atención es a los periodistas mismos, para que no caigan en la trampa de la no-noticia y queden atrapados en lo que Jonathan describe como el “lodazal informativo de las redes”.

José se refiere a la importancia de recuperar el lugar de contrapoder del periodismo, es decir, como postura que ve los acontecimientos desde una mirada distinta a la del poder, y más cercana al ciudadano, lo que muchas veces genera presiones de los gobiernos y de los grupos de interés sobre los medios. Mientras las redes sociales se mueven predominantemente en el campo de la agresión y del amarillismo de los mensajes, apelando a cualquier distorsión para llamar la atención y generar tráficos de visita y manifestaciones virtuales impersonales, como el número de clics con los que los públicos responden, José y Jonathan resaltan la necesidad de reconocer que el ejercicio del periodismo en las salas de redacción de los medios, donde se investiga a fondo y se debaten los contenidos, es un mundo muy distinto, en donde se trabaja con un sentido de la ética y la responsabilidad social del oficio del periodismo. Allí cobra toda la relevancia el papel de los editores y de los directores de los medios, que le imprimen carácter a los contenidos que se publican.

En épocas de pandemia y de infodemia es más que necesario superar la lógica de los clics y los números de visitas, que convierten a los medios en lo que José denomina “rehenes de los algoritmos”, persiguiendo el espejismo de una supuesta monetización que está lejos

de ser clara, para sumar la atención de los temas prioritarios para la vida de las personas.

Alternativas y caminos

Las miradas de los invitados a esta temporada de la cátedra Saberes con Sabor vienen con el mensaje de que la pandemia no es solamente un hecho circunscrito a la salud pública, sino que tiene repercusiones importantes en la política, la cultura y la economía, lo que a su vez indica la necesidad de una respuesta integral como sociedad. Por esa razón, el planteamiento de alternativas y caminos va en la dirección de encuentros y combinaciones de esfuerzos entre personas y entre campos diferentes entre sí, para los cuales la convergencia no era una necesidad evidente ni urgente antes de la pandemia. Y en esa línea aparece, como primera conclusión, la importancia de que las ciencias exactas y las ciencias humanas se unan para que el conocimiento que se construye con tanto esfuerzo en los procesos de investigación trascienda a la sociedad y se acerque cada vez más a la consciencia y a la comprensión de cada persona. Se trata de que sus decisiones y actuaciones sean el resultado del ejercicio responsable de su propio juicio, al tiempo que contribuyan a los procesos sociales para responder como humanidad en defensa de la vida. Allí se concreta la función social y el compromiso ético de todas las ciencias con el progreso y con la vida, de cara a las condiciones de la pandemia.

Sin embargo, dentro de ese gran marco es necesario precisar otra conclusión, y es la manera como las comunidades científicas y las instituciones académicas se aproximen a los sistemas y medios de comunicación social para llevar la comprensión del conocimiento a la sociedad, y para leer e incorporar la complejidad de los saberes sociales que, a su vez, las sociedades van construyendo en el vivir en sus territorios; una manera de constituir sus culturas a lo largo de la historia, como propone Lucía González.

Pensar la vida social como un gran acto de educación para todos, apoyándose en la base de la educación formal, como plantea Germán Poveda, puede fortalecer la política y la cultura para hacer sociedades menos vulnerables a la información engañosa y a las noticias falsas, lo que en esta coyuntura significa superar la pandemia y la infodemia. Pensar en hechos de pedagogía social de esta naturaleza abarca tanto la disposición personal de científicos y comunicadores para acercarse a una conjugación de esfuerzos, como lo señalaron Ana Cristina Restrepo y Gloria Inés Sánchez, como abordar el reto a la imaginación y la creatividad de ambos, para generar nuevos relatos de la ciencia en los que aparezca el humor, la aventura y las emociones que reflejan humanidad, como propone Jorge Zuluaga.

Partiendo de que los hechos son el principal mensaje de la verdad, José Humberto Caballero destaca la importancia de traer la atención, a través de los medios de comunicación, sobre los procesos sociales en los que se conjugan la academia, el Estado y las comunidades para, entre todos, manejar las situaciones de riesgo y amenaza, y proyectar los aprendizajes de esas experiencias a toda la sociedad.

Tanto Nicolás Naranjo como Javier Cruz destacaron la importancia de la verificación de la información que las personas reciben cada día, como un acto de formación de un pensamiento crítico capaz de proteger de la infodemia y de las noticias falsas. Javier Cruz, incluso, propone la aplicación de seis preguntas que cualquier persona le puede hacer a la información que recibe para establecer su seriedad: “¿qué tipo de información es esta?, ¿qué falta?, ¿cuáles son las fuentes consultadas?, ¿cuáles son las evidencias?, ¿hay alguna explicación alternativa?, ¿estoy aprendiendo algo?”. Se trata, según él, de una “pequeña dosis de entendimiento”.

Y para los periodistas y los profesionales de la comunicación, Ana María Saavedra insiste en la importancia de la verificación de la información, incluso desde la revisión consciente del propio pensamiento y los

valores del periodista mismo, para que no interfieran con el rigor de la información comprometida con la verdad de los hechos, y que el ejercicio del periodismo contribuya a constituir ciudadanías responsables que, a su vez, se comprometan con difundir desde sus canales personales la información verificada. También José Guarnizo y Jonathan Bock destacaron, en el ejercicio del periodismo y la información a la sociedad, la importancia de revitalizar el papel de los editores y los directores de medios para difundir contenidos que contribuyan a mejorar “los esfuerzos de la investigación, del debate en las salas de redacción y de la verificación de la información que se le entrega al público”.

De esta forma, la cátedra Saberes con Sabor completó su temporada virtual del segundo semestre del 2020, dedicada a las noticias falsas y la información engañosa, y lo que representa esta infodemia para la comunicación social de la ciencia en época de pandemia.

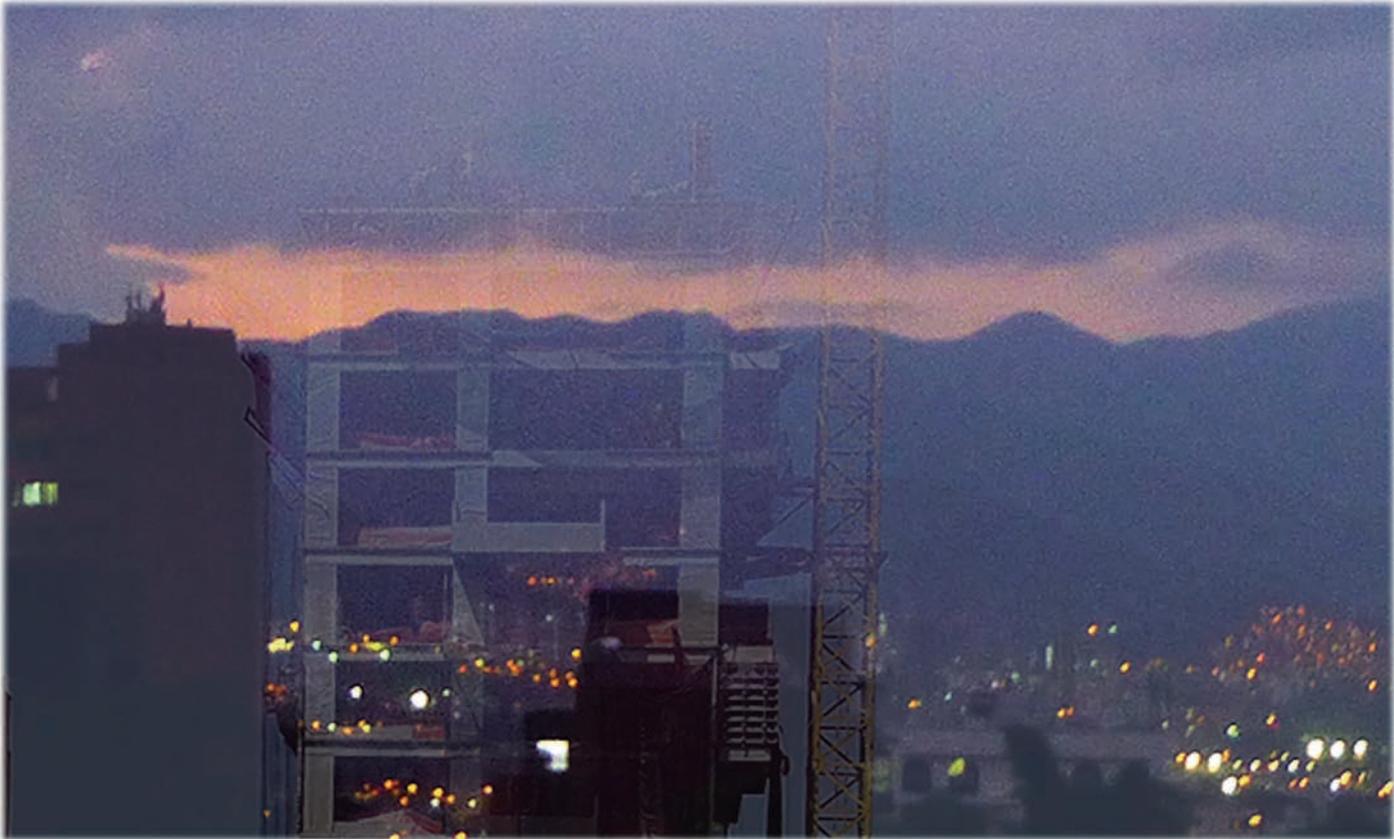
Bibliografía consultada

- Brown, L. (2004). *Eco-economía*. Editorial Hacer.
- Hall, K. (1992). *Dirty politics: Deception, distraction, and democracy*. Oxford University Press.
- Hall, K. (2018). *Cyberwar: How russian hackers and trolls helped elect a president*. Oxford University Press.
- Kovach, B. y Rosenstiel, T. (2012). *Los elementos del periodismo*. Aguilar.
- López, F. (2011). Jürgen Habermas o la crítica pragmática de la comunicación: las posibilidades de un diálogo social. *Revista Mexicana de Opinión Pública*, (10), 17-27. <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rmop/article/view/41660/37854>.

López, F. (2014). Comunicación y divulgación de la ciencia. *Revista Mexicana de Comunicación*, (4). <http://mexicanadecomunicacion.com.mx/rmc/2014/01/09/comunicacion-y-divulgacion-de-la-ciencia/>.

Oreskes, N. y Conway, E. (2018). *Mercaderes de la duda*. Editorial Capitán Swing.

Ramonet, I. (2001). *La tyrannie de la communication*. Gallimard.



Dora Mejía, *Paisaje de confinamiento*, 2021, fotograma de video, 38 x 23 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

Entonces el Corazón del Cielo les echó un vaho sobre los ojos, los cuales se empañaron como cuando se sopla sobre la luna de un espejo

Sus ojos se velaron y solo pudieron ver lo que estaba cerca, solo esto era claro para ellos

Literatura y pestes:

a propósito del coronavirus

Texto leído en el marco de la cátedra Roberto Bolaño de la Universidad Diego Portales, el 27 de octubre de 2020

Pablo José Montoya Campuzano

(Colombia, 1963-v.)

Estudios en la Escuela Superior de Música de Tunja, Filósofo de la Universidad Santo Tomás de Bogotá, Doctor en Estudios Hispánicos y Latinoamericanos de la Universidad de la Nueva Sorbona, París, Francia. Músico, escritor, profesor de la Universidad de Antioquia e invitado en diversas universidades. Miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. Ha publicado numerosos libros y recibido múltiples premios, entre los que se destaca el Premio Rómulo Gallegos, el Premio José Donoso y el Premio José María Arguedas.



Resumen

Este texto fue leído por su autor el 27 de octubre de 2020 en la cátedra Roberto Bolaño de la Facultad de Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales de Chile. En nueve apartes, el autor elabora un ensayo literario de manera crítica, amena y fluida sobre varios aspectos relacionados con la pandemia producida por la covid-19, como los confinamientos, las regulaciones sociales y sanitarias, los escenarios comunicativos, el autoritarismo y las realidades económicas y políticas. También habla de otras pandemias de la historia y las vincula con excelsas obras literarias de Aldous Huxley, Edgar Allan Poe, Boccaccio, Albert Camus, Cervantes, Dante, Daniel Defoe, François Villon, George Orwell, Joseph Conrad, Louis Ferdinand Céline y Thomas Mann, entre otros.

Palabras clave

Coronavirus, covid-19, literatura, pandemia.

Como les sucede a quienes relatan los cuentos de *El decamerón*, he estado aislado en las afueras de una ciudad. A unos pasos de mi casa, situada en lo alto de una loma de Envigado, se puede ver la extensión de Medellín y los municipios limítrofes. El panorama del Valle de Aburrá, a pesar de su majestuosidad urbana, en estos meses de encierro, varias veces me ha suscitado congoja. Y, como muchos, imaginé que con la llegada del coronavirus habría miles de muertos y que, junto a la contaminación ambiental, la ciudad terminaría convirtiéndose en un preocupante paradigma de la calamidad social.

Pero a diferencia de los nobles de Boccaccio, que van a un castillo en las cercanías de Florencia para olvidar las tribulaciones de la peste negra y entretenerse al calor de sus cuentos, yo he estado de cara ante una nueva pandemia con perfiles aciagos. Durante semanas fui incapaz de abstraerme de la estela de miedo, inseguridad e impotencia que se desbordaba por todas partes. Y a pesar de que un aislamiento así, para un escritor, es sinónimo de una pausa benéfica y de tiempo de reflexión, ha sido inevitable sentirme en medio de una especie de pesadilla planetaria como nunca antes se había vivido. Ahora —y parodio al narrador de *La peste*, de Camus— podemos decir, sin vacilaciones, que el coronavirus es el asunto de todos. Lo cual significa que tendremos que luchar contra él porque todos, de algún modo u otro, lo tendremos.

Y, sin embargo, no es el único. Otras cuestiones ya nos tenían en vilo, acrecentaban nuestra angustia y nos hacían suponer que estábamos *ad portas* de un tremenda mutación social: la crisis climática con el deshielo de los polos y la próxima extinción de una parte de la flora y la fauna; la polución atmosférica y sus miles de víctimas; la extensión de las multinacionales mineras y la ganadería y su impacto siniestro en la naturaleza; la voracidad de un neoliberalismo que, como un ser que agoniza, convulsiona aquí y allá; la condición miserable de millones de personas y el confort vergonzoso de unos pocos. Pero ha llegado la covid-19 y es como si

sintiéramos, con claridad insoslayable, que hemos traspasado un límite.

Las otras pestes —desde la que narra Tucídides en la Atenas antigua, pasando por la que describe Daniel Defoe en la Londres del siglo xvii, hasta la que cuenta Albert Camus en la Orán de mediados del siglo xx— les daban tiempo a las noticias para su difusión. Estas, a pesar de los estragos provocados por la epidemia, llegaban al cabo de los meses a oídos de quienes todavía no estaban enfermos. La circulación de los hombres de una región a otra no era el vértigo incesante de los desplazamientos actuales. En el pasado, poblaciones enteras ni se enteraban de aquellas tragedias masivas. Los nativos de lo que después sería América jamás supieron de las penurias que generaron las pestes asiáticas y europeas en la Antigüedad y el Medioevo. Aunque habrían de vivirlas en carne propia, entre el espanto y la impotencia, durante la conquista española. Por siglos el tiempo se percibió lentamente y no tenía a la mano un sistema de comunicaciones tan sofisticado como el que poseemos ahora. Por tal razón, el coronavirus, muy acorde con la hiperactividad, define al hombre contemporáneo, ha arribado para no darnos respiro. Su aparato publicitario es tan portentoso como inquietante. Son aceleradas y espectaculares las maneras en que los medios muestran su propagación. Cada día amanecemos y anohecemos viendo cómo las cifras, en mapas virtuales, crecen escandalosamente. Nunca estuvimos tan pendientes del número de muertos diarios por el sida, la diabetes, los distintos cánceres, las neumonías y los infartos cardíacos. En este sentido, jamás tantas personas han opinado y predicho, analizado y anatemizado, juzgado e interpretado en torno a una enfermedad como la producida por el coronavirus. Pero basta compararla con la mortandad de otras epidemias, en particular con la peste negra y la gripa española, que han sido las más devastadoras, para concluir que hay una exageración anómala con lo que nos está pasando y que hemos sido manipulados tanto por las autoridades políticas como por las sanitarias, y

que las consecuencias de esta manipulación han sido terribles.

Al llevar tantos meses asediados por los efectos de la pandemia, podemos decir sin equivocarnos que hemos padecido otro flagelo llamado “infodemia”, y sus efectos también han sido devastadores. Pero ¿cómo amilvanar el efecto de las redes sociales? En ocasiones he pensado que una buena manera de capotear esta pandemia es mitigar la proliferación de los medios y más bien recogerse en el silencio para intentar comprender mejor este caos que ha caído sobre nuestras vidas. ¿Pero comportarse así no sería negar lo que, de otro modo, podría ayudarnos como colectividad? ¿No son los medios de comunicación y las redes sociales las que contribuyen a garantizar datos salubres esenciales sobre este fenómeno? ¿No son ellas las que, con sus contornos recreativos y culturales, evitan que caigamos de bruces en la total desesperanza? En todo caso, así el coronavirus tenga a su favor una difusión glamorosa, es evidente que el ser humano se ha dado cuenta, a través de su impacto, una vez más de su fragilidad. De pronto, se nos ha revelado que aquella grandeza humana a la que nos ha tenido acostumbrada la mentalidad capitalista desde los tiempos del Renacimiento, y que ha tomado visos de prepotencia insoportable con los nacionalismos extremos y el neoliberalismo, es poca cosa frente al poder de la naturaleza.

Ahora que esta nueva peste ha iniciado su travesía de infortunios, se podría afirmar que lo que estamos sintiendo es muy parecido a lo que sintieron quienes tuvieron que enfrentar el tifus, la influenza, la viruela, la sífilis y el cólera. En el dominio de los instintos básicos es poco lo que hemos cambiado. Seguimos siendo esa breve y débil criatura, hecha de sueño y materia, y tan bien considerada por Marco Aurelio en sus *Meditaciones*, a la que muchas enfermedades han sometido con facilidad. Y pese a los avances de la salud y la ciencia, que tanto orgullo suscitan en los hombres de hogar, el coronavirus en pocos meses ha desbaratado las seguridades que creíamos tener como especie, fragilizando los sistemas de salud creados por nuestras sociedades modernas.

Las muertes provocadas por las epidemias han tenido una particularidad. Vemos las cantidades, siempre impresionantes, pero no sabemos muy bien quiénes han sido esas víctimas. Salvo uno que otro muerto distinguido, sobre los demás cae el manto de un frío anonimato. Hoy estamos sobreinformados con respecto al coronavirus y las acciones preventivas que se deben tomar, pero el rostro de la muerte colectiva nos sigue pareciendo inasible. Tal anonimato se ha acrecentado todavía más cuando hemos visto que, por las medidas sanitarias de los países más golpeados (Estados Unidos, Brasil, India, México, Reino Unido), a estos muertos sin nombre se les deja en las calles, o se les acumula en grandes contenedores, o se les entierra o se les crema de inmediato, y les es negada la dosis de duelo que merecería cualquier persona.

El paisaje de las muertes masivas, narradas por la literatura, es siempre desgarrador. A las calles y los santuarios de Atenas, repletos de muertos, que relata Tucídides, siguen las hogueras levantadas en las playas del Mar Interno para quemar los cadáveres descritos por Lucrecio; continúan las carretas atestadas de cuerpos narradas por Manzoni, que salen del lazareto de Milán hacia el cementerio; después vienen las atiborradas fosas comunes de las parroquias de Londres, contadas por Defoe, y a las que los infectados más desesperados se arrojan para morir de una vez por todas y no contaminar a nadie más; hasta llegar a los ataúdes de hoy, puestos en fila en amplios recintos de Bérgamo, Madrid y París, o a las bolsas negras con los cadáveres de los hospitales de Nueva York a la espera de una inhumación solitaria. ¿Quiénes eran ellos? ¿Cuál fue su procedencia? ¿Cuáles sus profesiones y ocupaciones? A todos los cubre un anonimato desconsolador. Lo que sabemos, en cambio, es que durante las grandes pestes del pasado la parca no respetó jerarquía social alguna. Como lo canta François Villon en su poema “El testamento”, pobres y ricos, sabios y locos, curas y laicos, nobles y villanos, feos y guapos, todos terminan siendo pasto de la muerte.

Aunque no sucumbamos ante esta candidez generalizadora, pensemos, más bien, que las muertes que ocurren en semejantes coyunturas acaecen en una suerte de tinglado económico donde las personas de menos recursos, malnutridas y con servicios médicos deplorables, son las más aporreadas. Luego de un rápido escrutinio en las estadísticas, comprendemos que un gran porcentaje de las víctimas del coronavirus han sido ancianos desprotegidos por los sistemas de salud estatales de Europa, o afroamericanos e inmigrantes hispanos de bajos recursos en Estados Unidos, o los sectores populares de las grandes ciudades latinoamericanas. Lo cual nos permite concluir que el nuevo virus, como los demás, posee su guadaña de raza, género y clase. No es menester entonces de un gran sentido del vaticinio para considerar que con el coronavirus pasará, dentro del marco económico actual, lo que sucedió con las pestes del ayer: los ricos se volverán más ricos, los pobres serán todavía más pobres, el autoritarismo militar aumentará y la brecha de la desigualdad social se ampliará.

Los pobres del mundo morirán con mayor facilidad ante el coronavirus. Se elevarán, como siempre ha ocurrido, plegarias y discursos para salvaguardar su recordación. Y algunos evocaremos al cronista del *Diario del año de la peste* frente a los pobres. Porque lo que nos dice serviría para entender lo que los de ahora, en medio de la incertidumbre de cada día, hacen frente a las medidas tomadas por el coronavirus. En realidad, fueron los pobres, en la epidemia que azotó a Londres, los más temerarios, los más valientes y los más exacerbados. Y no sabemos muy bien si Defoe los enaltece o los compadece cuando dice:

Cumplían con sus obligaciones poseídos de una especie de brutal coraje; pues así es como tengo que llamarlo, ya que buscaban todo lo que pudiera darles trabajo, aunque fuese el más peligroso, como lo era cuidar de los enfermos, vigilar las casas cerradas por infección, trasladar a las personas apestadas al lazareto y, lo que era todavía peor, transportar a los muertos hasta sus sepulturas.

Este nuevo virus es dueño de una gran especificidad. Cuando termine su ciclo, o pierda su potencia letal, se le recordará con algo de perplejidad admirada. Jamás, en la historia de las epidemias, se había presentado una política de prevención de las proporciones que ha generado la covid-19. Unos se refieren a esta profilaxis como una de las mayores formas de la paranoia colectiva. Otros ven, tras bambalinas, la puesta en escena de un nuevo control de los Estados nación y sus aparatos coercitivos. Otros, acaso los más ilusos, aquellos descendientes de Leibniz, que creen vivir en el mejor de los mundos posibles, consideran que estamos frente a un formidable respaldo humano capaz de enfrentar la crisis. Lo que es innegable es que este bicho ha logrado paralizar una buena parte del planeta y reducir al máximo su ritmo acelerado. Las guerras, con sus mecanismos crueles, no pudieron lograrlo; tampoco el cambio climático y su rastro de huracanes, sequías e incendios, ni mucho menos las manifestaciones del descontento popular contra este capitalismo bochornoso que nos gobierna. Nada de esto funcionó. Y esta maquineta ribonucleica —que ha demostrado con holgura, así como los demás virus y bacterias, lo que significa la humanización capitalista de la naturaleza que tanto criticó Marx— consiguió en cuestión de unas pocas semanas lo que la voluntad política no pudo.

Muchos tienen razones suficientes para despotricar en su nombre. Los desposeídos que viven del rebusque cotidiano y para quienes todo aislamiento es infausto. Los familiares y seres próximos de los que sufren la exclusión que provoca toda peste. Los trabajadores de la salud que cuidan a los enfermos, bajo grandes riesgos, sin dar abasto y con una dosis de ecuanimidad sorprendente. Los forjadores de las economías, porque sus ganancias se han resquebrajado y serán conducidos a la quiebra. Pero otros no dudan en agradecerle al coronavirus, porque, debido a su presencia, la Tierra se ha podido limpiar, por unos días, de la contaminación ambiental; porque animales y plantas han podido respirar

mejor en sus dominios, y porque los gases de efecto invernadero se han mitigado. Que un microorganismo de estos haya detenido a los aviones, a los automóviles, a los barcos y a los trenes del mundo, y que haya parado en seco a las empresas del turismo y derrumbado como un castillo de naipes el consumismo demencial que nos ha movido en las últimas décadas, y que, además, haya permitido el cese de una buena parte de los conflictos bélicos internacionales, es como para sentarse frente a su figurilla volátil con emblema monárquico y darle nuestras más sentidas felicitaciones.

5

El prólogo que Boccaccio le hace a *El decamerón* inicia así: “Hay que compadecer a los afligidos: es una ley de la humanidad”. Tal precepto forma parte de la compasión cristiana medieval a la cual perteneció el escritor italiano. Aunque es perfectamente atribuible a otras épocas, a otras religiones, a otras nacionalidades. Y, en principio, es la divisa que ha movido al mundo frente al coronavirus. Una acción de apoyo por parte de las instituciones médicas, tanto estatales como privadas, hacia los que sufren y habrán de sufrir los efectos de la pandemia. En esta perspectiva, podríamos pensar, como concluye el narrador de *La peste* de Camus, que en medio de los flagelos hay siempre más cosas que admirar que despreciar. Empero, ¿cómo olvidar que se trata de una reacción tardía? El neoliberalismo, frente a la salud, ha sido avaro, por no decir inhumano. Y esto se ha visto en los países europeos, en Estados Unidos y en gran parte de América Latina, donde se ha dejado al garete a la mayor parte de los ciudadanos enfermos, haciéndonos entender que, para esas políticas financieras, la salud humana y todo lo que la rodea son meras mercancías. Por ello, si es que debe celebrarse esta reacción en cadena de los Estados y los empresarios ante una tragedia mal avisada, habría que hacerlo sin perder jamás el juicio.

Lo que quisiera señalar, en todo caso, es que la divisa de *El decamerón* de Boccaccio se enlaza con lo que

Camus propone en *La peste*. Ante el avance del mal de bubas, y como una forma de ejercer la compasión por los sufrientes, surgen en Orán unos comités sanitarios conformados por médicos y civiles. Frente al absurdo existencialista de una enfermedad que aísla a una ciudad del mundo y mata hasta a los más inocentes, Camus propone no la vigilancia y el control estatal, sino la acción solidaria de los ciudadanos. De hecho, en la novela se registra con cierta minucia lo que hacen quienes integran estos comités. Como si se nos dijera que, por encima de los Estados que toman medidas más o menos totalitarias para garantizar la salud de todos, lo que le interesa a un escritor como Camus es mostrar más bien la capacidad de resistencia y lucha de individuos capaces de construir lazos comunitarios en medio de la desolación provocada por la enfermedad y la agresividad de las medidas autoritarias.

En realidad, Camus fue un intelectual ateo y miraba con desconfianza eso que los cristianos llaman “compasión”. Prefería hablar de “solidaridad”, que es un término más laico. Creía que la justicia humana era perfectible y, en este sentido, sus reflexiones sobre esta perversa y manipuladora abstracción humana, a pesar de sus valientes críticas a la pena de muerte, son bastante idealistas. Camus, asimismo, sospechaba de las inclinaciones tiránicas de los Estados fascistas que proliferaron durante su existencia. Por ello, si viera a qué niveles de vigilancia hemos llegado y hasta dónde los controles estatales, unidos a la empresa privada y a las evoluciones de la inteligencia artificial, podrían llegar bajo los efectos de las pandemias venideras, aquel gran defensor de la libertad humana tendría suficientes motivos para alarmarse.

Porque es alarmante que, bajo el argumento de la compasión o la solidaridad hacia los otros, y para que no ocasionemos contagio, se nos imponga este tipo de aislamiento. Se nos ha prohibido vernos con los amigos y los familiares. Se nos ha prescrito no darnos la mano, no abrazarnos, no besarnos. Incluso no han faltado los consejos del benemérito onanismo porque la cópula en estos momentos es como un exabrupto. Cuando

intento mensurar las medidas que han frenado nuestra afectuosa espontaneidad, recuerdo la última parte de *La muerte en Venecia*, de Thomas Mann. Aschenbach, un prestigioso escritor que está de vacaciones en una Venecia diezmada por el cólera, decide quedarse en esa ciudad. Pasa por encima cualquier cuidado y consejo y transgrede la norma. Sometido a un postrero deseo sexual, persigue, febril y soñador, la figura de un adolescente del cual está enamorado. Y es que esta contravención por el deseo ha sido una de las reacciones vitales más conmovedoras ante el completo desaliento que dejan las epidemias. No en vano, una de las escenas impactantes que nos ha llegado de los tiempos de la peste negra, es la de aquellos coitos que se realizaban en los cementerios de Europa. El camposanto de Aviñón, por ejemplo, se convirtió en zona de tolerancia. Y era usual observar a las mujeres ofreciéndose en las tumbas a los fornicadores ansiosos. Por ello mismo, ¿por qué asombrarnos de que haya fiestas para contrarrestar, desde el baile, los abrazos, el licor y otras sustancias estimuladoras, la amenaza de la enfermedad y la impotencia que provoca como corolario?

Ahora bien, frente a lo que fue nuestro enclaustramiento de casi seis meses en Colombia, los medios no pararon de alabar la munificencia del Estado y las empresas privadas, y lo ejemplar que nos estábamos comportando ante el coronavirus. Hasta dónde puede llegar la manipulación masiva es algo que nos ha enseñado con claridad este virus y la forma en que las autoridades políticas y médicas lo han enfrentado. Y es que a pesar de que el virus es real y no es invención de nadie, es legítimo sospechar que abusaron de nuestras libertades, que extremaron sus medidas represivas en medio de una inexperiencia notoria en cuestiones de salud pública. No nos desalojaron, además, de nuestros pensamientos el fantasma de que un nuevo orden social se está fraguando. Y que este habrá de fundarse en un control militar asfixiante de los ciudadanos. Y ahí está China, imperio que tal vez tome las riendas de la geopolítica mundial después de esta crisis y termine imponiendo sus formas de vigilancia pública. Tal control, no es

exagerado suponerlo, podría alcanzar dimensiones distópicas como las que describen Aldous Huxley en *Un mundo feliz* o George Orwell en *1984*. Recuérdese que en esta última novela hay un Gran Hermano que vigila a una sociedad. En ella los lazos familiares han desaparecido y la fraternidad es una engañifa turbia. Allí prima el sometimiento, y el amor que se da entre sus habitantes carece del placer subversivo. Tanto es el control que impera en la Londres de Orwell, que el futuro solo es concebible como una bota militar que aplasta el rostro humano.

6

“¡Quédate en casa y así cuidarás a los demás!”. Esta ha sido, entre otras, la consigna en tiempos de coronavirus. Una consigna fraguada con dos incómodos imperativos, pero dulcificada con el calor del hogar y una alteridad a la cual podríamos salvar. Esta circunstancia, la de estar aislados en nuestras casas y no poder atravesar fronteras (cuando lo más apasionante de toda vida es franquearlas una y otra vez), origina algo que Camus describe con agudeza. Se trata del padecimiento de un tipo de exilio interior, a puerta cerrada, que corre el riesgo de sumirnos en un vacío recordatorio. En *La peste* se explica que este exilio ocasiona una mortificación profunda: vivir con una memoria que no sirve para nada. ¿Qué significaría esto en nuestra condición actual? Por un lado, que evocamos continuamente un pasado con el gusto de la lamentación. Pero, por otro, que podríamos olvidarnos de los verdaderos males que nos agobian.

¿Seremos capaces de superar esta pandemia, inmunizarnos frente a ella, y volver sobre los graves problemas que tiene un país como Colombia? La gran desigualdad social que nos impide prosperar como comunidad, los derechos humanos violados sistemáticamente, las necesarias y entendibles manifestaciones de protesta social aplastadas con violencia por el militarismo institucional, las mujeres maltratadas por un orden social dominado por patriarcas brutos, los niños desnutridos,

los ancianos olvidados, los jóvenes dueños de un futuro de opresión y servilismo, los bosques y las selvas vejados por los emporios mineros, las ciudades contaminadas por la codicia desmesurada de sus empresarios, la eliminación sistemática de líderes sociales, los responsables de grandes crímenes todavía sin castigo, y la corrupción, el paramilitarismo, el narcotráfico como pilares de una democracia enferma. Es una verdad de a puño entonces que el panorama que se nos viene encima, terminadas las largas y apabullantes cuarentenas, es muchísimo más complejo que bandear el coronavirus, ya que nuestros problemas en Colombia integran eso que podríamos denominar una “endemia nacional”. Esa endemia que grita a grandes voces que el país urge de cambios profundos y no de reformas nimias para que podamos avanzar, en la ilusión del tiempo, de una forma más humana y civilizada. Porque, más que ese tipo de exilio que abate en el encierro, y que Camus desglosa magníficamente en *La peste*, a Colombia le ha de corresponder enfrentar obstáculos más arduos.

7

Pero volvamos a las cifras. Toda epidemia se sustenta en ellas. Si no tiene millones de muertos, la memoria humana la pasa de largo con algo de desdén. Quienes han descrito los efectos de las pestes en la literatura hablan, por lo general, de millones de víctimas. En *La peste* de Camus se hace un comentario a propósito de las cifras pasadas que nos sitúa muy bien frente al nuevo coronavirus. Las aproximadamente treinta pestes que ha habido en la historia de la humanidad han dejado cerca de cien millones de muertos. El número sobrecoge a quienes vivimos en medio de la seguridad brindada por la civilización moderna. Cien millones de personas cubiertas por ese silencioso anonimato que, finalmente, deja el transcurrir del tiempo terrestre. Y el narrador de Camus hace una anotación que matiza más el desconuelo que rodea a esa cantidad de seres humanos: “Cien millones de muertos sembrados a lo largo de la historia no son más que un humo en la imaginación”.

¿Y qué serían las miles de víctimas del coronavirus comparadas con esa humareda sin nombre que nos han dejado las pestes? Y me pregunto una vez más, ¿por qué esta nueva epidemia del siglo XXI, con tan pocos muertos si los comparamos con los que han ocasionado las grandes guerras de los siglos pasados, ha tenido el poder de amedrentarnos y ha lanzado a las naciones a exigir un confinamiento de estas proporciones? ¿Será que nos estamos volviendo sensibles a las aniquilaciones masivas y creemos que moriremos como hormigas indefensas si no nos cuidamos? Pero ¿qué hacemos con la gran desconfianza que nos rodea por todos lados? ¿No habrá detrás de esas medidas maniobras que le están dando paso a un nuevo orden mundial de ribetes fascistas? Como respuesta a estos interrogantes, nadie por supuesto ha guardado silencio, porque el silencio pareciera en estos días no pertenecerle a nadie. Al contrario, la batahola de voces, el ruido y la algarabía ha brotado desde todos los flancos. Y entre el optimismo de unos y el pesimismo de otros, el abanico de opiniones ha sido sencillamente desquiciante. ¿Qué leer y cómo leer todo lo que se escribe sobre el coronavirus? ¿A quién creer y de quién dudar? ¿Les creemos a los médicos y a los científicos? ¿A los jerarcas religiosos y a los mandatarios civiles? ¿A los empresarios y a los intelectuales? En esta falta de liderazgo sensato e inteligente que nos ha caracterizado, y en la que los gobernantes de los países más desarrollados han resultado ser caricaturas grotescas del poder político, ¿quién, en definitiva, dice la verdad? ¿El que toca la sombra o el que roza la luz?

Algunos suponen, intentemos un balance provisorio, que después de esta pandemia todo cambiará y no seremos los mismos. Aspecto que favorecería a la humanidad con una actitud renovadora frente a lo que se avecina. Otros piensan que lo que está pasando es una coyuntura única que nos llevará a sociedades más equitativas y menos destructivas con nuestro prójimo y con la naturaleza. Hay quienes creen que la Madre Tierra o el Creador Supremo nos están dando una segunda oportunidad para que rectifiquemos lo torcido que ha sido nuestro destino desde que el tiempo

dorado de los antiguos finiquitó. Otros más están firmándole al capitalismo un merecidísimo certificado de defunción. Si cayó, consideran, la gran utopía del comunismo porque fue una ignominia disfrazada de justicia social e igualdad proletaria, ¿por qué no habrá de morir esta vergüenza consumista maquillada de democracia, progreso, avance tecnológico y libre comercio? Lo cual desembocaría, como si la historia de esta pandemia y de la humanidad debieran tener un final feliz, en el establecimiento de un nuevo ámbito donde el socialismo, el humanismo y la ecología fuesen sus grandes pilares. A pesar de que es la crisis misma quien diseña tales análisis, no es difícil concluir que los esculpe un cierto optimismo. Porque es válido suponer también que estamos ante el fortalecimiento de un nuevo capitalismo más agresivo que, ignorando las consecuencias del cambio climático y apoyado en la inteligencia artificial y las nuevas tecnologías de vigilancia militar, terminará controlándonos.

8

En los momentos culminantes de las pestes, valga la pena recordarlo, se carece de algo fundamental para los seres humanos: de porvenir. La gente se siente, de pronto, abandonada por sus dioses y descrece de cualquier filantropía. Es entonces cuando se presentan la degradación de nuestros hábitos. Tucídides cuenta cómo la peste de Atenas acarrió un gran desorden y cómo en los habitantes no actuaba ninguna ley divina ni humana. Desesperadas porque afuera de Atenas estaba la guerra acosándolos y adentro de la ciudad la peste los exterminaba, las personas se dedicaron a saquear el patrimonio de los muertos. Alessandro Manzoni, al final de *Los novios*, describe con detalle otras aberraciones. No solo habla de la irresponsabilidad de las autoridades políticas y religiosas que, al no creer que había peste, permitieron eventos masivos y no ordenaron los cierres respectivos de pueblos y ciudades, propiciando así la escalada del contagio; sino que también se refiere a los untadores, personajes que embadurnaban las iglesias, las casas y los edificios

públicos de Milán y la región lombarda. Lo hacían con un veneno compuesto “de sapos, serpientes, babas y materia de apestados”. Y Defoe explica cómo en la peste londinense los sepultureros, los cargadores de muertos y las enfermeras desvestían a los cadáveres para quedarse con sus atuendos y demás pertenencias, y así comerciar con ellos. Ya Camus revelaba que lo adverso de las pestes no es que acaban con los cuerpos, sino que desnudan las almas, dejando ver un espectáculo que no suele ser benigno.

En vez de buscar la protección y la calma, algo en la condición humana se enloquece con las epidemias. Durante la peste negra, los flagelantes, que creían que la enfermedad era un castigo divino y no podían saber que el desaseo y las pulgas la ocasionaban, iban de aldea en aldea mostrando su remordimiento y, al mismo tiempo, propagando la enfermedad. Defoe pormenoriza casos en los que las gentes infectadas salían a las calles y abrazaban a los sanos; o ingresaban a las casas por las ventanas y los patios traseros y se dedicaban, con miradas delirantes, a contagiar a los residentes. De allí que las autoridades se vieran obligadas a implantar confinamientos plagados de vigilancias y castigos severos. Michel Foucault, en *Vigilar y castigar*, explica cómo a finales del siglo XVIII se tomaron en Francia medidas para enfrentar las epidemias que comprendían el toque de queda y condenas a muerte a quien incumpliera las órdenes. Ahora, con el coronavirus en Colombia, nos han obligado, no con amenazas de muerte, aunque sí con multas, a quedarnos en casa para evitar que los contagios aumenten. Las autoridades, durante meses, nos llenaron de miedo y nos encerraron. Provocaron un desbarajuste económico ingente. Agudizaron la pobreza. Se ampararon en las instituciones militares para que las órdenes se respetaran. Y mientras tanto, el temido pico del coronavirus no llegaba. Y cuando llegó, exhaustos ante la crisis provocada con tanta torpeza, lanzaron a la población a la calle con igual torpeza. Y cómo pasar por alto que, en medio de este larguísimo confinamiento, se dieron en cascada otras manifestaciones de la mezquindad humana. Empresas que, en vez de unirse con las instituciones estatales para así

ayudar a los más afligidos, hicieron despidos masivos de sus trabajadores, o propusieron reducciones de los salarios. Bancos que aprovecharon cualquier transacción en sus cuentas para cobrar impuestos. Grandes terratenientes que se beneficiaron de las ayudas dadas por el gobierno y les quitaron el dinero a los pequeños y medianos propietarios. Especuladores que brotaron como una plaga más y vendieron a precios altos los productos que sus compinches hacían que escasearan. Y la criminalidad, en todas sus expresiones (el robo, el asesinato, la extorsión, las violaciones, las masacres), se disparó desproporcionadamente.

Pero así se hayan dado estos excesos, tratemos de no caer en consideraciones apocalípticas. El coronavirus, afirmémoslo una vez más, no ha tenido hasta el momento el poder arrasador de otras pestes que tanto han estremecido la imaginación de los artistas. Basta mirar los infiernos del Bosco, de Brueghel el Viejo, de Goya, de Otto Dix. Basta leer los infiernos de la literatura, desde el que aparece en la *Divina comedia*, de Dante, en *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, o en *Viaje al fin de la noche*, de Louis Ferdinand Céline, para entender que el infierno no está al otro lado de la muerte, sino que palpita holgadamente en la tierra y que son los hombres quienes lo han modelado.

9

Pareciera, por último, que estos no son tiempos de rebelión. Hasta el inconformismo y la disidencia han sido controlados a través de estas catastróficas cuarentenas planetarias. Se nos ha prohibido juntarnos y reunirnos porque así, pregonaron los exponentes de la ciencia y el Estado, podríamos salvarnos. E intentaron convencernos de que los otros, es decir nosotros, son y somos el peligro. Como si no supiéramos que es a partir justamente de la solidaridad humana y las acciones comunitarias que las epidemias han sido superadas. He aquí, pues, una política que esconde una represión inclemente, así muchos la consideren necesaria. Pero cuando la represión, sea de la índole que sea, se desata en el

mundo, el ansia de libertad se engendra, se desarrolla y se expande, a su vez, como un siempre y renovado viento. Tal ansia de libertad acaso nos insuffle los cuerpos y las almas y pueda acabar de una vez por todas con este sistema político, económico y militar que desde hace tiempos ha modelado con rudeza nuestros destinos. Porque, así como Defoe atribuye a las iniquidades humanas la culpa del flagelo que azotó a Londres en el siglo xvii, son las iniquidades del neoliberalismo y su expansión voraz las que han causado, en buena parte, estas desgracias nuevas. Pero habrá que tener paciencia para que el cambio se manifieste. Y entender que este tendrá un costo elevadísimo. Sabemos, no obstante, que son los aprietos más extremos los que han dirigido nuestro rumbo de creaturas perecederas. Que, como dice Hölderlin, es en el peligro donde crece lo que nos salva. Y aunque entendiendo que somos de lejos el virus más temible del planeta —basta sopesar el daño que le hemos ocasionado al prójimo, a los animales y a la naturaleza—, es probable que podamos hallar en nosotros un antídoto eficaz.

Mientras tanto me he enterado, desde esta loma de Envigado, de que el aire de Medellín y su zona metropolitana ha mejorado por la acción del confinamiento; y de que, según unos señores atildados de China, el café protege del coronavirus. Celebro ambas noticias en medio del panorama opaco que reina por doquier. Y, para demostrar este entusiasmo solitario, me preparo un tinto y me siento a degustarlo. A mi lado están los libros leídos y releídos que tratan sobre las pestes. Apago el celular y el computador que me permiten, día tras día, recibir el vendaval de informaciones. Respiro durante largos minutos las delicias de la desconexión. Y mientras sorbo el café, pienso en las dos opciones que hay frente a toda epidemia. Ambas las he encontrado, por supuesto, en la literatura.

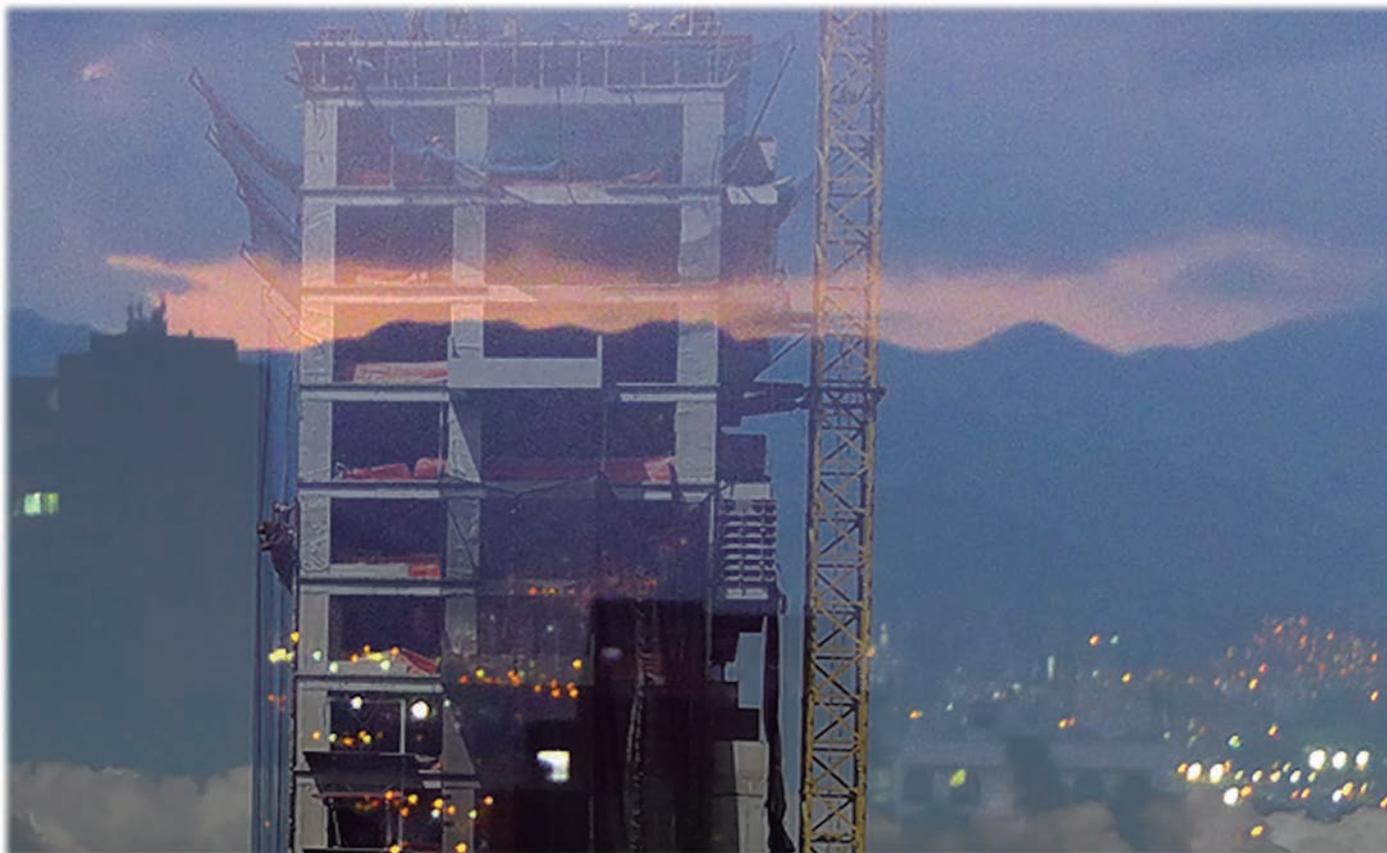
La primera la ofrece Edgar Allan Poe en “La máscara de la muerte roja”. No hay aislamiento que valga, y así seamos príncipes y elegidos, cultos y sibaritas, apuestos e inteligentes, como lo son los personajes de este cuento

gótico, y nos aislemos de la peste, ella terminará por entrar en nuestros aposentos para devorarnos. La otra la plantea el caballero de la triste figura. Las palabras se las dice don Quijote a su escudero, y fueron escritas hace varios siglos, cuando el mundo también estaba patas arriba. Pero es como si Miguel de Cervantes las hubiese trazado después de ver algún noticiero sobre nuestras desventuras de hoy:

Sábetete, Sancho, que [...]. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca.

Que el lector de estas consideraciones escoja. Y que juntos imaginemos el cambio que se avecina.

El Retiro, entre abril y octubre de 2020



Dora Mejía, *Paisaje de confinamiento*, 2021, fotograma de video, 38 × 23 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

Grande era la aflicción de sus corazones y tristes estaban sus bocas y sus ojos

Y sus corazones estaban afligidos y estaban pasando grandes sufrimientos: no tenían comida, no tenían sustento

In memoriam

La huelga del Ferrocarril de Antioquia, 1934

*Ponencia presentada en el seminario “Gaitanismo y 9 de abril”,
Bogotá, abril de 1982*

*Publicado originalmente en la Revista de Extensión Cultural
número 12 de julio de 1982*

Ana Catalina Reyes Cárdenas

(Colombia, 1954-2020)

Historiadora y Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Doctora en Historia de la Universidad Pablo de Olavide, España. Profesora Titular y Emérita de la Universidad Nacional de Colombia. Fue Decana de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas y Vicerrectora de la Sede Medellín de la misma universidad. Acreedora de varios premios y distinciones. Autora de numerosos artículos, algunos libros y capítulos.



Resumen

En este trabajo, la autora, cuando aún era estudiante de pregrado, reconstruyó un acontecimiento particularmente significativo para la historia del departamento de Antioquia, que tuvo repercusiones nacionales, cuando se llevó a cabo la huelga de 1934 en el Ferrocarril de Antioquia. Acogiendo diversas fuentes documentales, como actas de la junta directiva de la empresa, documentos oficiales y periódicos locales, así como relatos directos de algunos obreros que participaron en el acontecimiento, muestra el panorama y los intereses políticos de conservadores, liberales y comunistas que convergieron en el conflicto, incluyendo la presencia del caudillo socialista Jorge Eliecer Gaitán Ayala y el papel que jugó el para entonces recién creado sindicato de la insigne institución ferroviaria.

Palabras clave

Ferrocarril de Antioquia, huelga, Jorge Eliecer Gaitán Ayala.

Introducción

Este trabajo fue realizado durante el III Seminario de Investigación en la carrera de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín, bajo la dirección del profesor Álvaro Tirado Mejía.

Se trataba, en el trascurso de esta investigación, de profundizar en la situación laboral y política de Antioquia, como escenario de uno de los mayores conflictos huelguísticos: el del Ferrocarril de Antioquia. Este conflicto revistió importancia nacional, no solo por la combatividad obrera, sino también porque sirvió de fondo para una confrontación política entre liberales y conservadores en la que el Estado, utilizando la herramienta jurídica del estado de sitio, entra a mediar en el conflicto laboral y político.

Además, partiendo del análisis hecho por Ignacio Torres Giraldo en su libro *Huelga general de Medellín*, era necesario esclarecer la participación de los comunistas en la huelga, al igual que la presencia de Gaitán en el desarrollo de los acontecimientos.

Para alcanzar estos objetivos revisé la prensa del año 1934, que incluía diarios conservadores, liberales y de oposición.

Los periódicos conservadores consultados fueron *El Colombiano* y *La Defensa* de Medellín.

En cuanto a los liberales se revisó *Organización Liberal*, *Heraldo de Antioquia*, *El Diario*, de simpatías gaitanistas, y *El Espectador* de Bogotá.

De la prensa de oposición se consultó *El Bolchevique*, órgano de expresión del Partido Comunista de Colombia, y *El Unirismo*, de pensamiento gaitanista.

Tuve la suerte de encontrar el periódico sindical *Unión y Trabajo*, órgano de expresión del Sindicato Ferroviario. En el desarrollo de la investigación pude hablar directamente con obreros que participaron en los acontecimientos huelguísticos de 1934.

En cuanto a documentos oficiales, consulté las actas de la Junta Directiva del Ferrocarril de Antioquia, las memorias de los secretarios de gobierno e industria de Antioquia, las de los ministros de gobierno y hacienda y los Anales de la Asamblea de Antioquia.

La investigación sobre fuentes primarias de prensa se dificulta, por no decir que se hace imposible en Medellín, ya que no existe una colección completa de la prensa local.

El sindicato

Surgió en el año de 1932 como consecuencia de un cambio de directivas en la empresa del Ferrocarril de Antioquia. Sobre la confirmación del sindicato, los obreros en su periódico declaran:

algunos de estos nuevos empleados se creyeron dueños absolutos del Ferrocarril y amos y señores de los obreros con poderes supraterrrestres para hacer y deshacer, dictando reglamentos diariamente, imponiendo multas, despidiendo obreros, degradando la categoría de éstos en el trabajo, humillándolos e insultándolos hasta en su honor propio y privándolos de todos los derechos. Estos y muchos motivos más fueron los que obligaron al obrero ferroviario a compactarse para su defensa unificando ideales y esfuerzos en torno a una asociación sindical que nos libre del anarquismo, las rivalidades y los odios entre los mismos compañeros y nos ponga a salvo de las maquinaciones abyectas de los que han creído que los obreros son todavía la masa inconsciente y propicia para el logro de sus aspiraciones personales (*Unión y Trabajo*, abril de 1934).

A pesar de ser un sindicato joven, en mayo de 1934, mes en el cual estalla el conflicto, sus afiliados ascienden a mil, no obstante, el ambiente hostil creado por la empresa para la sindicalización; cuenta además el sindicato con un órgano de expresión llamado *Unión y Trabajo*, que se publica mensualmente, de excelente impresión y calidad informativa, no superado actualmente por publicaciones de este tipo. Según sus propias afirmaciones:

el Sindicato Ferroviario de Antioquia no es conservador, ni liberal, ni comunista, sino un sindicato netamente obrero, porque con los numerosos hombres con que hoy cuenta la asociación necesariamente tiene que haber de todos los matices, ya que la libertad de pensar es uno de los fundamentos básicos sobre el cual descansa [*sic*] el edificio inmovible de nuestra unión sindical (*Unión y Trabajo*, abril de 1934).

Sería, sin embargo, ingenuo aceptar como cierta esta imparcialidad política, como también facilismo retomar la caracterización de Ignacio Torres Giraldo de que este sindicato era un grupo de líderes amarillos que proclaman la práctica del sindicalismo cristiano (cfr. Torres, 1976, p. 16).

Haciendo el seguimiento de las publicaciones de *Unión y Trabajo* durante el año 1934, he observado que mantienen en sus artículos, aún sobre los asuntos más conflictivos, una imparcialidad política como punto esencial de la unidad sindical; pero es ostensible la identidad de criterios, sobre estos asuntos laborales, con el pensamiento de Jorge Eliécer Gaitán. Además, hay hechos como su profunda admiración por Gaitán, a quien nombran conciliador en el conflicto de 1934, el nombramiento de Enrique Olaya Herrera como miembro honorario del sindicato, la amistad entre el sindicato y Víctor Aragón, jefe de la Oficina de Asuntos Laborales, que permiten pensar que predominaban en el sindicato las simpatías gaitanistas y liberales. Otro aspecto que queda claro es la influencia del cristianismo social, particularmente de León XIII con su encíclica *Rerum Novarum*; este pensamiento tenía mucho arraigo en el presidente del sindicato, Pablo Estrada. Desde el punto de vista ideológico, se puede percibir un claro rechazo al comunismo en todos sus aspectos, pero haciendo énfasis en lo incorrecto de los métodos de trabajo de esa fuerza política. Se refería el periódico sindical a los comunistas en estos términos:

hato de haraganes, rebuscadores de escándalos que solo persiguen la matanza de obreros honrados para medrar a sus anchas [...]. Y es que los comunistas incapaces por sí mismos de formarse un ambiente por

sus teorías utópicas e inadaptables a nuestro medio han querido ver en nuestra actitud serena y consciente una fórmula de ataque para inquietar todas las conciencias sanas de todos los obreros del Ferrocarril. Afortunadamente, ni nosotros, ni el último ingenuo de nuestras rutas de acero, ni la ciudadanía, ni nadie hace caso de su palabrería barata y cansona como un viejo disco malo y repetido.

Los ataques al comunismo se arrecian durante la huelga como veremos más adelante. Es pertinente aclarar, como afirma Ignacio Torres Giraldo que “los comunistas no tenían nada en el Ferrocarril, ni una célula ni un obrero ferroviario” (*Unión y Trabajo*, 10 de marzo de 1934, p. 12).

A pesar de la caracterización de Torres Giraldo de ser este sindicato un grupo de líderes amarillos, lo que se demuestra en la práctica es un aumento constante de afiliaciones; es así como después de la huelga se registran 1.700 socios, en un total de 4.000 trabajadores.

Las publicaciones sindicales denotan un gran interés de comunicación con la base y un intenso trabajo propagandístico sobre la importancia de la clase obrera y de su unidad.

El sindicato se hallaba afiliado a la Federación Nacional de Transportadores fundada en mayo de 1934 en Cali, y que agrupaba a catorce mil obreros del transporte, en la que los comunistas no tenían ninguna influencia. En la declaración de principios de esta federación se puede apreciar un esfuerzo por plasmar una conciencia proletaria propia de nuestro medio. Esta declaración es interesante, en la medida en que puede recoger la ideología de un movimiento sindical cercano al partido liberal, y de las formas particulares que adoptaba el pensamiento liberal en el campo sindical; veremos a continuación algunos apartes de dicha declaración:

Punto segundo: la Federación no reconoce el mito de la igualdad de los hombres ante la actual sociedad, pues el trabajador debe tener preeminencia sobre el parásito ocioso [...]. Porque no es justo, ni lo ha sido, ni lo será jamás, que las manos invioladas del que

nada hace embolsen el esfuerzo del que todo lo produce. Punto tercero: la Federación rechaza el estúpido concepto de “clase humilde” aplicada en Colombia a los trabajadores, pues no son desvalidas, no deben vivir en humildad mendicante quienes forjan a diario la grandeza de la nacionalidad [...]. Punto cuarto: la diferenciación jerárquica de los hombres no debe estribar, como lo es hoy, en revaluadas nociones aristocráticas ni en la influencia del dinero, sino en un criterio de utilidad social. Punto quinto: la Federación reconoce que la producción no es posible sin el concurso de los factores de trabajo y capital y que el capital es trabajo acumulado. Por tanto, en la dirección de la obra de la producción deben estar proporcionalmente representados el trabajo y el capital, máxime cuando la entidad productiva pertenezca a la nación de la que son parte tanto los obreros como los capitalistas, ya que ellos son la inmensa mayoría. Punto sexto: la Federación no acepta que los actuales directores de la sociedad hayan nacido con el monopolio para dirigirla ni que los actuales trabajadores hayan nacido privados de toda capacidad dirigente (*Unión y Trabajo*, 17 de mayo de 1934).

La situación de la empresa del Ferrocarril de Antioquia

El Ferrocarril de Antioquia era la empresa más importante, patrimonio antioqueño y orgullo de todo el pueblo, en la medida en que fue construido fundamentalmente con esfuerzos propios del departamento de Antioquia.

En el momento en que se inició el conflicto laboral la empresa contaba con un personal de cuatro mil empleados y obreros, mil de los cuales estaban afiliados al sindicato. El número de obreros calificados era poco y la mayoría del personal estaba distribuido en el trabajo de construcción de vías férreas y en los talleres de la empresa. Casi todos los trabajadores de las obras en construcción eran campesinos contratados, oriundos de las zonas en las cuales se adelantaban los trabajos, factor que obviamente dificultaba las condiciones de sindicalización y de organización.

Los conflictos

Al interior de la empresa del Ferrocarril, se movían paralelamente dos conflictos: uno de carácter laboral y reivindicativo, adelantado por el sindicato, y el otro de carácter administrativo y político, en el cual pugnaban dos fuerzas, los liberales y los conservadores. En el transcurso de los acontecimientos ambos asuntos se entrecruzan configurando un gran conflicto en los aspectos laboral y político en el departamento de Antioquia.

El conflicto laboral puede sintetizarse de la siguiente forma:

- Desde comienzos del año 1934, el sindicato dirigió numerosas comunicaciones a la Junta del Ferrocarril, a la prensa, a la Asamblea Departamental y aún al presidente de la República, solicitando se diera cumplimiento al decreto nacional sobre la jornada de ocho horas y a la ordenanza N.º 11 de la Asamblea Departamental de Antioquia sobre el mismo asunto. En Antioquia hubo muchas reticencias a aceptar este decreto; los industriales no se negaban expresamente a su cumplimiento, pero insistían en que “si bien nadie discute en teoría lo benéfico de la jornada de ocho horas, su aplicación en la práctica sí se presta a graves inconvenientes que es precisamente lo que están tratando de obviar los industriales antioqueños” (*El Colombiano*, 5 de abril de 1934).

La Junta Administrativa del Ferrocarril compartía esta opinión de los industriales antioqueños, y mientras obviaba los inconvenientes para aplicar la jornada de ocho horas, la mayoría de los trabajadores laboraba trece horas y muchos inclusive dieciocho horas sin ninguna remuneración extra. La lucha por una justa jornada fue un punto de fricción entre el sindicato y la empresa. Las comunicaciones a la Junta Administradora, dirigidas por el sindicato, no obtuvieron respuesta, actitud que el sindicato interpreta de la siguiente manera:

Eso demuestra que hemos sido mirados con cierto desdén por quienes manejan el mecanismo de la Empresa, dentro de la cual, como demostración viva, se debate el Sindicato. No han mirado con satisfacción que nos organicemos porque consideran quizás el decidido antagonismo de intereses y de necesidades (*Unión y Trabajo*, 15 de marzo de 1934).

- A través de las actas de la Junta del Ferrocarril, se aprecia una gran inseguridad laboral: la permanencia de un trabajador en la empresa estaba sujeta al capricho de la junta; es así como aparecen numerosas supresiones de personal, bien por terminación de los contratos o la orden de liquidaciones de cesantías, sin ninguna explicación (cfr. Actas del Ferrocarril de Antioquia, 1934).
- En las mismas actas se puede verificar un alto porcentaje de muertes por accidentes de trabajo e incapacidades por enfermedades profesionales. Este panorama era desolador, teniendo en cuenta que no estaban establecidas pensiones de invalidez ni de muerte, registrándose por tanto un alto número de familias sin fuentes de ingresos.
- Había tirantez en las relaciones entre el personal sindicalizado y el no sindicalizado, sobre todo con los jefes de talleres, según se desprende de varias reclamaciones y quejas hechas por el sindicato a la junta de la empresa, acerca de la forma en que estos mandos medios manejaban las relaciones con los sindicalizados.

Es un hecho constatado por la prensa liberal, conservadora, de oposición y sindical, al igual que por Ignacio Torres Giraldo (Actas del Ferrocarril de Antioquia, p. 11), que en este año de 1934 hubo un encarecimiento particularmente agudo del costo de la vida. El sindicato y Torres G. hablan de un aumento del 60% (*Unión y Trabajo*, 15 de marzo de 1934). Todos los periódicos editorializan sobre el hecho, en particular los conservadores hablan de la peor inflación y responsabilizan al Gobierno por sus irresponsables emisiones de moneda a través del Banco de la República (Clímaco Villegas, “Editorial”, *El*

Colombiano, 8 de mayo de 1934). El desnivel entre salarios y costo de vida se hace más agudo.

- El 8 de marzo de 1934 el sindicato presenta a la Asamblea Departamental un memorial con peticiones a la empresa, que esta nunca contesta. El documento contenía especialmente tres peticiones: la primera, un aumento de salarios considerando que, debido a un alto costo de vida, el salario existente era insuficiente para responder a las necesidades apremiantes del obrero. Desde 1932, año en el que se fija un salario mínimo de \$0,80 diarios, no había sido aumentado. Se invoca la encíclica *Rerum Novarum* para sustentar la necesidad de tener una justa remuneración, suficiente para atender a la manutención del obrero y su familia.

La segunda petición, especialmente novedosa para la época, era la concesión de un representante en la Junta Directiva de la empresa; al respecto argumentan que para la buena marcha de la empresa es preciso que concurren la inteligencia, el capital y el trabajo, lo que al mismo tiempo contribuiría al mejoramiento de las relaciones entre trabajadores y empresarios (*Unión y Trabajo*, 15 de marzo de 1934). Es evidente la similitud de estos planteamientos con los expresados por Jorge Eliecer Gaitán en la plataforma de la UNIR, que reclamaba:

Intervención de los trabajadores en las directivas de las empresas por medio de delegados. Relaciones jurídico-sociales entre capital y trabajo, por contratos en que parte y parte estén representadas colectivamente. Normalización y fomento de la unidad sindical de trabajadores y patrones para el efecto anterior (*El Unirismo*, 23 de agosto de 1934).

La tercera petición exigía que se diera cumplimiento a la ordenanza N.º 11 de la Asamblea Departamental que había fijado como jornada máxima la de ocho horas de trabajo; dicha jornada no se había generalizado, en algunas secciones se laboraba normalmente trece horas sin ninguna remuneración extra.

Contenía además el memorial, una solicitud a la Asamblea, en el sentido de

expedir una ordenanza a favor de los obreros, la reorganización de la Inspección de Fábricas y el apoyo al sindicato, que en buena hora está formando el proletariado de Antioquia, organizaciones que bien dirigidas y favorecidas por el Estado, llegarán a constituir en breve una de las mejores fuerzas nacionales que contribuirán poderosamente al engrandecimiento de la patria (*Unión y Trabajo*, 15 de marzo de 1934).

Este era el clima laboral que se vivía al interior del Ferrocarril en los meses previos al conflicto huelguístico.

Además de estos problemas laborales, la empresa atravesaba por una fuerte crisis administrativa y política en la cual es necesario profundizar para comprender el desarrollo de los acontecimientos huelguísticos.

La crisis administrativa

El 26 de enero de 1934 el Directorio Nacional Conservador dio la orden de abstención electoral, lo cual deterioró aún más las relaciones entre liberales y conservadores (*El Colombiano*, 27 de enero de 1934). En Antioquia se vivía un clima político particularmente tenso. Los conservadores eran mayoría en la Asamblea Departamental y el gobernador, capitán Julián Uribe Gaviria, era de la filiación liberal. La Asamblea sistemáticamente obstruía todas las iniciativas liberales, sobre todo aquellas que se referían al presupuesto y hacía continuos ataques al Gobierno liberal; los representantes conservadores acusaban a los liberales “de desorganizar los servicios públicos en el departamento y en los municipios poniendo en juego ante todo el favoritismo personal” (“Editorial”, *El Colombiano*, 20 de abril de 1934), además los acusaban de “incitar a las masas liberales contra los conservadores” (*El Colombiano*, 20 de abril de 1934).

Por su parte, los liberales aseguraban que

el triunfo conservador en Antioquia tuvo la importancia suma para ese partido. El Departamento mayor

de la República en sus manos, además de ser la posibilidad de la reconquista significaba una posición preferente para el debilitamiento del Gobierno Central, mediante imposiciones alarmantes (“Editorial”, *Organización Liberal*, 23 de mayo de 1934).

La prensa liberal de Antioquia resume la labor de la Asamblea de mayoría conservadora así:

Ordenanzas incompletas porque no tienen realidad efectiva en el presupuesto, ninguna medida social de avanzada, un presupuesto artificioso, unas dietas altas, unos sueldos injustamente repartidos, un ataque a los presupuestos municipales en los cuales entró descaradamente, un desprecio absoluto a la minería, la higiene mal parada, la educación descuidada, una policía insuficientemente remunerada y menor de la que necesita el Departamento, muchos discursos malos. He aquí la labor de los mayoritarios conservadores de la Asamblea nefanda (“Editorial”, *Organización Liberal*, 23 de mayo de 1934).

Ordenanza N.º 2 versus decreto N.º 604

Pero el asunto de mayor conflicto que se ventila en la Asamblea, y del cual tanto la prensa liberal como conservadora, esta con mayor insistencia, se ocupa durante los primeros meses y en el transcurso de la huelga, es el enfrentamiento jurídico y político entre dos providencias, una de carácter departamental y otra nacional, que afectaban el funcionamiento administrativo del Ferrocarril de Antioquia.

La mayoría conservadora de la Asamblea, el 16 de marzo de 1933 emitió la ordenanza N.º 2 que reglamentó el funcionamiento del Ferrocarril de Antioquia a través de una junta administradora compuesta por cuatro miembros, presidida por el gobernador y con un superintendente general que era la segunda personalidad del departamento.

El 22 de marzo del mismo año, el Gobierno nacional expidió el decreto N.º 604 por medio del cual sometía a las diferentes empresas departamentales al poder

central y cuyo artículo segundo daba poder a los gobernadores para nombrar la nómina oficial del departamento y los municipios, incluyendo a los directores o administradores de obras de construcción y a todo el personal subalterno de estas empresas, bienes o servicios públicos (*El Colombiano*, 16 de marzo de 1934). Este decreto se trató de hacer efectivo para el Ferrocarril, por instancias del gobernador de Antioquia, a principios del año 1934, probablemente con el ánimo de afectar la hegemonía conservadora del departamento. Los conservadores sintieron confrontado su poder político en el Ferrocarril y el control del botín burocrático que significaba su hegemonía en la Junta Administradora. Arremetieron con una campaña de prensa agresiva y constante contra el gobernador y contra el decreto 604, acolitados por los jefes nacionales del conservatismo Laureano Gómez y Pedro José Berrío, al tiempo que demandan ante el Tribunal Contencioso Administrativo la aplicabilidad del decreto 604, que tenía como consecuencia la anulación de la Ordenanza N.º 2 de la Asamblea.

Toda la campaña de prensa tenía por objeto reivindicar los fueros de la Asamblea, de mayoría conservadora, como administradora de los bienes del departamento; criticaban la injerencia que le daba el decreto al gobernador, ya que se apoderaría del Ferrocarril, “desde el ingeniero mayor, hasta el guardagujas se convierten en agentes electores bajo el imperio del 604” (artículo de Alzate Avendaño, *El Colombiano*, 29 de enero de 1934).

En tono amenazante, llegan a hacer afirmaciones como estas: “De no derogarse se tomarán revanchas que el Gobierno central y sus agentes aquí serán los primeros en sentir” (*El Colombiano*, 26 de febrero de 1934).

Nuestros Diputados esperan la hora oportuna para actuar y el día en que la Gobernación diga que no cumpla ni con la Constitución, ni la Ley, ni las Ordenanzas, será precisamente el día de la oposición cerrada y sin tregua porque no hay Decretos, ni siquiera el 604, que primen sobre la Constitución, las leyes

y las ordenanzas (“Editorial”, *El Colombiano*, 12 de marzo de 1934).

[...]

si el pueblo que ahora persigue únicamente la descentralización administrativa se convence de que sus justas peticiones no solo son atendidas, sino que con malabarismos como el tantas veces mencionado Decreto 604 se burlan de sus derechos, quien sabe si en su desesperación no llegue a pensar en mayores extremos (“Editorial”, *El Colombiano*, 29 de enero de 1934).

Hábilmente los conservadores utilizaban en su lucha contra el decreto la bandera de la descentralización administrativa, como lo reconoce el dirigente conservador Silvio Villegas en su discurso del 16 de marzo: “El Decreto 604 fue la razón inmediata del movimiento descentralizador” (*El Colombiano*, 17 de marzo de 1934). Algunos sectores del liberalismo, consecuentes con los planteamientos liberales acerca de la descentralización, participaron por medio de la prensa de su partido en esta campaña. *El Espectador*, el 13 de marzo, afirma: “El Ferrocarril va ser administrado por la Junta que determine la Asamblea, es decir, el Departamento, situación que encaja maravillosamente entre los propósitos descentralizados que circulan hoy por hoy por la sangre de aquel pueblo con noble ímpetu” (“Editorial”, *El Espectador*, 12 de marzo de 1934). Sin embargo, hubo sectores del liberalismo en Antioquia que denunciaron los fines políticos del movimiento descentralista y de la ordenanza N.º 2; así se puede apreciar en el “Editorial” del periódico *Organización Liberal* del 23 de mayo de 1934:

Las Ordenanzas sobre el Ferrocarril, Contraloría, Policía, y asignaciones civiles amén de que tenían fines antiliberales, buscaban la caída del régimen. Al partido conservador le interesaba que donde quiera que dominasen el poder administrativo departamental, es decir, las Asambleas, el Gobernador correspondiese a los propósitos políticos de dicha corporación [...]. Esta Jurisprudencia muy semejante al federalismo hubiera logrado implantarse si un Gobierno fuerte y

vigilante no logra mediante un franco apoyo al Gobernador y una providencia tan alta como el Decreto 604, convertir la furia conservadora en un instrumento de dos filos. Uno de ellos —la reacción liberal— ya empezamos a sentirlo.

Criticaban la descentralización conservadora en el sentido de que solamente favorecerá los intereses capitalistas de los círculos privilegiados de los departamentos, pues dudaban de que este movimiento pudiera trascender siquiera a los municipios. Al respecto expresaban:

Al pueblo explotado por los magnates de la banca, de la industria y del comercio le da lo mismo que lo esquilmen los círculos de la capital, de los departamentos, o de los municipios. Al pueblo no le interesa sino una justiciera rectificación entre el capital y el trabajo a fin de conquistar mayores posibilidades de existencia (“Editorial”, *Organización Liberal*, abril de 1934).

El periódico *El Diario* (8 de abril de 1934), de simpatías gaitanistas, comentaba que, a pesar de las manipulaciones conservadoras con el ánimo de reconquistar bastiones burocráticos a través del movimiento descentralista, esto no descalificaba la validez de dicho movimiento, aunque era preciso tomar precauciones para no hacerle el juego al conservatismo.

Ambas corrientes políticas, liberales y conservadoras, luchaban por lograr el apoyo de los trabajadores en este conflicto, pero según palabras del presidente del sindicato, ellos tenían claro que sus intereses eran de otra índole, ajenos a esta confrontación entre decreto y ordenanza; en *Unión y Trabajo* (15 de abril de 1934) planteaban:

Entre otras muchas razones por las cuales el obrero ferroviario no debe inmiscuirse en estos asuntos está la de no permitir bajo ningún pretexto que la política siga minando y menoscabando su dignidad y la fraternidad que debe existir entre todos los obreros.

Este punto de vista muestra que el sindicato tenía una posición diferente al liberalismo oficial en este asunto

y se acercaba al pensamiento de Gaitán en cuanto a este problema.

El 13 de marzo de 1934, el Tribunal de lo Contencioso Administrativo falla a favor de la Ordenanza Departamental. La prensa liberal guarda un prudente silencio frente al fallo, mientras la prensa conservadora recibe la noticia complacida, en grandes titulares de toda una página.

De acuerdo como lo reglamentó la ordenanza N.º 2 de la Asamblea, se nombra una Junta Administradora del Ferrocarril, compuesta por tres miembros conservadores: José María Bernal, Gabriel Vélez y Pedro Pablo Restrepo; un miembro liberal, Juan José Ángel; el gobernador del departamento, Julián Uribe Gaviria, y un superintendente general, conservador, José Ramírez Johns.

El 28 de abril, los miembros mayoritarios de la nueva Junta Administradora destituyen al jefe de transporte, ingeniero Antonio Restrepo Álvarez, liberal, acusándolo de obrar con criterios políticos al interior de la empresa. El gobernador y el miembro liberal, Juan José Ángel, protestan por esta destitución en la que en su opinión obraron consideraciones distintas a las puramente administrativas, y que rompía el espíritu de cordialidad y de buena voluntad (véase Acta N.º 7 de la Junta del Ferrocarril de Antioquia, 25 de abril de 1934).

A partir de este incidente, las relaciones entre los miembros de la Junta Administradora se hicieron antagónicas. Condiciones que perduran durante todo el desarrollo de la huelga.

La huelga

En este caldeado ambiente de tensiones políticas liberal-conservadoras estalla el conflicto huelguístico. Ambas fuerzas, liberales y conservadoras, trataban de utilizar a las masas huelguísticas para sus intereses políticos y burocráticos al interior de la empresa, al tiem-

po que se lanzaban en una confrontación del poder político en el departamento de Antioquia. Ambos partidos hacen esfuerzos por controlar los huelguistas a favor de sus intereses momentáneos.

Los conservadores reprimiéndolos y sentando sus principios de autoridad, los liberales condescendientes en sus reivindicaciones laborales, en una posición de apoyo pasivo que les permitía utilizarlos para sus intereses, pero ante la combatividad de las masas no vacilaron en reprimirlas.

Por el lado de los obreros encontramos dos fuerzas: el unirismo, con Gaitán a la cabeza, fuerza consciente del poder de la movilización de los obreros, logra mantener la unidad sindical en torno a las reivindicaciones laborales y el triunfo de todas las peticiones obreras aprovechando las contradicciones entre liberales y conservadores. Por otro lado, el Partido Comunista, fuerza que actuó de forma extremista en este conflicto. Sin tener ningún trabajo ni simpatía en el gremio, desplazó a sus mejores cuadros: Ignacio Torres Giraldo, María Cano y el concejal comunista Ángel María Carrascal, para tratar de ganar la dirección del movimiento para una política comunista, además de que era tarea de primer orden denunciar ante las masas el carácter reformista y amarillo de la directiva sindical, pero aún más importante desenmascarar a Gaitán; pues según la caracterización hecha por Torres Giraldo, Gaitán era un elemento nacional-reformista, reaccionario, burgués y agente al servicio del Gobierno (véase Acta N.º 7 de la Junta del Ferrocarril de Antioquia, 25 de abril de 1934).

Como veremos en el desarrollo de los acontecimientos que van del 29 de mayo al 7 de junio de 1934, cada una de las corrientes políticas —liberales, conservadoras, gaitanistas y comunistas— tensionan todas sus fuerzas en un intento por controlar el movimiento ferroviario y salir triunfantes en la coyuntura.

El pliego de peticiones

El 19 de mayo de 1934 el sindicato presentó a la Junta Administradora del Ferrocarril un pliego de peticiones

que recogía las siguientes aspiraciones: un jornal mínimo de \$1,00 diario, aumentos salariales, una jornada de ocho horas, equitativa reglamentación del trabajo, vacaciones, forma de pago, higiene, pasajes de favor, transporte para los obreros y jornal de los maquinistas. El punto primero del pliego, motivo del conflicto, contenía la siguiente reivindicación:

Garantías especiales:

Que el Sindicato no sea lesionado por motivos políticos, que se garantice el trabajo a los obreros sindicalizados, conservándolos en sus puestos actuales y para mejorarlos se declare inviolable el derecho al ascenso, que se prefieran los obreros sindicalizados para ciertos trabajos; que para suspensiones, destituciones, multas, etc., la resolución respectiva se tome de acuerdo entre la Junta del Sindicato y el Superintendente de la empresa, y que el obrero presente sus quejas por medio del Sindicato; que se proteja al Sindicato contra ciertos ataques de los jefes enemigos de la asociación (Acta N.º 12 de la Junta del Ferrocarril de Antioquia).

La negociación de este numeral 1 era importante para el sindicato; es muy probable que la Junta Administradora conservadora hubiera desatado una persecución política contra los obreros de simpatía liberales y contra el sindicato, en su afán por convertir el Ferrocarril en un fortín electoral conservador. Además, como se ha dicho anteriormente, las condiciones de estabilidad laboral eran precarias. Este punto también trataba de proteger a los obreros de represalias después del conflicto. Era un punto esencial por el cual luchar.

El sindicato nombra como negociador al abogado Francisco L. Jiménez, miembro de la Acción Social Católica, que juega en la primera etapa del conflicto un papel mediocre y conciliador.

Este numeral 1 se convierte en el florero de Llorente del conflicto. En su reunión del 25 de mayo la Junta Administradora del Ferrocarril discute el pliego. El superintendente general, conservador, José Ramírez Johns, informó que se había llegado a un acuerdo

con el sindicato sobre todos los puntos exceptuando el numeral 1 sobre garantías especiales, el cual, en su concepto, debe ser rechazado rotundamente y no estaba sujeto a negociación alguna; la mayoría de los miembros de la junta lo apoyan en esta decisión. El abogado de la empresa, Manuel María Toro, conceptúa

que las pretensiones comprendidas en el Numeral 1° no encajan dentro de los términos de la Ley 78 de 1919, que habla de que sólo puede ser motivo de huelga el reclamo que se haga para obtener mejoramiento de las condiciones retributivas del trabajo (Acta N.º 12 de la Junta del Ferrocarril de Antioquia, 25 de mayo).

El gobernador, capitán Julián Uribe Gaviria, es partidario de que se negocie este punto y cree que dentro de ciertas condiciones se debe garantizar el trabajo. Ante la imposibilidad de llegar a acuerdos se nombra una comisión para que estudie el asunto.

En el aspecto laboral es la intransigencia acerca del numeral 1 sobre garantías especiales la que desata la huelga.

Días previos a la huelga

El 26 de mayo el sindicato, adoptando un tono más decidido, lanza un comunicado en el que da un ultimátum a la Junta Administradora del Ferrocarril: o se aprueba el punto 1 o se iniciará la huelga.

Este mismo día, en el Concejo de Medellín, después de la intervención del comunista Ángel María Carrascal, se aprobó un auxilio de \$2.000 aumentable a \$5.000, para auxiliar a los ferroviarios en caso de huelga. Los liberales del Concejo aprovechan la sesión para enfatizar que el movimiento no tiene carácter comunista.

Para la ciudad de Medellín de hace cincuenta años, pueblerina y tranquila, la parálisis del Ferrocarril y la movilización de una fuerza laboral de estas proporciones era un evento sin precedentes. Ante la amenaza de huelga, las gentes corren a aprovisionarse, hay alza de

viveres. *El Colombiano* lanza una campaña de amedrantamiento a la ciudadanía contra los huelguistas. Se vivían días de nerviosismo y expectativa.

La causa huelguista contaba con la simpatía de los periódicos liberales de Antioquia (*Organización Liberal*, *El Herald de Antioquia* y *El Diario*, de simpatías gaitanistas este último). Todos los gremios sindicalizados de la ciudad garantizaban su solidaridad en caso de huelga (*Organización Liberal*, 31 de mayo de 1934). El día 28 de mayo, ante la imposibilidad de un acuerdo, ambas partes nombran conciliadores, por la empresa se nombra al doctor Pedro Nel Ospina y por el sindicato al abogado Francisco Luis Jiménez. Estas conversaciones no logran ningún acuerdo pues la empresa no había dado poder al doctor Ospina para negociar el punto 1.

Posición del periódico conservador *El Colombiano*

El Colombiano, desde el principio del conflicto, ve en la intransigencia del sindicato, con respecto al punto 1, intereses políticos; en su edición del 28 de mayo de 1934 afirma:

la resistencia tenaz que han opuesto los representantes del Sindicato, permite pensar que tras ellos se parapeta el sectarismo de gentes sin control, ansiosas de hostilizar la constructiva labor de los directores de la gran empresa ferrocarrilera de Antioquia. Precisamente porque *se trata ante todo de crear problemas a la Junta exteriorizando así la solapada venganza de ciertos políticos con la Asamblea Departamental.*

Su posición acerca del punto 1 del pliego es muy enfática: “pretender que el Sindicato quite toda la libertad de acción a la Junta Directiva es una aspiración inaudita, arbitraria y fuertemente entorpecedora de una organización industrial” (*El Colombiano*, 28 de mayo de 1934), que subvertía el orden, la disciplina y la autoridad. Todos sus ataques tienen como blanco al gobernador a quien tratan de inepto, irresponsable y toda suerte de calificativos. En esta edición, en particular, lo acusan de estimular indirectamente las

pretensiones del sindicato y aseguran que dentro de los empleados departamentales se suscribe una cuota para dar apoyo material a los obreros huelguistas (*El Colombiano*, 28 de mayo de 1934).

Agudización del conflicto: una maniobra conservadora

Se hace necesario mirar detenidamente el hecho de que los conservadores estuvieron particularmente interesados en agudizar el conflicto con fines políticos no muy claros, pero que perseguían como propósito inmediato crear una situación insostenible para el gobernador, capitán Julián Uribe Gaviria, buscando probablemente el nombramiento de un gobernador conservador para Antioquia. Esta maniobra estuvo coordinada por los altos jefes del conservatismo, en particular por el general Pedro J. Berrío quien viajó a Medellín el primero de junio.

El 29 de mayo aparece publicada en *El Colombiano*, bajo el título “Ayer quedo solucionado el problema del Ferrocarril”, una proposición sustitutiva al numeral 1, aprobada unánimemente por la Junta Administradora del Ferrocarril. La proposición aprobada estaba redactada en los siguientes términos:

Por regla general los obreros del Ferrocarril de Antioquia han de conservarse en sus puestos y tienen derecho al ascenso salvo en los casos de:

a) Mala conducta; b) Incompetencia; c) Necesidad de la empresa de disminuir su personal por reducción o terminación de trabajo. Todas estas causales serán determinadas de manera precisa en los reglamentos de trabajo que la empresa dictará y hará conocer profusamente a los obreros. La empresa reconoce a los obreros del Ferrocarril de Antioquia el derecho de sindicalizarse. Por lo tanto, prohíbe a sus directores o empleados: *intervenir en contra* de los sindicalizados en forma directa o indirecta. Los obreros sólo podrán ser castigados con el reglamento de trabajo que se dicte. La Junta reconoce al Sindicato el derecho de in-

tervenir a favor de sus socios cuando éstos lo soliciten y la empresa dará las explicaciones correspondientes (*El Colombiano*, 29 de mayo, primera página).

El sindicato se muestra favorable a esta propuesta sustitutiva. Sin embargo, el 31 de mayo de 1934 *El Espectador*, bajo el título “Es posible que vuelva el conflicto al Ferrocarril”, dice:

Los jefes conservadores se han extrañado de la fórmula aceptada por la Junta Directiva de la Empresa. Berrío se ha extrañado de la fórmula propuesta por la Junta, porque con ella se concede a los ferrocarrileros un derecho autoritario que no tenían.

El periódico *El Colombiano*, seguramente después de recibir instrucciones de los jefes conservadores, publica en grandes titulares: “Definitivamente arreglado el conflicto del Ferrocarril”, y transcribe los nueve puntos sobre los cuales se había llegado a un acuerdo desde el 26 de mayo, suprime la propuesta sustitutiva que había aparecido en la publicación del 29 de mayo y guarda un absoluto silencio sobre el numeral 1 (*El Colombiano*, 31 de mayo de 1934).

Obviamente, este despliegue a los aparentes arreglos buscaba salvar responsabilidades conservadoras en la agudización del conflicto y confundir la opinión pública presentando un sindicato intransigente y obcecado.

Parece ser que el partido conservador no renunciaba al método de reprimir las huelgas obreras a sangre y fuego como lo hizo en 1928 contra los obreros de las bananeras; durante toda la huelga, propugna por la mano dura y la represión a la “turba sediciosa” (*El Colombiano*, 5 de junio de 1934). El general Berrío declaró: “Sólo el ejército nos salvará de mayores desastres” (Declaraciones de Gaitán, *El Unirismo*, 26 de julio). No es casual que *El Colombiano*, el primero de junio en primera página, al lado de las noticias sobre el conflicto ferroviario, coloque la siguiente nota: “Severas medidas contra la huelga en España [...]. Los promotores de huelgas serán castigados como responsables del delito de sedición y atentado” (*El Colombiano*, 1 de junio de 1934).

Mientras la prensa conservadora propugna por los métodos duros y la represión en aras a defender el principio de autoridad en la empresa del Ferrocarril, la prensa liberal responsabiliza a los conservadores de la Junta Directiva del Ferrocarril por su intransigencia y soberbia en el manejo del conflicto; aseguran los liberales que si el Estado actuara como patrón en este conflicto ya se habría llegado a una rápida y justa solución, como en el caso del Ferrocarril del Pacífico. Sin embargo, la posición de los liberales en Antioquia es ambigua; ante las proporciones del movimiento y la solidaridad general que despierta, hacen fijar carteles en los que piden a los obreros que no intervengan porque dado el cariz que habían tomado los acontecimientos, aquello le creaba conflictos al Gobierno (*El Unirismo*, 26 de julio de 1934 y *Organización Liberal*, 1 de junio de 1934).

Intervención de Gaitán

El primero de junio los ferroviarios declaran la huelga y amenazan con una huelga general en Medellín. Ese mismo día dirigen un telegrama a Gaitán solicitándole su presencia; el texto del telegrama es el siguiente:

Ante burlas sangrientas de la Junta del Ferrocarril que violan el pacto dentro del periodo de conciliación, el Sindicato Ferroviario decretó el paro definitivo para esta noche. Nos acompañan en la cesación de trabajo las empresas de acueducto, luz, energía, teléfono, tranvía, leche, aseo y todos los automóviles de servicio público de la ciudad. También nos acompaña la Federación Nacional de Transportadores; nunca se había visto un movimiento de proporciones tan gigantescas que coloca al obrerismo del país en pie. Lo necesitamos. Corremos gastos, ¿puede venir? (*El Espectador*, 1 de junio de 1934).

La solidaridad obrera con el conflicto fue impresionante. Todos los días, tanto sindicatos locales como nacionales se adherían al movimiento. Pero la solidaridad más efectiva fue la de las pasteurizadoras, las Empresas Públicas y las municipales; las dos últimas

jugaron un gran papel para presionar por una solución. En todos estos sindicatos predominaba la política liberal. Además del sector de servicios se vincularon los choferes, los braceros, los zapateros y otros artesanos de la ciudad.

La solidaridad era muy importante en la medida en que la empresa lograba mantener por medio de rompehuelgas el funcionamiento del tren; de ahí que la solidaridad jugara un papel determinante en mantener vivo el conflicto y la agitación en torno a él.

El 2 de junio arribó Gaitán a Medellín; impresionado por la magnitud del movimiento, lo describe como el mayor movimiento proletario de los últimos tiempos. Arenga a la multitud que lo recibe, con las siguientes palabras: “La huelga ha de triunfar cueste lo que cueste, no podemos permitir que los obreros sean burlados y vilipendiados por los perennes explotadores de las masas” (*El Colombiano*, 3 de junio de 1934).

A pesar de la gran movilización obrera y la presencia de Gaitán en la negociación, la Junta Directiva de la empresa continúa con su posición intransigente; al decir de Gaitán, “la junta repite el mismo disco: que el principio de autoridad no se puede someter a conciliación, que la Junta no puede abdicar en sus funciones” (*El Diario*, 3 de junio de 1934).

Los hechos de violencia

El 4 de junio se realiza una movilización obrera muy nutrida que recorre las calles de la ciudad gritando vivas al sindicato, a la huelga y a Gaitán. En esta manifestación toman parte los comunistas, siguiendo la consigna que se habían trazado para la huelga: “Organizar el combate y luchar por la dirección” (Torres, 1976, p. 39). Según *El Colombiano*, tomó la palabra Ángel María Carrascal quien ataca fuertemente a la dirección del sindicato y a Gaitán por traidores a la clase obrera (*El Colombiano*, 5 de junio de 1934).

La manifestación se dirige a la Estación del Ferrocarril donde son recibidos a bala por los guardias de la Estación; los obreros se defienden con piedras y palos; el resultado del combate es de quince heridos. Las masas se dispersan. Posteriormente ponen en marcha, sin conductor, la locomotora N.º 32, que después de rodar un buen trayecto va a estrellarse contra un taller.

Al día siguiente la ciudad amaneció completamente paralizada: se cerró el comercio, los servicios públicos se suspendieron, las fábricas estaban paralizadas. El pueblo recorre las calles en manifestación. Para ese día habían declarado paro de solidaridad veintitrés industrias en Medellín, de las cuales sobresalen Noel, Coltejer, Fabricato, Tejidos Unión, Rosellón y la Colombiana de Tabaco (*Organización Liberal*, 5 de junio de 1934).

El Colombiano informa los incidentes del 4 de junio bajo el titular “Escenas de salvajismo realizadas por la turba”. Pide que los huelguistas sean declarados fuera de la ley; acusa a la policía de condescendencia con los huelguistas y pide la presencia del Ejército para proteger a la ciudadanía. Acusa al gobernador de injusticia y parcialidad política por haber destituido a los guardias que dispararon contra los huelguistas (*El Colombiano*, 5 de junio de 1934).

La prensa liberal, por su parte, denuncia la presencia de elementos comunistas en los actos de violencia y rechaza sus métodos. Responsabiliza como única culpable de los hechos la intransigencia política del conservatismo (“Editorial”, *El Herald de Antioquia*, 5 de junio de 1934).

El Directorio Liberal de Antioquia hace la siguiente declaración con respecto a los hechos ocurridos y acerca de la presencia del general Berrío, jefe único del conservatismo antioqueño:

y dada la posibilidad de que la mayoría de la Junta, instigada por el jefe único del conservatismo de Antioquia, tenga como mira sólo el fomentar la oposición al gobierno liberal, aconseja a sus amigos políticos abstenerse de tomar parte activa en cualquier

suceso que pueda ocasionar desórdenes o producir trastornos a los gobiernos nacional, departamental o municipal, manteniendo sus puntos de vista sin apelar a la violencia (*El Colombiano*, 5 de junio de 1934).

Para el liberalismo antioqueño la situación no era fácil; por un lado se encontraba cercado y amenazado por un conservatismo agresivo que buscaba la caída del gobernador y que no pensaba ceder en sus posiciones, y por el otro lado las masas presionaban por la rápida resolución de sus reivindicaciones.

El sindicato fija carteles rechazando los actos de violencia y la intervención del comunismo, al tiempo que pide a los obreros cordura y serenidad. Como lo manifiesta Gaitán en el recuento que hace de los hechos huelguísticos, después de ella, los obreros se dejaron engañar con subterfugios “durante el tiempo de la huelga [...] declararon públicamente que no permitirían la intromisión de la política electoral en el movimiento que había sido realizado en demanda de justicia” (*El Unirismo*, 26 de julio de 1934).

Los comunistas

Durante los acontecimientos de la huelga, los comunistas muestran una incapacidad para ligarse con las masas; en su afán por conquistar el movimiento para una dirección “auténticamente proletaria”, caen en el más exagerado sectarismo con las directivas del sindicato y con Gaitán, a quien tildan con todos los epítetos posibles. Además, entusiasmados por la movilización, cometen errores de apreciación en cuanto a las posibilidades reales de las acciones “revolucionarias”, llevando a cabo acciones arriesgadas y de poca efectividad, siendo sus propuestas rechazadas por la mayoría de las masas. Los errores de apreciación acerca de los intereses de las masas son a veces significativos, como el incidente en que unos camaradas, en el transcurso de una movilización de los obreros, logran ganar un auditorio y se dan a cantar *La internacional* y otros cantos revolucionarios, consiguiendo como resultado la dispersión de los obreros (Torres, 1976, p. 61).

El desenlace del conflicto

El 6 de junio una manifestación obrera es atacada por el Ejército. Acerca del hecho existen dos versiones. La primera, algunos huelguistas trataron de atravesar el cordón formado por el Ejército y fueron rechazados a bala; la segunda, los soldados empezaron a disparar sin ninguna provocación.

El resultado del enfrentamiento fue de tres obreros muertos y un soldado herido. Dos obreros pertenecían al Sindicato Ferroviario. El otro al Sindicato de Carreros.

Las masas obreras enardecidas se tomaron la calle al grito de “asesinos” y “abajo el Ejército”. La situación en la ciudad era de completa confusión. Ese día detuvieron a María Cano y a otros manifestantes que fueron privados de la libertad durante veinticuatro horas (cfr. *El Colombiano*, *El Heraldo de Antioquia* y *El Espectador*, 7 de junio de 1934).

A las 9:15 de la noche el Gobierno nacional declaró el estado de sitio para Medellín y la zona del Ferrocarril. Además del decreto 1186 por medio del cual declaraba el estado de sitio y daba poder al gobernador para solucionar los conflictos obreros y sociales que se han planteado, expidió el decreto 116 por medio del cual el gobernador asumió la dirección del Ferrocarril y nombró como gerente a Juan J. Ángel, el miembro liberal de la junta.

Dos horas después de haberse declarado el estado de sitio se había firmado el acuerdo laboral entre el gobernador y Jorge Eliecer Gaitán. Este acuerdo incluía la propuesta sustitutiva presentada el 29 de mayo, además de una cláusula en que se decía que no se tomarían represalias por la participación en el conflicto. A las cinco de la mañana del día siguiente los obreros entraron a laborar normalmente.

Frente a la declaración del estado de sitio se generaron múltiples polémicas. Los conservadores aseguraron en el editorial de *El Colombiano* del 7 de junio,

titulado “Ha terminado la comedia”, que el gobierno de Antioquia fue el responsable de crear una situación de orden público anormal y que todos los recientes acontecimientos no obedecían sino al interés de tumbar la Junta Administradora del Ferrocarril y poner en vigencia el decreto 604 (*El Colombiano*, 6 y 7 de junio de 1934).

El Espectador y la prensa liberal plantearon la importancia histórica de haber declarado el estado de sitio ante un conflicto laboral para reconocer los derechos de la clase trabajadora y no para abalearla (“Editorial”, *El Espectador*, 7 de junio de 1934).

Para Gaitán, la declaratoria del estado de sitio tenía la siguiente significación:

El estado de sitio no por el estado de sitio mismo, ni el estado de sitio porque la Junta fuera conservadora y los liberales fueran a quedar con unos renglones más en la burocracia. Todo aquello no existía en la mente del pueblo. Existía en la recortada visión de los políticos, para quienes era el único problema. El estado de sitio para poder firmar el pacto con los trabajadores, ese era el único problema (*El Unirismo*, 26 de junio de 1934).

La huelga del Ferrocarril de Antioquia evidenció para esta época dos formas de tratamiento a las huelgas por parte de conservadores y liberales. Los conservadores buscaban el camino de la represión, del aplastamiento del movimiento popular y la consecución de sus intereses políticos, partidistas ante todo.

Los liberales buscaban soluciones a los problemas laborales en el marco de las leyes y tratando de canalizar el movimiento de masas para sus intereses políticos momentáneos. En esta coyuntura consiguieron al menos mantener su poder político en Antioquia, aunque perdieron prestigio ante la clase obrera.

En el lado de la izquierda, el comunismo, fuerza joven e inexperta, restringida por esquemas que no encajaban en la realidad obrera ni nacional, era incapaz de

establecer políticas de acuerdo o unidad, quedando así aislado, rechazado por las masas y reprimido por las fuerzas del orden.

Por otro lado, el gaitanismo, fuerza que contaba con una profunda simpatía entre los obreros ferroviarios, supo anteponer los intereses obreros a otras consideraciones y sin temerle a la movilización de masas las dirigió hacia el logro de sus aspiraciones, aprovechando hábilmente las contradicciones entre liberales y conservadores para salir fortificada como fuerza política.

Referencias

Torres, I. (1976). *Huelga general de Medellín*. Ediciones Viento del Este.

Documentos oficiales

Actas de la Junta Directiva del Ferrocarril de Antioquia, Fondo del Ferrocarril de Antioquia, Archivo Histórico de Antioquia.

Anales de la Asamblea Departamental de Antioquia.

Publicaciones periódicas

El Bolchevique, Bogotá.

El Colombiano, Medellín.

El Diario, Bogotá.

El Espectador, Bogotá.

El Heraldo de Antioquia, Medellín.

El Unirismo, Bogotá.

La Defensa, Medellín.

Organización Liberal, Bogotá.

Unión y Trabajo, Bogotá.



Dora Mejía, *Paisaje de confinamiento*, 2021, fotograma de video, 38 × 23 cm.
(Fuente: imagen suministrada por la autora).

No dormían, permanecían de pie y grande era la ansiedad de sus corazones y su vientre por la aurora y el amanecer

Allí también sintieron vergüenza, les sobrevino una gran aflicción, una gran angustia y estaban abrumados por el dolor

Normas para los autores



- La revista tiene diferentes secciones: cartas al editor, artículos de revisión, reflexión u opinión, reportes, reseñas, entrevistas, traducciones y dossier, también se aceptan partituras, textos literarios o poéticos. Todas las propuestas son evaluadas por el Comité Editorial y por dos pares de manera anónima. La recepción de los trabajos no implica la aprobación y publicación automática.
- Los trabajos sometidos al Comité Editorial no deberán ser presentados a otros medios hasta que culmine el proceso de evaluación.
- Los autores asumirán la responsabilidad por todos los conceptos y opiniones emitidas en los documentos. La Universidad Nacional de Colombia no se responsabiliza por los daños o perjuicios derivados de la publicación de cualquier trabajo o documento.
- Los autores deben acatar las normas y leyes internacionales, nacionales e institucionales de propiedad intelectual, particularmente la ley 23 de 1982.
- Si la propuesta es aceptada por el Comité Editorial, el autor deberá evaluar las observaciones para incorporar los cambios que considere; luego, el trabajo se someterá a una revisión de estilo y ortotipográfica con un experto, el autor deberá observar aceptando o no las anotaciones y respondiendo las preguntas del corrector.
- Una vez aceptada la propuesta por el Comité Editorial, el autor deberá diligenciar un formato de autorización de publicación y cesión de derechos patrimoniales de comunicación y distribución del material, incluyendo la posibilidad de ser publicado en cualquier medio, en formato análogo o digital.

- Los artículos deben tener entre tres y siete descriptores o palabras clave, y un resumen cuya extensión sea de máximo 120 palabras o 900 caracteres sin espacios.
- Los trabajos deben enviarse al correo electrónico recultu_med@unal.edu.co, presentarse en Word, tipografía Times New Roman 12, con una extensión máxima de veinte cuartillas (30.800 caracteres con espacios), sin incluir el resumen ni las palabras clave. El título no debe sobrepasar quince palabras.
- El autor debe enviar adjunta a su propuesta una síntesis de su biografía que incluya: nombres y apellidos completos, año de nacimiento, título de pregrado, títulos de posgrado, premios, menciones, reconocimientos, institución(es) donde labora y cargo(s), categoría docente en caso de serlo, publicaciones y otros aspectos de relevancia.
- Utilizar el sistema de citación y referenciación APA, última versión. Tener en cuenta el Manual de Edición Académica de la Universidad Nacional de Colombia.
- Seguir las normas establecidas por el Diccionario Panhispánico de Dudas.
- Se usan cursivas para resaltar términos, para títulos de obras de creación, para extranjerismos crudos, para latinismos y locuciones latinas, para apodos, alias o seudónimos, para nombres científicos de plantas y animales y para las preguntas en entrevistas.
- Se usan versalitas para los siglos en números romanos, para enumeraciones en romanos, para siglas cuando no van acompañadas del nombre propio, para acrónimos de tres o menos letras, para firmas de prólogos o epígrafes, para entradillas en diálogos.
- Se utilizan comillas para citas textuales cortas (de menos de cuarenta palabras), para reproducir textualmente una afirmación, para el uso irónico, impropio o especial de una expresión, para títulos de capítulos, artículos de revistas, títulos de exposiciones o secciones de una publicación.
- Se utilizan comillas simples para la segunda jerarquía de las comillas dobles y para los significados de expresiones en otro idioma.
- No deben usarse negritas dentro del cuerpo del texto.
- Se usan mayúsculas iniciales para títulos de libros y publicaciones periódicas, para nombres de leyes, para nombres propios o abreviados, para nombres de materias de un currículo, para nombres de grupos de investigación, para los periodos y épocas históricas.
- Se usan minúsculas para nombres de días, meses y nacionalidades, para nombres de enfermedades, para cargos, títulos nobiliarios, para después de dos puntos; excepto después de los saludos en las cartas, en los documentos jurídico-administrativos, en la reproducción de una cita o de palabras textuales.
- Los números enteros no se separan con coma. Los números se escriben con letras, incluso los mayores a once que no impliquen más de tres palabras.

- Se entiende por figura toda representación gráfica, independientemente de que se trate de fotos, mapas, planos, ilustraciones, esquemas, diagramas, dibujos, imágenes o gráficas estadísticas. Deben indicarse en el cuerpo del texto entre paréntesis (figura 1), se marcan con números arábigos, debajo de la figura, y deben tener título, crédito del autor y la fuente. Si una figura está dividida en secciones, cada sección se identifica con una letra con versalitas. En todos los casos deben tenerse los derechos de publicación.
- Todas las figuras deben enviarse separadas de los textos, numeradas, en formato JPG, TIFF o BMP de 300 dpi.
- Para obras de arte deben darse los datos en el siguiente orden: nombre y apellido del autor o autores, *Título de la obra*, fecha de creación. Descripción técnica, ubicación. (Fuente: créditos). Ejemplo: Figura 1. Gonzalo Fernández, *Adoración de la inmaculada*, 1603-1606. Óleo sobre lienzo, 158 cm × 95 cm. Museo Histórico, Kralendijk, Bonaire. (Fuente: fotografía de Orlando Manrique).
- El título de las tablas o cuadros se pone en la parte superior, y se prescinde de mayúsculas cuando se haga referencia a tablas o figuras dentro del texto.
- Las citas de más de cuarenta palabras se sangran. Las elisiones van entre corchetes con tres puntos suspensivos; si la omisión de uno o varios párrafos ocurre en medio de un texto citado entre comillas, en lugar de los corchetes con puntos suspensivos se pone doble barra recta: ||.
- Cuando se incluyen referencias o bibliografía de internet se aceptan páginas estables y confiables de instituciones reconocidas.
- Las notas aclaratorias se indicarán con un superíndice en arábigos, después de la puntuación, e irán al pie de la página.
- Para símbolos y expresiones matemáticas debe utilizarse un editor de ecuaciones compatible con Microsoft Word; se enumeran consecutivamente con un número arábigo entre paréntesis. Deben tener la misma fuente que el resto del texto.





Revista de Extensión Cultural | 66
Las fuentes tipográficas empleadas son Times New Roman y Candara.
Junio de 2021.



66

junio 2021